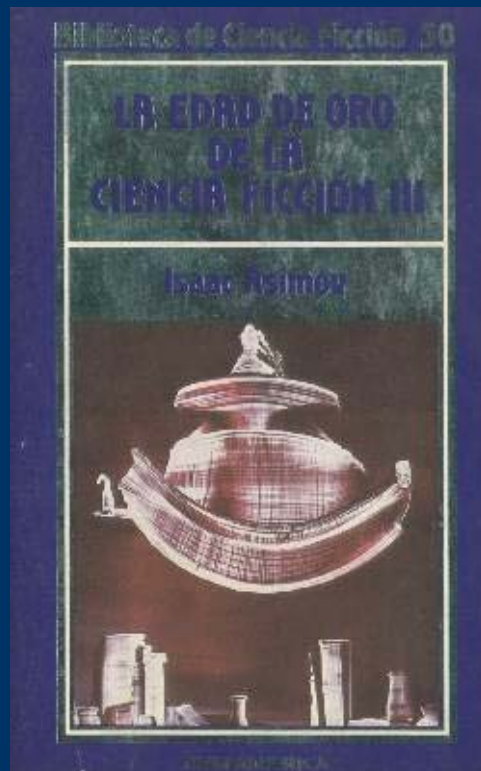


# LA EDAD DE ORO DE LA CIENCIA FICCIÓN III



**Isaac Asimov**  
(Recopilador)



**Isaac Asimov**

Título original: Before de Golden Age

Traducción: Horacio González

© 1974 Doubleday & Company Inc.

© 1976 Ediciones Martínez Roca S.A.

© 1986 Ediciones Orbis S.A.

ISBN: 84-7634-479-1

Edición digital: Arácnido y otros.

Revisión: Sadrac

*A Sam Moskowitz, a mí mismo y a todos los  
demás miembros de «First Fandom»  
(aquellos dinosaurios de la ciencia-ficción)  
para quienes una parte del encanto desapareció del mundo en 1938.*

## **ÍNDICE**

### **QUINTE PARTE: 1934**

**Coloso**, Donald Wandrei («*Colossus* » ©1934)

**Nacido del sol**, Jack Williamson («*Born of the Sun* » ©1934)

**Al margen del tiempo**, Murray Leinster («*Sidewise in Time* » ©1934)

**Viejo amigo**, Raymond Z. Gallun («*Old Faithful* » ©1934)

### **SEXTA PARTE: 1935**

**El planeta de los parásitos**, Stanley Weinbaum («*The Parasite Planet* » ©1935)

**Próxima Centauri**, Murray Leinster («*Próxima Centauri*» ©1935)

**La galaxia maldita**, Edmond Hamilton («*The Accursed Galaxy*» ©1935)

## QUINTE PARTE: 1934

En febrero de 1934 ingresé en el «sexto semestre» de la escuela secundaria masculina. Como innovación sorprendente, la escuela ofrecía un curso especial de literatura y redacción para aquellos a quienes interesara, y aproveché la oportunidad. Había escrito algunas cosas desde que abandoné los Greenville Chums. No recuerdo ningún detalle, sino que a veces me sentía tentado a escribir poesía.

Ahora parecía presentarse la ocasión de demostrar mi talento literario. (No sé por qué, consideraba la clase sólo como una oportunidad para brillar. Jamás se me ocurrió que podía aprender algo. Estaba convencido de que yo *ya sabía* escribir.)

El resultado fue un fracaso total. Seguramente, pocos jóvenes habrán tenido una ocasión tan maravillosa de ponerse en ridículo, y la habrán aprovechado tan completamente como yo. Lo que escribí era ridículo, y tanto el profesor como los demás alumnos se burlaron de mí hasta el cansancio.

He mencionado esto en *The Early Asimov*, y también que el único resultado positivo del curso fue un ensayo humorístico que escribí, titulado *Hermanos menores*. Apareció en el boletín literario semestral de la escuela.

No había pensado en aquel ensayo hasta que se me ocurrió mencionarlo. Pero, después de publicar *The Early Asimov*, empecé a preguntarme si podría conseguir un ejemplar. En febrero de 1973 pronuncié una conferencia ante un grupo de bibliotecarios del área metropolitana neoyorquina, a la que asistió la actual bibliotecaria de mi antigua escuela. Cuando se dirigió a mí, le pregunté si sería posible localizar algún ejemplar de aquel semestral literario en los polvorientos archivos de la escuela.

En junio de 1973 ella encontró un ejemplar y me lo envió. El presente libro ya estaba compuesto, pero se hallaba todavía en las primeras etapas de producción, lo cual me permitió introducir el cambio correspondiente.

Al recibir la revista —se llamaba «Boys High Recorder» y era el número de primavera de 1934— busqué rápidamente mi *Hermanos menores* y lo leí con emoción. Estaba seguro de que allí encontraría indicios manifiestos de mi talento.

Pero no fue así. Parece, ni más ni menos, una redacción escrita por cualquier adolescente precoz de catorce años. ¡Qué decepcionante! Pero, al objeto de completar mis antecedentes y para no verme asaltado por una avalancha de peticiones (pues imagino que todos mis lectores estarán esperando la oportunidad de burlarse de mí como hicieron mis compañeros de aquel maldito curso de literatura), aquí está:

### Hermanos menores

Hoy por hoy considero que mi misión en la vida consiste en expresar los venenosos sentimientos que nosotros, los hermanos «mayores», experimentamos hacia quienes arruinan nuestras vidas: los hermanos «menores».

El pasado 25 de julio de 1929, cuando supe que había tenido un hermanito, me sentí algo incómodo. Por lo que a mí respecta, no sabía nada acerca de los hermanos, aunque muchos amigos me habían explicado con gran lujo de detalles los inconvenientes (para no emplear otra palabra más fuerte) que acarrearán los bebés.

El 3 de agosto vino a casa mi hermano menor. Todo lo que vi fue un pequeño montón de carne sonrosada que, en apariencia, no tenía medios para hacer ningún daño.

Aquella noche salté repentinamente de la cama con la carne de gallina y los cabellos de punta. Me había despertado un aullido que, evidentemente, no podía salir de la garganta de un terráqueo. En respuesta a mis frenéticas preguntas, mi madre me informó con toda naturalidad que había sido el bebé, sencillamente. ¡Sencillamente el bebé! Estuve a punto de desmayarme. ¡Un bebé pequeñito, de cuatro kilos y diez días, que

lanzaba semejante grito! Yo creía que se habrían necesitado no menos de tres hombres, forzando las cuerdas vocales al máximo.

Pero aquello no fue más que el comienzo. Cuando empezaron a salirle los dientes, ¡eso sí que fue una tortura! No pude pegar ojo en dos meses. Sólo conseguí sobrevivir gracias a que dormitaba con los ojos abiertos en la escuela.

Y eso no fue todo. Se acercaba la Pascua, y con ella la tan ansiada excursión a Rhode Island; pero mi hermano menor enfermó de sarampión y todo se deshizo en humo.

Pronto acabaron de salirle los dientes y creí que podría gozar de cierta paz, pero no, eso tampoco fue posible. Ignoraba yo que cuando un niño aprende a caminar y comienza a hablar molesta más que un ciclón, al que añadiremos un huracán para completar el símil.

Su diversión preferida era caer rodando por la escalera, dando en cada escalón un golpe resonante con la cabeza. Esto sucedía con una frecuencia de una vez por minuto, y siempre provocaba una bronca de mi madre (no a él, sino a mí por no vigilar). Eso de «vigilar» no es tan sencillo como parece. El bebé suele mostrar su cariño arrancándole a uno mechones de pelo, con una fuerza que uno jamás sospecharía en un individuo de un año. Cuando, después de varios minutos de tortura insostenible, se logra convencerle de que suelte, él se distrae golpeándole a uno en las canillas con un hierro pesado, afilado o puntiagudo a ser posible.

El bebé no sólo es una lata cuando está despierto, sino que resulta doblemente pesado cuando toma su siesta diaria.

Ésta es una escena muy corriente: estoy sentado en una silla junto al cochecito, profundamente sumergido en *Los tres mosqueteros*. En apariencia, mi hermano menor duerme pacíficamente, pero no es así. Con un instinto pavoroso, pese a que tiene los ojos cerrados y no sabe leer, conoce exactamente en qué momento llego a un capítulo interesante y, con una mueca maliciosa, elige ese preciso momento para despertar. Dejo el libro bufando y le acuno hasta sentir que mis brazos están a punto de quebrarse. Cuando vuelve a quedarse dormido, yo ya he perdido mi interés por el famoso trío, y me ha fastidiado el día.

Ahora mi hermano menor tiene cuatro años y medio, y casi todas esas costumbres irritantes han desaparecido. Pero presiento que llegarán otras. Me estremezco al pensar que pronto empezará a ir a la escuela, sumando una nueva carga sobre mis hombros. Estoy absolutamente seguro de que, no sólo tendré que seguir haciendo los deberes que me impongan mis empedernidos maestros, sino que además seré responsable de los de mi hermano menor.

¡Me gustaría estar muerto!

\* \* \*

No hará falta explicar que este ensayo es totalmente imaginario, excepto las fechas de nacimiento y llegada a casa de mi hermano menor. En realidad, mi hermano Stan fue un niño modelo que no me creó problemas. Lo paseaba muchísimo en el cochecillo, pero siempre lo hacía con un libro abierto en la manija, de modo que no me molestaba. También me sentaba junto al cochecillo cuando dormía, pero no solía despertar y rara vez me molestó. Y cuando llegó el momento, hizo siempre sus deberes escolares.

Quedé estupefacto al releer mi referencia a «la excursión a Rhode Island». ¡Qué mentira! Nadie pensó nunca en ir de excursión a ningún sitio. ¡Nunca!, mientras tuvimos la tienda de golosinas.

Otra cosa sobre el «Boys High Recorder»: durante los cuatro decenios transcurridos desde aquel curso de redacción, he venido preguntándome qué habrá sido de los muchachos que se burlaban de mí. ¿Habrán llegado a saber que se reían de quien estaba

destinado a convertirse en un escritor prolífico y de éxito? Y ¿qué han logrado ellos? ¿Quién les conoce? (No me interpretéis mal. No soy rencoroso. Sólo han pasado cuarenta años. Cualquiera día de éstos los perdonaré.)

Desgraciadamente, no recordaba a ninguno de aquellos compañeros y decidí, con bastante inquietud, no intentar averiguar nada sobre ellos. Por lo que yo sabía, podía hallarse entre ellos el nombre de algún gran escritor. Según mis datos, por ejemplo, habían pasado aquel curso hombres del calibre de Norman Mailer (no el mismo Norman Mailer, naturalmente. En esa época sólo tenía once años).

En consecuencia, cuando recibí el «Boys High Recorder», miré la página titular, dispuesto a recibir una dolorosa sorpresa. Todas las colaboraciones habían sido escritas por los alumnos de aquel curso, y se habían seleccionado las mejores... Conque devoré la lista, pero no encontré ningún nombre conocido. ¡Ninguno! Salvo el mío, naturalmente.

¡Qué alivio!

A propósito, durante ese traumático curso de redacción no escribí nada de ciencia-ficción y eso fue bueno. Si lo hubiera hecho y se hubieran reído de mí, probablemente me habría desanimado de escribir ciencia-ficción para mucho tiempo.

Lo que me salvó fue que aún no me creía capaz de escribir ciencia-ficción. A los catorce años quizá podía soñar con escribir al nivel de las antiguas «Amazing/Wonder», pero la «Astounding» de Tremaine, durante su milagroso medio año de vida, había puesto el pabellón muy alto para mí.

En ese medio año, «Astounding Stories» tomó claramente la delantera sobre las otras dos revistas, que también eran de formato «pulp». Respaldada por la próspera cadena de revistas de Street & Smith, «Astounding Stories» floreció y se difundió, mientras «Amazing Stories» y «Wonder Stories» se estancaban a ojos vistas.

«Astounding Stories» tenía los mejores relatos, los portadistas más atractivos y la más ágil sección de Cartas al Director. El número de marzo de 1934 aumentó su número de páginas de 144 a 160, de modo que pasó a ser la revista de más páginas, y sólo costaba veinte centavos, mientras las demás valían veinticinco.

Todo esto influyó en mí. Después de cinco años de lealtad a «Amazing Stories», como la mejor de todas, me pasé con armas y bagajes a «Astounding Stories», y lo mismo que yo hicieron casi todos. A principios de 1934, «Astounding Stories» se convirtió en la revista que dominaba el mercado, y así ha continuado durante cuarenta años, salvo un par de cambios de nombre, un par de cambios de director y muchos cambios en el campo de la competencia.

Tremaine introdujo una novedad a la que él llamaba relatos de «revolución de ideas». Eran relatos que proponían ideas nuevas, distintas de las anteriormente conocidas en el dominio de la ciencia ficción (o, al menos, diferentes de las que habían pasado a ser tópicos convencionales). En general, estos cuentos me agradaban y también gustaban a otros lectores.

Considerad, por ejemplo, *Coloso*, de Donald Wandrei.

## **COLOSO**

**Donald Wandrei**

*Su (la de ciertos astrónomos) representación es el modelo de un universo en expansión.*

*El super-sistema de las galaxias se dispersa como una bocanada de humo. A veces me pregunto si no podría existir una realidad a escala mayor, donde aquél no fuese efectivamente más que una bocanada de humo.*

SIR ARTHUR EDDINGTON  
*The Expanding Universe*

1

Como una llama en el cielo, el estratoplano dorado y rojo voló sobre el monte Everest y se lanzó hacia la cumbre. Hasta hacía pocos años, aquella cumbre permanecía invencible y casi desconocida, un desafío para el hombre. Las tempestades invernales azotaban aquel techo del mundo, y el frío competía con los precipicios para dificultar la conquista. Esos terribles vientos soplaban todavía, pero una torre edificada por el hombre se alzaba más alta que la vieja cumbre y una pista de aterrizaje, que era un triunfo de la audacia y el genio de los ingenieros, se extendía sobre el espacio adyacente a la torre.

El estratoplano aterrizó y rodó por la pista hasta detenerse. El hombre que descendió, Duane Sharon, parecía distinguido a pesar del voluminoso «traje» de aviador.

Sus manos eran poderosas. Ninguno de sus rasgos era demasiado notable: la cabellera de un castaño vulgar, el rostro curtido, la nariz de un perfil nada clásico y los ojos grises que se encendían o suavizaban según exigiera la ocasión. Pero la impresión de conjunto era simpática; tenía una especie de soltura y personalidad agradable.

Caminó hacia el gran observatorio de la LIDC, Liga Internacional para el Desarrollo de la Ciencia. Se necesitaron quince años para construir y equipar aquel observatorio proyectado ya en 1960.

Al entrar en la torre se identificó y dedicó una broma al guardia antes de encaminarse a la sala de observación.

El reflector de diez metros del Observatorio Monte Everest probablemente no sería superado jamás. En la Tierra, no se podía hacer más para superar las limitaciones de la atmósfera, los metales y la óptica. Gracias a aquel espejo gigantesco, montado en un telescopio cuya construcción había exigido años de esfuerzos y la colaboración de muchas grandes inteligencias, a fin de producir un instrumento de precisión, delicadeza y alcance sin precedentes, equipado con todos los medios deseados y conocidos por los astrónomos, el estudio del universo había adelantado un salto descomunal.

Un hombre de rasgos ascéticos estaba trabajando con el reflector. Debía tratarse de una especulación ociosa, pues aún no se había puesto el sol. Cálculos y símbolos, ecuaciones y simplificaciones cubrían una pizarra que estaba a su lado. Sobre una mesa, junto a un montón de fotografías, mapas y libros, aparecía un montón de páginas escritas. El profesor Dowell tenía su propio gabinete, pero generalmente trabajaba en la sala de observación. Allí la temperatura se mantenía constantemente a 30 grados bajo cero, lo cual requería la protección de ropas especiales así como gafas contra la escarcha para ver con claridad.

Dowell no alzó la mirada hasta que Duane se detuvo a su lado. Aun así tardó algunos momentos en hacerse cargo de la presencia del otro.

—¡Hola! ¿Te molestó? —preguntó Duane.

Dowell pestañeó. Una expresión distante desapareció de sus ojos.

—No. Celebro que hayas venido. Toma una silla... Siéntate.

—Gracias, pero he venido sentado una hora en el avión. Prefiero estar un rato de pie. ¿Hay alguna novedad? ¿En qué piensas?

El astrónomo se acercó a la pizarra cubierta de cálculos.

—¿Recuerdas que anteayer te mostré nuestras fotos de una nebulosa de trigésimo primera magnitud en la constelación de Orión?

—¡Desde luego! Tú dijiste que representaban un hito en la astronomía.



—¿Eso dije? Sí, sí, sin duda. Pensar que sólo alcanzábamos a distinguir dieciocho magnitudes hasta que construimos este telescopio, y que ahora son treinta y una, mientras el universo conocido se dilata a casi mil millones de años luz.

—¡No! —protestó Duane—. ¡Eso es demasiado!

El profesor no lo oyó.

—Me desconcierta un fenómeno en la trigésimo segunda magnitud.

—¿De qué se trata?

—¡No existe trigésimo segunda magnitud!

Duane reflexionó y encendió un cigarrillo.

—Muy interesante —comentó—. Pero no lo entiendo.

Dowell se mostró irritado.

—Yo tampoco. Hace varias noches fotografiamos esa nebulosa de trigésimo primera magnitud.

Según la teoría de Jeans y las ecuaciones de Valma para el universo en expansión, deberían existir nebulosas hasta la cuadragésima magnitud aproximadamente.

—¿Y no existen?

—Exacto.

—¿Cuál es la explicación?

—No lo sé, pero sólo hay dos respuestas. O Valma estaba equivocado, aunque esto es inconcebible, o toda nuestra teoría del universo es errónea.

Duane consideró esta posibilidad.

—¿Cómo?

Dowell paseaba nerviosamente de un lado a otro.

—Supongo que conocerás las tres teorías más importantes acerca del universo. Según la más antigua, el espacio es ilimitado y se extiende indefinidamente en todas direcciones. Luego tenemos la teoría formulada por Einstein a principios de este siglo, según la cual el espacio está afectado por una curvatura que lo hace regresar sobre sí mismo. Después de la hipótesis de Einstein, un grupo encabezado por Jeans sugirió la idea del universo en expansión, que crea espacio a medida que se expande, pudiéramos decir.

—Sí, conozco estas teorías y algunas otras —comentó Duane.

—Sin duda. Pero no existen nebulosas ni manchas oscuras desde la trigésimo primera hasta la cuadragésima magnitud. Y deberían existir. Tenemos varias explicaciones para este hecho. Tal vez el universo ha dejado de dilatarse. Quizá se ha estancado e incluso es posible que ahora esté contrayéndose. ¡Ah! Si Einstein tenía razón, tal vez los conglomerados más lejanos se han desviado a través de la curvatura del espacio, de modo que ahora se acercan a nosotros en vez de alejarse. Ello explicaría el sorprendente número de agregados entre las magnitudes vigésimo novena y trigésimo primera. Es posible que la teoría más antigua sea la acertada, y que algún factor desconocido nos impide ver las galaxias más allá del trigésimo primer orden. Y aún quedan otras posibilidades.

—¿Qué supones?

—No lo sé —respondió Dowell, quejumbroso—. Pero hay una cuarta alternativa que ha estado a punto de enloquecerme sólo con pensar en ella.

—¿Cómo es eso? ¿De qué se trata?

Dowell se limpió las gafas.

—No sé si acertaré a explicarlo, pues el concepto es demasiado amplio. Bien, presta atención.

Conoces las teorías atómicas. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que los miles de millones de estrellas que forman los millones de nebulosas y galaxias de todo nuestro universo podrían ser únicamente los electrones de un superátomo, por encima del cual podrían existir seres inmensos, lo mismo que nosotros habitamos la superficie de la Tierra? Este

concepto explicaría la ausencia de nebulosas más allá de la trigésimo primera magnitud. De allí en adelante existiría un límite externo, un plano invisible de energía y tensión que incluiría nuestro universo, pero que formaría el substrato sólido para otros seres. La materia sólida no existe. El suelo aparentemente sólido que pisamos es, en última instancia, átomos, electrones, vibración, y entre cada partícula hay distancias comparativamente tan grandes como las que existen entre las estrellas y las galaxias —la voz del astrónomo tembló al desarrollar tan tremenda especulación—. ¡Piensa lo que podría ocurrir si alguien de la Tierra consiguiera abrirse paso a través de ese superátomo!

Duane lo pensó.

—Es una idea desconcertante. Llevándola al límite, nuestro átomo gigante podría ser uno entre miles de millones de otros mundos-átomos, a una escala que ni siquiera podemos imaginar, y todo ese superuniverso formaría..., ¿qué?

—¡Una molécula! ¡Y en ese universo aún más vasto podrían existir seres aún más inmensos! Y esa molécula podría ser sólo una entre los miles de millones de moléculas esparcidas a través de billones de billones de billones de años-luz de espacio e incluso podrían formar...

—¡No! —gritó Duane—. ¡Es demasiado! ¡Esto excede a mi capacidad de comprensión!

Observó el reflector. Cuando llegara el ocaso, su ancho disco recogería la luz de las estrellas más alejadas, luz que ya viajaba cuando la tierra emergió de entre mares humeantes y formó los primeros continentes sobre la Tierra joven. Luminarias del infinito, las estrellas dejarían huella de su existencia en las placas, para ser analizadas por hombres como Dowell.

En la antigüedad, los profetas contemplaban el cielo nocturno y se inclinaban ante Dios, que hizo de la Tierra el centro del universo de estrellas fijas. Luego los sabios demostraron que el Sol no era sino el centro de un sistema planetario que se movía en un universo. Más tarde, los astrónomos descubrieron que la nebulosa espiral de Andrómeda era otro universo galáctico situado a ochocientos mil años-luz, y que Vía Láctea era sólo una galaxia entre miles.

De este modo, la nómina de campos estelares aumentó, los límites se dilataron y la imaginación de los hombres, abarcando cada vez más, conoció nuevas glorias a medida que los límites del universo se alejaban y su profundidad hacía vacilar la comprensión. Más allá de las estrellas estaban las nebulosas gaseosas, espirales y helicoidales, con grandes vacíos intermedios; hasta 1933 fueron identificadas alrededor de treinta millones de galaxias en una extensión de doscientos millones de años-luz; en la época de Duane, gracias al telescopio del monte Everest, la extensión abarcaba ochocientos millones de años-luz, que incluían ciento cincuenta millones de galaxias, cada una de las cuales estaba compuesta por millones de estrellas.

—Dime —rogó Dowell—, ¿cómo anda el «Pájaro Blanco»? ¿Ya está listo? He sido un estúpido al aburrirme con mis conjeturas.

—No digas eso —respondió Duane—. No me has aburrido. La sola idea de un espacio ilimitado es tan excitante como la misma vida. En cuanto al «Pájaro Blanco», estará terminado en octubre.

Ahora estamos instalando los convertidores de energía. Creo que en septiembre podremos efectuar las primeras pruebas.

—Comprendo. ¡Quizá tengas el honor de informarnos a nosotros, los astrónomos, cómo es en la realidad el otro universo!

Duane respondió:

—Mucho antes habrás completado una teoría que confirmaré con mi viaje. Aún pienso si la teoría de la que me hablaste hace un rato podría ser cierta. ¿Qué sucedería si el «Pájaro Blanco» pudiera llevarnos hasta el límite?

—Si en ese átomo gigante hubiera seres, jamás te verían, pues tu tamaño relativo sería infinitesimal. Nosotros no podemos ver un electrón, para no hablar de lo que podría existir

en un electrón. Y no podrás llegar al límite, ni aunque vivieras un millón de vidas, ni siquiera viajando a la velocidad de la luz.

—Es verdad —respondió Duane pensativamente—, pero no te he contado toda la historia. El «Pájaro Blanco» recoge emanaciones y radiaciones intraespaciales. Su potencia es ilimitada. Puede alcanzar una velocidad máxima de miles de años luz..., ¡por segundo!

—¿Cómo? —chilló Dowell, con el rostro encendido de excitación—. ¿Comprendes lo que eso significa? ¡Tú y el «Pájaro Blanco» se dilatarían en el sentido del vuelo hasta llegar a ser tan enrarecidos como un gas! ¡Vuestro tamaño original aumentaría miles o millones de veces! ¡La nave se dilataría lateralmente y también transversalmente a causa de la energía absorbida del universo! ¡Podrías volverte más grande que la Tierra, el Sistema Solar o incluso nuestra galaxia! ¡Serías un Coloso! ¡Y no notarías cambio alguno, pues no tendrías nada para hacer la comparación! ¡Duane, si lo haces, tal vez consigas atravesar ese átomo gigante y tú también serías visible y podrías observar lo que existiera más allá!

Duane, anonadado, parecía estar soñando.

—¡Qué idea tan vertiginosa! —murmuró, sorprendido—. ¡Es demasiado para que yo pueda meter semejante razonamiento en mi cerebro!

—¡Un Coloso! —balbuceó Dowell como si aquella visión, aquella cumbre de la especulación cósmica, dominara su mente y ejerciera una fascinación hipnótica—. ¡Coloso del tiempo, el espacio y la materia!

—La simple mención de semejante viaje me aterra.

—Me gustaría acompañarte.

—Nada me agradaría más.

—Lo sé, pero si Anne te acompaña..., lo había olvidado. ¿Supongo que quieres ver a Anne?

Duane, una vez rota la ilación de su delirio cósmico, hizo gestos de burlona indiferencia.

—¡Ah! ¡Por favor, no! ¡Qué me importa Anne! Sólo vengo de Estados Unidos para cerciorarme del hecho que el monte Everest sigue en su sitio.

—¡De acuerdo! —terció una voz melodiosa, pero que ahora sonaba con acento sarcástico—.

¿Conque has venido a ver al monte Everest y no a mí? ¡Pues quédate con el monte Everest!

Con verdadera indignación femenina, la muchacha que había entrado volvió a salir dando un portazo.

Anne no era bella como la Mona Lisa ni como una estrella de cine. Poseía, en cambio, viveza de expresión, claridad de pensamiento y un atractivo poco habitual. Sus cualidades dinámicas eran una inteligencia viril, acompañada de energía y originalidad. Sus características estéticas eran la inconstancia femenina, un cuerpo de patricia, los rasgos nórdicos y la cabellera color castaño, paso rítmico y belleza de movimientos.

Sin duda resultaba más deslumbrante cuando aparecía enfadada como en aquel momento, pues el triunfo de las emociones sobre la razón daba a su rostro una especie de encanto nervioso debido al conflicto entre la fuerza y la debilidad.

Duane se volvió hacia Dowell.

—Si me disculpas, trataré de reparar el daño. Yo...

—Corre; no pierdas el tiempo.

No tardó mucho en encontrar a Anne, Necesitó paciencia para calmarla. No era necesario, pero le encantaba ponerla de buen humor. El juego del asedio y la comedia del amor no cambiarían por más siglos que tardase la Tierra en llegar a su ocaso.

Las vacaciones de agosto llegaron a su fin. Septiembre entró con una orgía de colores en los bosques y prados. La construcción del «Pájaro Blanco» tocaba a su fin. El profesor Dowell sabía que el lanzamiento era inminente. Anne también. El mundo lo ignoraba. Duane opinaba que sobraría tiempo para comunicárselo al mundo después..., del éxito o el fracaso.

Una noche sin viento, cuyo frío anunciaba la helada, él y Anne se hallaban junto al «Pájaro Blanco», en Havenside, al norte de Nueva York.

—Puede suceder casi cualquier cosa —dijo Duane con seriedad—. Que la nave no funcione, que algo vaya mal; incluso corremos peligros inaccesibles al estado actual de nuestros conocimientos. ¿Todavía insistes?

Anne le miró con ojos en los que se leía un ligero fastidio.

—No soy una niña. Deja tu manía protectora y pongámonos en marcha.

Duane suspiró. El realismo de Anne le desconcertaba.

Los ojos de la muchacha brillaron al contemplar el «Pájaro Blanco».

—Sólo tú podías construir algo tan bello —comentó, y abrazó impulsivamente a Duane. Se apartó cuando él intentó retenerla y se burló del joven, incitándole—: ¡Esto no ha sido una invitación, Duane!

—¡Demonio si no lo ha sido! —gritó exasperado Duane, y echó a correr detrás de la rápida muchacha.

Llegaron agitados a la entrada del «Pájaro Blanco».

La nave larga y baja descansaba a la luz de la luna llena. Brillaba con resplandor fosfórico. El cilindro de treinta metros de longitud y menos de tres metros de diámetro tenía ambos extremos en ojiva. El casco era de cristalita, aquel extraño elemento al que corresponde el número noventa y nueve. Inventado por los químicos, poseía la transparencia del cristal, el color del platino y una resistencia a la tensión mayor que la de cualquier otro metal, así como un punto de fusión superior a los seis mil grados centígrados.

El interior del «Pájaro Blanco» sólo contenía lo imprescindible: la cabina del piloto, un camarote, un pañol y los compartimientos de energía delantero y trasero. Parecía un torpedo estrafalario, al ser transparente el casco, mientras los mamparos eran de vanacromo, ese acero delgado, elástico y prácticamente indestructible.

Contemplar el «Pájaro Blanco» era como observar una casa de cristal, aunque de forma cilíndrica, y ver su interior; una vez dentro, en cambio, ningún cuarto podía verse desde otro.

—Jamás me acostumbraré a esta distribución —comentó Anne mientras entraban—. Todo el mundo puede ver lo que hay dentro, mientras yo debo pasar de un lugar a otro para verlo.

—No es mala idea —respondió Duane jocosamente. Anne bajó los ojos, Duane se puso en actividad. De súbito, gritó—: ¡En marcha! —y apretó un botón.

El «Pájaro Blanco» despegó trazando una curva, como un pájaro de verdad al remontarse después de un picado.

—¡Oh! ¡Has debido advertirme! —exclamó Anne, pero en seguida se tranquilizó. La gran aventura había comenzado—. ¿No es extraño? —preguntó con una vocecita tímida y con los ojos muy abiertos.

—Es un milagro —replicó Duane; sus dedos acariciaban los mandos mientras hablaba—. Pensar que un sencillito condensador-transformador recoge las radiaciones cósmicas que nos rodean, las convierte en energía y nos hace avanzar. ¡Energía por radio, más energía de la que necesitamos, sacada del éter!

Anne salió de su asombro, pero parecía una muchacha distinta, más poética. Había una nueva luminosidad en su rostro mientras contemplaba el impresionante espectáculo de los cielos.

El «Pájaro Blanco», a una velocidad uniformemente acelerada, traspasó la estratosfera.

El cielo se ennegreció sobre ellos. Las estrellas resplandecieron con una claridad que encandilaba los ojos.

Luego el Sol del Sistema Solar apareció más allá de la Tierra; su luz y el resplandor reflejado desde la Tierra y la Luna bañaron al «Pájaro Blanco» con un brillo tan intenso que Duane y Anne debieron ponerse gafas y el interior de la nave se entibió notablemente a pesar del casco de cristalita.

Había gloria en los cielos, en la inmensidad del espacio, con la infinita majestuosidad de estrellas cuyos matices iban del blanco brillante al naranja débil y lejano, del azul claro al rojo llama y el verde esmeralda. La belleza cósmica impuso silencio a nuestros viajeros.

Los expedicionarios guardaron silencio largo rato y el «Pájaro Blanco» siguió volando, lejos de la Tierra, acercándose a la Luna cada vez más veloz.

Anne rompió el silencio. Apuntó con la mano hacia el universo.

—Si ahora nos afecta tanto —dijo sencillamente—, ¿qué sentiríamos allí? —señaló la estrella más lejana, hacia la nebulosa espiral de Andrómeda.

—Cuando vuelva de allí quizá pueda responderte —repuso Duane.

Una expresión soñadora veló un instante los ojos de Anne, que brillaban con un fervor casi místico.

—Tengo una idea extraña, Duane. Tal vez no sea tan diferente de la Tierra. Allí todas las cosas están relacionadas entre sí. Todas las primaveras crecen los mismos árboles, sale el mismo sol y los días son semejantes. No hagas esa mueca escéptica..., ya entiendes lo que quiero decir. Claro que no son los mismos árboles, que los días difieren en el tiempo y que no hay dos personas iguales, pero de todos modos la naturaleza se repite a sí misma y parece existir como una pauta para todo, una norma que se extiende a todo y se repite una y otra vez —terminó la frase apresuradamente, balbuceando las palabras.

—Supongo que tienes razón. Pero, ¿quién puede saberlo? —musitó Duane—. Yo no lo sé, Y creo que nadie lo sabrá, a menos que consiga ir hasta allá, donde terminan las estrellas.

—¿Por qué no debemos ser nosotros? —una nota febril dio gravedad a la voz de Anne y sus mejillas se encendieron de excitación.

—¿Nosotros? —repitió Duane—. Pues..., se lo dije al profesor Dowell y bromeamos acerca de ello pero, en realidad, no me proponía ir más allá de los planetas.

Misteriosos ensueños ardieron en los ojos de Anne.

—Me gustaría saber qué hay más allá de las estrellas.

Esta pregunta, a la que los filósofos más sabios nunca han sabido contestar, y que los astrónomos más capaces han intentado en vano resolver, sólo suscitó un largo silencio reflexivo en Duane.

—No lo sé —repuso finalmente—. El profesor Dowell cree que se podría llegar al límite y descubrir que todo nuestro universo no es nada más que un átomo, y ese gran átomo podría ser sólo uno entre miles de millones, formando una molécula aún más gigantesca. Mira, Anne, si él tuviera razón...

Anne se mostró espantada.

—¡Qué idea! Se podría enloquecer al pensar en ello. ¡Me da pavor!

—¡No me extraña!

—Una vez asistí a un curso de biología. Si esencialmente somos materia, las partículas constituyen átomos, que forman células, que a su vez componen órganos, y éstos son parte del cuerpo. Si fuese así, Duane, y alcanzases el gigantesco átomo-mundo y pudieras seguir adelante, quizá conocerías un enorme organismo viviente, donde la Tierra sería sólo parte de una célula.

—¡Ahora eres tú quien me da pavor! Ni lo pienses. Es una idea enloquecedora. ¡Como mucho, logro imaginar el átomo gigante!

Anne prosiguió, inquieta, con mórbida insistencia:

—Querido, tal vez alguien como tú situado en una partícula invisible dentro de ti está viajando ahora mismo hacia el exterior en una nave espacial, y está a punto de atravesar una célula...

—¡Anne!

—...Y tú notarás tan sólo un ligero tirón en el costado, y tal vez él seguirá avanzando y finalmente saldrá por tu cerebro y...

Duane interrumpió aquella descripción implacable y demasiado vívida mediante el sencillo procedimiento de besar los labios tentadores de Anne.

—¡Ay! —se apartó—. ¡Qué hombre! ¿Sólo piensas en eso?

—¡Sólo cuando estoy contigo! —repuso ingenuamente, y luego recobró la seriedad—: Anne, no olvides que hoy por hoy el mundo es una mina de pólvora. Si estalla la guerra, cesarán todos los viajes.

—¡La guerra! —se enfureció—. ¿Serías capaz de dedicarte a matar, y renunciar a la búsqueda de algo mucho más importante que todas las guerras de la historia? ¡Si hicieras eso dejaría de quererte!

Duane guardó un pensativo silencio.

De las visiones más allá del infinito y de la eternidad pasaron poco a poco a especulaciones sobre la Luna, que cada vez se veía más grande en lo alto. La ingravidez que Duane y Anne debían experimentar a medida que se alejaban de la atracción terrestre no se materializó, pues era contrarrestada por la aceleración del «Pájaro Blanco».

La Luna aumentó de tamaño e interceptó un quinto, un décimo, un quinto del cielo. Los viajeros creyeron cambiar de dirección. En vez de viajar hacia arriba, descubrieron que caían. Las nuevas perspectivas espaciales originaron nuevas experiencias y sensaciones desconocidas. Habían sido lanzados hacia arriba desde la Tierra; ahora descendían sobre la Luna.

Duane desconectó la transmisión de energía. El «Pájaro Blanco» cayó a una velocidad vertiginosa. Conectó los repulsores delanteros, descargando sobre la superficie de la Luna un bombardeo invisible de energía que casi neutralizó la velocidad.

El «Pájaro Blanco» cayó con menos rapidez, se detuvo y finalmente quedó suspendido a pocos cientos de metros de la superficie lunar.

—¡Sólo Doré pudo soñar una cosa así! —exclamó Anne.

Grandes cráteres se abrían en la superficie. Masas de escorias y lava cubrían las laderas de volcanes extinguidos, y grietas que semejaban tajos hechos por espadas de gigantes surcaban sus llanuras.

Lechos de mares muertos y continentes yermos daban a entender que mucho tiempo atrás había existido vida; esto y ciertas formaciones que podían interpretarse como ruinas de ciudades; masas de granito, bloques de mármol y basalto, cuarzo y sílice dispuestos en figuras geométricas. Aquellos pedregales, ¿eran restos de ciudades? ¿Acaso había florecido allí la civilización de una raza desaparecida, cuyas obras se desmoronaban bajo la constante erosión del tiempo? ¿Qué leyendas y archivos, conquistas e historias podían yacer bajo aquellas ruinas?

Duane lanzó un profundo suspiro. El hombre no llegaría a saberlo jamás. Aunque una gran curiosidad le incitaba a estudiar los enigmas de la Luna, eran mayores los peligros y aún más grande la meta de sus sueños. Todo el universo era un misterio. ¿Qué había más allá? ¿Dónde estaría el fin, si uno emprendía la marcha y viajaba al azar en cualquier dirección hasta los límites del espacio o de la vida humana?

—¡Aterricemos! —gritó Anne—. ¡Imagina lo que sería pasear por la Luna...! ¡Podemos hacerlo con tus trajes espaciales!

—Ahora no. Debemos regresar a la Tierra, Es muy poco lo que podemos ganar si aterrizamos, y demasiado lo que podríamos perder.

Anne estaba contrariada.

—¿Todo este viaje, tantas dificultades, para no averiguar siquiera lo que hay en la Luna?

Duane, exasperado, maldijo para sí misma esa calamidad del deseo femenino, esta ansia de agotar el momento. En voz alta, respondió:

—Podemos regresar cuando queramos. He demostrado lo que me proponía: el «Pájaro Blanco»

funciona. Regresemos a casa. El próximo viaje nos llevará..., bien, espera y verás.

—¿Adónde iremos?

—Lejos. Hasta el fin de las cosas, sea donde fuese. El «Pájaro Blanco» puede hacerlo y yo iré a donde el espacio termina. Lo que esté más allá del universo, el espacio vacío e infinito o el átomo gigante..., eso es lo que voy a ver. Contigo.

Los ojos de Anne se iluminaron. Tenía el anhelante aspecto de una mística al recibir una visión de gloria. El arrobamiento transfiguró su rostro mientras miraba el infinito como si contemplase lugares ignotos. Safo debió tener un aspecto tan hermoso y extasiado cuando se detuvo sobre un acantilado de Lesbos y observó el horizonte azul y el mar oscuro como un vino. El rostro de Anne nunca había sido tan bello como en aquel momento, y no volvería a serlo. Mientras la observaba, Duane comprendió en parte lo que sentía, aquel supremo sentido de lo maravilloso del que sólo gozan los filósofos, los grandes poetas y los profetas.

Alejandro, deseando más mundos que conquistar; Marco Polo, abriéndose paso a través de tierras legendarias; Colón, surcando aguas desconocidas; Peary, alcanzando el techo del mundo; Lindbergh, volando por los cielos: los fantasmas de los grandes exploradores y viajeros del pasado le rodearon, y sintió que aquellas presencias invisibles le incitaban a su viaje, para el cual la historia y el pensamiento casi no tenían parangón. La exaltación espiritual se apoderó de ambos, y se abrazaron espontáneamente, en una unidad de propósito y visión.

—Volvemos a casa —murmuró Duane al fin.

—Y allá lejos —repitió Anne. Levantó los ojos hacia él y Duane, aun creyendo conocerla bien, quedó sorprendido ante la profundidad insondable que se veía en ellos.

Casi a su pesar, dirigió el rumbo del «Pájaro Blanco» hacia la Tierra. Las ruinas blancas, los peñascos y cráteres de la superficie lunar se alejaron rápidamente. Los contornos se suavizaron y, por último, el disco plateado de la Luna flotó en el espacio, resplandeciente, hermoso y bañado en un suave brillo. Luego contemplaron la majestuosidad de las estrellas, la procesión de la Vía Láctea y la Tierra cada vez más grande. Una sensación de euforia elevó a Duane hasta la cumbre de la intoxicación mental.

Allí, en el espacio abierto, experimentaba un sentimiento de libertad desconocido hasta entonces.

¿Sería por la proximidad de Anne, cuya simple presencia le influía extrañamente? ¿Un efecto secundario de la ingravidez? ¿La inevitable exaltación por el buen resultado de aquel viaje preliminar? Miró la Luna y la Tierra, el Sol y las estrellas, el gran vacío del más allá, y nuevamente a Anne. Los ojos de la muchacha le confortaban, sobre todo al mirarle tan grandes y confiados como ahora. Duane la colocó a su lado en el viaje de regreso. Existía una mutua necesidad de compañía en medio del espacio omnipresente.

Septiembre cedió el puesto a octubre y los arces compitieron con los robles en un delirio de tonos bermejos, leonados y pardos. La Tierra palpaba de actividad. Se industrializaba África, se aprovechaba la energía de la corriente del Golfo, se capitalizaba la energía del Sol, Rusia socialista, poderosa y desafiadora en el hemisferio oriental, ponía dique al peligro amarillo en el norte de Asia.

Los que fueron los Estados Unidos, sometidos a la dictadura de un socialismo industrial y capitalista, más ricos y poderosos que nunca, apartaban a los ineptos, eliminaban a los tarados mediante la eutanasia y esterilizaban a los criminales; al mismo tiempo, intentaban erigirse en dominadores del mundo occidental.

La rivalidad económica en el nuevo mercado de África provocó situaciones de tirantez entre Inglaterra y los Estados Unidos. El espantoso mecanismo oculto de la competencia y la insensatez diplomática parecían conducir a una nueva Guerra Mundial. Rusia y los Estados Unidos contra Japón e Inglaterra era el nuevo reparto de alianzas entre los titanes, mientras el resto del mundo iba a verse incluido en un holocausto que sin duda representaría el fin de la civilización.

Duane hojeó el periódico. Los titulares decían: «Japón crea una nueva milicia auxiliar femenina;

Gran Bretaña afirma poseer un nuevo germen terriblemente letal».

—El mundo está loco —musitó—. Espero que esta matanza haya terminado antes que regresemos.

Las reformas del «Pájaro Blanco» estaban muy adelantadas: ajustes en los delicados mandos de energía para que la nave tuviera más empuje, Correcciones en su casco sensible para aumentar al máximo la captación de rayos cósmicos, de la atracción gravitatoria y las repulsiones atómicas; corrección de los instrumentos a favor de la precisión. Tales cambios debían quedar ultimados para que el «Pájaro Blanco» emprendiera su tremendo viaje hacia el fin del universo.

Los trabajos progresaban y el mundo se hundía en el desastre. Las nubes de la guerra, que ya se divisaban, eran cada vez más negras, y Duane se impacientaba. ¿Qué importaban las querellas de la humanidad, cuando estaba a punto de realizarse un proyecto tan vasto?

Diecinueve de octubre. La niebla inauguró el día en Havenside. A mediodía lloviznaba y el cielo era de un gris plumizo. Duane paseaba de un lado a otro, inquieto. Aquella noche tendría lugar el lanzamiento. El «Pájaro Blanco» se lanzaría hacia los confines del universo, en un intento de resolver uno de los mayores enigmas con que se enfrenta el hombre: el misterio del espacio.

Las doce en punto trajeron una nota agorera. Duane, como siempre que estaba nervioso, se sentó ante el piano portátil y tocó algunos pasajes de sus piezas preferidas: una fuga de Bach, el frenético ostinato del Bolero de Ravel, la briososa Malagueña de Lecuona, algunos compases de la suite Peer Gynt de Grieg. Y mientras tocaba, la magia de la supersónica transformaba, en una pantalla que tenía al frente, el sonido en luz y color tejiendo una sinfonía visible.

Duane había llegado a un impresionante pasaje de The Hall of the Mountain King cuando el televisor anunció lo siguiente: «El conde Katsu Irohibi, ministro de guerra de Japón, anunció a las 11.55 de esta mañana que su país estaba dispuesto a lanzar bombas de un nuevo tipo en cualquier parte del mundo y por mando a distancia, salvo que cese inmediatamente la agresión rusa en Asia Central, y los Estados Unidos e Inglaterra toleren la concurrencia japonesa en el desarrollo de África».

Duane sintió una creciente impaciencia. Angustiado, quiso volar inmediatamente al Everest y recoger a Anne. Pero la muchacha no estaría libre hasta las dos, cuando ella y el profesor Dowell hubieran analizado las fotografías de la noche anterior en un esfuerzo más por comprender el Cosmos y descubrir el secreto del asombroso vacío más allá de las nebulosas de la trigésima primera magnitud.



Aporreó sonatas, fugas y fragmentos de sinfonías. La llovizna se convirtió en un verdadero chubasco que azotó los robles y los álamos, arrancándoles rumores quejumbrosos.

Cerca de las doce y media, el televisor ladró: «Rusia ha reaccionado al ultimátum japonés de las 12.25 de hoy, desmintiendo que su presencia signifique una agresión, y afirmando su propósito de defender a ultranza sus derechos territoriales en Asia Central. Los gobiernos británico y norteamericano han presentado simultáneamente una toma de posición en cuanto a su política africana, negando el derecho de intervención a cualquier tercero. Las fuerzas defensivas y ofensivas de Rusia han sido movilizadas, al igual que las del Japón, según informaciones no confirmadas. Se espera que Inglaterra vote en cualquier momento una ley de emergencia nacional. Según informaciones procedentes de Washington, John L. Caverhill, dictador de los Estados Unidos, definirá en breve nuestra postura. La situación se ha vuelto más tensa. Los analistas temen una repetición de la Guerra Mundial a escala mucho más amplia. Se llevan a cabo grandes esfuerzos para evitar un conflicto armado pero...» Duane dejó de prestar atención.

¡Proféticas nubes de guerra! Los acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez en un mundo de frágil equilibrio económico. Duane volvió la espalda a la imagen del locutor y se dirigió hacia la estratonave.

Recibió toda la furia del temporal; pronto el agua corrió en hilillos sobre el impermeable que se había puesto. Era una lluvia densa, copiosa e incesante la que caía de los cielos color pizarra. Las naciones iban derechas al desastre, La amenaza de la guerra se cernía más oscura que cualquier nube. La matanza en masa estallarían quizás al anochecer..., y su sueño quedaría destruido. Duane no se hacía ilusiones. Sabía que si se declaraba la guerra iba a verse movilizado, como tantos otros millones de otros peones en aquella partida de los reyes de la economía. Él combatiría por razones de lealtad, patriotismo y otras muchas, pero lo haría de mala gana, al ver comprometida una meta mucho más elevada.

Tomó su estratoplano y se dirigió hacia el Tíbet. Cuando él llegara, Anne ya habría terminado. El viaje a través del infinito comenzaría al anochecer..., salvo declaración de guerra.

Cielos de un azul acerado se cernían sobre el Everest. Los conflictos entre naciones parecían incomprensibles y lejanos en el austero ambiente del Techo del mundo. El dedo que apuntaba al cielo desde el observatorio se elevaba como una torre eterna, un monumento de belleza perpetua, un desafío por encima de las embestidas del tiempo y la guerra, la edad y la decadencia.

Pero el televisor seguía vertiendo imágenes y palabras de espantoso significado: «El ministro de Guerra, Irohíbi, ha lanzado a la 1.10 una proclama según la cual todos los barcos rusos fondeados en puertos japoneses quedarán bloqueados. El embargo se aplicará hasta que Rusia dé una explicación satisfactoria de la misteriosa explosión que ayer destruyó la embajada japonesa en Stalingrado. Se ha informado que está teniendo lugar una gran concentración de la fuerza aérea rusa en las afueras de dicha ciudad. Al mismo tiempo, se recibió en Washington una segunda nota mediante la cual los japoneses reclaman privilegios de colonización sin restricciones en el territorio anglo-norteamericano de Tanesia, recientemente constituido en el sudeste de África. El Departamento de Estado aún no ha emitido una respuesta oficial, pero un boletín publicado hoy a mediodía anuncia el perfeccionamiento de un nuevo aparato bélico que envía ondas cortas a distancia, capaces de provocar por vibración, el derrumbamiento de edificios en cualquier punto dado. La situación es crítica. Es posible que la movilización sea ordenada esta noche».

Duane reprimió su angustia y fastidio ante la inminencia del peligro, aterrizó y se dirigió al observatorio.

El profesor Dowell paseaba con irritación de un lado a otro, retorciendo su bigote color arena.

—¡La guerra! ¡La guerra! —protestó—. ¡Quieren que elabore fórmulas para el lanzamiento de proyectiles! Quieren que les diga cómo disparar desde un punto situado a mil quinientos kilómetros para destruir todo lo que se halle en un radio de un kilómetro y medio. ¿Yo? ¡Prefiero trabajar en aquéllas! —apuntó con su delgado índice al cielo, aunque por ser de día no se divisaban las estrellas.

—Lo sé. También yo estoy preocupado. Esto parece el fin.

El astrónomo se indignó:

—¡Quieren almacenar municiones aquí! ¡Convertir esto en una santabárbara! ¡El mejor observatorio que existe en el mundo!

Duane intentó tranquilizarle.

—Aún no se ha declarado la guerra. Saben que, si eso ocurre, será el fin. Será la última guerra, y tal vez el fin de la civilización. ¿Adónde ha ido Anne? Esta mañana he sacado la licencia. Nos casaremos a las tres, y he adelantado nuestro despegue para las tres y diez.

El profesor se entregó a uno de aquellos rápidos cambios de humor que daban a su carácter un acento humano a la vez que extravagante.

—Así que, ¿desertando, eh? ¿En este momento trascendental, como dirían los historiadores?

—No —respondió Duane con gran serenidad—. Yo tengo una meta. Una meta excepcional, que tal vez haga avanzar al hombre más de lo recorrido durante los últimos dos mil años. Tengo una misión. Si fracaso, ¿qué importa una vida? Si triunfo, los beneficios serán incalculables. Si me quedo aquí..., ¿qué? Me maten o no, nada se gana. Por consiguiente, me voy. Si eso es cobardía, prefiero ser cobarde. Si se declara la guerra, tendría que ingresar en filas. Si debo ser sincero, me propongo emprender viaje antes que la guerra estalle.

Dowell siguió paseando de arriba abajo.

—¡Una locura! Todo es una locura. ¡Que declaren la guerra! La ciencia debe seguir avanzando.

Tal vez no se presente otra oportunidad de averiguar qué hay en los confines del universo.

Electrones y átomos. Universos como átomos gigantes de una molécula aún más vasta —se detuvo y contempló largo rato a Duane, con la cara de búho que le daban sus gruesos lentes.

—¡Vete! —le ordenó—. Estoy alterado. No sé lo que me digo. Busca a Anne y llévatela. ¡Les deseo felicidad! —bufó mientras trazaba nerviosos círculos, calculando..., ¿el qué?.

Duane se alejó de aquel espectáculo de un gran cerebro desconcertado por el presentimiento del desastre.

Anne estaba ocupada con las fotografías. Alzó la mirada cuando él entró en su taller.

—¡Hola! —le saludó—. Estoy bien, gracias, aunque no me lo hayas preguntado.

—Oye, Anne...

—Ya sé lo demás. Pero estas fotografías son lo más importante. No hay nada más allá de la trigésimo primera.

—Oiga, señorita...

—Y además...

Anne no terminó la frase. Repentinamente, se vio levantada por el aire y transportada afuera. Esto no pareció molestarle.

—¡Hola! —exclamó con sorpresa el profesor Dowell—. ¡Y adiós!

—¡Nos veremos a la vuelta! —gritó Duane.

—¡Buena suerte!

Duane hizo que Anne se acomodase a su lado en la cabina. Ella se recostó y se despezó de un modo nada femenino, aunque natural.

—Entonces, ¿nos casamos hoy? —preguntó afectando indiferencia.

—Así parece, pero no te preocupes. Podrás soportarlo y...

El televisor interrumpió el diálogo: «¡Llamada de emergencia! A las dos y cinco de la tarde, Japón ha declarado la guerra a Rusia. El Banco de Inglaterra acaba de anunciar una emisión de Deuda por mil millones de libras, que espera cubrir mediante suscripciones populares. El ministerio de guerra de los Estados Unidos ha puesto en vigor la ley de movilización de 1943. Todos los varones inscritos como electores deberán presentarse en la jefatura militar de su demarcación antes del anochecer».

Duane pilotaba el estratoplano a máxima velocidad.

—Eso, ¿qué significa? —inquirió Anne.

—El fin —respondió Duane, sombrío—, si no logramos salir antes.

El estratoplano volaba hacia el oeste sobre el Atlántico. Divisaron la ciudad de Nueva York, que parecía un juguete fantástico con sus torres y obeliscos, sus perspectivas de jardines colgantes y palacios celestes, todo ello difuminado por la cortina de lluvia que aún caía.

Duane se dirigió al norte de la ciudad y aterrizó en Havenside. Se detuvo junto al hangar que cobijaba el «Pájaro Blanco», mientras la lluvia caía por su rostro y su impermeable, y miró sonriendo a su futura esposa. Aunque procuraban aparentar indiferencia, Duane intuyó el remolino de fuerzas oscuras y siniestras que amenazaba sus vidas, y experimentó por contraste una oleada de emoción.

Un pequeño avión azul salió de entre los nubarrones plomizos y voló hacia ellos.

—Ahí llega el sacerdote con el representante de la Oficina Nacional de Matrimonios —bromeó Duane.

Anne, súbitamente agitada y ruborosa, dijo:

—Oye, querido, si no te molesta iré a arreglarme un poco —empezó a dirigirse hacia el bungalow de Duane—. ¡Qué día tan espantoso!

El chubasco había empapado la tierra y los árboles, y se formaban charcos en todos los agujeros.

¡Una ráfaga de sonido, una explosión semejante a un trueno estremeció el aire! El televisor de la estratonave anunció: «Una terrible explosión ha destruido el centro de Nueva York. La explosión fue precedida por un silbido agudo. La guerra ha comenzado sin previa declaración oficial. Como recuerdan nuestros espectadores, Japón anunció el descubrimiento de un nuevo explosivo que podía ser lanzado en forma de bomba, por mando a distancia, sobre cualquier punto del globo. ¡Atención!

Se acerca un segundo silbido...»

Del televisor surgió un estampido ensordecedor. Luego, el silencio. Fuera, hacia el sur, se divisaba un resplandor. Duane levantó la mirada. El avión azul era violentamente sacudido por los torbellinos de aire. El vendaval arrollador lo envió hacia arriba y luego lo derribó en barrena hacia el suelo. Brotaron llamas y los restos del aparato se convirtieron en una pira funeraria.

Una ráfaga de lluvia azotó el rostro lívido de Duane.

—Ha estallado la guerra —dijo fría y rápidamente—. Recoge lo que necesites. ¡Nos vamos en seguida!

Anne le abrazó como una niña y apretó su húmedo rostro contra el suyo. Le dio un beso y se alejó corriendo hacia la casa, después de prometer que volvería inmediatamente.

Duane abrió el hangar y sacó la nave espacial. El «Pájaro Blanco» estaba colocado sobre plataformas autotransportadas. Su plateada transparencia brilló a la luz del día. Sus máquinas, visibles en los compartimientos delantero y trasero, eran de un diseño insólito,

nunca visto. En mitad de la nave se hallaba la bodega que servía para almacenar las provisiones esenciales. Detrás se encontraban las cabinas. Los mandos e instrumentos se alojaban detrás de la cámara de energía delantera. Una puerta, ajustada con tal precisión que resultaba imperceptible, constituía la única entrada, a mitad de camino entre la proa y la popa.

Duane hizo una rápida revisión general. El largo casco aerodinámico, de extremos en ojiva, estaba en perfectas condiciones. Esperó con impaciencia, mirando a través de la niebla y la lluvia hacia su chalet. Se sintió aliviado al ver que Anne salía corriendo.

Se oyó un silbido lejano. Duane palideció.

—¡Date prisa! —gritó.

Una llamarada se alzó detrás de su hogar. Fragmentos colosales de tierra y roca salieron disparados hacia el cielo y un viento huracanado derribó la casa. La lluvia le golpeó como si fuese un millón de agujas. La explosión le hizo caer al suelo y arrancó al «Pájaro Blanco» de sus soportes.

—¡Duane!

La débil llamada lo sacó de su embotamiento. Tambaleándose fue hacia el lugar donde había visto a Anne por última vez. Apartó tablas y cascotes con una fuerza increíble. Seguía lloviendo, pero la lluvia negra de despojos había terminado.

De algún modo logró abrirse paso hasta Anne, sin dejar de maldecir al destino y a los dioses de la guerra, que se habían burlado de él. Reinaba un silencio mortal. Sólo la lluvia caía interminable mientras los robles derribados y los matorrales arrasados sonaban con el espantoso y fangoso chapoteo de la vegetación húmeda.

Anne agonizaba.

Para Duane, fue el momento más desgarrador de su vida. Miró sin comprender el rostro hermoso, blanco y sereno, cuya inmovilidad le anunciaba la pérdida del sentido de su vida. Ante la catástrofe, el proyectado viaje carecía de importancia.

Anne abrió los ojos con dificultad. Movié los labios.

—Vete —susurró—. Querido, yo estaré contigo. ¿Recuerdas lo que dije hace algunas semanas, cuando regresábamos del Everest? Nada tiene principio ni fin. Todo continúa para siempre, lo mismo que tú y yo.

Un velo de tristeza cayó sobre sus ojos dándoles una expresión sobrenatural que sólo un místico habría sabido interpretar. Si aquello era la muerte, entonces la muerte era el supremo éxtasis. El esfuerzo de hablar la había agotado. Duane acercó el oído a los labios de ella; su voz parecía llegar desde una distancia infinita, pronunciando una última intimación, débil y apenas audible:

—¡Vete!

En sus ojos había deseo y amor, paz y ensueño.

El abrazo que pidió, el beso que Duane le dio, fueron el sello de la muerte y la prenda de la separación.

Principio y fin. ¿Fin o principio? Aquellas palabras resonaban como una monótona cantinela en sus pensamientos cuando se incorporó mirando al vacío con una mueca de dolor, una expresión extraña y crispada que desfiguraba su rostro. Fue como si intentara comprender un hecho sencillo que todavía lo esquivaba.

¿Por qué irse? ¿Adónde? La guerra extendía su mancha roja alrededor del globo. Sería obligado a quedarse. Pero la guerra había separado a Anne de él. El odio contra el hombre y sus obras salvajes agitó su mente, surgió como un fondo carmesí en el negro tapiz de sus pensamientos. Vete..., vete..., vete... Tal había sido la voluntad de Anne.

A lo lejos volvió a oírse el pavoroso silbido de los proyectiles de radio. La Tierra se estremecía bajo los estampidos y detonaciones. Humos de olor ácido y repugnante invadieron sus pulmones.

El aire se hacía venenoso.

El resplandor de una gran explosión enrojeció el cielo sobre el centro de Nueva York y tiñó de un escarlata humeante la cortina de lluvia. Había tomado la decisión. Entró en el «Pájaro Blanco».

Cerró la puerta a su espalda. La energía liberada brotó de las tres toberas posteriores. El aparato despegó, se elevó en amplia trayectoria y desapareció como un espectro entre la lluvia y las tinieblas, mientras gigantescas llamas devoraban lo que momentos antes eran florecientes ciudades.

#### 4

La extensión del infinito, tan impresionante, tan sugerente de misterios que la mente jamás ha resuelto, contribuyó a aliviar la tristeza de Duane. Jamás olvidaría totalmente, pero estando rodeado de esplendores y enigmas cósmicos... Y, superado el límite, ¿habría otro comienzo? ¿Qué hallaría más allá de las últimas estrellas? Si Dowell estaba en lo cierto, las estrellas no serían más que los electrones en vibración de un átomo gigantesco. Si la dilatación del «Pájaro Blanco» se producía tal como lo habían supuesto, ¿podría observar Dowell su viaje, vería alargarse y hacerse más tenue su nave mientras se alejaba en el espacio, hasta volverse invisible debido a la distancia y la atenuación?

La luz inundó el «Pájaro Blanco». El Sol aparecía radiante y la Luna brillaba; en cambio, el cielo era como un terciopelo negro adornado con enjambres de estrellas, no sólo arriba, sino abajo y en todas direcciones. El viajero se sintió de nuevo sobrecogido por el misterio de las cosas, por la inmensidad aplastante del universo, a medida que se alejaba de la Tierra.

Tenía que irse. Todos sus sueños quedaban enterrados, Como para simbolizar su huida —¿o era una búsqueda?—, aumentó gradualmente la energía de los rayos cósmicos, que lanzaron al «Pájaro Blanco» a velocidad acelerada hacia la constelación Cygnus. Lo mismo le daba, pero Cygnus, el Cisne, estaba en lo alto cuando salió del manto atmosférico que cubría la Tierra, y por eso continuó hacia ella.

No iba a faltarle energía. El cosmos tenía más de la que él podía consumir. Su mecanismo impulsor captaba rayos luminosos, rayos cósmicos, rayos infrarrojos y radiaciones de todo tipo, lo mismo que la radio capta ondas, y los transformaba en energía. Ésta bombardeaba la materia que había detrás de su trayectoria, con tal fuerza que lo hacía avanzar. Sólo existía un límite teórico a la velocidad que podría alcanzar: el que impusiera la naturaleza de las cosas.

Aunque durante los ensayos experimentales no había alcanzado ni con mucho la máxima potencia del «Pájaro Blanco», sabía que era capaz de superar la velocidad de la luz. También sabía que se produciría una metamorfosis cuando excediera la velocidad de los rayos luminosos. Según las leyes expuestas por Einstein decenios atrás, el «Pájaro Blanco», su contenido y él mismo sufrirían un cambio, un alargamiento en el sentido del vuelo. Tal dilatación dependería de la velocidad.

Podía calcularla, pero nunca comprobarla físicamente porque, con excepción de las estrellas, no tendría con qué compararla. Una dilatación transversal acompañaría a ese estiramiento; un crecimiento inconmensurable en los sentidos de popa a proa y de babor a estribor del «Pájaro Blanco».

Los planetas Saturno, Urano, Neptuno y Plutón quedaron detrás. Quedaba frente a un gran vacío de cuatro años-luz, hasta llegar a la primera estrella de la galaxia donde se halla el Sistema Solar:

Alfa Centauro. El Sistema Solar se redujo a un simple punto. La luz brillante que iluminaba el interior del «Pájaro Blanco» fue reemplazada por el resplandor de las estrellas. Duane no conectó el alumbrado; prefería aquella luminosidad tenue y suave.

No había nada que hacer, poco que calcular, nada sino esperar hasta acercarse a la meta. El peligro de una colisión siempre estaba presente, pero se podía confiar en las

defensas automáticas del «Pájaro Blanco», que le permitirían evitar cualquier masa importante. Luego, cuando navegase a la enorme velocidad final que deseaba alcanzar, prácticamente ninguna masa inferior a un sol perturbaría su crucero. La dilatación le volvería tan tenue, su estiramiento y su separación atómica serían tan tremendas, que se aproximaría a las condiciones de un gas y literalmente atravesaría los cuerpos interpuestos.

Desfilaron las estrellas, y las constelaciones quedaron atrás. Cygnus desapareció, la Osa Mayor mudó de perspectiva, el lucero de la tarde desapareció, Betelgeuse y Antares fueron rebasadas, soles de segunda y tercera magnitud aparecieron tan brillantes como las viejas estrellas de primer orden.

La velocidad aumentó. Duane alcanzó la velocidad de la luz y la rebasó. El «Pájaro Blanco» avanzó con furia ciclónica. Superó decenas, cientos, miles de veces, la velocidad de la luz.

Dejó atrás las estrellas de octava, novena y décima magnitudes. Su velocidad seguía aumentando.

El hombre que observaba los mandos tenía una expresión fija y diabólica. Parecía gozar amargamente al aumentar la velocidad del «Pájaro Blanco» a cifras que la imaginación apenas podía concebir.

La nebulosa más distante se hallaba a unos ochocientos millones de años-luz. Aunque volara un millón de veces más rápido que la luz, tardaría ochocientos años en llegar al límite. Incluso a una velocidad de un año-luz por segundo, se invertirían más de veinte años en alcanzar la meta, De modo que siguió absorbiendo energía del universo a ritmo creciente, lanzando el «Pájaro Blanco» a través del espacio a una velocidad inaudita y pavorosa, que ahora alcanzaba valores de decenas y cientos de años-luz por segundo.

Duane, agotado, cayó en un profundo sueño. Los mandos automáticos quedaron conectados. No le importó demasiado si funcionaban bien o no. La aventura emprendida y la tragedia que había sufrido aquel día desafiaban a todo análisis racional.

La eterna procesión continuó. Despertó y vio las estrellas y soles en forma de rayos longitudinales de luz. Los cielos presentaban un aspecto extraño. No reconoció ningún objeto sino muy lejos, al frente, puntos estelares; rayas paralelas a su nave; un empequeñecido laberinto de puntos de luz distantes a sus espaldas: eran realidades intangibles.

Al frente la oscuridad se hizo absoluta. La Vía Láctea y su espectacular infinidad de soles se convirtió en algo así como un sueño. Cruzó esta galaxia como una niebla de extensión pavorosa.

Abarcó los vacíos eternos. Ahora el espacio era una inmensidad brumosa donde las nebulosas, los universos como islas, esparcidos a lo lejos en pródiga escala, avanzaban hacia él saliendo de la profundidad cósmica con resplandor primigenio. Una procesión de campos de estrellas desfilaba con vigor juvenil, de creación recién nacida. Era el peregrino de las estrellas, el viajero que utilizaba las galaxias siderales como fugaces etapas hacia la oscuridad externa.

Transcurrieron días y noches, aunque no en el sentido corriente, sino como giros incesantes de las estrellas, paso de constelaciones, recorrido de nebulosas, cúmulos y grandes conglomerados de gases en cuyo seno tal vez tenían lugar el nacimiento o la muerte cósmicos.

La velocidad del «Pájaro Blanco» aumentó aún más. La vasta brecha entre el Sistema Solar y Alfa Centauro, una distancia tan enorme que la luz necesitaba cuatro años para recorrerla, habría representado una fracción de segundo a su velocidad actual. Las lentes más rápidas, el ojo más ligero, no habrían servido para captar su paso. El «Pájaro Blanco» voló más rápido que un sueño, avanzó a través del infinito casi con la rapidez que emplea el pensamiento para abarcar los espacios.

Un ciclón sería estático comparado con el «Pájaro Blanco». Una bala, un meteorito, la luz misma, eran tortugas en relación con él. Dejó atrás los confines del universo a cientos y miles de años-luz por segundo. Una llamarada en el infinito, un proyectil plateado a través de la oscuridad, un espectro más fugaz que los mensajeros de la muerte, el «Pájaro Blanco» venció al universo conocido y continuó.

Importantes constelaciones como la misma Cygnus, cuya grandeza se revelaba al acercarse, quedaban convertidas en líneas que destellaban a su alrededor y luego se desvanecían en un cúmulo, un punto, una mota, hasta no ser nada.

Mientras tanto, y de acuerdo con la teoría, el «Pájaro Blanco» sufrió una transformación, se alargó, se dilató cada vez más a medida que aumentaba la velocidad. Pero Duane nunca lo notaría, pues él formaba parte de ese cambio.

A la escala terrestre el «Pájaro Blanco» debía tener cientos, tal vez miles de kilómetros de longitud, tan disperso como para resultar casi evanescente, tan nebuloso y desfigurado como para semejar una niebla. Según los cálculos, también estaba consumiendo tiempo, pues su relación con el cosmos había sido profundamente alterada. Lo que él percibía como mil kilómetros eran en realidad mil años-luz, y lo que le parecía un segundo debían ser indudablemente algunos siglos de tiempo terrenal.

Si Dowell le observaba, debió ver cómo el «Pájaro Blanco» se convertía en algo así como un meteorito, una niebla vaporosa, un halo gigantesco, arrojado y dilatado al infinito, hasta desvanecerse al exceder la velocidad de la luz. Su imagen tardaría horas o años en llegar hasta el reflector de Dowell.

Ahora no importaba si atravesaba soles o planetas. Los mandos automáticos dirigían al «Pájaro Blanco»; en teoría, a tan terrible velocidad, y dada la dispersión de sus propios átomos, atravesaría los sólidos igual que el aire pasa a través de una esponja. ¿Energía? Todo el espacio contenía energía invisible. Ni siquiera había empezado a gastar aquella provisión inagotable, pero no se atrevía a aumentar la velocidad, temiendo que el «Pájaro Blanco» llegase a ser del todo incontrolable.

La nave de cristalita atravesó vacíos y eones en cuestión de instantes. Las nebulosas de vigésima magnitud quedaron atrás. Soles blancos y estrellas azules, anaranjadas o verdes resplandecían como joyas eternas sobre el tapiz colosal de la noche. La procesión se acercó y quedó a popa. Las hordas de sistemas estelares se redujeron. Las nebulosas espirales, las negras nubes de gas, los universos aislados y los caos de creación llameante disminuyeron. Se acercaba el instante definitivo.

Sólo mediante una comparación podía captar el cambio sufrido. Al principio, las galaxias habían parecido figuras gigantes y llameantes, donde se acumulaban miles de millones de estrellas.

Ahora parecían discos opacos y borrosos. Por esa disminución, Duane sospechó que su propia extensión y dilatación habían alcanzado una magnitud increíble. ¿Habría superado el «Pájaro Blanco» en tamaño a la Tierra, al Sistema Solar o incluso su galaxia? Jamás lo averiguaría con exactitud, aunque se sabía Coloso inconmensurable.

¿Qué iba a encontrar? Algunos científicos han afirmado que el universo se dilata, y que se crea espacio a medida de tal expansión. ¿Qué ocurriría si esto era cierto y si el «Pájaro Blanco», dada su velocidad, rebasaba el límite? Otros astrónomos han dicho que el espacio es infinito en todas direcciones. ¿Debía seguir viajando hasta envejecer y morir, en vano intento de alcanzar un límite inexistente?

Otros profetas apuntan que todos los cuerpos del universo tal vez no sean sino partículas de un superátomo, integrante de un universo mayor. Si esto resultaba cierto, ¿sería ese superuniverso un simple escalón, un átomo mayor de un cosmos aún más gigantesco? ¿Dónde estaba el fin? En cambio, si fuesen ciertas aquellas teorías matemáticas, según las cuales el espacio está sometido a una curvatura, ¿no acabaría por regresar a su punto de partida...?

A Duane le dolía la cabeza. ¡Las posibilidades eran tan amplias, y la capacidad humana tan limitada! ¡La vida era tan corta y la verdad tan difícil de abarcar! Aquella era una exploración que versaba sobre los interrogantes más profundos de la mente, superando las más antiguas especulaciones de la filosofía.

«Hasta aquí llegará el hombre, y no más lejos.» Enseñanzas apenas recordadas volvieron a su cerebro. «Quien busca encuentra.» ¿El qué?, meditó. «Difícilmente llegamos a formar concepto de las cosas de la Tierra; y a duras penas entendemos las que tenemos delante de los ojos», había dicho un místico.

¿Quién estaba más cerca de la verdad? ¿Dowell, con su teoría acerca de un gigantesco mundo-átomo compuesto por vibraciones electrónicas representadas por todas las estrellas de todas las galaxias de todo el universo conocido por el hombre? ¿Einstein? ¿Jeans? ¿O algún desconocido profeta? Duane sacudió la cabeza como para quitarse un peso abrumador. Eran pensamientos demasiado complicados e inconcebibles para una mente mortal, cuya razón podían hacer vacilar.

Ahora brillaban cerca las últimas estrellas. Pasaron, y un sol esmeralda delimitó los confines del espacio.

Más allá se abría la oscuridad, una oscuridad total y absoluta. Atrás quedaban la Tierra y el Sol, estrellas y constelaciones, galaxias y campos de estrellas, cientos de millones de soles, billones de estrellas, millones de millones de millones de kilómetros. Cifras enormes, comprensibles tan sólo en los cálculos matemáticos de la astrofísica. El joven sol esmeralda, brillando con la radiante belleza de lo recién creado, pasó y fue uno más junto a los trillones de estrellas que quedaban atrás. Duane se volvió. El vasto conglomerado de puntos de luz se alejó hasta convertirse en un resplandor, una vaga luminosidad, y luego se borró misteriosamente. El fenómeno le desconcertó hasta que encontró una explicación: ¡Los rayos de luz ya no podían alcanzarle!

Ni la soledad, ni el temor a la oscuridad, ni el hondo sentimiento de impotencia al verse arrastrado por fuerzas pavorosas a lugares ignotos y lejanos, ni la nostalgia de la dulce compañía de Anne —que ahora le embargaba—, se habían combinado nunca para aterrar de modo tal a una criatura mortal. La oscuridad era completa, tan absoluta que le dolían los ojos, y no logró distinguir ningún punto de su nave, ningún objeto, ni siquiera la mano que colocó delante de los ojos.

El horror ante aquella oscuridad infinita, aquel vacío absoluto, se apoderó de él y le hizo temblar, con algo parecido al terror ciego, mientras procuraba localizar los mandos de la iluminación interior de la nave. La luz le alivió, hasta que echó una ojeada al indicador de velocidad. La del «Pájaro Blanco» disminuía rápidamente.

¿Estaba tan vacía aquella inmensidad, que ni siquiera había radiaciones cósmicas que alimentasen sus motores? ¿O acaso estaba siendo frenado por algún influjo desconocido pero terrible? ¿El «Pájaro Blanco» sería vencido por la inercia, que significaba la muerte en aquel negro vacío? ¿Qué fuerzas predominaban en él?

¿Cuál era la naturaleza del resplandor difuso y débil, semejante a una pálida niebla, que poco a poco iba ocupando el lugar de un vacío más negro que el carbón?

Las esperanzas del viajero renacieron. Sintió una excitación incontrolable y observó con dolorosa intensidad la lejana claridad. ¿Habría seguido una curvatura del espacio, y regresaría ahora a su universo? ¿Había saltado el «Pájaro Blanco» algún abismo titánico hacia un nuevo universo? ¿Se zambulló en el enorme átomo imaginado por Dowell? ¿Era de verdad un Coloso, y vería cumplido el ancestral deseo humano de ser un gigante?

¡Colosales especulaciones de un viaje colosal!

La niebla se acercó. La velocidad del «Pájaro Blanco» se redujo a miles, cientos y por último a tan sólo decenas de años luz por segundo. Duane experimentó una animación y un vértigo muy extraños. Le parecía estar lleno de energía y fuerzas desconocidas. Luego se sintió muy débil, sometido al juego de leyes extrañas. Sus sensaciones desafiaban todo análisis. Su mente, aún regida por principios terrestres, no podía comprender lo que



ocurría. Ya se empezaba a distinguir entre la oscuridad y la luz. Notó un estremecimiento y un temblor del «Pájaro Blanco», como si la nave fuese una criatura de aguas profundas atrapada por las corrientes e impelida hacia la superficie.

Un choque seguido de un salto violento le aturdió.

Literalmente, había quebrado el espacio.

5

Cuando los embotados sentidos de Duane volvieron a funcionar, miró sobrecogido a su alrededor e intentó comprender lo sucedido. La lucidez volvió, poco a poco, pero aun así le resultó difícil comprender lo que le rodeaba.

La luz inundaba su compartimiento, una luz blanca y brillante que a sus ojos resultaba extrañamente tranquilizadora y benigna, a diferencia del resplandor solar. El «Pájaro Blanco» reposaba en una superficie plana y vítrea, de unos cien metros de largo por diez de ancho. Muy por debajo de él divisó una planicie de color caoba que se extendía a gran distancia, hasta caer verticalmente y a una profundidad desconocida. Más lejos se adivinaba el fondo, que supuso ser tierra firme. En el segundo nivel se alzaban dos torres como de bronce que sostenían el rectángulo de cristal sobre el cual se hallaba el «Pájaro Blanco».

¿Qué significaba aquello?

Alzó la mirada. ¿Qué era aquel círculo descomunal que aparecía en lo alto?

Miró a un lado. ¿Qué eran aquellos monumentos colosales y almenados, que semejaban un engranaje gigante y sugerían pavorosas ilusiones de una geometría tetradimensional? ¿Qué eran aquellos otros bultos macizos que se elevaban hasta alturas vertiginosas?

Un temor fulgurante le paralizó cuando, en una ráfaga de intuición, adivinó dónde estaba.

¡El «Pájaro Blanco» se hallaba sobre el portaobjetos de un microscopio! La segunda planicie era el tablero de una mesa, y la tercera el suelo. Las montañas metálicas y de formas geométricas, eran aparatos y máquinas. Otras formas que se extendían hacia lo alto eran seres vivientes. ¡Había atravesado el átomo representado por su propio universo y acababa de surgir en un planeta de un universo mayor, un superuniverso!

La inmensidad y la amplitud que le rodeaban, las hectáreas y kilómetros cuadrados de terreno, le hicieron vacilar. Todo era de una escala gigantesca a la que costaba acostumbrarse. Pero cuando miró con más atención hacia arriba, se le representó la verdadera magnitud de cuanto le rodeaba.

Hacia lo que parecía el horizonte, visto como a través de una ligera niebla, más allá de planicies y montañas que no eran sino mesas y máquinas, se elevaban paredes más descollantes que las cumbres del Himalaya o los riscos de la Luna, paredes descomunales abovedadas hacia el cenit, donde había una abertura por donde asomaba un tubo monstruoso cuya longitud debía ser de varios kilómetros.

Dos seres extraños estaban en pie cerca de dicho tubo, y un tercero se hallaba junto a una mesa situada a lo lejos, a un lado; un cuarto manipulaba una masa de aparatos metálicos de color azul y blanco cuya naturaleza no conseguía adivinar, mientras un quinto se inclinaba sobre el gran microscopio.

Por último, Duane comprendió dónde estaba. ¡Aquella extensa región de llanos y precipicios era sencillamente un gabinete, un observatorio, y los individuos eran astrónomos que estudiaban el espectáculo de los cielos en lo alto!

Desconcertado aún por el desenlace de su odisea, se vio de nuevo invadido por el asombro.

¡Dowell había acertado con su sorprendente teoría! Todo el universo recorrido era sólo un átomo, que tal vez danzaba por el aire en aquellos momentos, o tal vez era parte del

portaobjetos, o el centro del planeta en donde se encontraba. Nunca lo sabría, pues para él estaba tan perdido como los tesoros de Atlántida. Pero el nuevo universo, con sus dimensiones y su infinidad de componentes, sólo era una partícula en su propia esfera. ¡Debían existir otros mundos, nuevos cosmos llenos de estrellas, soles y cometas! Y más allá..., ¿qué? Su mente, fatigada de especular a semejante escala, se volvió hacia los seres.

Eran Titanes. Comparados con Duane, el Coloso de Rodas era infinitamente más pequeño que la partícula material más pequeña. ¡Comparado con los Titanes, Duane era insignificante como un gusano!

De estructura antropomórfica, poseían a la vez características sorprendentemente humanas y rasgos extraños. A Duane le recordaron —¡pero en tamaño gigantesco!¼ las esculturas de la isla de Pascua, ya que estos Titanes tenían cabeza de nuca chata, frente alta e inclinada, ojos profundos, nariz regia y labios delgados y ascéticos sobre una mandíbula sobresaliente. Ninguna raza de conquistadores presentó jamás semejante aspecto de fuerza, austeridad, inteligencia y dominio.

Deiformes, encarnación de la supremacía, aquellos colosos eran aún más impresionantes por la textura radiante de su piel, que era tan blanca y tersa como el reflejo del hielo o el resplandor de un diamante blanquiazul. El oscuro conocimiento de aquellas entidades, ¿acaso había penetrado hasta las mentes de las razas de la Tierra, contribuyendo a desarrollar la noción de deidad? ¿Eran aquellos los prototipos que posaron ante los desconocidos escultores de la isla de Pascua?

Duane, triste y cansado, añoró la compañía de Anne, la presencia de un ser humano que le hubiera acompañado en aquella odisea, donde había vencido el espacio, aunque sólo para verse arrojado a nuevos y mayores misterios.

Lejos, lejos en lo alto, se erguían los Titanes de una legua de altura, creaciones macizas que habrían dominado hasta a los habitantes de Brobdingnag. Las túnicas rojas que vestían daban una mancha de color a la blancura de sus cuerpos ciclópeos.

Por el movimiento de sus labios, el terráqueo notó que hablaban, y la curiosidad pudo más que el temor. Abrió cautelosamente la escotilla del «Pájaro Blanco». El Titán que manejaba el telescopio habló. En la extensa pero diáfana resonancia de su voz, Duane distinguió una sílaba inexistente en ningún idioma de la Tierra. El Titán situado junto a los mecanismos accionó una palanca y de la máquina salieron cinco golpes de gong. El primer Titán observó por el telescopio y volvió a hablar, pronunciando otra sílaba distinta. El mecanismo sonó una vez.

Duane comprendió entonces. El primer Titán, que evidentemente era astrónomo, estudiaba un cuerpo celeste e indicaba la posición a su compañero, quien anotaba la cifra. Por tanto, la primera palabra significaba «cinco» y la segunda «uno». Anotó las sílabas con la mayor aproximación posible.

El astrónomo volvió a hablar, y el que anotaba apretó la palanca, pero no resonó ningún gong.

«Nada o cero», escribió Duane. El último número fue «nueve».

Reinó el silencio y el intruso distinguió, sobre un gran espejo situado junto al que apuntaba, la imagen de un campo estelar. Supuso que los Titanes estudiaban un cuerpo de aquellos. El astrónomo habló y el que apuntaba levantó la cabeza. Duane escribió las dos palabras que supuso ser el nombre del que manejaba los complicados mecanismos.

Luego los campos estelares iniciaron un desplazamiento aparente acercándose cada vez más, hasta que un solo planeta luminoso destacó claramente en el centro del espejo. El astrónomo dio una orden, la imagen fue detenida y Duane apuntó la transcripción fonética de la orden «alto».

Mientras tanto, el temor a ser descubierto había disminuido, pues la atención de los gigantes estaba concentrada en otro punto. Su curiosidad aumentó. ¿Por qué interesaba

tanto a los grandotes aquel astro o planeta? ¿Quiénes eran, y cómo funcionaban sus aparatos? Deseó poder comprender todo lo que decían; con un poco de tiempo lo conseguiría, pues había formado ya una buena lista de palabras fundamentales: varios símbolos matemáticos, el concepto «cero», algunas órdenes como «alto», «adelante» o «en marcha» y el verbo «ser», los nombres de tres titanes y varios adjetivos de cuyo significado no estaba seguro aunque le parecía entenderlos más o menos.

El cúmulo estelar fue amplificado hasta que sólo un cuerpo llenó la superficie del espejo. El que anotaba movió ruedas y palancas y la esfera, ahora discernible como un planeta que se aproximaba rápidamente, rebasó de la pantalla del reflector.

Los Titanes se reunieron alrededor del espejo. La superficie del satélite avanzó hacia ellos. Mares y continentes pasaron a ser visibles. Masas oscuras de bosques y montañas contrastaban con formaciones que parecían pueblos o ciudades. Se vieron senderos, árboles, cabañas y lagos. Por último, el que anotaba accionó un mecanismo de aquella maravilla óptica y la imagen volvió a quedar inmóvil.

Allí, en la imagen desplegada, se veía con toda nitidez el claro de un bosque. Árboles extraños y exóticos, que recordaban los del período carbonífero en la Tierra, alzaban hacia el cielo grandes copas cónicas de hojas, capullos y flores totalmente abiertas. El terreno estaba cubierto de helechos y flores brillantes, corolas orquidáceas y capullos pardos de alhelíes dobles.

Amanecía, y se filtraba a través de la vegetación una claridad blanquiazul. Las sombras se acortaron. Las mariposas revolotearon y pájaros de plumaje brillante se remontaron con melodiosos gorjeos matinales. Un animal parecido al ciervo pasó mientras un conejo brincaba en busca de desayuno. Otra bestia parecida a una gran ardilla, pero con piel brillante y alas de murciélago, revoloteó hasta la orilla de un estanque. Después de beber ávidamente, se alejó retozando por el bosque.

Un sendero conducía al estanque. Mientras los Titanes y Duane miraban, apareció una muchacha.

Nada de lo vivido durante aquellas semanas turbulentas afectó tanto a Duane como el espectáculo de la muchacha. Era distinta de las mujeres terrestres y, a la vez, poseía cierta semejanza. Pensó que se parecía a Anne..., ¿o sería tal impresión una simple expresión de sus deseos? La muchacha bailaba en la quietud del amanecer. Estaba desnuda. Su cuerpo ágil, moreno como el trigo maduro, trazó piruetas alrededor de los árboles, y sus pies ligeros se hundieron en el musgo. Su cabellera color esmeralda flotaba a su alrededor y sus ojos ambarinos eran acuosos y seductores. Animaba el rostro un resplandor dorado. Sus dedos eran tan delgados que parecían no tener huesos, y revelaron su flexibilidad cuando ella los unió y los entrelazó en súplica al amanecer.

La escena era de una belleza exquisita, desde los pétalos exuberantes de las flores y la alfombra de musgo hasta los árboles exóticos, desde la joven bailando bajo los rayos del amanecer hasta la luz que resplandecía entre ramas y hojas y formaba sobre el suelo dibujos de claroscuro caprichoso.

Luego la muchacha alzó sus brazos al cielo y levantó el rostro para saludar al sol. En aquel claro parecía más hermosa que una náyade mitológica. Entreabrió los labios y Duane casi creyó oír la extasiada canción que entonaba. Luego volvió a danzar con descuidado abandono, se volvió hacia la orilla del estanque, se zambulló y rió de su propio reflejo que se ahogaba en las aguas.

La atención de Duane regresó poco a poco de la poesía y el encanto de aquel idilio, solicitada por un ruido atronador que retumbó en el aire. Los Titanes conversaban excitados, y uno de ellos parecía burlarse de sus compañeros. A juzgar por sus gestos, restaba importancia al espectáculo que acababan de presenciar en la pantalla. Luego se alejó del círculo y en dos frenéticos pasos regresó al microscopio para continuar la investigación recién interrumpida.

Duane captó el peligro al tiempo que abría frenéticamente la puerta del «Pájaro Blanco». Pero era demasiado tarde. La puerta se hallaba parcialmente cerrada cuando un poderoso grito salió de la garganta del gigante. Los demás se volvieron y comenzaron a acercarse. ¡Dos dedos grandes como barriles tomaron los bordes del portaobjetos y lo levantaron con violento impulso ascensional!

6

Aquella trayectoria casi vertical que lo elevó un kilómetro en un segundo, fue más mareante que una larga caída. Duane tembló durante el sencillo aunque peligroso incidente que se produjo después.

El gigante lo levantó hasta el nivel de sus ojos y lo contempló fríamente. Su ojo, enorme como un salón, de insondables profundidades negras y pupila penetrante e hipnótica, sobrecogió a Duane con su convicción de poder dinástico y su actitud de análisis inhumano, puramente científico.

Ningún gusano en alcohol, ningún microbio bajo el microscopio pudo sentirse más bajo que él bajo el resplandor de aquel orbe tremendo.

Duane estaba atrapado y lo sabía. Un chasquido de los dedos colosales, y sería reducido a pulpa entre los fragmentos aplastados de su estratonave. Imposible asegurar si fue el pánico o el valor lo que le impulsó. Abrió la puerta del «Pájaro Blanco» y se detuvo sobre el portaobjetos.

El gran ojo se dilató y sus negras profundidades se agitaron. Los cuatro compañeros se acercaron como brillantes ángeles de perdición y sus rostros severos e imperiosos le observaron con más interés, aunque no con más sentimiento del que habrían puesto en estudiar una mosca. Hablaron rápidamente, y los labios crueles restallaban en explosiones atronadoras, que a tan poca distancia ensordecían. Duane gesticuló y guardaron silencio, mirándole y mirándose entre sí, asombrados.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, gritó el nombre del encargado del microscopio.

El efecto fue fulminante. El Titán estuvo a punto de soltar el portaobjetos. Lanzó un torrente de preguntas, pero el terráqueo meneó la cabeza y gritó la sílaba que significaba «Nada».

El Titán comprendió: Duane no entendía sus preguntas. El astrónomo se acercó un mecanismo de naturaleza desconocida. Después de colocar a su cautivo sobre una mesa, se cubrió la cabeza con un casco de metal, del que partía una maraña de cables hacia lo que semejaba ser una centralita telefónica provista de una pantalla. Colocó un casco parecido sobre la mesa e indicó a Duane que lo tocara con la cabeza. Aquel hemisferio de los dioses le pareció como la cúpula de un observatorio.

Un flujo hormigueante recorrió su cuerpo al hacer contacto.

En el espejo apareció una imagen del astrónomo y debajo su nombre. Duane comprendió. Aquel aparato prodigioso transformaba las corrientes de pensamiento en imágenes, y permitía hacer visibles las ideas. Duane pensó en sí mismo y repitió mentalmente su nombre. En seguida apareció en la pantalla. De esta manera insólita, y con la ventaja de haber descubierto algo de las ocupaciones e idioma de sus interlocutores, no le resultó muy difícil sostener una conversación silenciosa.

—¿Vienes de Valadom, el planeta del reflector? ¿Eres una de sus criaturitas?

—No.

Evidentemente, la respuesta del terráqueo les sorprendió. Los científicos discutieron, como si dudasen de aquella respuesta.

—¿De dónde vienes?

Duane vaciló, ¿Le creerían si respondía la verdad? ¿No sería más conveniente anular su primera respuesta y asegurar que era una de las «criaturitas»? Pero aquellos eran

gigantes del intelecto, además de físicamente titanes. Sería mejor responder la verdad, aunque se burlaran.

—Vengo de un átomo situado bajo vuestro microscopio —repuso.

Su respuesta provocó agitación, pero no el escepticismo que había temido. El astrónomo habló con renovado énfasis, como si hubiera encontrado confirmación para una teoría, y el reflector mental dejó ver una enloquecedora confusión de símbolos matemáticos, conceptos que significaban energía y materia e hipótesis atómicas.

Por lo que se podía conjeturar, en algún momento el astrónomo había postulado que cada partícula de materia era tan compleja como el universo, que las fracciones submicroscópicas podían ser campos estelares tan detallados como los que se veían en lo alto y con una vida a una escala proporcionalmente infinitesimal, teoría a la que sus oyentes debieron oponerse. Aquel concepto exigió un esfuerzo por parte de Duane. Su universo, un átomo de los que formaban aquel planeta; éste, uno de tantos en el superuniverso. ¿Y si aquella unidad de miles de millones de cuerpos era, tal como Dowell había indicado, sólo una molécula de un cosmos aún más vasto, por encima, más allá y exterior? Inversamente, ¿contendrían universos los átomos de la Tierra que él había dejado? ¿Dónde estaba el principio o el fin del ciclo?

Su figura delgada, donde la tensión luchaba contra el cansancio, debió constituir un estudio de contrastes. La majestuosidad catedralicia de aquel gabinete, que formaba un ruedo tan grande como la superficie, los cielos y los horizontes de la Tierra, era maravillosa en sí misma, pero los altivos moradores sumaban emociones de respeto, temor e inferioridad, por ser tan voluminosos, tan radiantes, tan severos, tan implacables y deformes. Al peso de estas cosas visibles se agregaban nociones que harían vacilar el cerebro de un genio, o la mente universal, si es que existía una inteligencia cósmica. Pero la estructura formal de la naturaleza tal como él la conocía parecía repetirse allí, ¿Dónde estaba el principio y dónde el fin? ¿Con qué propósito? Se alejó de aquellos abismos mentales, al darse cuenta que los Titanes volvían a hacerle preguntas.

—¿Puedes regresar a tu universo, a tu átomo?

—No —respondió Duane.

—¿Por qué no?

—No sé dónde está. No sabría encontrarlo, y si lo encontrara no podría entrar. Algo sucedió cuando llegué al punto límite. Soy más grande que todo mi universo. No puedo encogerme. Además, han transcurrido millones de años desde que partí. Ni siquiera sé si la Tierra, mi planeta, existe todavía.

Los sabios asintieron con seriedad, aceptando su explicación. Por lo visto, comprendían mucho mejor que él mismo lo que había sucedido.

—¿Cuál es el principio de tu minúscula nave, pequeñín?

Duane se enfureció e irguió su cuerpo delgado. ¿El «Pájaro Blanco» una «minúscula nave»? ¿Él, Coloso, llamado «pequeñín»? Se echó a jurar, y una sucesión de «maldita sea» apareció en la pantalla mental. Los Titanes observaron con extrañeza estas palabras extrañas y le pidieron que las explicara. Dominó su indignación y trató de explicar la construcción del «Pájaro Blanco» y cómo almacenaba radiaciones del universo para convertirlas en energía. Los Titanes le escucharon tan atentos e impasibles como antes. Pero Duane notó un interés extraordinario hacia sus ideas.

Mediante una cuidadosa observación, dedujo que aquel laboratorio había sido construido recientemente gracias a conocimientos científicos muy superiores a los de la raza humana.

También ellos habían descubierto cómo obtener energía perpetua. Ya habían iniciado la exploración de los grandes espacios, los abismos externos, los precipicios, los vacíos y las profundidades ilimitadas. Les asombraba que una criatura tan ínfima como él hubiera logrado llegar tan lejos. La explicación de Duane acerca de las partículas

submicroscópicas —que para seres tan pequeños como él lo había sido en otro tiempo, todavía representaban un misterioso universo enorme y complejo de inconcebible magnitud— mereció un detenido interés.

Duane comprobó que su prestigio aumentaba. Pensó que le tocaba el turno de ver imágenes mentales y obtener alguna información acerca de los lugares a donde le había llevado su viaje.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde estoy? —fue su primera pregunta.

El astrónomo reflexionó largo rato, como considerando si aquel ser ínfimo podría comprender las ideas que se le explicaran. Luego apareció en la pantalla un torrente de imágenes: Qthyalos, un mundo gigante en su madurez, habitado por titanes dotados de conocimientos y poderes divinos, cuyos intelectos guardaban proporción con las dimensiones de sus cuerpos, mentes dominadoras de la materia, y materia vital cuyo ciclo abarcaba miles de años.

A Duane le ardieron los ojos al ver sus ciudades gigantescas, sus obras alucinantes y extrañas, y sus artes no menos extrañas y fantásticas. Le asombraron con sus estructuras aparentemente fluidas y cambiantes, inestables y al mismo tiempo sólidas. ¿Poseían una arquitectura tetradimensional que trazaba líneas rectas en las espirales y cubos en pirámides pavorosamente fulgurantes?

¿Cuál era el material brillante que componía sus metrópolis megalíticas, que resplandecía cegador y cuya incandescencia, a la vez, englobaba sombras, ambigüedad y formas cambiantes de una geometría incomprensible? Sin reparar en el asombro de Duane, el resumen prosiguió. Entonces supo por qué estaban observando Valadom con tanto interés en el momento de su llegada. Tradujo la serie de imágenes a palabras:

—Una de nuestras naves exploradoras localizó supuestas señales de vida en un pequeño planeta de nuestro sistema.

La secuencia de imágenes se interrumpió cediendo el lugar a una vista del globo gigante de Qthyalos. Luego apareció la imagen de su sol, con los centenares de cuerpos grandes y pequeños que constituían un sistema solar a escala gigantesca. Luego la gran extensión de una galaxia y más allá cosmos aislados, nebulosa tras nebulosa, campo estelar tras campo estelar, gas llameante y negros vacíos, mientras la pantalla avanzaba y profundizaba hacia el infinito, el abismo eterno.

Duane, humilde en presencia de aquella inmensidad tan parecida a su propio universo, aunque de dimensiones inconmensurablemente majestuosas, observó con ojos turbados la reanudación del relato:

—Últimamente hemos logrado dominar las leyes ópticas e intraespaciales a tal punto, que podemos observar con toda la aproximación necesaria cualquier planeta de nuestro sistema. Durante el año pasado estudiamos todas las noches un planeta, pero no descubrimos señales de vida hasta hoy, en que una sonda ha transmitido información sobre Valadom, que hace tiempo estudiábamos con el telescopio. Pensábamos enviar científicos allí para que obtuvieran ejemplares de esas extrañas criaturitas que se parecen tanto a nosotros, con el objeto de realizar estudios y análisis de laboratorio.

Pero hallamos varias dificultades. Ante todo, su tamaño minúsculo. A juzgar por la que vimos, no pueden ser más grandes que tú. En consecuencia, si fuéramos allí, probablemente quedarían tan aterrorizados que huirían y se esconderían. Podríamos aplastar miles de ellos sin darnos cuenta.

Serían necesarios grandes esfuerzos para atrapar aunque sólo fuese uno, y seguramente quedaría tan malherido o espantado que no nos serviría. No podríamos acampar allí. No creo que pudiéramos vivir en ese pequeño asteroide. La capa atmosférica tal vez no sea más alta que nuestras cabezas.

Aunque utilizásemos nuestra técnica, las condiciones para la observación serían totalmente desfavorables. Nuestro propósito no quedaría satisfecho por la observación en ese lugar. Podemos observar sus acciones, pero no averiguar su historia, interpretar sus

pensamientos, analizar su auténtica naturaleza o adquirir más que una idea aproximada sobre sus vidas.

Este largo discurso, en gran parte oscuro y adivinado por Duane sólo gracias al carácter abstracto de las imágenes que reflejaba la pantalla del Titán tratando de visualizar conceptos, parecía apuntar a un propósito definido.

Los cinco hablaron entre sí, con sus semblantes dignos y revestidos de una austeridad que los ascetas habrían envidiado. Como esculturas de dioses, como las enigmáticas cabezas talladas de la isla de Pascua, como gobernantes destronados que discuten el destino de los imperios, con sus expresiones tan impasibles que parecían de piedra, los seres ciclópeos conversaron con voces que retumbaban como el trueno, rugiendo a modo de cataclismo en los oídos de Duane. Vistos desde el tablero de la mesa, los blancos gigantes en pie alrededor de ella parecían tallados en bloques sobre la misma cantera.

Por un momento pensó meterse en el «Pájaro Blanco» y alejarse, pero supo que tal artimaña no daría resultado. Las cabezas que discutían kilómetros más arriba, la distancia a que se hallaba el horizonte del suelo, los aparatos y máquinas y el espacio aparentemente ilimitado hacia lo alto, no ofrecían la más mínima esperanza de huida. Luego la cabeza del astrónomo, dura como la piedra y brillante como el mercurio, se acercó a él y el movimiento envió violentas corrientes de aire a través de la mesa. La altiva entidad pronunció palabras que él no pudo comprender, pero cuyo sentido fue traducido por la pantalla mental.

—Puesto que es imprudente explorar Valadom y difícil conseguir una criaturita, hemos decidido analizarte, averiguar cómo funcionas, de qué estás hecho y cuáles son tus reacciones.

El Titán anunció la sentencia como si confiriera un honor. Su expresión permanecía imperturbable. Seguiría siendo un enigma el porqué había anunciado a la víctima su propósito, a menos que poseyera poderes desconocidos para Duane, o que el fervor de la investigación científica le obsesionara hasta el punto de considerar sólo los fines, sin reparar en los medios.

Cualquiera que fuese el motivo, poco le importaba a Duane. Su vida estaba en peligro. Para aquellos Titanes no era más que un germen, un insecto, una criatura minúscula, un gusano. Las palabras del gigante no evidenciaban crueldad, enemistad ni emoción alguna. Para ellos era un hecho sencillo. Allí había una criaturita que despertaba su curiosidad. Sería un magnífico ejemplar de laboratorio. No se trataba del hecho que no les gustaba o que le odiasen. No experimentaban ningún sentimiento hacia él. La causa de la ciencia iba a progresar mediante la disección y análisis de aquel ejemplar de una nueva especie.

El exiliado de la Tierra, presa de helado terror ante su próximo fin, se puso a pensar. ¿Sería ésa la recompensa de su odisea estelar? ¿Una muerte absurda en lugares extraños sería la última meta?

¿Tendría que perecer, no con gloria sino en la ignominia, más lentamente y casi con tan poca distinción como el insecto más insignificante?

Mejor sería decidirse y hacer el intento que al menos le aseguraba un rápido fin, en un chasquido de aquellos dedos monstruosos. Mejor ser convertido en pulpa que agonizar bajo el escalpelo.

Aquellos Titanes estaban dominados por la ciencia y sus fines. ¡Si fuese posible apelar a su naturaleza racional!

En la pantalla aparecieron las ideas formadas por su cadena de pensamientos, el recurso y la defensa que proyectó mentalmente.

—¡Titanes! ¡No soy una criaturita de Valadom! ¡Pueden estudiarme al microscopio y con el escalpelo, pero seguirán sin saber nada acerca del funcionamiento de las criaturitas!

El encargado del microscopio bajó la estructura marmórea de su cabeza, cuadrada como la de un mamut. Se puso el casco metal, y respondió mediante imágenes de pensamientos, con expresión meditabunda:

—No importa. Sabremos cómo funcionas, y más tarde cómo funcionan las criaturitas.

Descorazonado, Duane volvió a intentarlo.

—¡Mi muerte no les servirá, Titanes! ¡Descubrirán de qué estoy hecho, pero nada más, y lo que saben sobre mi vida es poco!

Había cometido una gran equivocación, un error táctico, y lo comprendió en seguida. El sudor bañó su frente.

El Titán biólogo refutó sus argumentos con estas palabras:

—No pensamos terminar contigo por ahora. Estarás en observación para experimentos de laboratorio todo el tiempo que sea necesario, hasta que hayamos agotado tu ser animado, luego te autopsiaremos.

Sólo el afán de una elevada misión encendía los ojos negros y enormes. Ningún sentimiento turbaba su serenidad e indiferencia mientras pronunciaba la condena a muerte.

Desalentado, pero con voluntad indomable mientras hubiera vida, y con la inteligencia agudizada por aquella batalla intelectual por su salvación, Duane dio un giro al asunto:

—¡Titanes! Soy como ustedes. ¡Pienso, siento y soy como ustedes! ¿Qué ganarán autopsiándome? ¡Sólo me diferencio de ustedes por el tamaño! ¿Despedazarían a uno de vuestra raza?

—Hemos despedazado a seres como nosotros cuando ha sido necesario para averiguar por qué somos como somos —fue la inesperada y desconcertante respuesta—. Te pareces a nosotros, pero un estudio exacto de todo tu organismo será necesario para averiguar las similitudes y diferencias que existen entre nosotros. La forma de tu cabeza es rara. De ahí que tu cerebro no puede funcionar exactamente igual que el nuestro.

La red se cerraba. Rebatían cada argumento tan pronto como él lo exponía. El único consuelo para Duane era que estaban dispuestos a escuchar, aunque desapasionadamente, distantes, imparciales, estimando la validez objetiva de sus razones. Sólo le quedaba una posibilidad, salvo la maniobra suicida, y puso en juego todos sus recursos mentales persuasivos.

—¡Titanes! ¡Haré un trato con ustedes! Permítanme subir a mi cosmonave y partir. ¡Lré a Valadom! Viviré entre los pequeñitos. Permaneceré allí un año. Aprenderé su idioma, estudiaré sus costumbres e historia, interpretaré su vida. Al concluir el año, regresaré y les comunicaré todos los datos que haya recogido. Además, traeré como mínimo un ejemplar muerto de los pequeñitos para que lo estudien. Titanes, todo eso prometo a cambio de dos cosas: prometerán no hacerme daño cuando regrese, así como no hacérselo a los pequeñitos de Valadom.

Los cinco gigantes, como jueces que analizan un caso, consideraron su oferta. Comprendió que el biólogo estaba en contra de él y a favor de la experimentación inmediata, pues luego no les faltaría oportunidad de conseguir ejemplares de las criaturitas. El astrónomo apoyaba la propuesta, que le permitiría conseguir sin problema una historia completa de Valadom; en el año intermedio podrían adelantar las investigaciones sobre otras partes del universo. Los otros tres gigantes parecían no tener preferencia por ninguna de estas dos soluciones.

Duane, tenso y excitado, aguardó que tomaran la decisión. Había algo grotesco en aquella situación, algo sobrehumano y al mismo tiempo extrañamente familiar, una contradicción grotesca entre aquellos soberanos ciclópeos cuyas mentes sólo anhelaban conocimientos y él, algo ínfimo para ellos, luchando por su existencia...; él, que buscando respuesta al misterio de las cosas había realizado la hazaña de atravesar un universo y dejarlo atrás convertido en un átomo. ¡Aunque había llegado a convertirse en un Coloso, para ellos era sólo un insecto! Aunque ellos parecían titánicos, ¿serían más que motas



submicroscópicas, impalpables, en la insondable molécula de la que, a su vez, formaban parte?

El astrónomo se dispuso a responder y los ojos de Duane se volvieron hacia la pantalla, Una figura diminuta y solitaria esperaba el juicio del destino y de los dioses.

—Criaturita, consideramos que la causa del conocimiento avanzará mejor y más pronto si vas tú a Valadom y regresas luego, en lugar de analizarte ahora. Te autorizamos a ponerte en camino pero, según has dicho, debes regresar dentro de un año. ¡Vete!

Temblando por efecto del alivio que experimentó al ver temporalmente aplazada la condena, Duane dijo:

—Se los agradezco, Titanes. ¿Qué garantía puedo darles?

—¿Garantía? Tus pensamientos eran sinceros. De lo contrario, no te habríamos permitido partir. ¿Conoces el camino a Valadom?

—No.

El astrónomo pasó por la pantalla imagen tras imagen de los cielos, las estrellas principales, Valadom, Qthyalos y su sistema, hasta que Duane supo cuanto necesitaba. Luego se inclinó ante aquellos grandes seres, cuyos designios eran impenetrables y cuyo pensamiento excedía a su comprensión. Ahora, guardando un silencio más majestuoso que el reposo de una catedral vacía, le vieron partir.

Ni expresiones de buenos deseos ni despedidas cordiales acompañaron su partida. Las cabezas de nuca chata, de frente inclinada, labios severos, mentones y narices con expresión de divino desdén, pómulos de orgullo deiforme, rostros de brillo asexuado, ojos negros y tremendos en cuyas profundidades brillaba el desvarío de los ángeles destructores, traicionaron una curiosidad inhumana y abstracta y nada más.

El «Pájaro Blanco» avanzó hacia el cielo trazando un hermoso arco. Las cabezas de los Titanes quedaron atrás. El inmenso recinto del observatorio disminuyó hasta parecer una habitación normal, con seres de características antropomórficas moviéndose entre aparatos y estructuras extrañas. Los rostros austeros de los gigantes se convirtieron en puntos a medida que el vagabundo del infinito se elevaba en la cúpula abierta, en una trayectoria que iba siguiendo el telescopio de una legua de longitud.

Duane sintió vértigo al comprender que él, si pudiera verse a sí mismo con los ojos del hombre, debía ser un Coloso aumentado muchas veces a consecuencia de la dilatación que había sufrido al atravesar el espacio y escapar de su universo, aunque no fuera sino un pigmeo en miniatura para ellos, que no eran nada comparados con la molécula de la que formaban parte.

Su última impresión de los altivos moradores de Qthyalos fue de profunda reverencia mezclada con especulaciones infructuosas. Quiénes eran y cuál fuese su naturaleza seguían siendo objeto de conjeturas casi tan insolubles para él como cuando los vio por primera vez. Luego le rodeó la oscuridad. Había salido de la cúpula donde estaba el telescopio.

## 7

Volvió a divisar los campos de estrellas, los incesantes tropes que brillaban en lo alto. Las constelaciones se presentaban extrañas y desconocidas, como una infinidad de joyas brillantes. En el horizonte septentrional se ponía una pálida luna gris, y en los confines del mar del sur se hundía otra de color naranja.

Mientras el «Pájaro Blanco» ganaba altura, Duane miró hacia atrás. La superficie de Qthyalos se extendía vasta, confusa y misteriosa al amparo de la noche y bajo el manto de estrellas. Había extensiones montañosas que se erguían audaces hasta ocho mil kilómetros o más hacia las ciudadelas del espacio, mientras cordilleras de terrible desolación ocultaban los cielos tras sus cumbres heladas de grandeza desnuda y blanquiazul.

El observatorio se hallaba en un precipicio cuyas laderas caían verticales formando una lóbrega sima. Había ciudades en las llanuras y en los valles, megalópolis monstruosas con oscuras torres legendarias, edificios de dimensiones titánicas que torturaban la visión con ilusiones de una geometría desconocida, ciudades de pesadilla, irreales como las cúpulas de Xanadú, que desafiaban a los cielos con sus torres más altas y casi interminables.

Había lagos extensos como mares y mares que parecían abarcar toda la redondez del horizonte.

Había islas del tamaño de continentes y continentes de extensión indescriptible.

¡Amos colosales de un planeta colosal! Qthyalos, un único planeta más inmenso que el universo, se desvaneció con todos sus misterios y sus maravillas alucinantes, quedando cada vez más abajo.

Su masa era un enigma oscuro, hasta que se iluminó vivamente el contorno y apareció el filo de un sol deslumbrante.

El «Pájaro Blanco» aumentó su velocidad y el sol central emergió, radiante. Era un orbe calentado al blanco que, al lado de Qthyalos, semejava un balón comparado con una bola de cojinete. Al lado opuesto del sistema se veían grandes planetas con múltiples lunas, y le servía de fondo un gran grupo de estrellas. Al frente, sobre el tapiz del espacio, brillaban otros planetas y lunas; entre ellos se distinguía Valadom, simple asteroide para los titanes, que era en realidad tan grande como la Tierra, según la escala de magnitudes de Duane.

El «Pájaro Blanco» aceleró hacia su meta. Juzgando por su noción habitual del tiempo, apenas había transcurrido una hora cuando distinguió Valadom en forma de un minúsculo globo. Más allá, un enorme número de constelaciones tachonaba el infinito; y más allá de aquella orgía de luz brillaban lejanas nebulosas donde comenzaba el desfile celestial de galaxias remotísimas. Estrellas gemelas, soles purpúreos, blancos y dorados, enjambres de lunas y planetas de plateado esplendor: el espacio y la noche contenían una belleza, una majestuosidad y una gloria sin paralelos, una exhibición espectacular que desafiaba la imaginación, y donde el «Pájaro Blanco» no era más que un punto que trazaba su trayectoria entre las inmensidades y los infinitos.

Por un instante se propuso engañar a los Titanes, continuar viaje y descubrir el último avatar, o el megacosmos más lejano, para llevar la teoría de Dowell hasta sus últimas consecuencias. Pero la palabra empeñada a los Titanes prevaleció.

Duane se acercó a Valadom con una sensación de cansancio cósmico. La procesión interminable de estrellas y universos galácticos comenzó a perder interés. ¿Quién podía decir qué había más allá del límite final, más allá de aquel cosmos...? ¿Otro átomo a escala mayor? ¿Una célula o una molécula? ¿O la noche eterna? ¿O una frontera misteriosa donde el espacio terminase definitivamente? Su cerebro rechazó aquellas visiones excesivamente vastas, aquellas especulaciones donde acechaba la locura.

Experimentó una extraña satisfacción al aproximarse a Valadom; la satisfacción del viajero que regresa al hogar después de sufrir peripecias en lugares lejanos. El sol cegador brilló con su disco relativamente más grande que el del Sol de la Tierra; a un lado quedaba Qthyalos, la morada de los Titanes. Comparado con el planeta gigante, Valadom parecía apenas la punta de un alfiler.

Los pensamientos de Duane se volvieron hacia Anne, en melancólica evocación de su compañía.

¡Qué bien habría sabido ella poblar la soledad de sus viajes! ¡Habría sido un consuelo tan dulce!

Pero le separaban de su sueño muerto de amor años irre recuperables de un universo más lejano que Carcosa y Hali.

Valadom estaba cerca. Triste, con expresión de anciano en sus ojos jóvenes, Duane observó su puerto de arribada. No podía dejar de notar que los Titanes vigilaban sus

acciones por medio de los equipos telescópicos y ultra-ópticos; la sensación de su presencia invisible a miles de millones de kilómetros le producía una depresión aliviada sólo en parte por la intuición de otra presencia fantasmal, intangible, evasiva.

Sobre Valadom reinaba la quietud, la calma del amanecer por encima de los mares y continentes a los que se acercaba. Aquella paz influyó en su estado de ánimo. Recordó a la hermosa y olvidada criatura que había visto rindiendo homenaje a la mañana. ¿Seguiría prosternada junto al estanque?

¿O habría regresado bailando al lado del amante, la familia o el compañero? Duane se sorprendió al notar interés y un principio de celos, ¡Absurdo! Ni siquiera conocía la naturaleza de esta criatura de Valadom, y no podía estar seguro de encontrarla, pero eso no le impedía soñar a medida que se aproximaba a su destino.

Mares separados por masas de tierra. Reconoció la topografía vista en la pantalla de los Titanes.

El «Pájaro Blanco» descendió demasiado rápidamente. Disparó los triples proyectiles delanteros para amortiguar la caída. El «Pájaro Blanco» voló sobre un océano agitado y continuó hacia el oeste hasta que las costas de un continente rompieron la azulada niebla.

En el océano se distinguían unos puntos... ¿Atolones, sargazos, pequeñas naves? No pudo averiguarlo, mas no se detuvo. Sobre una bahía se alzaban las murallas de un pueblo o ciudad.

¿Civilización o barbarie? Indicaban una cultura floreciente en progreso, o la decadencia desde una cumbre pretérita? El tiempo traería la respuesta; en ese momento sólo sentía un deseo, una extraña urgencia por llegar al claro que había visto. Abajo desplegaba sus esplendores una arquitectura semejante a la de los griegos: templo y morada, santuario y posada, aparecían como blancos monumentos paganos a la luz del alba.

El «Pájaro Blanco» descendió sobre el bosque que rodeaba el pueblo, pues allí debía estar el recinto que buscaba. A lo lejos, el hilo oscuro de un río se abría paso hacia el mar. El bosque lo tragó y el «Pájaro Blanco» flotó sobre el césped, entre dos lomas, que en seguida las reconoció como las que había visto desde Qthyalos. Allí estaba el estanque, un disco esmeralda.

El «Pájaro Blanco» se posó entre césped y flores exuberantes, rodeado de árboles de fantásticas formas. El terráqueo de figura desgarrada bajó de la nave.

Era ya pleno día; el sol estaba alto y Qthyalos brillaba a su lado como una esfera de sombría belleza. Soplaban un viento suave; Duane aspiró profundamente aquel elixir fresco y fragante. Del bosque llegaban sonidos, cantos insólitos de pájaros desconocidos y gritos de bestias furtivas. Las mariposas de brillantes colores parecían manchas de rojo, verde dorado, limón, añil y ébano. Pasó volando un pájaro de pico largo y plumaje púrpura imperial, con motas de rojo granate. Era hermoso, hasta que cacareó estridentemente.

En todas partes había una extraña vegetación: tallos coronados de flores, helechos de aérea gracia, líquenes y grandes algas, coníferas, troncos y tallos raros de los que pendían racimos de bayas, frutas, nueces y flores; vainas cargadas de semillas, musgo espeso. El suelo era una alfombra cubierta de hierba verde y, sobre ella, un sinfín de flores: orquídeas que alzaban sus corolas encendidas al sol, pétalos de plata entreverada de negro, turquesa, canela y púrpura; un desorden ubérrimo donde todos los colores de la fiebre y todas las tonalidades del verde salpicaban el paisaje.

El viajero, en medio de aquel paraíso soñoliento donde se adormecían los nervios y las inquietudes se desvanecían en presencia del festín de la naturaleza, avanzó hacia el estanque.

Anduvo a través de la fronda por un sendero de hojas donde el sol dibujaba arabescos de luz y sombra, y siguió avanzando con precaución, inseguro, aunque con activa curiosidad.

Nunca hubo una paz tan exquisita, un refugio tan inefable; la música de los pájaros se convirtió en un coro que reforzaba la impresión de paz. Luego una voz entonó un himno al sol exuberante y alegre. La canción crecía y caía, haciéndose más grave en éxtasis de arrobamiento. Su estado de ánimo respondió a la canción y al intérprete invisible. Mientras se abría paso a través del bosque, el recuerdo de Anne surgió como un espectro que se ocultase entre las frases líricas y brillantes.

Por último llegó al lindero del claro y vio a la muchacha. Estaba junto al estanque. Sonreía al cielo y al sol, a la tierra y las aguas. Su bello rostro estaba sonrosado por la vitalidad de la juventud, y su cabellera esmeralda caía sedosa sobre la garganta y los hombros. Cantaba a la gloria de vivir, a la vida exuberante, y su voz murmuraba goce. Se volvió en ágil abandono y la cabellera ondeó por su espalda, en contraste con la claridad de su piel.

Duane gozó largo rato de la belleza de su cuerpo y su danza, de la gracia de su ritmo, y por último se adelantó.

El exiliado de la Tierra y la criatura de Valadom se miraron de hito en hito. La danza cesó bruscamente. Sus ojos ambarinos se abrieron con sorpresa, como formulando una muda pregunta al intruso. Duane dio un paso hacia adelante y saludó a la muchacha con las manos extendidas en señal de paz.

Los labios de la muchacha se entreabrieron y sus ojos, que no expresaban ni miedo ni desconfianza como él quizás había temido, brillaron con un fulgor secreto, como si saludara a algún amigo apenas recordado desde hacía mucho tiempo.

\* \* \*

Lo que hace de *Coloso* un cuento de revolución de ideas es la inversión de un lugar común. Eran corrientes los argumentos que implicaban el encogimiento del protagonista hasta el nivel en que los átomos comunes se convierten en sistemas solares. En cambio, en este cuento el héroe crece hasta que todo el Universo viene a ser un átomo (idea inspirada por la cita de Eddington que encabeza el relato).

El cuento fue muy bien recibido y los lectores exigieron una continuación. Evidentemente, Wandrei ya había pensado en ella y la continuación apareció, bajo el título de *Colossus Eternal*, en «Astounding Stories» de diciembre de 1934.

Aunque *Coloso* me había gustado, como demuestra el que lo haya recogido en la presente antología, por aquel entonces empezaban a molestarme las narraciones que no satisficieran mi criterio, cada vez más exigente, de exactitud científica. No ignoraba que según la teoría einsteiniana de la relatividad, la velocidad de la luz no puede ser superada, A mis catorce años ya no estaba dispuesto a aceptar que la nave del protagonista alcanzase tan fácilmente aquellas velocidades desaforadas. También sabía que, si bien la masa de cualquier objeto aumenta en general con la velocidad relativa al Universo, no ocurre lo mismo con el volumen. De hecho, y según la contracción de Lorentz-Fitzgerald, el volumen disminuye.

Me comunica Wandrei que *Coloso*, *Colossus Eternal* y otros cuentos se incluirán (en versiones revisadas) en un libro que está preparando. Dicho libro reivindicará a este escritor injustamente olvidado.

No obstante, los cuentos de revolución de ideas (aunque sus errores científicos fuesen notados por mi ego cada vez más crítico) me interesaron mucho. Opinaba que aquello era ciencia-ficción por excelencia, y cuando yo mismo empecé a escribir ciencia-ficción, me propuse idear cuentos de revolución de ideas, aunque tal término dejó de ser usado al cesar Tremaine.

Mi cuento *Nightfall* está deliberadamente escrito como un relato de revolución de ideas, lo mismo que *The Last Question*. Incluso mi reciente novela *The Gods Themselves* posee características de revolución de ideas.

Donald Wandrei era un autor de Tremaine. Nunca publicó en «Amazing Stories» ni en «Wonder Stories», y sólo una vez apareció en uno de los últimos números de la «Astounding» de Clayton. En cambio, fue publicado alrededor de diecisiete veces en la «Astounding» de Tremaine y, cuando éste se fue, Wandrei desapareció.

Ahora me doy cuenta de que Coloso incluye una curiosa premonición —aunque errónea en algunos detalles— de la Segunda Guerra Mundial, que comenzó efectivamente a los cinco años y medio de su aparición. Japón era el agresor que declaraba la guerra con un ataque a traición. De hecho, en la fecha en que fue escrito el cuento, ya había invadido China. También hay una notable evocación de Stalingrado. Sin embargo, no alude para nada a Alemania, y Gran Bretaña resulta ser aliada del Japón. Por cierto, esto parecía lo más probable a comienzos de la década de los treinta.

Tremaine hizo más que lanzar nuevos autores. Como pagaba mejor, pronto los escritores más importantes pasaron a engrosar sus filas. Jack Williamson, uno de los mejores (recordad *La era de la Luna*, en el tomo I de la presente antología), se pasó a «Astounding Stories», sobrevivió a Tremaine y durante la Edad de Oro siguió siendo uno de los principales colaboradores de «Astounding».

En la «Astounding Stories» de marzo de 1934, Williamson publicó uno de los más sorprendentes relatos de revolución de ideas, titulado *Nacido del Sol*.

## **NACIDO DEL SOL**

### **Jack Williamson**

El ronquido de un motor funcionando a todo gas resonó en la enorme biblioteca de caoba. Era el primer aviso de un peligro inminente. Alzando los ojos de la gran mesa situada en un rincón de la estancia, Foster Ross contempló distraídamente la ventana cubierta de escarcha. Fuera, los delgados árboles se mecían, desnudos, con ramas esqueléticas contra la penumbra gris de aquel anochecer a comienzos de diciembre. El viento quejumbroso arrastraba algunos copos de nieve.

Foster Ross prestó atención y por un segundo se preguntó el porqué de semejante prisa suicida sobre las carreteras heladas. Luego dirigió de nuevo su atención al experimento que le tenía ocupado desde hacía dos duros años.

Estaba solo en la enorme y laberíntica mansión de piedra que le había legado su padre, aislada en la cumbre de una solitaria y boscosa colina de Pennsylvania. No esperaba visitas, pues durante el invierno la casa permanecía cerrada. Los pocos criados se habían ido aquella misma tarde. Foster pensaba salir a medianoche hacia la soleada Palm Beach, para reunirse con June Trevor.

Era un gigante delgado y musculoso que silbaba distraído mientras se inclinaba sobre la gran mesa de caoba cubierta de aparatos eléctricos. En el centro, iluminada por una luz cegadora, había una pequeña esfera de aluminio de la que salían dos hilos delgados de platino.

Foster hizo la última conexión. Retrocedió con un gesto de impaciencia, apartándose de los ojos un mechón de cabello cobrizo.

—¡Ahora! —susurró—. Debería subir. Del mismo modo que subiré hacia la Luna la primera nave espacial. Debiera...

Mientras miraba nerviosamente la esfera parecida a un juguete, accionó un conmutador. Esperó lleno de ansiedad, mientras las bobinas zumbaban con fuerza y saltaban entre los polos súbitas descargas eléctricas.

El minúsculo globo no se movió. Lo contempló un instante, exhalando un suspiro. Luego dio un paso atrás y sonrió para sí mismo.

—Ahí van cincuenta mil —murmuró—. Cincuenta mil dólares por una ilusión. Con eso podría haber satisfecho muchos caprichos. ¡Qué idiota soy al ocuparme de esa cosa infernal como un viejo maniático, cuando podría estar descansando en la playa con June!

Pero en ese momento, algo brilló en sus serenos ojos azules, e irguió sus hombros anchos.

—¡Se puede lograr! —exclamó—. Podría probar con una rejilla cónica. O alear el elemento catódico con titanio. El tubo-motor...

Sonó la insistente llamada del timbre y unos golpes frenéticos en la puerta principal. Foster recorrió a paso rápido el oscuro pasillo.

Aún se oía el coche lanzado, a toda marcha, un rugido grave y agorero que se hizo aún más fuerte.

Por un instante pareció reducir la marcha, pero luego aceleró de nuevo.

Ha entrado en el camino, pensó. ¡Dos invitados inesperados, ambos con prisa!

Abrió la puerta a las tinieblas invernales; un vendaval helado, que llevaba nieve, le azotó la cara.

Había un taxi delante de la puerta y las luces amarillas formaban un halo débil entre los remolinos de nieve. El coche se alejó al aparecer él. Foster vio refugiado junto a la pared al visitante, un hombre pequeño envuelto en un enorme abrigo gris.

El hombrecillo dio un salto hacia la puerta abierta y balbuceó:

—¡Rápido! ¡Adentro! ¡El otro coche...!.

Unos faros poderosos escudriñaron a través de la nieve; el segundo coche subía rugiendo por el camino; patinó temerariamente y enfiló hacia la puerta.

Varios estampidos terribles azotaron los oídos de Foster, y surgieron llamas amarillas de la automática negra que el hombrecillo tenía en la mano. Disparaba contra el sedán que había patinado.

Un rayo de cegadora luz anaranjada surgió de la máquina cuando ésta pasó atronadoramente. El rayo pareció alcanzar al hombrecillo. Éste se volvió mientras disparaba el arma por última vez y cayó en el umbral de la puerta.

El coche negro frenó y luego reanudó su carrera. Por un instante los faros iluminaron el taxi y luego lo adelantó, desapareciendo por el camino.

Aturdido, Foster cerró de un portazo y echó llave a la puerta. Luego se inclinó sobre el hombrecillo caído en el suelo. Escuchó un jadeo y luego una débil risita.

Una voz baja, extrañamente tranquila, dijo:

—¡Nos hemos apuntado un tanto, Foster!

—¿No está herido, señor? Cayó cuando la luz naranja...

—No. Me dejé caer a tiempo.

Foster le ayudó a ponerse en pie.

—Pero si es mortal. Lo llaman el fuego letal. Creo que se trata de una radiación actínica, que descompone las proteínas. Envenena la sangre.

El hombrecillo se inclinó para recoger su automática. Sacó tranquilamente el cartucho vacío, lo repuso y se guardó la pesada arma en el bolsillo de su abrigo gris.

—¿No prefiere pasar? —lo invitó Foster—. Si no le molestara explicar...

—Por supuesto, Foster.

El extraño invitado le siguió por el pasillo oscuro hasta la biblioteca profusamente iluminada.

Cuando llegaron a la zona de luz, Foster se volvió para mirar al hombre.

—Al parecer, usted me conoce —empezó. Entonces parpadeó con sorpresa y exclamó—: ¡Tío Barron! ¡No te había reconocido! —alargó cordialmente la mano.

Barron Kane era un hombre menudo. Tenía el pecho estrecho, hombros caídos y delgados como los de un chiquillo, brazos delgados y musculosos, pero la serena paciencia del científico daba a su rostro cansado un brillo de energía. En sus fríos ojos grises había confianza y, paradójicamente, la sombra de un miedo devorador.

—Me has sorprendido —dijo Foster—. Creí que habías muerto. Hemos pasado años sin tener noticias tuyas. Mi padre intentó localizarte.

—He estado en Asia —explicó el hombrecillo mostrando su tez bronceada—, en un oasis del Gobi que no figura en los mapas. He vivido totalmente apartado de la civilización. Y, como has visto, hay gente que se empeña en apartarme para siempre.

Señaló hacia la dirección por donde había desaparecido el bólido.

—Me acuerdo de cuando preparabas tu última expedición —recordó Foster—. Fue hace doce años. Yo estaba en la escuela secundaria... Estuviste muy misterioso en cuanto al lugar a donde te dirigías. Me moría de ganas de acompañarte y correr aventuras contigo, y quise convencer a papá del hecho que yo no había nacido para dirigir la fábrica de aceros. Pero siéntate. ¿Quieres un trago?

Barron Kane meneó su cabeza morena y calva. Nunca llevaba sombrero.

—Foster, debo hablar contigo.

—Estoy impaciente por saber de qué se trata —le aseguró Foster—. Todo esto es..., bien, muy interesante.

—Quizá nos interrumpen —observó Barron Kane—. ¿Te molestaría cerrar puertas y ventanas y correr las cortinas?

—Claro que no. ¿Crees que ellos regresarán...?

—Existe un poder —respondió Barron Kane con voz extrañamente serena todavía— que no cesará hasta tener pruebas concluyentes de mi muerte.

Foster echó el cerrojo a la puerta y se dispuso a atrancar las ventanas. Regresó y halló a su tío estudiando con curiosidad la maqueta plateada que estaba sobre la mesa.

—Hace un mes leí tu monografía en la «Science Review» —comentó—. La que trataba acerca del efecto ómicron y el tubo-motor. Por eso he venido a verte, Foster. Has logrado algo tremendo...

—Todavía no —señaló Foster con una mueca de fatiga—. He dedicado dos años y no poco dinero al tubo-motor. Y todavía no levanta su propio peso.

—Pero, ¿sigues intentándolo? —la voz grave tenía una extraña nota de angustia.

—Hoy estaba trabajando en ello —Foster tocó el pequeño tubo de aluminio—. Esto es un modelo de la máquina especial. El tubo-motor se halla dentro, conectado con estos hilos de platino.

Naturalmente, en la verdadera nave todos estos aparatos serán interiores. Las cabinas y... —se interrumpió, meneando la cabeza con amargura—. ¡Pero es un sueño! Un sueño absurdo..., no pienso malgastar mi vida con eso.

Sus ojos azules miraron con desafío a Barron Kane.

—Me voy esta noche a Palm Beach para reunirme con June Trevor —y agregó a guisa de explicación—: Estamos prometidos. Nos casaremos en Año Nuevo, Barron. June es sencillamente..., ¡maravillosa!

—¡No puedes hacer eso! —protestó Barron Kane. Sujetó del brazo a Foster y habló con inesperado apremio—: Debes dedicarte a la máquina espacial, Foster. Debes terminarla para salvar a la raza humana.

—¡Cómo! —exclamó Foster, y se apartó de él—. ¿Qué dices?

—Exactamente lo que has oído —le respondió Barron Kane con la misma voz tranquila, que resultaba enfática por su misma falta de entonación—. He venido a confiarte algo espantoso, Foster.

Algo que descubrí en Asia. Algo que un terrible poder ha procurado por todos los medios impedirme decir.

Foster le contempló y luego preguntó enérgicamente:

—¿De qué se trata?

—Nuestro planeta está condenado a la destrucción —respondió Barron Kane con expresión sombría—. Y la raza humana también..., a menos que tú puedas salvar a varios individuos por lo menos. Eres el único hombre que tiene en sus manos una posibilidad, Foster, con tus acerías y el invento del tubo-motor.

Azorado, algo intimidado a su pesar, Foster observó a su tío sintiendo el frío contacto de un terror extraño.

¿Habría enloquecido aquel hombre durante los doce años transcurridos desde que desapareciera?

Ya entonces era famoso por su personalidad excéntrica, lo mismo que por su saber como geólogo y astrofísico. No, concluyó Foster, su actitud era bastante cuerda. Y el coche de donde había surgido el rayo naranja no fue una alucinación, sino algo muy real.

Foster tomó del hombro a Barron Kane, le acompañó hasta un gran sillón de cuero y le indicó que se sentara. Quedándose en pie, inquirió:

—¿Puedes decirme de qué se trata exactamente?

Por un instante, una ráfaga de humor disipó el temor que aleteaba en aquellos ojos grises.

—No, Foster —respondió con voz serena—. Sospecho que estoy en mis cabales.

Barron Kane entrecruzó sus delgados dedos morenos y se los contempló, meditativo.

—Supongo que no habrás oído hablar del Culto del Gran Huevo —comenzó a explicar—. No es posible que lo conozcas, pues hasta el nombre es prácticamente desconocido aquí. Se trata de una fanática secta religiosa, cuyo templo está oculto en un oasis recóndito del Gobi. Oye, Foster: hace casi diez años me convertí en adepto de esa secta. No fue fácil. Y luego tuve que soportar pruebas..., en fin, penosas. Al cabo de siete años fui plenamente iniciado. De labios del jefe de la orden, un demonio humano llamado L'ao Ku, escuché el terrible secreto que había ido a buscar en Asia. Esto sucedió hace tres años. L'ao Ku debió sospechar de mí. Fui cuidadosamente vigilado. Tuve que esperar durante dos años la ocasión de escapar. Desde entonces, los agentes de L'ao Ku me persiguen por todo el mundo. Ha transcurrido casi otro año. Creí que los había despistado en Panamá. Leí tu artículo sobre el tubo-motor y vine a verte, Foster. Como decía, tú eres el único hombre... Pero, de algún modo, volvieron a encontrar mi rastro. Sospecho que te he condenado a muerte.

—¿A mí? —preguntó Foster—. ¿Cómo?

—L'ao Ku no quiere que su secreto sea revelado. Tres hombres murieron misteriosamente poco después de hablar conmigo.

Foster aún estaba en pie frente a Barron Kane, mientras luchaban en su mente el asombro y la incredulidad. Alzó el mentón, decidido a buscar algún sentido en aquellos asombrosos acontecimientos.

—¿Qué secreto? —inquirió—. ¿De qué se trata? ¿Qué tiene esto que ver con el fin del mundo?

Barron Kane volvió a estudiar concienzudamente las puntas de sus dedos entrecruzados.

—Creo que empezaré —dijo— por hacerte una pregunta... Te preguntaré, Foster, sobre el enigma más grande del mundo. ¿Qué es la Tierra?

Sorprendido, Foster estudió el rostro cansado y paciente. Observó los ojos grises, tranquilos pero velados por un horror meditativo. Meneó la cabeza. Barron Kane era un enigma.

—De acuerdo, ¿qué es la Tierra?



—Debo decirte algo muy sorprendente —respondió Barron Kane—. Algo muy terrible. Te resultará difícil aceptarlo, ya que es contrario en gran parte a ideas arraigadas en nosotros y que son más antiguas que la ciencia. La idea es tan extraña, Foster, tan terrible, que una mente occidental nunca la habría concebido. Al fin y a la postre, estaremos en deuda con el Culto del Gran Huevo. La mentalidad oriental, aplicando la sabiduría secreta de aquella orden, vio algo que nosotros jamás habríamos visto pese a tener todas las pruebas ante nuestros ojos. Quizá te resultará más fácil aceptar mi revelación si te recuerdo algunas lagunas notorias del conocimiento científico. Debes aceptarlo.

Foster. La supervivencia de la humanidad depende de ti.

Foster se dejó caer en una silla frente a Barron Kane. Aguardó en tenso silencio.

—Vivimos en una aterradora ignorancia por lo que se refiere al planeta que pisamos —prosiguió la misma voz tranquila, aunque cargada de una terrible intensidad—. ¿Cuánto hemos adelantado en los seis mil quinientos kilómetros hacia el centro de la Tierra? ¡Menos de seis kilómetros! ¿Qué hay más abajo? ¿Qué es, realmente, ese fenómeno al que llamamos terremoto? ¿Qué hay bajo el delgado caparazón de rocas sólidas sobre la cual vivimos? ¿De dónde proviene el calor que activa nuestros volcanes? Podría aducir mil teorías vagas y conflictivas, hipótesis sobre la naturaleza del interior de la Tierra..., pero prácticamente ningún hecho comprobado. En realidad, Foster, sabemos tan poco de la Tierra como la mosca que se posa sobre un huevo pueda saber acerca del misterio de la vida embrionaria que contiene. ¡Y menos aún es lo que sabemos de los demás planetas! ¿Qué científico puede explicarte cómo se formaron? ¡Ah! Desde Laplace se han expuesto muchas teorías. La hipótesis planetesimal, la nebular, la gaseosa, la meteórica..., estas y otras muchas hipótesis. Lo más notable de cada una es que rebate de plano todas las demás. ¡Recuerda el enigma del planeta perdido! Según la Ley de Bode, debería existir otro planeta entre Marte y Júpiter, donde están los asteroides.

»Por lo visto éstos, los cometas y los enjambres de meteoritos son fragmentos de este planeta... Pero, reunidos, no suman más que un décimo de la masa que debía tener. ¿Qué cataclismo inimaginable destrozó el planeta perdido, Foster? Dime, ¿qué sucedió con las nueve décimas partes de él que se han perdido? ¡Tomemos otro enigma cósmico! ¿Qué es el Sol, del cual dependen nuestras vidas? ¿Cuál es la historia de vida de un sol, de cualquier sol? ¿De dónde saca su masa, su movimiento y su calor? ¿Qué origina la existencia de un sol? Foster, cuando miras las estrellas una noche de invierno, ¿puedes imaginarlas eternas en su existencia? ¡Analicemos el enigma de la entropía! Es la ley mortal que domina el universo. Las estrellas se enfrían y mueren; el polvo estelar se dispersa; la radiación se propaga y se pierde. Nuestros especialistas en cosmogonía aseguran que el universo se está agotando. Pero, ¿no existirá también una fuerza de vida, de desarrollo, de creación? ¿Cómo podría haber muerte, Foster, si no hay vida antes? ¿Nunca te has preguntado porqué el Sol, como cualquier otra estrella variable, se dilata y contrae al ritmo del ciclo de las manchas solares, con un latido comparable al pulso de un ser vivo?

Barron Kane se adelantó en su silla. Sus ojos grises —ahora la sombra del horror que le atormentaba era más honda— se clavaron en el rostro de Foster con una sinceridad desesperada y ansiosa.

—¡Foster! —exclamó—. ¡Yo sé lo que es la Tierra! Hace años, mientras luchaba con los fracasos y las contradicciones de nuestra ciencia occidental, lo intuí vagamente. Hace doce años, gracias a un rumor débil y casual, supe que la sabiduría oriental había adivinado la verdad que permanece oculta a nuestras dogmáticas mentes occidentales. Como ya te he contado, me fui al Gobi. Descubrí aquella secta secreta. Al cabo de siete años de esfuerzo y paciencia, penetré en el círculo interior. L'ao Ku confirmó mi terrible sospecha. Por él supe cosas que ni siquiera me había atrevido a suponer. Supe que la Tierra, todo el Sistema Solar, está destinado a fragmentarse dentro de muy poco tiempo.

Veremos el fin, Foster..., a menos que los agentes secretos de L'ao Ku nos liquiden antes. No lo olvidemos ni frente a los mayores peligros. Ese hombre es un ser inhumano, fanático y diabólico, pero también un genio. Y todo su poder, toda la ciencia secreta capaz de crear el rayo venenoso, está empeñada en nuestra destrucción.

La voz tranquila calló. Un silencio tenso y eléctrico dominó la espaciosa biblioteca. Incrédulo.

Foster exclamó:

—¡El fin del mundo!

—El fin —repitió Barron Kane con la misma calma forzada—. Esperaba que tal vez podríamos disponer de años... Pero hoy sé, por una noticia que apareció en el periódico de la tarde, que la fase definitiva ya ha comenzado.

Foster Ross volvió a ponerse en pie y se inclinó sobre el hombrecillo moreno.

—Dime —imploró—, ¿qué pretendes decir?

Barron Kane, inclinándose a su vez, le contestó con la voz convertida casi en un susurro. Foster le oyó en silencio, en pie. Al principio, sus ojos azules expresaron un incrédulo asombro, que poco a poco se convirtió en un pánico terrible.

## 2

El grave y diminuto científico habló durante una hora, y luego se arrellanó en el enorme sillón de cuero volviendo a entrelazar sus delgados dedos morenos.

Foster se acercó en silencio a una ventana. Descorrió la cortina y contempló la noche de aquel invierno incipiente. Los desnudos árboles eran como una hilera fantasmal de esqueletos sobre los campos de nieve, que brillaban débilmente bajo el cielo en tinieblas. Algunos copos de nieve devolvieron un resplandor blanco bajo el torrente de luz que salía por la ventana. El terrible viento helado azotó las antiguas paredes de piedra.

—Corre la cortina, por favor —pidió Barron Kane con la misma serenidad imperturbable—. Los agentes de L'ao Ku podrían estar vigilando. El rayo venenoso...

Foster corrió la cortina bruscamente. Tenso y algo tembloroso, regresó al lado de su tío.

—Lo siento —murmuró—. Lo había olvidado.

—Es una idea especialmente difícil para la mentalidad occidental —explicó Barron Kane, compasivo—. Sospecho que si los occidentales se vieran obligados a aceptarla, muchos enloquecerían. Pero, si intentas mirarlo con algo de fatalismo oriental...

Foster parecía no darse cuenta de su presencia. Paseó de un lado a otro del espacioso gabinete enmaderado. En un momento dado se detuvo junto a la mesa para tocar el modelo experimental de aluminio de la nave espacial. Tomó de la repisa una fotografía de June Trevor, estudió durante un instante su belleza seria y clásica de ojos oscuros y luego la devolvió a su lugar con sumo cuidado.

Regresó al lado de su tío.

—La Tierra... —jadeó—. ¡No puedo creerlo! ¡Es demasiado monstruoso...!

Barron Kane se puso en pie y se adelantó, ansioso.

—Debes creerme, Foster —rogó con voz grave—. Porque sólo tú dispones de medios para salvar la simiente de la humanidad. Debes ponerte a trabajar en seguida. ¡Esta misma noche!

—¿Esta misma noche? —repitió Foster, embotado y muy sorprendido.

—Debes comprender que es cuestión de meses, Foster. De medio año, como máximo. Y la empresa es terrible... Debemos montar un laboratorio para acelerar el desarrollo de tu tubo-motor.

Tus acerías se pondrán a fabricar piezas del..., del Arca del espacio. Tenemos mil problemas que resolver en todas las ramas de la ingeniería. Y el trabajo debe quedar

terminado en menos tiempo del que se haya invertido jamás en una construcción similar. ¡En mucho menos tiempo!

—No existe construcción similar —señaló Foster—. Hasta un buque de guerra sería un juguete sencillo comparado con la máquina espacial. Se necesitaría toda una vida para ponerla a punto.

Además —protestó vagamente, todavía embotado—, me voy a Palm Beach. Prometí a June que...

—Tendrás que romper tu promesa —le cortó imperiosamente Barron Kane—. Ambos dedicaremos hasta el último segundo a la tarea. Con todo, el tiempo que nos queda es espantosamente corto. Y debemos evitar a L'ao Ku y su rayo venenoso.

—En realidad, como verás, no puedo..., no puedo hacerme a la idea.

—Foster, atónito, seguía mirando a Barron Kane—. ¡Es endiabladamente fantástica!

—Considéralo desde un punto de vista oriental —insistió su tío—. El fatalismo oriental...

—¡No soy chino! —se impacientó Foster—. Pero quiero a June Trevor..., por encima de todo. Si tienes razón, si los próximos seis meses serán los últimos, prefiero vivirlos con ella.

—¿No lo entiendes? —susurró Barron Kane. Tomó el brazo de Foster con sus huesudos dedos—.

Si quieres a June Trevor, ¡construye la máquina espacial para salvarla! Foster, ¿te gustaría verla morir con el resto de la raza humana, como..., como gusanos en una casa incendiada? ¿Borrada..., aniquilada?

—¡No! —exclamó Foster—. ¡No! Pero no me creo capaz...

—¡Debes hacerlo! —insistió Barron Kane—. Te aseguro que hay pruebas. Hoy, en el periódico vespertino, ha aparecido un suelto que pregona la ruptura del Sistema Solar.

—¿Pruebas? —gritó Foster, incrédulo—. ¿Pruebas de qué...?.

—¿Tienes el periódico de esta tarde?

—Por aquí anda. No he tenido tiempo de echarle un vistazo. Ya sabes, estaba ocupado en mi experimento.

Buscó el periódico y lo abrió con curiosidad. Sus ojos hallaron los grandes titulares, y vio que hablaban sólo de nuevos casos de corrupción política.

Las manos delgadas e impacientes de Barron Kane le arrebataron el periódico y señalaron una gacetilla situada sin mayor relieve en la parte inferior de la página.

## LOS SABIOS, DESCONCERTADOS

«El doctor Lynn Poynter, del Observatorio de Monte Wilson, ha comunicado esta mañana que el planeta Plutón abandona su órbita y se aleja del Sol siguiendo una trayectoria anómala e inexplicable. El doctor Poynter asegura que el color del planeta ha virado además de un tono amarillento a verde vívido.

»El doctor Poynter ha declarado que no puede adelantar ninguna explicación sobre este fenómeno. Se niega a hacer más declaraciones, salvo que ha pedido a astrónomos de todo el mundo que verifiquen sus observaciones.»

El rostro de Foster permaneció torvo y pétreo mientras leía el lacónico texto. Sus temblorosos dedos arrugaron el periódico y, deliberadamente, lo partió por la mitad. Cuando se volvió hacia Barron Kane había en sus ojos un espanto nuevo, devorador. Habló con voz ronca:

—¿Entonces Plutón ya..., ya se ha ido? ¡El Sistema Solar ya ha empezado a dispersarse!

—contempló el periódico que tenía roto en las manos—. Barron, por la mañana iremos a la acería y nos pondremos a trabajar.

El hombrecillo moreno le apretó la mano, en silencio, agradecido.

—Ahora —agregó Foster— debo telefonar a June.

—¿Eres tú, Foster? —sonó la voz clara de la muchacha, cargada de esperanza—. ¿Llegarás mañana? Iré a recogerte con el coche...

Foster evocó su encanto, sus ojos oscuros y serios; la vio sentada al volante, alta y esbelta; con una impaciencia alegre e infantil bajo su serena reserva. De repente se sintió débil, enfermo de dolor por no poder ir a verla.

—No —respondió, tratando de no traicionar la pena que sentía—. Sintiéndolo mucho, no puedo ir.

Notó angustia en las palabras de la muchacha:

—¿Algo anda mal...?

—Han surgido algunos imprevistos —tartamudeó, procurando expresarse en términos no demasiado alarmantes—. Un trabajo que debo terminar. Es muy importante. Debo quedarme...

—¡Ah! —en su voz había cierta agonía—. ¿Te impedirá venir..., hasta después de Año Nuevo?

—Sí —contestó—. Tendremos que aplazar la boda.

—¡Oh! —fue una exclamación de dolor; Foster se sintió lleno de compasión hacia ella—. ¿No puedes decirme de qué se trata?

—Por teléfono no. Oye, June: quiero que vengas aquí tan pronto como te sea posible. Entonces te explicaré.

—Tengo muchos compromisos —protestó—. Y tu voz suena tan extraña...

—Es importante, de veras —insistió—. ¡Por favor, ven! Te necesito, June... Por favor...

Hubo un silencio; luego la muchacha habló con decisión:

—De acuerdo, Foster. Llegaré el lunes...

—¡Gracias, querida! —respondió con gratitud—. Cuando lo sepas, comprenderás...

—¡Adiós, muchacho! —gritó casi alegremente—. ¡Pon un rayo de sol en tu voz! ¡Hablas como si estuviera a punto de llegar el fin del mundo! Llegaré el lunes.

La querida June, tan buena chica como siempre, pensó Foster mientras la muchacha colgaba.

Alegre y generosa como de costumbre. Siempre se hacía cargo. Y él terminaría, debía terminar la nave espacial a tiempo para salvarla del terror increíble que auguraba Barron Kane.

Aquella noche Barron Kane y Foster Ross no se acostaron. Se quedaron en la espaciosa biblioteca, junto al modelo a escala reducida de la máquina espacial, pensando en cómo transformar aquel sueño en realidad. A medianoche, Foster fue a la cocina, tomó pan, jamón y una botella de leche y los colocó frente a la diminuta nave.

Al amanecer guardó en un portafolios el modelo y las páginas donde habían esbozado el proyecto, para llevárselo a la fábrica.

—No olvides que hay peligro —insistió Barron Kane—. Los hombres que me siguen no deben estar muy lejos. No regresarán sin la certeza de mi muerte.

—Telefonaré a la fábrica —dijo Foster— y pediré una escolta.

Entonces descubrió que la línea estaba cortada.

—Los cables se han roto —dijo—. La tormenta...

—Los hombres de L'ao Ku los han cortado —susurró Barron Kane—. Nos esperan.

—Entonces, será mejor que salgamos zumbando —propuso Foster—, mientras podamos.

Barron Kane asintió.

—Si logramos llegar a la acería, tendremos que defenderla —afirmó—. Pero lucharemos hasta el fin contra L'ao Ku, lo mismo que lucharemos contra el tiempo. La secta secreta profesa que toda vida debe perecer cuando la Tierra se fragmente. Todo

intento por salvar siquiera una sola vida humana infringiría el primer principio de esa doctrina fantástica.

Dejaron encendidas las luces de la biblioteca, y ambos se escabulleron hacia la puerta trasera de la vieja mansión. Los jardines parecían fantasmagóricamente blancos debido a la nieve. Densos nubarrones ocultaban el cielo de un color gris hielo bajo el primer resplandor del amanecer. Sombras misteriosas velaban los árboles y edificios.

Foster llevaba su precioso modelo. Barron Kane esgrimía su pesada automática, con el seguro quitado. Avanzaron hacia la carrera sobre la espesa nieve hasta el garaje. Foster quitó el candado a las puertas y las abrió de par en par.

Un delgado rayo anaranjado, como una hoja de metal incandescente, brotó silenciosamente del tenebroso umbral y alcanzó en el brazo a Barron Kane. Su automática respondió una vez. Luego, jadeando de dolor, cayó sobre la nieve.

Foster contuvo la respiración. Su cuerpo delgado se abalanzó con rapidez hacia el rincón oscuro de donde había salido el rayo silencioso.

Tanteando a ciegas, tropezó con una mano parecida a una garra que sujetaba un tubo ligero de metal. Su hombro empujó un cuerpo menudo pero fuerte, y cayó pesadamente contra la pared. Una mano delgada aferró su garganta. Atrapó una muñeca vigorosa y le obligó a soltar presa.

Los dos enemigos se apartaron de la pared y cayeron pesadamente al suelo de cemento. Foster oyó un gruñido gutural de sorpresa. Fue el único sonido que se le escapó a su desconocido adversario. La batalla se desarrollaba en el silencio y la oscuridad.

Una rodilla flexionada se hundió en la ingle de Foster. Mientras se doblaba con angustia, unos dedos rígidos rebuscaron bajo su cuerpo. Un haz cegador de luz amarilla surgió del pequeño tubo, recorrió la pared del garaje, bajó poco a poco.

¡El rayo venenoso! Si le tocaba, su sangre se convertiría en un veneno mortal...

Un dolor intolerable surgió repentinamente de la retorcida muñeca de su brazo apresado. El daño y el esfuerzo le hicieron temblar. Un sudor ardiente bañó su rostro.

El rayo naranja tocó el suelo, avanzó hacia su hombro. Las garras que lo movían eran firmes como el acero.

Foster estaba vencido por el dolor insoportable de su brazo retorcido. La cabeza le daba vueltas y se sintió tragado por la oscuridad. Luego, a punto de verse vencido, le ocurrió algo extraño, una revelación cegadora. En un instante de visión diáfana, se vio a sí mismo, no como el hombre que luchaba por salvarse, sino como el campeón de la humanidad que batallaba para la supervivencia final.

Con aquella visión recibió una nueva y milagrosa fuerza; la causa común le infundió una extraña oleada de energía.

Enderezó el brazo retorcido, sufriendo una terrible agonía. Pero el dardo anaranjado se alejó. El cuerpo vigoroso que le oprimía se tensó con el esfuerzo; el rayo retrocedió. Débil y mareado, Foster aprovechó al máximo su oportunidad.

Oyó el chasquido seco de un hueso quebrado. Las garras de acero que le sujetaban se convirtieron en carne flácida. El rayo anaranjado trazó un arco súbito que rozó la cabeza del otro hombre. Luego el tubo se estrelló contra la pared y el rayo se apagó.

El otro ya había muerto por obra de su propia arma cuando Foster se puso en pie, tambaleándose.

Barron Kane yacía inmóvil sobre la nieve como un fardo gris bajo la pálida luz del amanecer.

Foster corrió hacia él y escuchó su débil susurro:

—El rayo venenoso..., mi muñeca..., un torniquete en el codo..., hazlo sangrar.

Foster levantó la manga que cubría el delgado brazo moreno. Ató su pañuelo alrededor del codo derecho e hizo el torniquete con una llave inglesa que tomó de la estantería. Sobre la muñeca fina y musculosa advirtió una hinchazón púrpura que abultaba cada vez

más. Sacó un afilado cortaplumas del bolsillo del chaleco, hizo una incisión en el bulto y sorbió con los labios la herida para extraer el veneno.

—Eso será suficiente —susurró por fin Barron Kane, con un poco más de fuerza en la voz—. De todos modos, sospecho que estoy acabado. Espero vivir para verte ganar, Foster. Pero no importa.

He cumplido con mi deber. Ahora queda en tus manos la salvación de la humanidad.

—Lo haré..., haré lo que pueda —prometió Foster con voz ahogada. Aún recordaba aquel extraño vigor inconsciente que lo había dominado durante la pelea.

—¡Vayamos a la fábrica! —susurró Barron Kane.

Foster lo trasladó hasta el coche abierto. Cuando encendió los faros, se detuvo un instante para contemplar al muerto que había en el suelo. Su rostro era amarillo, mongoloide, con delgadez de halcón. En aquel momento exhibía la mueca aterradora y burlesca de la muerte.

—Ábrele la ropa, Foster —ordenó Barron Kane—. Mira su costado, bajo el brazo izquierdo.

Foster obedeció. Bajo el brazo del hombre, en la piel amarilla que se estiraba sobre las costillas como un pergamino, había una marca escarlata parecida a una O mayúscula.

—¡Está marcado! —gritó—. ¡Con un círculo rojo!

—Es el emblema de la secta secreta —susurró Barron Kane—. L'ao Ku nos lo ha enviado.

Foster se sentó al lado de Barron Kane. El motor helado se puso en marcha con dificultad. El descapotable avanzó, dejó atrás al muerto y enfiló el camino helado.

El día plomizo y frío ya había comenzado cuando entraron en la sucia factoría. Las pequeñas viviendas de los trabajadores, míseras y feas, se agazapaban sobre laderas grises de nieve y hollín mezclados. La acería se alzaba en un valle. Los gigantescos altos hornos se alzaban como un torvo ejército de monstruos de acero negro contra las tenebrosas nubes.

Foster condujo a su tío directamente hasta la puerta de la enfermería y trasladó a Barron Kane a una camilla.

—Los médicos llegarán pronto —aseguró.

—No te preocupes de mí —susurró el hombrecillo—. Tienes una misión que cumplir. Procuraré vivir para ver cómo la terminas.

### 3

Tres meses después, una nueva cerca rodeaba la acería. Tenía seis metros de altura, y los tres primeros eran de hormigón y a prueba de balas y acero. La alambrada superior estaba conectada a potentes generadores. A intervalos de treinta metros se alzaban torrecillas giratorias de acero y cristal a prueba de balas, desde donde vigilaban sin cesar los centinelas armados de siniestras ametralladoras.

Dentro de la cerca, sobre un inmenso muelle de hormigón armado, se construía la máquina espacial.

El casco ya estaba terminado. Era una hazaña sin precedentes de la ingeniería, una esfera colosal de casi ciento cincuenta metros de diámetro, a cuyo lado parecían insignificantes los ejércitos de altos hornos que la flanqueaban. La cimera de su casco gris se veía a muchos kilómetros a la redonda desde las suaves colinas de Pennsylvania que ahora, en marzo, lucían el verdor de la última primavera de la Tierra.

No obstante, quedaba mucho por hacer para el equipamiento del interior, mediante el cual se mantendría indefinidamente la vida humana en el vacío sin sol. El tubo-motor, que aplicaría el efecto ómicron de Foster Ross para propulsar la máquina, aún no estaba perfeccionado y constituía el mayor problema.

—Lo demás estará terminado dentro de un mes —le prometió Foster a Barron Kane un ventoso día de primavera—. Pero no servirá de nada si el tubo-motor no funciona. ¡Un millón de toneladas de acero y cristal! No tenemos medios para moverlo ni un centímetro, a menos...

Se hallaban en una habitación de la enfermería, desde cuyas ventanas el paciente podía contemplar la tremenda esfera de acero pintada de gris, que se destacaba sobre las colinas verde claro y bajo el cielo agitado por el viento.

Barron Kane yacía de espaldas. El veneno del rayo anaranjado había afectado centros nerviosos medulares; no podía caminar e incluso tenía las manos paralizadas. Pero su cerebro estaba tan lúcido como siempre. A pesar de su estado y sus sufrimientos, contribuyó a solucionar muchos problemas de la construcción de la máquina espacial.

—¿A menos qué? —susurró—. ¿Estás probando otra cosa?

—Esta mañana ensayaremos un nuevo modelo. Empezamos desde el principio, debido a una nueva solución de las ecuaciones del efecto ómicron. Desconocemos el resultado. Aunque fuese positivo, la instalación nos llevará seis semanas.

—¿Seis semanas? —exclamó Barron Kane, alarmado—. ¡Tal vez la Tierra se fragmente antes!

—Sus ojos grises miraban a Foster desde la almohada, fríos pero cargados de terror, y agregó—: Ya sabes que la luna de Neptuno abandonó su órbita la semana pasada. Se volvió verde y siguió a Plutón hacia el espacio exterior. Y hay algo más...

Sus manos arrugadas y casi inválidas buscaron el periódico sobre la manta.

—¿De qué se trata? —preguntó Foster.

—Ha salido esta mañana. Nadie ha comprendido todavía lo que se aproxima. Enterraron la noticia en una de las páginas interiores..., y nadie comprendió su significado, aunque se trataba de lo más importante que se haya publicado nunca. Aquí lo tienes.

Foster leyó el artículo:

## LOS TEMBLORES MANIFIESTAN CIERTA PERIODICIDAD

«Una nueva serie de temblores sacude la Tierra, declaró hoy el doctor Madison Kline, famoso sismólogo inglés, ante un congreso internacional de geólogos.

»Los temblores registrados recientemente se producen a intervalos regulares de unos treinta y un minutos, explicó el doctor Kline. Se supone que reflejan alguna perturbación rítmica que está teniendo lugar en las profundidades del planeta.

»El doctor Kline declaró que él y sus colaboradores han observado el fenómeno por espacio de varias semanas, durante las cuales aumentó de manera constante y notoria.

»Aún se desconoce una explicación concluyente, dijo el doctor Kline, si bien se cree que la periodicidad de los temblores corresponde a la frecuencia fundamental propia del planeta.»

Foster apretó las manos hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—Esto significa —murmuró roncamente— que estamos cerca del fin...

—Como verás —susurró Barron Kane—, debes acelerar la instalación del nuevo tubo-motor.

—¡Lo haremos! —prometió Foster—. Aunque es posible que cuando terminemos, el aparato no funcione. Hemos metido toda una generación de avances científicos en el trabajo de cuatro meses.

—Hay otros problemas —le recordó Barron Kane—. Debes prepararte para cortar todos los vínculos con la civilización.

—Casi todas nuestras provisiones están ya a bordo —informó Foster—. Y el personal ocupa la máquina a medida que se dispone de cabinas. Seiscientos hombres elegidos

que representan todas las ramas, los oficios y credos, con sus esposas e hijos. En total, dos mil seres humanos..., la flor y nata de la humanidad.

—¿Y los laboratorios? —preguntó Barron Kane.

—Estarán terminados a tiempo —aseguró Foster—. Dentro de un mes tendremos atmósfera artificial y comida sintética preparada a bordo mediante la recuperación de los desperdicios. Tan pronto como salgamos al espacio —prosiguió en tono entusiástico—, seremos independientes.

Nuestros motores recibirán la energía ilimitada de los rayos cósmicos. Suministrarán calor, luz y energía, elementos para obtener oxígeno y comida, y fluido para el tubo-motor. Nuestra máquina puede navegar eternamente, Barron. Es un pequeño mundo autónomo, independiente del Sol...

Foster se interrumpió, se mordió los labios y murmuró tímidamente:

—¡Aquí me tienes hablando de la cuestión, cuando no sabría moverla un centímetro ni aunque me fuese el alma en ello! Hasta luego, Barron. Debo regresar a los talleres.

—¡Espera! —susurró el enfermo—. Una pregunta más. ¿Dónde está tu prometida?

—Bueno —le respondió Foster—, June ha regresado a Florida con algunos amigos para una breve visita. Deseo que olvide, en lo posible, lo que se acerca. Para una muchacha como ella es tan terrible...

—Haz que regrese —aconsejó Barron Kane—. Haz que se suba a bordo con nosotros.

—¿Hay peligro? —inquirió Foster—. ¿Tan pronto?

—La primera convulsión de la corteza terrestre bastará para despedazar lo que llamamos civilización —susurró el hombrecillo—. Debe estar aquí antes que eso suceda. Además, hay otros peligros.

—¿De qué se trata?

—L'ao Ku no ha mostrado su poder, Foster. Pero no olvides que lo posee. Se limita a esperar su hora, preparándose. No te engañes ni bajes la guardia.

—¡Bah! —suspiró Foster, aliviado—. Creí que te referías a algún peligro para June.

—Así es —murmuró Barron Kane.

Foster se inclinó sobre él, súbitamente alarmado.

—En el templo del Gobi hay un altar erigido en honor del Gran Huevo. Sobre él hay una imagen tallada en piedra negra. Representa un globo y tiene tallados los contornos de los continentes; comprenderás, entonces, que simboliza la Tierra. Está hendido, y emerge de él una cosa..., ¡monstruosamente obscena! En el templo se celebran ceremonias periódicas. Sobre ese altar, bajo esa imagen de obscenidad indescriptible que brota de la tierra, L'ao Ku ofrece sus sacrificios. Las víctimas siempre son mujeres. Si es posible, se eligen herejes o familiares de éstos. Foster, es posible que June Trevor pudiera sufrir..., precisamente cuando creías protegerla.

El rostro de Foster estaba gris, contraído. Jadeó roncamente:

—Haré que embarque. ¡En seguida!

La comunidad científica quedó desconcertada desde el principio. La migración de Plutón dislocó toda la estructura, laboriosamente construida, de la ciencia occidental. Aquellos temblores o latidos de la Tierra, que pronto fueron lo bastante violentos como para ser notados por los viajeros, no recibieron una explicación satisfactoria.

Durante cierto tiempo, los científicos se refugiaron en innobles acusaciones mutuas. Pero ya no podían negar que el Sistema Solar estaba colapsándose. El planeta Neptuno se desvió inexplicablemente de su órbita. Una a una, las lunas mayores de Saturno y Urano mudaron al color verdoso y abandonaron sus emplazamientos. El cambio, que abarcaba de dentro hacia afuera a todo el Sistema Solar, alcanzó a las cuatro grandes lunas de Júpiter.

El universo de la ciencia también se desplomaba.



Al principio, no obstante, el hombre corriente sólo se preocupó de modo pasajero. Los negocios continuaron como siempre; la opinión pública seguía pendiente del desempleo, la estabilización del dólar, el sensacional asesinato de una actriz de Hollywood. No hubo pánico verdadero ni siquiera cuando el «latido de la Tierra» —así llamaban los periódicos a los extraños temblores rítmicos del planeta— se convirtió en un tema central de conversación.

El verdadero pánico se desencadenó con las primeras pérdidas de vidas. A fines de marzo, una serie de tremendos terremotos acompañados de olas gigantes sacudieron, una a una, Tokio.

Bombay, Río de Janeiro y Los Ángeles. Los cataclismos fueron cada vez más violentos. A los periódicos no les faltaban noticias sobre nuevos cataclismos a medida que iban saliendo.

No por eso cayó el antiguo orden, «Que la vida siga igual», era la consigna, aunque los precios subían en forma desenfrenada, los gobiernos y las corporaciones se arruinaban y la criminalidad alcanzaba cotas delirantes.

Nuevos líderes, movimientos radicales y modas fantásticas obtuvieron tremendo apoyo. Nuevas religiones eran abrazadas entusiastamente. Los nuevos profetas surgían y eran aclamados a millares, pero los que más conquistaron fueron los adeptos de aquella extraña secta oriental llamada el Culto del Gran Huevo.

Sólo ellos aseguraban poseer la clave del cambio. Sólo ellos podían ofrecer a la espantada humanidad una interpretación racional, aunque fantástica, del sorprendente enigma de un sistema solar que se desmoronaba. Aunque sólo prometía la muerte inexorable —la muerte como deber sagrado—, L'ao Ku se convirtió en el mentor de millones de fanáticos.

Barron Kane y Foster Ross comprendieron en seguida y sin duda alguna que la ola delirante de su poder cada vez mayor terminaría por caer sobre ellos. Convirtieron la acería en una fortaleza.

Aceleraron al máximo la construcción de la nave espacial. No podían hacer más.

#### 4

La crisis estalló la noche del 23 de abril. Había luna llena. Los cielos, últimamente cubiertos por extrañas nubes, aparecieron despejados sobre la mayor parte de los Estados Unidos. Aquella noche, millones de personas observaron horrorizadas cómo el cambio alcanzaba a la Luna. Después de haberlo visto, muy pocos conservaron la cordura.

La locura producida por la increíble visión de horror paralizó las mentes, guiadas por el genio fanático de L'ao Ku que conducía los asaltos contra la máquina espacial.

El «Planeta» —así había bautizado June Trevor a la nave espacial, puesto que sería el único hogar futuro de la humanidad— permanecía inmóvil sobre el muelle de cemento, dentro de la cerca.

Todavía no podía despegar; el tubo-motor seguía incompleto.

Sobre la colosal esfera gris de acero había un casquete en forma de cúpula vidriada, a donde se llegaba mediante una corta escalera desde una escotilla situada debajo. La cabina estaba atestada de mecanismos relucientes, los complicados instrumentos creados para el mando y la navegación de la máquina espacial.

Aquella noche fatal, Foster Ross y June Trevor subieron a la pequeña sala de control; Foster transportó en sus brazos a Barron Kane. Acomodaron lo mejor que pudieron el cuerpo inválido del pequeño científico en una silla de ruedas, entre los brillantes instrumentos.

—Anoche algunos observadores vieron unas grietas sobre la superficie de la Luna —dijo Foster—. Su corteza se está hendiendo. Debajo hay algo verdoso..., incandescente.

¡Hoy veremos el fin de la Luna! ¡Y al observar lo que le sucede a la Luna sabremos lo que dentro de un día, más o menos, sucederá con la Tierra!

June Trevor se acercó angustiada, con paso rápido. Era una muchacha alta, de ojos oscuros, de belleza grave y clásica. Le sonrió a Foster..., pero fue una mueca débil y aprensiva, mientras buscaba su mano.

—Foster —susurró—. ¿Será muy terrible...?

—Lo peor no será lo que veremos —le respondió— sino lo que significa. En la suerte de la Luna veremos el destino de la Tierra, de la civilización humana. Pero, querida, procura tranquilizarte.

—No..., no estoy asustada —susurró, estremeciéndose—. Pero es espantoso pensar en tantas víctimas...

Foster le apretó la mano.

—June —agregó roncamente—, procura no pensar en ello. Recuerda que estaremos juntos. Sin ti, yo enloquecería...

—Hay algo más importante —afirmó—. Tenemos un deber: ¡salvar la raza!

En ese momento, Foster apagó las luces de la pequeña cabina. Miraron a través de los paneles de grueso cuarzo fundido. Iluminado por la luz de la luna, el cielo era de un gris plateado; hacia el sur había blancos y luminosos bancos de nubes. La Luna estaba alta en el este, un disco dorado.

La miraron. June Trevor se estremeció y se apretó contra el cuerpo delgado de Foster.

—¡Hay grietas! —exclamó con espanto—. ¡Las veo! Son como una telaraña.

—Se están extendiendo —susurró Foster—. Y..., veo algo verde que se abre paso.

Desde el sillón llegó la voz extraña y ronca del científico imposibilitado.

—El ser está saliendo.

Jadeantes, mudos de pánico, los tres contemplaron la Luna..., al igual que millones de hombres enloquecidos la observaban en todo el continente.

Vieron cómo los conocidos mares y cráteres circulares de la topografía lunar se convertían en una red de grietas de color negro y verde brillante. Por primera vez, la humanidad veía la cara de la Luna cubierta de nubes propias.

Vieron que algo salía del planeta hendido... Apareció una cabeza indescriptible...

Surgió en la zona del gran cráter Tycho. Era monstruoso y espeluznante. Primero salió un pico colosal, triangular, verde y brillante, y detrás dos enormes manchas redondas como ojos, que resplandecían con brillo púrpura radiante. Entre ellos y sobre ellos se distinguía un órgano extraño, arqueado, en forma de penacho; era un penacho sobrenatural, una llamarada carmesí.

Alas increíbles..., desplegándose..., extendiéndose..., se abrieron paso por entre la corteza hendida y desmoronada, que ya había perdido toda semejanza con la Luna conocida. Los seres humanos sólo podían llamarlas alas. Pero, pensó Foster, más que nada se parecían a las protuberancias, exuberantes gallardetes de la corona solar que sólo se ven en el momento del eclipse total, extendiéndose desde el disco negro como dos alas de luz celeste. Eran velas de llama verde. Resplandecían con lentas ondas de luz que se difuminaban en los bordes, como las misteriosas cortinas de la aurora boreal, recorridas por delgadas vetas de color plata brillante.

Un ente a la vez horrible y hermoso...

Quedó a la vista cuando las alas celestes que se abrían poco a poco apartaron la cáscara cósmica que había sido la corteza de la Luna. Se abrió con flexible hermosura, larga y esbelta, con delicada forma de huso. Era verde como la esmeralda, brillante como el fuego y tenía extrañas marcas plateadas y negras.

El color del cielo cambió en forma aterradora del gris plata al verde, a causa de la espantosa radiación del ser desconocido. Las sombras que proyectaba, negras como la tinta y orladas de verde, eran misteriosas..., pavorosas.

Durante algún tiempo flotó en el lugar donde había estado la Luna casi inmóvil. Monstruosos apéndices azules serpenteaban alrededor de su cabeza, debajo de los ojos púrpura, agitándose sobre su cuerpo esbelto y terrible y sus alas diáfanas.

Entonces se limpió.

En ese momento, de súbito, echó a volar por el cielo. Sus sombras fantásticas se desplazaban como seres vivientes. Con ondas luminosas o con alguna fuerza extraña que rebosaba de los pasmosos mantos de llamas que parecían alas, voló. La espantosa luz verde desapareció del cielo, las terribles sombras se extinguieron y el ser se convirtió en una minúscula mancha de luz esmeralda que se desvanecía junto al blanco fulgor de Vega.

—¡La Luna se ha ido! —exclamó Foster, azorado.

—Lo mismo se irá la Tierra —comentó el susurro apagado de Barron Kane—, dentro de pocos días.

—¡Qué hermoso! —jadeó June Trevor con voz extraña y conmovida—. Era maravilloso..., y horrible...

Se estremeció y Foster se sorprendió al encontrar su cuerpo firme, cálido y nervioso entre sus brazos. Ella se apretaba inconscientemente contra él, buscando consuelo de modo instintivo. Él la abrazó antes de soltarla.

—Nuestro mundo debe perecer así, querida... —murmuró Foster.

—Pero nosotros..., estamos juntos... —concluyó June con un hilo tembloroso de voz.

Barron Kane seguía mirando a través de la cúpula de cristal. Desde la desaparición de la Luna, el cielo era una bóveda de espléndidas estrellas. Las colinas bajas y onduladas de Pennsylvania destacaban en negro bajo él, tachonadas de minúsculas luces vacilantes de casas y coches. Las luces de la factoría, bajo el casco gigante del «Planeta», dibujaban brillantes rectángulos en la oscuridad.

—Hay demasiadas luces en los caminos —dijo Barron Kane en tono de alarma—. Coches, antorchas, linternas que oscilan. Todos vienen hacia el «Planeta».

Foster y June miraron por las altas ventanas. Sobre las colinas oscuras vieron los ríos de luces peregrinas y parpadeantes que fluían hacia ellos.

Foster profirió una palabra amarga:

—¡La plebe!

—¿La plebe? —repitió June, inquisitiva—. ¿Por qué?

—Los hombres han dejado de ser seres humanos —le respondió Foster torvamente—. Son animales..., animales espantados. Están locos de terror desde que han visto el cataclismo de la Luna.

Sienten necesidad de luchar, como cualquier criatura enloquecida por el miedo. No podemos reprochárselo, pero debemos defender el «Planeta». —Apartó cariñosamente a la muchacha, y agregó—: Debo bajar para advertir a los guardias. Debo ayudar a los hombres de las salas de máquinas. Están instalando el tubo-motor.

—¿Cuándo podrás desplazar el «Planeta»? —preguntó en ansioso susurro Barron Kane.

—Esta mañana han traído de la fundición las últimas piezas —le informó Foster—. Tardaremos un día en colocarlas. Luego, si la multitud no nos destroza, sabremos si el «Planeta» despega. Si la raza humana vivirá..., o morirá con la Tierra.

—¿Un día? —preguntó Barron Kane, desesperado—. La cerca no los detendrá tanto tiempo.

—Tendrá que detenerlos —replicó Foster con los labios apretados—. Veinte horas como mínimo absoluto. Claro que aprovecharemos hasta el último segundo. Y la compuerta de entrada está preparada para cerrarla. Convertiremos al «Planeta» en una fortaleza interior. ¡Ahora debo irme!

Se despidió de June y salió del pequeño cuarto. La muchacha y Barron Kane se quedaron allí, entre los brillantes instrumentos que servirían para pilotar la máquina espacial..., si alguna vez despegaba. El enfermo daba órdenes por teléfono, ayudando así a organizar la defensa.

June esperó con impaciencia; por último, preguntó atemorizada:

—¿Hay mucho peligro...? Comprendo que la gente esté enloquecida de terror, pero, ¿por qué iban a atacarnos?

—Los sacerdotes de una religión fanática los han azuzado contra nosotros —murmuró roncamente Barron Kane—. Los sacerdotes de una secta secreta de Asia adivinaron el final. Basaron su fe en ello y predicán que el hombre debe morir. A sus ojos, somos herejes. Intentan destruirnos.

»Destruirnos —continuó en un susurro cargado de terror— y tal vez sacrificar a algunos de nosotros como penitencia en el altar ceremonial del Gran Huevo, en el templo del desierto de Gobi.

June se estremeció como si presintiera una escena horrible.

—Voy a buscar a Foster —gritó, luchando por dominar la histeria que asomaba a su voz—. Quiero estar con él.

—Será mejor que le esperes aquí —le aconsejó Barron Kane—. O que descanses en tu camarote. Foster está muy ocupado. —Y agregó, siniestro—: Estarás más segura aquí. Eres la que más peligro corre.

—¡No tengo miedo! —exclamó con voz iracunda. Luego recobró la calma y continuó en tono normal—: Quiero decir que no tengo miedo por mí. Lo espantoso es la idea que tantos deban morir.

¡Y aquel ser espantoso, horrible, que vimos salir de la Luna! Quiero estar con Foster. Pero, si le parece mejor, me quedaré aquí.

Se dejó caer en una silla, ocultó el rostro entre las manos y procuró dominar sus sollozos.

Durante aquella noche terrible June hizo guardia en la cabina. La multitud era cada vez más numerosa. Diez mil fogatas relampagueaban en las laderas de las colinas y por todos los lados se movían luces oscilantes. La voz de la multitud era un murmullo incesante y amenazador. June oyó varios disparos.

Al amanecer, Barron Kane se durmió en su sillón de inválido. June le abrigó y lo contempló un rato. Luego la soledad, la tensión, resultaron tan insoportables que bajó a su camarote e intentó dormir. Pero no pudo, y antes de mediodía regresó al puente. El enfermo estaba despierto.

Barron Kane la miró.

—¿Cómo anda todo...? —fue la angustiada pregunta con que le saludó June.

—Han atacado tres veces durante la noche —susurró el hombrecillo. El muro los detuvo; muchos murieron en la verja eléctrica y por efecto de nuestros disparos. Pero por cada caído, se les ha sumado un millar más de pobres infelices.

Sus ojos, grises y serenos, miraban por las ventanas de cuarzo, hacia las laderas de las colinas, que se veían atestadas por la muchedumbre.

—Debe haber más de un millón —prosiguió con su ronco susurro—. Vinieron por todos los medios imaginables. A pie, en bicicleta, en carros, en coches y en aviones. Es imposible no sentir piedad de ellos, tan asustados, tan cerca de la muerte. Muchos parecen harapientos y ateridos; seguramente no han traído comida suficiente. Por lo general no traían armas, pero los discípulos de L'ao Ku se han encargado de eso. Puedes verlos formando círculos alrededor de los sacerdotes, que atizan el odio contra nosotros. Mira cómo los instruyen y preparan. Algunos están descargando explosivos y armas que ha traído el tren esta mañana. L'ao Ku está formando un ejército con la multitud.

Cansada y nerviosa, June miraba con ojos insomnes a través de los gruesos cristales.

—¡Veo un avión! —gritó de improviso—. Se acerca a poca altura sobre las colinas. ¡Está a punto de aterrizar! —volvió a mirar y agregó—: Es un enorme aeroplano negro, y tiene círculos escarlata en las alas y el fuselaje.

Barron Kane murmuró:

—Ésa es la nave de L'ao Ku. Ha venido a dirigir personalmente el ataque. Y tal vez a llevarse a uno de nosotros...

June Trevor miró en silencio, mordiéndose los labios hasta sacarse sangre, apretando sus diminutos puños cuando el populacho avanzó hacia el «Planeta» en oleada de odio fanático y terror irracional.

Los delgados y brillantes haces del rayo venenoso, relampagueando como espadas doradas, silenciaron las ametralladoras de las torretas. Bombas de gran potencia explosiva, lanzadas mediante catapultas hábilmente improvisadas, demolieron la valla eléctrica. Un millón de hombres, impulsados por un fanatismo ciego y armados por una ciencia secreta, asaltaron la gran escotilla de acero del «Planeta».

Presas de una angustia mortal, June aguardó en el puente hasta que sus oídos captaron el estrépito sordo de una explosión y luego detonaciones de las armas de fuego..., ¡dentro del «Planeta»!

—¡Han forzado la escotilla! —susurró y luego agregó, pronunciando con esfuerzo las palabras en medio de una oscura niebla de desesperación—: Subirán a bordo. Debo reunirme con Foster.

Barron Kane quiso protestar, pero ella le interrumpió con un gesto brusco.

—No estoy asustada... —jadeó—. Pero el..., el fin ha llegado. Debo estar con Foster.

Salió corriendo del cuarto y se apresuró hacia el lugar donde se oía el fragor de la desesperada batalla.

En el centro mismo del gran globo de acero que era el «Planeta» había una cámara esférica de dieciocho metros de diámetro. En ella descansaba un enorme tubo de cuarzo fundido y acero, de quince metros de largo, montado sobre poderosos soportes.

Foster Ross y una veintena de hombres cubiertos de grasa, legañosos y con los ojos enrojecidos, terminaban el montaje del tubo. En la parte superior de éste había una compuerta de aire abierta. Mediante un juego de poleas estaban elevando una pieza de una nueva aleación que pesaba cuatro toneladas, para introducirla luego a través de la compuerta.

El terrible rumor de la lucha estalló súbitamente en el interior de la cámara.

—¡Han forzado la escotilla! —estalló un grito cargado de terror, y los hombres fueron presa de la consternación.

—¡Quietos! —suplicó Foster, desesperado—. No abandonen el trabajo; dentro de pocos minutos habremos terminado. Podremos salir al espacio. ¡Pronto...!

Pero alguno, asustado, había abandonado su puesto. El aparejo resbaló. La gran pieza fundida osciló, se desenganchó del crujiente aparejo y cayó estrepitosamente al suelo. Un hombre quedó con las piernas atrapadas, lanzó un grito ahogado, lleno de terror, y luego comenzó a gemir como un niño.

Algunos hombres quisieron huir de la cámara.

Temblando todavía por el imprevisto desastre, Foster procuró mantener el dominio de la situación.

—¡Eh, muchachos! —gritó, queriendo demostrar una confianza que no sentía—. ¡Intentémoslo de nuevo! Quizás estemos aún a tiempo de salvarnos...

Los hombres vacilaron. Foster tomó una palanca e intentó liberar al hombre atrapado. Los demás se acercaron para ayudarlo. Por último sacaron al herido y volvieron a montar el aparejo.

La masa metálica de cuatro toneladas fue alzada e introducida, esta vez sin contratiempos, por la boca de carga. Quedaba ajustada en su lugar cuando la multitud,

con aullidos de fanatismo diabólico y dirigida por demonios de rostro amarillo portadores de las armas de su ciencia secreta, asaltó la sala.

Después, Foster no recordaba más que un caos sangriento.

Dirigió la resistencia de los defensores condenados. Convirtió en fortalezas los rincones de los pasillos, las puertas y las entradas, las escaleras y el hueco del ascensor. Hasta el último momento defendió el acceso del puente, pues suponía que June Trevor esperaba allí con Barron Kane.

Sus seiscientos hombres lucharon con un valor comparable al de los héroes antiguos. Las seiscientas mujeres combatieron a su lado, y hasta los niños ayudaron en lo que pudieron. Y el pañol de armas del «Planeta» estaba bien dotado; cada posición nueva equivalía a un nuevo arsenal. Pero el desenlace era inevitable.

Foster dirigió la última defensa en la escalerilla situada debajo del puente, cediendo terreno hasta allí con otros cuatro: tres hombres y una mujer, todos heridos. Tenían una ametralladora. Con ella mantuvieron a raya a la multitud aulladora y frenética, hasta gastar el último cartucho.

Luego lucharon con bayonetas, con pistolas e incluso con las manos.

Uno de los hombres, antes de morir, se dejó caer hacia delante y arrastró en su caída a todos los que asaltaban la escalera. La mujer cayó. Otro hombre fue arrastrado por la multitud, descuartizado, desmembrado. El último camarada de Foster profirió un grito y cayó taladrado por el rayo venenoso.

Entonces Foster retrocedió hasta el final de la escalera para la última defensa. Miró hacia la cabina buscando a June y vio que había desaparecido. Ante tal descubrimiento, una desesperación total lo sepultó como un torrente negro. Las fuerzas lo abandonaron; por primera vez sintió las heridas y se desmayó.

Sólo quedaba Barron Kane, impotente en su sillón de inválido. Sus manos casi paralizadas asieron torpemente la pesada automática para disparar contra el primer asiático de rostro inexpresivo que entró en el cuarto saltando sobre el cuerpo inmóvil de Foster.

Así acabó la defensa.

Una hora más tarde el avión negro con escarapelas rojas de L'ao Ku se elevó y voló hacia el crepúsculo, rumbo al templo del Gran Huevo, en el desierto de Gobi.

## 5

Foster Ross volvió en sí sobre el suelo ensangrentado de la destruida cabina de mando. Su cuerpo era una llaga viva, y notó el dolor pulsante de una herida amoratada que tenía en la sien. Tenía un mechón de pelo pegado a la frente con sangre seca.

Se puso en pie, y se tambaleó al sentirse mareado. Mordió sus labios, salobres con el sabor de la sangre, para reprimir un grito de dolor. El cuarto saqueado, lleno de instrumentos rotos, bailó ante su nublada visión. Por un instante no recordó nada.

—¡Foster! —el débil y acongojado susurro de Barron Kane le produjo una desmayada sorpresa—.

L'ao Ku dijo que te dejaba con vida. Creí que mentía para atormentarme.

—¡L'ao Ku! —fue el áspero jadeo que salió de la garganta reseca de Foster—. ¿Ha estado aquí?

—Vino cuando ya no podíamos hacer nada —murmuró Barron Kane—. Me dijo que nos dejaba con vida porque nuestros pecados eran demasiado grandes para ser castigados por la mano del hombre.

Dijo que nos quería vivos para recordarnos que habíamos fracasado, y luego ser sacrificados a la apertura del Gran Huevo.

—¿Y June? —exclamó Foster, angustiado—. ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió el viejo cansado e inválido—. Salí a buscarte cuando asaltaron la escotilla.

—¿L'ao Ku se la ha llevado? —el súbito presentimiento aguijoneó el corazón de Foster.

—Tal vez —respondió Barron Kane—. L'ao Ku se ha ido en su avión negro. Quizá se la llevó. De lo contrario, estará entre los cadáveres...

Foster trastabilló hacia la escalera.

—Bajaré a mirar —murmuró—. Si no la encuentro, terminaré el tubo-motor, volaré con el «Planeta» hasta el Gobi y la arrancaré de las garras de L'ao Ku.

Un desvarío terrible relampagueaba en sus ojos.

—No es posible —susurró Barron Kane—. L'ao Ku me ha dicho que sólo faltan dos días para la ruptura de la Tierra. Puede que ni siquiera vivamos hasta ese momento.

—¿Cómo? —preguntó Foster, con súbita palidez en su rostro manchado de sangre.

—Viene una ola gigante del Atlántico —le informó Barron Kane—. Ya ha alcanzado las ciudades costeras. Nueva York ha sido barrida, lo mismo que Boston y Washington, Esta noche nos alcanzará... Es un muro de agua terrible y arrasador, de treinta metros de altura.

Foster no le hizo caso. Resbaló y tropezó con el soporte de un telescopio roto; tomó apoyo con las manos lastimadas, como si le costara un terrible esfuerzo mantenerse erguido, y sus labios reseco murmuraron:

—Terminaré el tubo-motor y buscaré a June.

—Descansa, Foster —aconsejó Barron Kane—. Estás muy malherido.

Foster no le prestó atención.

—Aunque terminaras el tubo-motor, el «Planeta» no podría volar —continuó el ronco murmullo—. Me lo ha dicho L'ao Ku. Volaron con explosivos la escotilla para abrirla. Está estropeada y ya no se puede cerrar. Si saliéramos al espacio, perderíamos el aire y moriríamos.

—Debo rescatar a June —murmuró Foster débilmente.

Sus manos resbalaron por el soporte. Su delgado rostro palideció bajo la mancha de mugre y sangre y cayó pesadamente al suelo cuan largo era.

Veinte horas después, Foster bajó a cerrar la válvula.

Había recuperado parte de sus fuerzas mientras yacía inconsciente en el suelo; el dolor que palpitaba en su sien le parecía ahora más soportable. Cuando despertó se lavó las heridas y vendó las más serias. Pudo encontrar un poco de comida para él y para Barron Kane.

Antes había salido en busca de June.

—He pasado revista a todos los muertos —dijo a Barron Kane cuando regresó al puente—, y no está entre ellos.

—Entonces, debió ser conducida en el avión negro hasta el altar de L'ao Ku —murmuró el enfermo.

—Iré a buscarla —afirmó Foster con determinación invencible, pese a su terrible cansancio. Luego agregó con voz cansada que no denotaba triunfo—: El tubo-motor está terminado. Las piezas quedaron montadas antes que llegara la multitud. He terminado las conexiones, he reparado la compuerta estanca y puesto en marcha las bombas para que la vacíen. Dentro de diez horas podremos despegar.

—Pero no podremos cerrar la escotilla —protestó Barron Kane—. Es imposible salir al espacio exterior.

—Ahora bajaré a arreglarla —afirmó Foster—. Luego iremos a por June.

—Faltaban dos días —le recordó el enfermo—. Ya ha transcurrido uno. Foster, la derrota me está matando; sólo nos queda morir...

—El agua sube —indicó Foster—. Debo apresurarme.

Bajó a cerrar la escotilla.

La ola gigante había llegado mientras él estaba inconsciente; era el maremoto que todo lo anegaba, gris y espantoso, que había inundado las ciudades costeras. Había aniquilado a la multitud triunfante en el mismo instante de su victoria, antes que pudieran saquear la nave, y los arrastró mientras huían.

Un golpe tremendo había alcanzado el casco de acero gris del «Planeta». El oleaje tormentoso aún rompía contra el muelle de cemento donde descansaba la máquina espacial. Las verdes colinas circundantes del día anterior ya no eran sino islotes desiertos y rocosos, empapados de espuma.

La enorme compuerta de acero de la entrada había sido abierta con una carga explosiva de alta potencia. Los goznes estaban retorcidos y la cerradura rota.

Foster estudió los daños. Llegó a la conclusión del hecho que el macizo disco de acero que constituía la compuerta no estaba demasiado dañado. Si lograba rectificar los goznes para que ajustaran y luego encontraba algún modo de sujetarla...

Buscó los talleres de a bordo y regresó a tuestas provisto de martillos, llaves de tuerca y aparejos de alzamiento. Regresó para buscar un soldador portátil. Obstinadamente decidido, se puso a calentar los gruesos goznes para enderezarlos.

Los fundamentos de hormigón temblaban constantemente a sus pies, lo mismo que temblaba toda la Tierra a intervalos de treinta minutos. Todo el planeta respondía al latido cada vez más intenso de la criatura que despertaba en su interior.

Las salvajes olas del mar se abatían interminablemente contra el muelle. El rocío empapaba a Foster y a veces apagaba sus lámparas. Las aguas enloquecidas subieron mientras trabajaba, y se sintió enfermo de terror pensando que la compuerta quedaría inundada antes que pudiera cerrarla.

El dolor lancinante de su organismo torturado y lesionado amenazaba su vida. Foster, un pigmeo cansado y desnudo, herido, engrasado y llagado, trabajó con tenacidad mientras agotaba sus míseros esfuerzos contra las convulsiones agónicas de un gigante.

Un manto de espantosa oscuridad había cubierto el cielo y eclipsó la claridad del amanecer, que parecía carmesí bajo la nube volcánica. Caían cenizas grises y enormes gotas de barro volcánico hirviente. Vientos abrasadores resecaaban su piel y lo ahogaban con vapores sulfurosos.

Los truenos retumbaban incesantemente sobre el caos de un mundo en la agonía de la muerte; relámpagos azules acuchillaban en interminable sucesión de destellos cegadores la parte superior de la esfera, como si los cielos mismos hubiesen jurado la extinción de la humanidad.

A veces, Foster abandonaba un momento sus herramientas para observar las olas negras y rompientes, cada vez más altas. Bajo la oscuridad roja y pavorosa que borraba la distinción entre la noche y el día, entre súbitos resplandores violáceos de relámpagos, contempló las ruinas de un mundo maldito. Restos humanos flotaban cerca de él, destrozados, retorcidos. A veces se estremecía de horror ante el rostro de algún ahogado, gris, abotargado y pulposo.

En aquellos momentos le dominaba la desesperación. Se dejaba caer sobre el muelle barrido por el agua salada y observaba, impotente, la oscuridad roja y delirante del mundo en desintegración.

Pero entonces una imagen, la de June Trevor, alta y hermosa, se le representaba a punto de ser sacrificada sobre un altar ante una imagen de la Tierra, de la que surgía un monstruo obscuro. Esa imagen siempre vencía su abatimiento y resucitaba aquella decisión extraña, impersonal, aquel olvido de sí mismo que había experimentado por primera vez durante la lucha en el garaje.

Movido por el instinto de la especie, superior a cualquier móvil personal, volvía a recoger las herramientas.



Agotado, embotado por la falta de sueño, finalmente Foster regresó a la pequeña cabina del puente.

—La escotilla está cerrada —anunció con voz gruesa y débil a causa de un cansancio inexpresable—. Ahora voy a poner en marcha los motores y sabremos si el tubo-motor funciona...

Calló al ver que Barron Kane dormía. Intentó despertarle y obligarle a comer algo: naranja, un pote de caldo y galletas. Pero el frágil hombrecillo no se movió. Foster descubrió que tenía fiebre, y su pulso era irregular.

—Deseaba tanto vivir para vernos ganar... —suspiró Foster—. Pero supongo que ya no despertará. De todos modos, él todavía abrigaba la esperanza...

Luego, moviéndose como un autómatas por efecto de su gran cansancio, se volvió hacia los instrumentos semi-destruidos. Una ojeada a un cronómetro le produjo horror y desesperación.

Habían transcurrido veintidós horas desde que empezó a reparar la compuerta. Prácticamente había pasado el segundo día. Dentro de pocas horas llegaría el cataclismo final...

Resbaló, aturcido, como si hubiera recibido un golpe, y cayó contra la pared.

Permaneció apoyado allí un rato, desmayado por el golpe. Sus ojos enrojecidos, embotados y casi ciegos, miraron fijamente a través de los gruesos cristales de cuarzo. El cielo era un siniestro dosel de tinieblas carmesí, rasgado por continuos relámpagos en una espantosa cascada de fuego violeta.

El barro hirviente y líquido azotaba el casco de acero del «Planeta» con un tamborileo continuo que apagaba los truenos. El tempestuoso mar negro empezaba a cubrir las colinas; ahora inundaba el muelle y sus rompientes gigantescas chocaban contra el «Planeta». Salpicado de minúsculos y lastimeros fragmentos de restos humanos, su agitada y lóbrega superficie alcanzaba hasta los horizontes de las tinieblas rojas y caóticas.

Mientras sus ojos vacuos miraban sin ver, un nuevo temblor sacudió la máquina especial con tanta violencia que hizo trastabillar a Foster. Una segunda ola gigantesca, un tremendo muro negro de cresta gris, atronando con la increíble potencia de un Atlántico en marcha, golpeó implacablemente al «Planeta». La máquina espacial de un millón de toneladas fue alzada de su soporte y arrastrada por el mar enloquecido, como si se tratase de un simple cascarón.

El impacto sacó a Foster de su torpor. Recordó a June Trevor, y ese motivo excelso que no era algo personal sino la llamada de la especie, le reanimó.

Venciendo denodadamente la fatiga, empezó a manipular los mandos, puso en marcha los motores y los transformadores y preparó el despegue. La navegación era automática, de modo que un solo hombre podía gobernar desde el puente. Pero los asaltantes habían roto muchos instrumentos.

Mientras Foster reparaba los daños, la máquina espacial fue batida por los elementos desencadenados. Olas terribles azotaban sus flancos de acero; restos a la deriva la golpeaban.

Finalmente fue levantada por otra ola, una y otra vez, hasta que Foster creyó que el casco cedería.

Pero siguió trabajando.

Cuando acabó, la nave aún derivaba. Foster dio corriente al tubo-motor mientras sus manos magulladas temblaban de angustia. Conectó toda la potencia y retrocedió..., expectante...

El «Planeta» flotaba sobre el mar negro y terrible, juguete del temporal amenazador. De las tinieblas carmesíes del cielo surgían relámpagos lívidos y caían pedazos de roca volcánica. Los vientos huracanados lo arrastraban con una fuerza que competía con la del mar embravecido.

La nave era arrastrada hacia los roquedales de la montaña. Foster comprendió que el casco no soportaría otro golpe. ¿Le elevaría el tubo-motor? ¿Lo haría...?

Contuvo la respiración y apretó los dientes. Se dejó caer en una silla y sus manos laceradas se aferraron a ella. Parecía un agonizante. Sus ojos febriles y ojeros observaban alternativamente los instrumentos y la espantosa oscuridad roja del mundo agonizante.

El «Planeta» despegó, alejándose del mar oscuro y furioso hacia la oscuridad escarlata del cielo, venciendo vientos poderosos, a través de la lluvia de barro y ceniza volcánicos, a través de nubarrones cargados de relámpagos purpúreos. A gran altura, la lluvia se convertía en un granizo ensordecedor.

Por último, la máquina espacial atravesó las nubes y Foster vio las estrellas.

Experimentó un estado de gran serenidad. Con el vuelo de la máquina espacial había surgido una especie de júbilo extático. Era un sentimiento de poder triunfante, que le elevaba muy por encima de cualquier preocupación humana.

Su gran cansancio había desaparecido. Ya no sentía la embotadura necesidad de dormir ni el molesto latido en la herida de la sien. Por unos momentos conoció la tranquilidad suprema de un dios.

Era un Nirvana sublime y fatal. Incluso había olvidado a June.

Era de noche y las estrellas brillaban ante Foster. A medida que el «Planeta» se remontaba en la atmósfera turbulenta, adquirieron un esplendor nunca visto. Ardían inmóviles y fantasmales, más brillantes que joyas, en un vacío absolutamente negro. Eran infinitamente minúsculas, infinitamente brillantes, misteriosas y eternas en el negro vacío.

Foster las contempló, transfigurado por la extraña emoción que le causaba el saber que cada una de ellas era un ser viviente.

El «Planeta» siguió elevándose, describiendo un arco amplio y rápido hacia las estrellas vivientes.

Foster se sintió unido a su nave; ya no era un hombre ínfimo, sino una entidad serena y eterna, de poderío y visión celestiales.

En aquel momento, el cuerpo frágil de Barron Kane se removió inquieto en su sueño febril.

De súbito, Foster volvió a ser hombre y experimentó compasión. Nuevamente intentó despertar a su tío..., pero fue en vano. Ahuecó la almohada bajo su cabeza y lo abrigó con la manta.

Regresó a los mandos. De nuevo recordaba a June y el espantoso peligro que corría. Su misión le reclamaba con más fuerza, a causa del lapso transcurrido desde que despegó hacia las estrellas. Se movía como impulsado por una energía ajena, como si él fuese un títere en manos de una voluntad colectiva, tan sublime y eterna como las estrellas imperecederas que había contemplado.

Comprendió que la situación era más desfavorable que nunca. La tormenta universal y cataclísmica que había assolado toda la Tierra quizá le impediría localizar el oasis perdido en el Gobi..., a tiempo. Si lo conseguía, sería un solo hombre contra cientos. Al pensar que tal vez encontraría ya consumado el sacrificio le heló un estremecimiento de terror. A juzgar por lo que había visto, incluso era probable que el templo y sus habitantes hubieran sido alcanzados por la tormenta, el terremoto, los volcanes o las inundaciones.

Se dijo con amargura que tenía muy pocas posibilidades. La empresa era absurda. Pero aquel impulso ciego y sublime que semejava una fuerza exterior le indujo a seguir guiando el «Planeta» por entre las nubes oscuras y agitadas que oscurecían por completo la faz del globo en desintegración.

La máquina espacial descendió a través de las terribles tinieblas carmesíes, a través del furioso caos de un mundo atormentado que se desmoronaba. Los huracanes

golpeaban la bola de acero, que fue bombardeada por los restos volcánicos, alcanzada por relámpagos llameantes, regada de barro hirviente.

Mirando a través de los paneles de cristal manchados de barro, Foster acabó por distinguir la superficie de la Tierra donde había estado el desierto: era un mar negro y amenazador.

El templo del culto fanático había desaparecido, y con él June Trevor... Y con la pérdida de la muchacha, carecía de sentido su vida, su lucha titánica por sobrevivir. La energía sublime que hasta ese momento le sostenía se disipó totalmente. Quedó convertido en una ruina solitaria, cansada y ojerosa. Había sido más que humano y ahora era menos: un enfermo, viejo e inútil.

June había desaparecido. Aquella idea golpeó su cerebro cansado y embotado con estas desesperadas palabras: ¡June, desaparecida! Sólo quedaban él y Barron Kane, dos hombres inútiles y sin rumbo, sin ningún motivo por el que vivir y nada que esperar salvo la muerte.

Era evidente que Barron Kane estaba muriéndose. Muy pronto Foster quedaría solo, más solo que ningún ser humano. Estaría solo en el vacío del espacio. La Tierra iba a desaparecer y no quedaría refugio para un hombre o una mujer.

¡Estaría solo bajo las estrellas vivientes y burlonas!

Ante esta idea, un terror frenético agarrotó la garganta de Foster como unos dedos helados que le estrangulasen. Sintió el terror más espantoso que nadie hubiera conocido jamás.

Enfermo de temor y temblando convulsivamente, hizo esfuerzos desesperados por despertar a Barron Kane. Sacudió el hombro encogido del hombrecillo y le roció la cara con agua. Deseaba desesperadamente poder hablar con un ser humano, volver a escuchar una voz humana que no fuera la propia..., aunque fuese el ronco susurro de un hombre agonizante.

Barron Kane jadeó en sueños, y un repentino temblor espasmódico agitó sus delgados miembros.

Pero no despertó. Movidio por honda compasión, Foster volvió a cubrir el cuerpo delgado y encogido.

Contempló de nuevo la oscuridad escarlata hendida por los relámpagos del cielo y la planicie negra y palpitante del mar que había barrido el templo secreto y la razón de su vida.

## 6

Foster vio que el mar se abría. Estaba partido como por la espada de un titán. Entre las dos lóbregas mitades había varios kilómetros de distancia. Un golfo abismal, vertiginoso e inimaginable se abría entre ellas, y el agua negra caía a ambos lados como un millón de Niágaras.

El mundo se había partido.

Foster, suspendido en aquel oscuro y tormentoso cielo de rojo espeluznante y terrorífico, vio con espanto el nuevo abismo. Las escabrosas paredes de la corteza terrestre rota formaban un precipicio de muchos kilómetros, desmoronadas, salpicadas por los mantos oscuros de las cataratas oceánicas.

Debajo —muchos kilómetros más abajo— asomaba un terrible resplandor verde, brillante como una llama, con extrañas chispas plateadas y negras. Se movía con tremendo ímpetu. Era el cuerpo de la Tierra que luchaba en las angustias del nacimiento.

Foster lo observó, horrorizado.

Las dos mitades del mar hendido se dilataron con espantosa rapidez hasta desaparecer bajo el cielo oscuro, que cambiaba de un rojo opaco a un espantoso y agorero verde reflejado. La máquina espacial flotaba entre el manto amenazador del cielo

y la brillante superficie de aquel cuerpo espantoso que luchaba por salir del interior de la Tierra.

Foster captó el nuevo peligro. Pero aquella apatía sin vida, propósitos ni esperanzas que le embargaba le impidió sentir el miedo. Nada le importaba; nada le preocupaba ahora que había perdido a June.

El viento lo alcanzó. La atmósfera, agitada por los movimientos del ser recién nacido, azotó el «Planeta» con el impacto firme y arrollador de un ciclón. Con fuerza jamás igualada por huracán alguno, empujó el globo de acero como una pelota de juguete hacia el cuerpo verde.

Los ojos azules de Foster, llenos de una agonía insoportable, miraron fríamente, sin pánico ni esperanza, el fin que se aproximaba. La vida era para él una pesadilla tan fantástica como el sino de la humanidad.

Sólo el instinto ciego de vivir le obligaba a seguir sujetando los mandos. Su mente reposaba como un espectador cansado y desinteresado, mientras sus dedos cansados y doloridos se movían automáticamente y el «Planeta» luchaba contra los elementos.

La bola de acero cayó sin resistencia hacia las fantásticas manchas del costado de aquella bestia indescriptible. Foster miraba con ojos apáticos, ajeno a todo temor, mientras sus dedos actuaban inconscientemente, aumentando la potencia del tubo-motor para luchar contra el vendaval diabólico y caprichoso.

No experimentó ningún sentimiento de triunfo cuando la máquina se alejó, no mostró júbilo cuando se elevó a través de delirantes y retorcidas masas de nubes espantosamente iluminadas de verde. Miró a través de los gruesos cristales, indiferente al pánico y a la esperanza.

Subió más allá de las nubes verdes, remontándose en la atmósfera hacia la libertad del espacio. El cielo era un globo hueco de oscuridad, atravesado por un millón de puntos multicolores de luz..., cada uno de los canales era una cosa viva.

La Tierra colgaba abajo, globo enorme e hinchado, oscuro y fantásticamente manchado de verde.

Un ala se abrió paso a través de las nubes: un magnífico manto de fuego celeste, un escudo de llamas verdes, maravilloso como la aurora de la corona solar y veteado de color plata brillante. En su primer despliegue inseguro pasó cerca del «Planeta» como una amenaza letal.

Las manos de Foster alejaron a la máquina espacial y el ala terrible pasó por debajo, inofensiva.

El «Planeta» siguió navegando por el espacio en su viaje sin destino.

La Tierra quedaba atrás.

De la corteza resquebrajada surgió un ser que se parecía a la criatura que había salido de la Luna.

La cabeza picuda tenía una corona carmesí, y dos manchas púrpura, simétricas y redondas, que parecían unos ojos terribles. Su cuerpo de color verde llama era esbelto, ahusado y con extrañas pintas negras y plateadas. Un brillante dibujo resplandecía en sus alas, semejantes a las cortinas verdes de la aurora boreal y veteadas de un blanco cegador.

Se movió con torpeza en el vacío, como para probar sus miembros, y se limpió mediante los delgados apéndices azules que surgían de su cabeza. Luego, con un poderoso movimiento de sus alas, se alejó del Sol, hacia el vacío del espacio.

Foster vio que Mercurio y Venus, los dos planetas interiores, también habían cambiado; eran motas aladas y verdosas que se alejaban del Sol. Y sospechó que la luz del Sol había comenzado a disminuir, virando poco a poco hacia el carmesí, hacia la oscuridad final.

—El Sol agoniza —murmuraron sus labios reseco con anormal parsimonia—. ¡Es el fin! El delirante final del universo humano...

—¿Lo ves? —Foster se sorprendió al oír el débil murmullo de Barron Kane desde su sillón de inválido—. Estamos presenciando la solución del misterio definitivo, Foster... ¡El enigma de los soles! Asistimos a la muerte del nuestro, como hemos visto nacer otros.

Foster se acercó presurosamente y alzó la cabeza de su tío sobre la almohada para que pudiera mirar. Habló de comida al enfermo, pero Barron Kane no hizo caso. El débil susurro continuó:

—Los planetas eran la simiente del Sol. A través de los milenios, bajo la radiación solar, germinó en ellos una vida extraña. Ahora el Sol morirá: su misión está cumplida. Las nuevas criaturas han salido para alimentarse de polvo estelar, para absorber radiaciones y rayos cósmicos, o quizá para consumir fragmentos de viejos soles hasta que ellas mismas sean soles, astros desarrollados, y el ciclo de su vida esté completo. Aquí tienes la respuesta a muchos de los problemas que han desconcertado a la ciencia. ¡Hemos vencido, Foster! —Había un vago tono de triunfo en su voz—. ¡Aunque hoy muramos..., somos dueños de nuestro destino!

—¡Qué importa eso! —murmuró Foster, demasiado cansado e impotente como para expresar amargura—. Estamos solos... —prosiguió lentamente—. Pronto estaremos muertos... El «Planeta» seguirá navegando, quizás eternamente. Un pequeño mundo con todo lo necesario para la vida, pero cargado de muertos... ¡Escucha!

Foster se interrumpió de repente, y un espantoso silencio reinó en la cabina, roto tan sólo por el silbido de sus respiraciones.

—¡Escucha! —un acento de locura se ocultaba en su voz—. No hay nada... Ni el menor ruido...

Estamos solos, Barron; somos los últimos hombres, ¡Nunca volveremos a oír una voz humana!

¡Piensa en lo que significa no poder escuchar a otra persona! Cuando muramos...

Calló de nuevo, pues sus oídos atentos habían notado un roce de pisadas humanas.

Corrió, temblando de esperanza e incredulidad, temiendo lo peor, y bajó la escalera hasta la escotilla del puente. La abrió de golpe y vaciló, alucinado, al ver a June Trevor.

La muchacha estaba sucia, con las ropas empapadas de una sustancia negra, espesa, viscosa y chorreante; tenía el pelo embadurnado por la misma sustancia, el rostro arañado y un moretón en la frente. Pero aún había belleza en su cuerpo alto y erguido, y sus ojos expresaban un júbilo naciente y luminoso.

Permanecieron un momento frente a frente.

Foster se humedeció los labios.

—¿June? —musitó—. June...

Ella se tambaleó y él se precipitó a sostenerla.

—No me toques —jadeó débilmente, alejándose de Foster—. Estoy cubierta de aceite..., me escondí en un depósito. Si te acercas te llenarás de aceite.

—¡Pobrecilla! —murmuró, echándose a reír.

Rodeó con su brazo los hombros sucios y la alzó. June le abrazó olvidándose del aceite. Ella también rió, temblorosa y llena de alivio.

—¡Oh, Foster! —gritó—, Estoy tan..., tan..., contenta porque estés aquí. Creí que era la única persona con vida. Estoy espantosamente cubierta de aceite.

—¿Cómo estás aquí? —preguntó Foster mientras la conducía a la cabina y la obligaba a sentarse a su lado—. Cuando desapareciste creímos que L'ao Ku te había llevado..., a su templo.

—¿L'ao Ku? —preguntó con sorpresa—. No, no le vi. Salí a buscarte cuando entró la multitud.

Pregunté a los hombres dónde podría encontrarte. Me enviaron de un lugar a otro, hasta que llegué a las salas de máquinas. Pero no te encontré en ninguna parte.

Se apoyó alegremente contra su fuerte hombro; le había tomado inconscientemente del brazo, como si temiera verse apartada de su lado.

—Y luego, ¿qué sucedió? —preguntó Foster—. ¿Cómo te ocultaste de la multitud?

—Estaba en la sala de máquinas —prosiguió con voz cansada— y no lograba encontrarte. Hubo disparos y gritos. Los enemigos estaban matando a los maquinistas. Uno de éstos corrió hasta mí y me dijo: «Señorita, los malditos chinos han entrado, pero la esconderé donde no puedan encontrarla». Hizo que me acercara a un depósito, abrió la tapa y me hizo bajar por una escalera interior. Estaba llena de aceite... Me llegaba hasta el mentón. Luego cerró la tapa sobre mí. Esperé a oscuras. Los vapores del aceite me marearon. Estuve a punto de caer de la escalera. Oí muchos disparos y gritos. Luego..., silencio. Nadie se acercó a levantar la tapa, de modo que intenté salir. Me sentía débil, y la tapa era tan pesada que no podía levantarla. Empujé hasta que no pude más.

Entonces descansé y volví a intentarlo. Por último lo conseguí, subiendo al peldaño superior de la escalera y empujando con la espalda.

—¡Muchachita valiente! —susurró Foster y le apretó el hombro.

June se estremeció; sus ojos parecían no verle. Estaban velados por horriblos recuerdos.

—Salí —agregó con tristeza— y todos estaban..., estaban muertos. El suelo se hallaba cubierto de sangre y cadáveres. Y el silencio... Era terrible, Foster. No se oía ni una sola voz. ¡Nada! Creí que era la única superviviente.

—¿Por qué no viniste en seguida? —le preguntó Foster—. Aquí estaba Barron.

—Lo hice —susurró—. Estaba absolutamente inmóvil... Hablé, pero él no se movió. Supuse que estaba muerto como todos los demás. Creí que yo era la única persona con vida...

—Debes olvidarlo —le aconsejó Foster—. ¿Dónde has estado?

—Estuve buscando... —se interrumpió con un estremecimiento—, entre los cadáveres... Buscándote a ti, Foster.

El joven abrazó su cuerpo tembloroso y durante un rato la muchacha guardó silencio.

—Creí que era la..., la última —continuó espasmódicamente—. Creí que estaba sola..., sola entre todos los muertos. Quise buscarte para morir a tu lado, juntos. Y luego... —el horror enfermizo desapareció poco a poco de su mirada y sonrió débilmente—, luego noté que la máquina se movía.

Me había quedado dormida. Estaba agotada por la búsqueda y cubierta de aceite. Desperté y sentí que nos movíamos. Entonces supe que había alguien más...

Sus ojos castaños brillaron valerosamente frente a los azules de Foster, llenos de esperanza, alegría y nueva confianza. Luego los cerró y su cuerpo se relajó entre los brazos de Foster. June se había quedado dormida. Entrecerró los labios y, en sueños, sonrió cansada y débilmente.

—Esta valiente está agotada —le dijo Foster a Barron Kane—. La bajaré a su cabina para que descanse. Regresaré en seguida y te ayudaré a bajar...

—No, Foster —susurró el hombrecillo—. Quiero mirar... Ver las estrellas.

Foster lo alzó un poco y acomodó su cabeza en la almohada.

—Barron, ahora la humanidad podrá seguir —afirmó—. Podemos comenzar de nuevo.

Foster tomó en brazos a la muchacha, que dormía serenamente, y se dirigió a la puerta.

—Sí, Foster —dijo el enfermo—, realmente hemos ganado.

Los serenos ojos grises del científico siguieron a Foster hasta que éste desapareció por la escalera.

Luego volvió a mirar las estrellas inmóviles y espléndidas.

—Hemos ganado —volvió a susurrar—. Esperaba vivir..., para ver esto. Los hombres ya no serán sabandijas expuestas a verse aplastadas por cualquier temblor casual de la bestia que los alberga. En el «Planeta» los hombres serán libres, se defenderán por sus propios medios —la frase pareció gustarle, pues la repitió—: Se defenderán por sus propios medios.

Permaneció un rato inmóvil, meditando.

—Estamos en el «Planeta» y vamos hacia un nuevo comienzo. Pero es sólo un comienzo. —Sus ojos serenos contemplaron el brillo burlón de las estrellas y murmuró—: Ustedes están vivas. Les debemos nuestras vidas..., hemos sido parásitos de vuestra especie. Pero ya no lo somos.

Empezaremos de nuevo, por nuestros propios medios.

Su voz agonizante murmuró una última profecía:

—Habrá muchos «Planetas», más grandes. La raza nueva y libre será superior a la antigua. ¡Los hijos de Foster y June conquistarán el espacio, hasta la más lejana de ustedes!

La expresión de alegría quedó fija en sus ojos, abiertos a las estrellas.

\* \* \*

En mi opinión, el relato es válido. Lo leí por primera vez hace casi cuarenta años, y al releerlo para preparar esta antología todavía me parece emocionante, a pesar de que recordaba el desenlace. Es posible que la trama amorosa sea algo vulgar, y la actitud a lo Fu Manchú hacia los chinos ya está pasada de moda. Pero, en general, el cuento es ágil y Williamson hace plausible una de sus más delirantes ficciones.

No obstante, mientras lo leía me incomodó un poco esa escena en que los fanáticos del culto atacan el centro científico destinado a salvar parte de la raza humana. La había olvidado. Pero me pregunto si la había olvidado cuando escribí *Nightfall*, sólo siete años después. Aunque así fuera, seguramente la influencia de *Nacido del Sol* actuó de manera inconsciente, pues en *Nightfall* hay una escena muy parecida.

Murray Leinster —seudónimo de Will F. Jenkins— estuvo en activo más tiempo que Williamson. «Amazing Stories», de junio de 1926, el tercer número de la revista, publicó su cuento *The Runaway Skyscraper*, y hacía varios años que publicaba. Tremaine supo captarlo, y Leinster colaboró con el cuento de revolución de ideas titulado *Al margen del tiempo* en la «Astounding Stories», de junio de 1934.

## AL MARGEN DEL TIEMPO

### Murray Leinster

#### Prólogo

Mirando retrospectivamente, parece raro que nadie, salvo el profesor Minott, descubriera el asunto.

Los indicios eran más que evidentes. A principios de diciembre de 1934, el profesor Michaelson afirmó haber descubierto que la velocidad de la luz no es un límite absoluto ni puede considerarse constante. Naturalmente, éste fue uno de los primeros indicios de lo que iba a suceder.

El segundo indicio se presentó el 15 de febrero a las 12.40, hora de Greenwich, cuando el Sol emitió un súbito resplandor blanquiazul. En cuestión de cinco minutos, el enorme incremento del índice de radiación aumentó en nueve grados la temperatura de la superficie terrestre. Transcurridos los cinco minutos, el Sol retornó a su tasa normal de radiación sin mostrar otros síntomas anormales.

Luego fueron expuestas muchas teorías por los más famosos científicos, pero ninguna explicación factible del fenómeno daba cuenta de la ulterior ausencia total de perturbaciones en la fotosfera solar.

Como tercer presagio evidente de los acontecimientos de junio, el diez de marzo la jirafa macho del zoológico de Bronx, en Nueva York, dejó de comer. Durante los nueve días siguientes cambió de forma, retrayendo sus extremidades, incluso el cuello y la cabeza, hasta convertirse en una extraordinaria masa ovalada de carne y hueso aún vivientes, que el décimo día empezó a dividirse espontáneamente, y el decimosegundo quedó convertida en dos masas carnosas que latían débilmente.

Al día siguiente aparecieron en ambas masas unas protuberancias que crecieron y adquirieron forma. Al cabo de veinte días desde el comienzo del fenómeno eran patas, cuellos y cabezas. Dos jirafas idénticas, ambas machos, se movían en el coto de las jirafas. Cada una pesaba algo menos de la mitad que el peso del ejemplar original. Coincidían en todas sus marcas. Comían, se movían y a todos los efectos parecían animales normales, aunque inmaduros.

Desde la República Argentina comunicaron un fenómeno prácticamente igual, pues un novillo de las pampas había pasado por el mismo y extraordinario método de reproducción bajo la mirada incrédula de los científicos argentinos.

Hoy parece increíble que los científicos de 1935 no supieran interpretar estas singularidades. Hoy conocemos qué tipo de tensión las produjo, aunque ya no ocurran. Pero entre enero y junio de 1935, las agencias periodísticas de la nación se vieron inundadas de noticias por el estilo.

El río Ohio fluyó pendiente arriba durante dos días. Durante seis horas, los árboles del parque Euclides de Cleveland agitaron terriblemente sus hojas, como si hubiera una gran tormenta, pese a que no soplaba la menor brisa. Y en Nueva Orleans, hacia fines de mayo, los peces salieron nadando del río Mississippi para luego «ahogarse» en el aire que los sostenía inexplicablemente. Más tarde se volvieron panza arriba y flotaron inertes en un imaginario nivel de agua situado a unos cuatro metros por encima de las calles de la ciudad.

Parece claro que el profesor Minott no fue el único que sospechó el significado de estos —para nosotros— evidentes indicios de los acontecimientos que iban a sobrevenir. El profesor Minott enseñaba matemáticas en la facultad del Robinson College, de Fredericksburg, Virginia. Sabemos que predijo prácticamente todos los hechos que luego asustaron al planeta (y no sólo al nuestro).

Pero supo tener cerrada la boca.

El Robinson College era pequeño. Estaba considerado como una universidad «provinciana», sin que esto ofendiese a nadie, salvo a la facultad y a ciertos alumnos puntillosos. Si un humilde profesor de matemáticas como Minott hubiera publicado su teoría, ello ni siquiera habría sido noticia. Se habría catalogado como un acceso de locura. Y, en caso que alguien hubiera creído en ella, no habría servido sino para aterrorizarle. Por eso guardó silencio.

El profesor Minott poseía valor, obstinación y cierta sangre fría, pero carecía de riquezas e influencia. Tenía algo más que conocimientos generales de física matemática, y sus cálculos mostraban un extraordinario dominio de las leyes probabilísticas; en cambio, tenía muy poca paciencia con los problemas éticos. También sentía una pasión particularmente impetuosa hacia Maida Haynes, hija del profesor de lenguas románicas, aun sin la menor oportunidad de llamar siquiera su atención, pues ello habría significado competir con la mayoría del estudiantado del sexo masculino.

Todas estas explicaciones son necesarias, pues nadie sino una persona como el profesor Minott podría prever lo que estaba a punto de suceder y tomar sus disposiciones como él lo hizo.



Gracias a sus notas sabemos que, según sus cálculos, las probabilidades de salvación eran de una entre cuatro, o poco menos. Es realmente una pena que no poseamos los cálculos mismos. Hay muchas cosas que nuestros científicos aún no comprenden. Las notas que dejó el profesor Minott son preciosas, pero hay en ellas evidentes lagunas. Sin duda se llevó la mayor parte de sus anotaciones —y entre éstas las más valiosas— a ese lugar desconocido donde supuestamente vive y trabaja ahora.

Sin duda le divertiría la diligencia con que el menor de sus garabatos es ahora analizado, estudiado y discutido por las mayores inteligencias de nuestro tiempo y espacio. Y es muy probable que haya inventado una palabra para designar la catástrofe a la que hemos escapado. Nosotros todavía no tenemos ninguna.

No hay palabras para describir un desastre que pudo destruir, no sólo la Tierra, sino todo nuestro sistema solar. Y no sólo nuestro sistema solar, sino incluso nuestra galaxia. Y no sólo nuestra galaxia, sino cualquier universo del espacio que conocemos; más aún, pudo destruir todo el espacio tal como ahora lo concebimos, así como el tiempo. Lo cual significaría, no sólo la anulación del presente y el futuro, sino incluso la destrucción del pasado, como si nunca hubiera existido. Sin contar esas extrañas formas de la realidad que hoy conocemos, esos otros universos, esos pasados y futuros alternativos: todo reducido a la nada. No existe palabra para nombrar semejante catástrofe.

Sería interesante saber cómo la llamaba el profesor Minott mientras se preparaba fríamente para explotar aquella única posibilidad de supervivencia entre cuatro, si las cosas sucedían de acuerdo con lo previsto. Pero es más fácil suponer cómo se sintió la víspera del 5 de junio de 1935. No lo sabemos. No podemos saberlo. Sólo podemos estar seguros de lo que sentimos nosotros..., y de lo que ocurrió.

1

Eran las siete y media de la mañana del 5 de junio de 1935. La ciudad de Joplin, Missouri, despertaba del plácido descanso de una noche estival. El rocío brillaba sobre el césped y las hojas, y las telarañas resplandecían como diamante en polvo bajo los primeros rayos del sol. En el barrio oriental, un estudiante de secundaria salió bostezando de su casa para cortar el césped antes de ir a la escuela. Un coche bastante desvencijado pasó a una manzana de distancia. Hubo una explosión, se detuvo y volvió a ponerse en marcha con un ronroneo inseguro. Las voces de los niños resonaban entre las casas. Una lavandera negra caminaba bajo los árboles que flanqueaban la avenida de aquella zona residencial.

Por la ventana de un piso superior, la radio rugía:

«¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Más alto ahora! ¡... tres, cuatro! ¡Con más agilidad ahora! ¡... dos, tres, cuatro!»

Súbitamente la radio crepitó y empezó a emitir un aullido penetrante y mecánico, que murió al poco, oyéndose entonces un crujido terrible, como si hubieran estallado diez mil tormentas eléctricas a la vez. Luego quedó en silencio.

El estudiante de secundaria se apoyó perezosamente sobre la manija de la cortadora de césped. En el instante en que calló el altavoz de la radio, el muchacho cayó bruscamente sentado sobre la hierba humedecida por el rocío. La negra se tambaleó y se sujetó frenéticamente al tronco del árbol más cercano. Su cesta cayó y derramó en el suelo una catarata de ropas almidonadas y multicolores. Los niños aullaron de terror, entre gritos agudos de las mujeres.

—¡Terremoto! ¡Terremoto!

Algunos salieron corriendo de las casas. Otro huyó hacia un invernadero, tropezó con una columna y cayó en pijama sobre un rosal. En cuestión de segundos, todos los vecinos de la calle habían salido al aire libre.

Luego hubo un silencio extraño, un instante de estupor. No había sido un terremoto. Ninguna casa se había derrumbado, ni se había resquebrajado ninguna chimenea. Ni vajillas ni cristales sufrieron roturas. La sensación que todos los testigos experimentaron no fue un verdadero estremecimiento del suelo. Sí, se había producido una conmoción de la tierra, pero aquel movimiento no se parecía a nada experimentado anteriormente por ser humano alguno. Aquella conmoción no iba a serles familiar hasta mucho tiempo después. De momento se limitaban a mirarse unos a otros, desconcertados.

En medio del repentino silencio mortal, roto tan sólo por el zumbido de un motor en punto muerto y el llanto de un bebé asustado, se hizo audible un nuevo rumor. Era un ruido de pies en marcha, acompañado de un extraño estrépito metálico. Luego se oyó una voz de mando que, sin lugar a dudas, no había sido pronunciada en inglés.

Por la calle de un barrio de Joplin, Missouri, el 5 de junio del año de gracia de 1935, desfilaba una cohorte de soldados armados con lanzas y escudos, vestidos con las togas cortas de la antigua Roma. Llevaban cubiertas las cabezas con cascos. Miraron a su alrededor con el mismo aire estúpido y azorado con que eran contemplados por los ciudadanos de Joplin. Una larga columna de hombres en marcha surgió a la vista de todos, portando escudo y lanza, y con el aire indefinible de estar acostumbrados a semejantes armas.

Se detuvieron a otra voz de mando. Un hombrecillo avejentado que portaba una espada corta hizo una pregunta a los norteamericanos que miraban. El estudiante de secundaria dio un brinco. El hombrecillo volvió a ladrar su pregunta. El estudiante tartamudeó y articuló dificultosamente algunas sílabas. El hombrecillo gruñó, satisfecho. Hablaba con claridad, aunque en tono de impaciencia. El estudiante se volvió hacia los demás norteamericanos.

—Quiere saber el nombre de esta ciudad —dijo, sin dar crédito a sus propias palabras—. Habla el mismo latín que yo estudio en la escuela. Dice que esta ciudad no figura en los mapas de carreteras, y que no sabe dónde está. Pero igualmente ha tomado posesión de ella en nombre del emperador Valerius Fabricius, César de Roma y de los lejanos confines de la tierra. —En ese momento, el estudiante de secundaria tartamudeó—: Di..., dice que éstas son las seis primeras cohortes de la Legión Cuadragésimo Segunda, de guarnición en Messalia. Eso..., eso se supone que está a dos días de marcha en esta dirección —apuntó hacia Saint Louis.

El motor que giraba en punto muerto aceleró de súbito. El cambio crujió y el vehículo rodó por la calle. La bocina resonó con energía pidiendo paso por entre los soldados portadores de escudos.

Éstos lo contemplaron con la boca abierta. Volvió a tocar la bocina y avanzó hacia ellos.

A una orden repentina se abalanzaron sobre él, esgrimiendo las lanzas y dando tajos con las espadas cortas. Hasta entonces, ni un solo habitante de Joplin había dejado de creer que los lanceros eran extras de cine, una comparsa u otra cosa igualmente delirante, aunque verosímil. Pero no hubo nada fingido en la carga contra el coche. Arremetieron contra él como si se tratara de una bestia feroz, probablemente asesina. Se lanzaron a la batalla con bravura grotesca y temeraria.

Y tampoco fue fingida la escrupulosidad con que atravesaron mediante sus lanzas al señor Horace B. Davis, que sólo pretendía llegar hasta su despacho de corretaje de algodón. Ellos creyeron que conducía aquella bestia extraña para asesinarlos, y por eso le dieron muerte. El estudiante fue testigo, mientras iba palideciendo cada vez más. Cuando un espadachín se acercó al hombre avejentado y le presentó la cabeza cortada del señor Davis, cuyas gafas colgaban grotescamente de una oreja, el estudiante de secundaria se desmayó.

Amaneció el 5 de junio de 1935. Cyrus Harding desayunaba a la pálida luz gris de la mañana.

Momentos antes se había sentido muy mareado y enfermo, pero volvía a encontrarse bien. El olor a fritura llenaba la cocina. Su esposa guisaba. Cyrus Harding comía. Vació su plato resoplando glotonamente. Tenía las manos callosas y fatigadas por el trabajo, pero su mueca era de plácida satisfacción. Contempló el calendario colgado en la pared, obsequio navideño de Bryan Feed & Fertilizer Co., de Bryan, Ohio.

—Hoy el alguacil venderá lo de Amos —dijo serenamente—. Supongo que la conseguiré con cuarenta de rebaja.

Su esposa comentó cansadamente:

—Hace un año que te la ofrece.

—Sí —señaló Cyrus Harding, satisfecho de sí mismo—. Y ha rebajado el precio. Pero nadie hará una oferta mejor que la mía durante la subasta. Saben que la quiero y que no soy de buen trato cuando alguien me quita una cosa en mis propias narices. Todos lo saben. La conseguiré mucho más barata que cuando me la ofreció Amos. Quería venderla para pagar los intereses y aguantar otro año.

La conseguiré por la mitad.

Se puso en pie y se limpió la cara, dirigiéndose hacia la puerta.

—El jornalero ya debería trabajar en la trilla —señaló expansivamente—. Echaré una mirada y luego iré a la subasta.

Abrió la puerta de la cocina. Luego se quedó boquiabierto. Desde el umbral el panorama era, normalmente, el de un patio de granja no demasiado limpio, y luego tierras de labor llanas como un piso y sembradas hasta la misma cerca. Se veía una prometedora cosecha de maíz con límite en el horizonte.

Ahora el panorama era muy diferente. Hasta el patio de la granja, todo parecía normal. Más allá era el delirio. Enormes helechos arborescentes se alzaban a más de treinta metros. Múltiples ramas cubiertas de follaje formaban un techo increíblemente denso sobre una extraña jungla que ningún hombre de la Tierra había contemplado antes. Las selvas de la cuenca del Amazonas eran parques comparadas con aquella espesura. Constituía una inextricable maraña de vegetación donde el crecimiento era lucha, la lucha era vida y la vida un conflicto letal e implacable.

Ningún hombre habría sido capaz de recorrer tres metros a través de semejante selva. De ella brotaba una exhalación fétida que era putrefacción y al mismo tiempo vitalidad fértil, exuberante, así como el intenso perfume de flores resplandecientemente vívidas. Era una selva semejante a las que existieron durante el Carbonífero, descritas por los paleobotánicos, y que dieron lugar a nuestras minas de carbón.

—¡No..., no es posible! —balbuceó débilmente Cyrus Harding—. ¡No..., no es posible!

Su esposa no respondió. No había visto nada. Estaba limpiando con desgana lo que había ensuciado su amo y señor.

Cyrus Harding bajó la escalera de la cocina, tembloroso y con la mirada vidriosa. Avanzó hacia aquella plaga increíble que cubría sus cosechas. La visión no desapareció al acercarse él. Se detuvo a seis metros, con los ojos desorbitados, incrédulo, empezando a suponer que se había vuelto loco.

En ese momento, algo se movió en la jungla. Un largo cuello serpentino de varios metros de diámetro en la base, que se reducía a sólo veintiséis centímetros detrás de una cabeza del tamaño de un barril. El cuello avanzó seis metros hacia él. Unos ojos fríos le miraron con indiferencia. La boca se abrió. Cyrus Harding gritó.

Su esposa levantó la mirada. Miró por la puerta abierta y vio la jungla. Vio las mandíbulas que se llevaban a su esposo. Vio unos ojos colosales y fríos, semicerrados mientras la fiera engullía, se ahogaba y tragaba... Vio en el cuello monstruoso el bulto que descendía desde la parte relativamente delgada próxima a la cabeza hasta la porción más

gruesa que asomaba por entre la jungla. Vio que la cabeza se ocultaba en la espesura desapareciendo inmediatamente.

La viuda de Cyrus Harding se puso muy pálida. Tomó el sombrero y salió por la puerta principal, para dirigirse hacia la casa del vecino más cercano. Mientras caminaba, se decía serenamente:

—Ha ocurrido. Estoy loca. Tendrán que meterme en el manicomio. Pero ya no tendré que aguantarle. ¡No tendré que aguantarle!

Era mediodía del 5 de junio de 1935. La puerta de la celda se abrió y entró un hombre muy serio, de grandes patillas, que vestía un extraño uniforme gris. Tocó suavemente el hombro del preso.

—Soy el doctor Holloway —dijo en tono melifluo—. Espero que no le moleste explicarme lo que ha ocurrido. Estoy seguro que todo podrá solucionarse, cómo no.

El preso protestó:

—Pues..., pues... ¡Caray! —se indignó—. Venía yo de Louisville esta mañana. Tuve un mareo y..., bien..., debí equivocarme el camino, pues de súbito lo que me rodeaba me pareció desconocido.

Luego me gritó un hombre de uniforme gris; un minuto después empezó a disparar y descubrí que me habían arrestado por llevar la bandera norteamericana pintada en el coche. ¡Soy representante de la empresa Golosinas del Tío Sam y Compañía! ¡Caray! ¿Desde cuándo no puede uno izar la bandera de su país...?

—En su país, cuando quiera —observó el doctor, apacible—. Pero sepa que aquí no permitimos que flamee ninguna bandera salvo la nuestra. Usted ha violado nuestras leyes, claro que sí.

—¿Sus leyes? —el prisionero le miró con expresión estúpida—. ¿Qué leyes? ¿En qué lugar de los Estados Unidos es ilegal ostentar la bandera norteamericana?

—En ningún lugar de los Estados Unidos, claro que no —sonrió el doctor—. Ha debido cruzar la frontera sin darse cuenta, seguro. A decir verdad, al principio creímos que estaba loco. Ahora comprendo que se trata de un error.

—¿Frontera..., Estados...? —jadeó el prisionero—. ¿No estoy en los Estados Unidos? ¿No? ¿Dónde demonios estoy?.

—A dieciséis kilómetros dentro de los límites de la Confederación —respondió el doctor y rió—. Un extraño error, cómo no. Pero me hago cargo del hecho que no ha querido ofender. Será puesto inmediatamente en libertad. Hay demasiada tensión entre Washington y Richmond, como para que otro incidente fronterizo dé pie a nuestros agitadores.

—¿Confederación? —se atragantó el prisionero—. ¿No estará..., no se referirá a los Estados sudistas?

—Por supuesto. Los Estados Confederados de Norteamérica. ¿Qué otra cosa, si no?

El detenido tragó saliva.

—¡Me he vuelto loco...! —tartamudeó—. ¡Debo estar loco! ¿Y lo de Gettysburg...? ¿Y lo de...?

—¿Gettysburg? ¡Ah, sí! —asintió el doctor con indulgencia—. Estamos muy orgullosos de nuestra historia, cómo no. Se refiere a la guerra de Secesión, cuando el destino de la Confederación se jugó en cuestión de diez minutos. A menudo me he preguntado cuál habría sido la continuación si hubiera sido rechazado el ataque de Pickett. Fue la carga esa lo que nos salvó, cómo no. Dos días después, Inglaterra reconoció a la Confederación, Francia lo hizo una semana después y tuvimos crédito ilimitado en el extranjero. ¡Pero aquél sí fue un momento difícil, cómo no!

El prisionero ahogó una exclamación y miró por la ventana. Frente a la cárcel se alzaba lo que, indiscutiblemente, era el palacio de Justicia, coronado por un mástil. ¡Y allí, orgullosa, ondeaba sobre el edificio gubernamental la bandera de la Confederación!

Era la noche del 5 de junio de 1935. El administrador de Correos de North Centerville, Massachusetts, salió de su covacha para escuchar el relato. La panzuda estufa de la tienda despedía un calorcillo reconfortante, aunque innecesario. El narrador reía entre dientes.

—Sí. Rodearon el cabo, treinta o cuarenta en un bote de dieciocho metros con una extraña vela cuadrada. En la borda llevaban cosas redondas como..., como escudos. ¡Remaban como demonios!

Se detuvieron al ver el pueblo, y parecieron sorprendidos. Luego nos llamaron hablando en un idioma desconocido. Ole Peterson estuvo a punto de dejar caer el sedal con pescado y todo. Luego intentó responder. Les costó mucho trabajo entenderle. Entonces dieron media vuelta y se alejaron remando. Serían comediantes o algo por el estilo, haciendo una broma. Fue una cosa rara. Quizás algunos señoritos, divirtiéndose por la costa. ¡Ja, ja! Ole dice que hablaban en un divertido y antiguo dialecto noruego. Le dijeron que venían de Leifsholm o algo por el estilo, un poco más al norte. No lograban entender cómo nuestro pueblo estaba aquí. ¡Nunca lo habían visto! ¿Qué les parece? Ole dice que eran vikingos, que llamaron Winland a este lugar y que..., ¿qué ha sido eso?

Un estrépito repentino turbó el silencio de la noche. Gritos, chillidos, un seco disparo de escopeta.

La tertulia de la tienda salió al porche. Brotaban llamas de varios edificios de la zona portuaria. A la luz de las mismas podía verse una docena de naves como dragones, que avanzaban rápidamente hacia la orilla, propulsadas a remo. De las que ya estaban varadas en la playa iban saliendo negras figuras. El resplandor del fuego se reflejaba en las espadas, en los escudos. Una mujer chilló cuando un hombre gigantesco de rubia cabellera echó mano de ella. Su casco y su escudo de bronce brillaron.

Reía. Luego, un individuo en traje de faena se abalanzó sobre el gigante rubio, esgrimiendo un hacha.

El gigante le asestó un tajo con su espada ya chorreante, y rugió. Sus secuaces corrieron hacia él y se dedicaron a saquear y quemar. Más figuras armadas saltaban a la arena desde otra nave varada.

Otra casa se abrió hacia el cielo en un llamarada.

### 3

A las diez y media de la mañana del 5 de junio, el profesor Minott se acercó al grupo de estudiantes con un revólver en cada mano. Había perdido su aspecto de profesor cuya amenaza más peligrosa podía ser, a lo sumo, un insuficiente en matemáticas. Ahora esgrimía armas, en lugar de tiza o lápiz, y sus ojos brillaban, aunque conservaba su fría sonrisa. Las cuatro muchachas se quedaron boquiabiertas de admiración. Los jóvenes, acostumbrados a verle siempre en un aula, comprendieron que no sólo era capaz de utilizar las armas que llevaba, sino que estaba dispuesto a hacerlo. De súbito, le respetaron lo mismo que respetarían a un salteador, un secuestrador famoso o un jefe de bandoleros, por ejemplo. Se había alzado por encima de su nivel de simple profesor de matemáticas. Se convirtió instantáneamente en un jefe y, gracias a sus armas, incluso en un caudillo.

—Como verán, había previsto la situación en que nos encontramos —dijo serenamente el profesor Minott—. Hasta cierto punto, estoy preparado para hacerle frente. No sólo nosotros, sino toda la raza humana puede desaparecer de un momento a otro. Pero también tenemos una posibilidad de supervivencia. Me propongo aprovechar al máximo esa posibilidad...

Contempló con serenidad a los estudiantes, que le habían seguido para investigar la extraordinaria aparición de un bosque de secoyas al norte de Fredericksburg.

—Sé lo que ha sucedido —prosiguió el profesor Minott—, y también lo que probablemente ocurrirá. Y sé lo que pienso hacer. Quien esté dispuesto a seguirme, que lo diga. Quien tenga objeciones..., bien..., ¡tendré que pegarle un tiro, pues no estoy dispuesto a tolerar ningún motín!

—Pero..., profesor —dijo Blake con nerviosismo—, tendríamos que acompañar a las muchachas a sus casas...

—Jamás regresarán a sus casas —objetó el profesor Minott, sin inmutarse—. Ninguno de nosotros. Cuando hayan comprendido que estoy dispuesto a utilizar estas armas, les explicaré lo ocurrido y lo que significa. Estoy preparado desde hace semanas.

Grandes árboles se alzaban alrededor del grupo, árboles gigantescos, árboles magníficos.

Alcanzaban los ochenta metros de altura, y su venerable aire de serenidad venía a dar la prueba más palpable de su realidad, pese a ser lo más improbable que podía ocurrir en Fredericksburg, Virginia.

El pequeño grupo a caballo pasó con espanto bajo los titanes del bosque. Minott los contempló con aprobación: tres hombres y cuatro muchachas jóvenes, ex estudiantes del Robinson College. El profesor Minott ya no era un instructor a cargo de un grupo de prácticas, sino un jefe autoritario e implacable.

A las ocho y media de la mañana del 5 de junio de 1935, los habitantes de Fredericksburg habían experimentado un extraño mareo colectivo, pero pasajero. El sol brillaba en todo su esplendor. No parecía haberse producido ningún cambio notable en la rutina diaria. Pero una hora después, la pequeña y soñolienta ciudad bullía de excitación. El camino a Washington —Ruta Uno en todos los mapas de carreteras— estaba cortado unos cinco kilómetros al norte. Había aparecido mágicamente un bosque colosal y gigantesco, que bloqueaba el camino.

Las comunicaciones telegráficas con Washington estaban interrumpidas. Incluso habían dejado de transmitir las emisoras de la capital. Los árboles del extraordinario bosque eran más altos de lo que conocía cualquier habitante de la ciudad. Recordaban las fotografías de secoyas gigantes de las regiones occidentales..., pero tal cosa era simplemente imposible.

Antes de una hora y media, el profesor Minott había organizado un grupo de exploración entre sus alumnos. Al escoger el grupo parecía guiado por una extraña clarividencia: tres jóvenes y cuatro muchachas. Quisieron tomar el destartado coche de uno de los muchachos, pero el profesor Minott rechazó la idea.

—El camino termina en el bosque —explicó, sonriente—. Me gustaría explorar un bosque mágico. ¿No les parece mejor ir a caballo? Yo los conseguiré.

A los diez minutos estuvieron prontos los caballos. Las muchachas se hicieron con pantalones de montar. Al regresar observaron con aprobación que los caballos llevaban alforjas. El profesor Minott volvió a sonreír.

—Vamos de exploración, ¿no? —comentó con humor—. Es preciso ir prevenidos. Lo más seguro es que debemos quedarnos a comer. Y tomaremos muestras para que las analice el laboratorio de botánica.

Las muchachas montaron encantadas, y los jóvenes satisfechos y excitados. Pero a todos les decepcionó un poco el verse rápidamente adelantados por los coches en los que toda Fredericksburg iba a contemplar el extraño bosque que cortaba el camino.

Había centenares de coches en el lugar donde la carretera cesaba bruscamente. La multitud contemplaba el bosque. Árboles gigantescos con sus raíces bien hundidas en la tierra, cubiertas de matorral en algunos puntos. Era, ante todo, un panorama de paz..., y de serena firmeza. Entre los mirones se alzaba un rumor de conjeturas, de frases de sorpresa. Lo que veían era imposible. Aquel bosque no podía ser real. Estaban en presencia de algún milagro.

Cuando llegó el grupo de jinetes, media docena de hombres salían del bosque, donde se habían atrevido a penetrar. Regresaban sin dar crédito a su propia experiencia, cargados de hojas y ramas.

Uno de ellos traía ciertas bayas pequeñas, desconocidas en la costa del Atlántico.

Un agente de policía del Estado alzó la mano cuando el grupo del profesor Minott se acercó al lindero del bosque.

—¡Alto! —dijo—. Hemos oído ruidos extraños ahí. No permitiré que entre nadie hasta que sepamos lo que es.

El profesor Minott asintió.

—Tendremos cuidado. Soy el profesor Minott, del Robinson College. Vamos a recoger algunos ejemplares botánicos. Llevo un revólver. No habrá ningún problema.

Espoleó a su caballo. El agente, que no había recibido órdenes claras, se encogió de hombros y dedicó sus esfuerzos a impedir otras penetraciones. Al cabo de pocos minutos, los ocho caballos y sus jinetes se perdieron de vista.

Transcurrieron tres horas. El profesor Minott había conducido a su grupo hacia el nordeste, desviándose luego un poco al sur. No vieron animales peligrosos. Hallaron muchas plantas conocidas. Eran numerosos los conejos y una vez vieron una silueta gris y escurridiza que según Tom Hunter, futuro especialista en zoología, era un lobo. No debían hallarse lobos en las cercanías de Fredericksburg, lo mismo que no había secoyas. El grupo no halló rastros de actividad humana, pese a que Fredericksburg se halla en una zona agrícola intensamente explotada.

En aquellas tres horas, los caballos debieron recorrer entre veinte y veinticuatro kilómetros por entre los árboles. Poco después de divisar un corpulento animal que, sin discusión alguna, era un bisonte —especie extinguida al este de las Rocosas ya en 1820—, el joven Blake se negó a seguir avanzando.

—Aquí pasa algo raro, señor —balbuceó—. No me importa explorar todo lo que usted quiera, pero las muchachas no deben acompañarnos. Si no regresan pronto, tendremos problemas con el decano.

Fue entonces cuando Minott sacó sus dos revólveres y anunció con toda calma que nadie regresaría; que sabía lo que había ocurrido y lo que se podía esperar. Agregó que lo explicaría cuando hubieran entendido que emplearía los revólveres si se producía un amotinamiento.

—Nos ha convencido, señor —dijo Blake.

Estaba algo pálido, pero no había retrocedido. Al contrario, se había interpuesto entre Maida Haynes y el cañón del revólver.

—Nos gustaría saber cómo todos estos árboles y plantas, que deberían estar a cinco mil kilómetros de aquí, han podido crecer inesperadamente en Virginia. Sobre todo, teniendo en cuenta que la topografía del subsuelo es la misma de antes. Las colinas tienen el mismo perfil que solían, pero todo lo que crecía sobre ellas ha desaparecido y otras cosas ocupan su lugar.

Minott asintió.

—¡Magnífico, Blake! —le felicitó—. ¡Una excelente observación! Lo elegí porque usted sabe mucha geología, a pesar que había..., ¡hum!..., razones que lo desaconsejaban. Sigamos hasta la próxima loma. Si no me equivoco, aparecerá ante nuestros ojos el Potomac. Entonces contestaré a todas las preguntas que quieran formular. Sospecho que hoy aún tendremos que cabalgar bastante.

Los ocho caballos escalaron la pendiente de mala gana, metiéndose entre matorrales. Era extraño que en tres horas no hubieran visto ni rastros de un camino que condujera a parte alguna. En la cumbre de la colina vieron uno. Era un sendero estrecho. Sin decir palabra, los ocho jinetes lo enfilaron con sus cabalgaduras. Zigzagueaba unos quinientos metros y desaparecía de súbito. El Potomac surgió ante ellos, al pie de la elevación.

Entonces, siete de los ocho jinetes lanzaron una exclamación. A las orillas del río había un poblado. Barcas en un muelle; otras más allá, luchando contra la corriente río arriba y otras tres subiendo poco a poco desde la dirección de la Bahía Chesapeake. Pero ni el poblado ni las embarcaciones correspondían al río Potomac.

El caserío era pequeño y con murallas de adobes. Pequeñas figuras vestidas de azul se atareaban en los campos. Los edificios, las líneas de los tejados y, sobre todo, la silueta inequívoca de una especie de templo en medio del poblado fortificado indicaban que eran chinos. Las embarcaciones que habían visto eran juncos, aunque con velamen de tela y no de tablillas de bambú. Los campos estaban cultivados de un modo desacostumbrado. Cerca del río, donde las conocidas marismas del Potomac, se extendían arrozales intensamente trabajados.

En aquel momento se acercaba un personaje de sombrero ancho, chaqueta rellena de algodón, pantalones de algodón y zuecos. Era la personificación del campesino chino, sobre todo cuando mostró su rostro de ojos oblicuos. Espantado, huyó dando voces y abandonando un yugo de madera enormemente pesado, de donde colgaban dos sacos llenos de bayas que había recogido en el bosque.

Los jinetes miraron con atención. Allí estaba el Potomac. Pero un pueblo chino se alzaba a su orilla, y juncos chinos surcaban sus aguas.

—Su..., supongo... —dijo Maida Haynes, temblorosa—, supongo que me he vuelto loca, ¿no es cierto?

El profesor Minott se encogió de hombros. Parecía defraudado y al mismo tiempo muy decidido.

—No —respondió, lacónico—. No está loca. Sucede que los chinos fueron los primeros en colonizar América. Sabemos que juncos chinos arribaron a la costa americana, la del Pacífico, naturalmente, mucho antes que Colón. Es evidente que la colonizaron. Tal vez llegaron por tierra a la costa del Atlántico, o quizá por Panamá. De todos modos, ahora es un continente chino. No es esto lo que buscamos. Seguiremos cabalgando.

El fugitivo había dado la alarma al poblado. Un inmenso gong comenzó a sonar frenéticamente.

Los labradores abandonaron los campos para refugiarse tras las murallas. Dispararon algunos petardos, acompañados de un coro de gritos que helaban la sangre.

—¡Larguémonos! —ordenó bruscamente Minott—. ¡Será mejor que nos pongamos en marcha!

Dio vuelta a su caballo y partió al trote largo. Por instinto y dado que al parecer sólo él sabía lo que se podía hacer, los demás le siguieron.

Súbitamente los caballos dieron un traspiés. Los jinetes sintieron un extraño vértigo acompañado de náuseas. Sólo duró un segundo, pero ello bastó para hacer palidecer a Minott.

—Ahora veremos qué ha ocurrido —dijo con serenidad—. Las probabilidades siguen siendo favorables, pero prefiero que todo siga igual hasta que hayamos probado en otros lugares.

#### 4

El mismo vértigo de náusea afectó a la multitud que contemplaba la carretera cortada al norte de Fredericksburg. Fue como una momentánea enfermedad sobrenatural, que incluso les empañó la visión. Luego volvieron a ver con claridad. Y un instante después gritaban llenos de pánico y ponían en marcha sus coches a toda prisa, mientras algunos huían a pie.

El bosque de secoyas había desaparecido. En su lugar había un espantoso yermo de deslumbrante color blanco, tocones hundidos bajo la nieve, extensiones onduladas cubiertas de una capa polvorienta y resplandeciente.



En pocos minutos, una densa niebla veló el paisaje cuando el cálido aire de la mañana de junio en Virginia fue enfriado por aquella capa helada. Al mismo tiempo, la espesa nieve empezaba a derretirse. Los coches se precipitaban por la carretera, huyendo del cinturón de niebla. Los arroyuelos se llenaron repentinamente de agua, bajaron con más fuerza y crecieron.

Los ocho jinetes estaban muy pálidos. Incluso Minott parecía alterado, aunque sin ceder en nada de su energía cuando sujetó las riendas.

—Supongo que esto resuelve cualquier duda —dijo con gran calma—. Usted es el geólogo del grupo, Blake. ¿No le resulta conocida esta orilla?

Blake asintió. Estaba lívido. Apuntó hacia el río.

—Sí, y también la catarata. Éste es el emplazamiento de Fredericksburg, señor, donde estábamos esta mañana. Allí estaba..., o estará el puente principal. La carretera principal a Richmond debía estar... —se humedeció los labios—, debía estar hacia donde se encuentra ese enorme roble, y el Hotel Princesa Ana en la ladera de esa colina. Señor, yo..., yo diría que de algún modo hemos retrocedido a través del tiempo o avanzado hacia el futuro. Parece cosa de locos, pero he estado pensándolo y...

Minott asintió fríamente.

—¡Muy bien! No queda duda que aquí estaba Fredericksburg. Pero no hemos avanzado ni retrocedido a través del tiempo. Espero que haya observado el lugar por donde salimos del bosque.

Allí parece haber una especie de falla que tal vez nos convenga recordar.

Hizo una pausa.

—No estamos en el tiempo pasado ni en el futuro, Blake. Hemos viajado al margen del mismo, como si saltáramos de una senda de tiempo a otra. Sucede que estamos en..., bien, un sector del tiempo en que Fredericksburg no existía. Parecidamente, hace poco nos hallábamos donde los chinos ocuparon el continente norteamericano. Será mejor que comamos.

Se bajó. Las cuatro muchachas se apelotonaron en un grupo aparte. A Lucy Blair le castañeteaban los dientes.

Blake se acercó hasta donde estaban los caballos de las chicas.

—No se asusten —dijo con énfasis—. Estamos juntos, sea donde sea. El profesor Minott explicará la situación dentro de un minuto. Como él sabe de qué se trata, no corremos peligro.

Descabalguen, y comamos. Estoy más hambriento que un oso. ¡Vamos, Maida!

Maida Haynes se bajó y consiguió esbozar una temblorosa sonrisa.—Tengo miedo de..., de él —susurró—. Más que de cualquier otra cosa... ¡Por favor, quédate conmigo!

Blake frunció el ceño.

Minott habló, tajante:

—En sus alforjas encontrarán bocadillos. También armas de fuego. Será mejor que los hombres vayan armados. Como no hay esperanza de regresar al mundo que conocemos, tendrán que confiar en sus armas.

Blake le miró y luego registró en silencio sus alforjas. Halló dos revólveres y lo que le pareció una provisión anormalmente abundante de cartuchos. Había una masa de papeles, que resultaron ser libros con las tapas de cartón arrancadas. Miró los revólveres con aire de entendido y se los guardó en los bolsillos. Luego devolvió los libros a su lugar.

—Le nombro mi segundo, Blake —dijo Minott con más sequedad que antes—. No lo entenderá ahora, pero ya se hará cargo. No me equivoqué al elegirle, pese a las reservas que usted me inspiraba. Siéntense y les diré lo que sucedió.

Con un gruñido y un bufido, un osezno negro salió de su escondite y huyó hacia donde aquella misma mañana se alzaba una elegante estación de servicio. El grupo tuvo un sobresalto, pero luego se tranquilizó. De repente, las muchachas se pusieron a sonreír

estúpidamente, casi histéricas. Minott devoró su bocadillo sin inmutarse y luego dijo en tono conciliador:

—Tendré que hablarles de matemáticas, pero voy a tratar de ser más ameno de lo que solían ser mis clases. Como comprenderán, cuanto ha ocurrido sólo puede explicarse en términos matemáticos y, sobre todo, utilizando ciertas nociones de física matemática. Aunque sean ustedes universitarios, tendré que hablar con gran sencillez, como si me dirigiese a niños de diez años. Hunter, está usted distraído. Si realmente ha visto algo, por ejemplo un indio, dispárele y huirá. Lo más probable debe ser que no haya oído nunca el estampido de un arma de fuego. Ya no estamos en el continente chino.

Hunter balbuceó una excusa y metió las manos en las alforjas. Mientras su alumno sacaba los revólveres Minott continuó, imperturbable:

—Se ha producido una conmoción natural que aún continúa. Pero en lugar de un terremoto que confunda las capas geológicas, ha habido un cataclismo en donde se confunden espacio y tiempo.

Me remontaré a los principios. El tiempo es una dimensión. El pasado es uno de sus sentidos, el futuro otra, lo mismo que el este es una dirección del espacio que nos es familiar, y el oeste la opuesta. Por lo común nos representamos el tiempo como una línea, o tal vez una especie de túnel.

No cometemos ese error en las dimensiones que contemplamos en la vida cotidiana. Por ejemplo, sabemos que Annapolis y..., digamos..., Norfolk se hallan al este de nosotros. Pero sabemos que, para llegar a cualquiera de estos lugares, no sólo tendríamos que ir hacia el este sino además hacia el norte o el sur. Cuando se trata de viajes imaginarios al futuro, nos olvidamos del sentido común.

Pensamos que el futuro es una línea, y no una coordenada; una senda, y no una dirección. Creemos que si viajamos hacia el futuro sólo habrá un destino posible. Y esto es tan absurdo como ignorar la posibilidad de viajar hacia el este siguiendo diferentes rumbos, como si no hubiera nordeste, sudeste y gran cantidad de rumbos intermedios.

El joven Blake intervino con vacilación:

—Lo comprendo, señor, pero no veo cómo se aplica esto a...

—¿A nuestro problema? ¡Claro que se aplica! —sonrió Minott, mostrando los dientes para morder otro bocadillo—. Supongamos que llego a una bifurcación de un camino. Echo una moneda al aire para decidir qué ruta escogeré. En cualquier caso encontraré ciertos hitos y ciertas aventuras.

Pero los hitos y aventuras nunca serán los mismos. Al escoger entre las dos sendas, no sólo elijo entre dos conjuntos de hitos que podría encontrar, sino entre dos conjuntos de hechos. Elijo un sendero dado, no sólo en la superficie terrestre, sino además en el tiempo. Y así como esos dos senderos de la tierra pueden conducir a dos ciudades distintas, los dos senderos del futuro podrían conducir a dos destinos totalmente distintos. En uno puedo hallar una ocasión de ganar riquezas. En el otro podría sufrir un accidente vulgar que me convierta en un cadáver despedazado, no sólo en un tramo de carretera del Estado de Virginia, sino también en un tramo de la carretera del tiempo. En resumen, intento demostrar que nos aguarda más de un futuro y, más o menos deliberadamente, escogemos entre ellos. Pero los futuros que no encontramos en los caminos que no tomamos son tan reales como los hitos de esos caminos. Sin llegar a verlos jamás, admitimos desde luego su existencia.

Fue Blake quien volvió a protestar:

—Todo esto es muy interesante, pero aún no comprendo qué relación tiene con nuestra situación actual.

Minott respondió con impaciencia:

—¿No comprende que, si es ésta la configuración del futuro, también debió ser la del pasado?

Hablamos de tres dimensiones, de un presente y de un futuro. Pero existe la necesidad teórica, la necesidad matemática de postular la existencia de más de un futuro. Hay un número indeterminado de futuros posibles, cualquiera de los cuales encontraríamos si tomáramos el «sendero» adecuado del tiempo. Hay muchas direcciones hacia el este. Hay muchas hacia el futuro. Salga desde cien kilómetros al oeste y camine hacia el este, eligiendo al azar sus senderos sobre la tierra, igual que lo hace en el tiempo. Quizá pase por el lugar donde estamos ahora, o más al norte, o más al sur, pero no por eso dejará de estar al este de su punto de partida. Comience ahora cien años atrás, en lugar de cien kilómetros al oeste.

Blake tartamudeó:

—Señor, entiendo que..., lo mismo que hay muchos futuros, debieron existir muchos pasados además de los que consigna nuestra historia. Y..., en consecuencia, hay un número indeterminado de lo que podríamos llamar «presentes».

Minott concluyó su bocado y asintió.

—Exacto. Y la convulsión que hoy se ha desencadenado en la naturaleza los ha confundido y aún los confunde de vez en cuando. En otra época los nórdicos colonizaron Norteamérica. En la secuencia de los hechos que marcan la senda de nuestros antepasados a través del tiempo, aquella colonia fracasó. Pero en otra senda del tiempo, dicha colonia prosperó y floreció. Los chinos desembarcaron en California. En la senda que nuestros antepasados siguieron a través del tiempo, tal hecho no tuvo consecuencias. Pero esta mañana llegamos a un sector del tiempo en que colonizaron y conquistaron este continente. Aunque, a juzgar por el miedo que manifestó aquel campesino, no han logrado vencer a los indios. En algún lugar sigue existiendo el Imperio Romano y es bastante probable que gobierne Norteamérica, lo mismo que en otra época gobernó Inglaterra. En algún lugar, esto no es imposible, prevalecen aún las condiciones del período glacial y Virginia está enterrada bajo una masa de nieve. Incluso es posible que perdure el carbonífero. O, para acercarnos al presente que conocemos, en algún lugar hay un sendero del tiempo en que el desesperado ataque de Pickett pudo invertir el desenlace de la batalla de Gettysburg; los Estados Confederados de Norteamérica serían una nación independiente que habría fortificado poderosamente sus fronteras y mantendría una actitud beligerante de cara a la Unión.

Sólo Blake se había atrevido a preguntar, mientras los demás escuchaban boquiabiertos.

Maida Haynes dijo entonces:

—Pero, ¿dónde estamos ahora, profesor Minott?—Probablemente nos encontramos en una senda de tiempo en que América no ha sido descubierta por el hombre blanco —respondió Minott, sonriente—. Esta situación no es muy satisfactoria. Buscaremos algo mejor. No estaríamos cómodos en tiendas indias, vestidos con pieles.

Por eso nos interesa un ambiente más acogedor. Supongo que disponemos de varias semanas para realizar nuestra búsqueda. A menos, naturalmente, que todo el espacio y el tiempo sean destruidos por la misma causa que provoca esta situación.

Tom Hunter se removió con inquietud.

—Entonces, ¿no hemos viajado hacia atrás ni hacia adelante en el tiempo?

—No —repuso Minott, poniéndose en pie—. La extraña náusea que hemos experimentado parece debida al desplazamiento al margen del tiempo. Es el síntoma de un salto lateral. Seguiremos cabalgando y veremos qué otros mundos nos aguardan. Somos un grupo bastante preparado para este tipo de exploración. Les elegí por sus especialidades. Hunter, zoología. Blake, mecánica y geología.

Harris —apuntó con el gesto a un joven bastante esmirriado, que se ruborizó cuando los demás se volvieron a mirarle—, por lo que dicen, es un químico muy competente. La señorita Ketterling es una gran botánica. La señorita Blair...

Maida Haynes se incorporó despacio.

—Profesor Minott, usted nos ha metido en este asunto. Di..., dijo que nunca regresaríamos. Pero lo preparó todo deliberadamente. ¿Cuál..., cuál fue su intención? ¿Por qué ha contado con nosotros?

Minott subió a caballo. Sonrió, aunque había amargura en su sonrisa.

—En el mundo que conocíamos, yo era profesor de matemáticas en una universidad pequeña y no muy famosa —respondió—. No tenía la menor posibilidad de ser algo más que eso. En este mundo soy, por lo menos, el jefe de un grupo de jóvenes bastante inteligentes. En nuestras alforjas hay armas, municiones y, lo que es más importante, libros de consulta para nuestras actividades futuras. Buscaremos y hallaremos un mundo donde nuestros conocimientos técnicos sean muy necesarios. Viviremos allí, a menos que todo el tiempo y el espacio hagan colapso, y emplearemos nuestros conocimientos.

Maida Haynes dijo:

—Y, ¿para qué, repito?

—¡Para conquistarlo! —respondió Minott con repentino ímpetu—. ¡Para hacernos los amos! ¡Los ocho gobernaremos un mundo como nunca se ha hecho desde el principio de los tiempos! ¡Les prometo que cuando encontremos el ambiente que busco tendrán riquezas a millones, miles de esclavos, todos los lujos imaginables y tanto poder como un ser humano pueda desear!

Blake preguntó con serenidad:

—¿Y usted, señor? ¿Qué tendrá usted?

—Más poder que nadie —respondió Minott, tranquilizándose—. ¡Seré emperador del mundo! Y además —su tono adquirió un acento indescriptible mientras miraba a Maida—, además poseeré otra cosa que deseo.

Dicho esto les volvió la espalda y se ocupó de buscar el camino. Maida Haynes, mortalmente pálida, caminaba al lado de Blake. Su mano sujetó con angustia el brazo del joven.

—Jerry —susurró—. Estoy asustada...

Blake respondió con firmeza:

—¡No te preocupes! ¡Antes lo mato!

## 5

El «ferry» de Berkeley avanzaba valientemente por entre la niebla. Su sirena aullaba de un modo lastimero a intervalos reglamentarios.

En el puente, el patrón susurraba en voz baja:

—Te aseguro que acabo de tener la sensación más extraña de mi vida. Tuve vértigo, como si estuviera mareado y borracho a la vez.

El piloto comentó, distraído:

—Hace un rato sentí algo parecido. Nos habrá sentado mal algo de lo que comimos... ¡Eh! ¡Esto sí que es extraño!

—¿El qué?

—Hace un rato había mucho tráfico en el puerto, pero ahora no oigo ni una sirena. ¡Escucha!

Ambos hombres prestaron atención, y escucharon el sordo martilleo de las máquinas del barco.

Captaron retazos de conversación de los pasajeros en cubierta, así como la rompiente del agua sobre el tajamar. Nada más. Absolutamente nada.

—¡Extraño! —exclamó el patrón.

—¡Condenadamente extraño! —aseguró el piloto. El «ferry» siguió avanzando. La niebla reducía la visibilidad a un radio de unos sesenta metros.

—¡Es lo más raro que he visto en mi vida! —dijo el patrón, preocupado. Tiró del cordón de la sirena y comentó—: Estamos cerca de nuestro embarcadero. Me gustaría...

Entre silbidos y retumbos, se abrió paso entre la niebla un remolcador. Sus tripulantes contemplaron con sorpresa el inmenso casco del «ferry». El remolcador navegó en círculo alrededor del panzudo transbordador; alguien salió a la cubierta del primero y lanzó un grito ininteligible, aunque se entendía que era una orden. Hizo un gesto indicando su propia bandera, y volvió a berrear con rabia.

—¿Qué diablos le pasa a ese muchacho? —inquirió el piloto.

De súbito se alzó una brisa fresca. La niebla comenzó a disiparse, y el débil resplandor del sol se hizo más intenso. Sus escuálidos rayos luchaban por abrirse paso a través del banco de niebla. El hombre que chillaba a bordo del remolcador enrojeció de ira al comprobar que no eran acatadas sus órdenes.

Luego, de súbito, los últimos jirones de niebla se disiparon. San Francisco quedaba a la vista.

Pero..., ¿San Francisco? ¡Aquello no era San Francisco! Lo que se veía era una ciudad de madera, pequeña, mugrienta, de calles estrechas con mecheros a gas y cuatro monstruosos barracones junto a los muelles. Allí estaba la elevación de Nob Hill, pero no las casas ni...

—¡Maldita sea! —vociferó el piloto del «ferry».

Miraba una masa colosal de mampostería, cuadrada e inmensa, que culminaba en una gigantesca cúpula bizantina. Una bandera extranjera desconocida flameaba al viento sobre algunos de los edificios. Había escasos peatones en las calles, así como dos o tres automóviles, pero éstos eran primitivos y enormes.

El piloto se fijó en un carruaje tirado por caballos. El tiro era de tres, adiestrados o conducidos de tal modo que los cuellos de los dos laterales se volvían hacia fuera, al estilo de la Rusia zarista.

Cosa bastante lógica, en el fondo. Cuando lograron encontrar un intérprete, piloto y patrón se vieron duramente reprendidos por entrar al puerto de Novo Skevsky sin prestar la debida atención a las ordenanzas promulgadas por el zar Alexis de todas las Rusias. Supieron que dichas normas eran cumplidas con especial rigor en todo el territorio ruso de América, desde Alaska hasta el sur.

El chiquillo regresó corriendo a la aldea.

—¡Eh, abuelito! ¡Eh, abuelito! ¡Mira los pájaros! —señaló mientras corría.

Un mirón ocioso se quedó transfigurado. Una mujer hizo alto hecha una estatua. El lago Superior azuleaba hacia el oeste y los aldeanos solían volver la mirada hacia aquella dirección. Pero ahora, mientras el chiquillo corría proclamando a gritos lo que había visto, los hombres fijaban la mirada, las mujeres se maravillaban y los niños corrían, gritaban y chillaban con la excitación instintiva de la infancia ante cualquier cosa que asombra a los adultos.

Los pájaros volaban sobre los extensos pinares. Se acercaban formando grandes masas oscuras.

Ni por docenas, ni a cientos, ni siquiera a miles. Se acercaban a millones, en inmensas bandadas que nublaban el cielo. La primera vez que el chiquillo gritó, había dos enormes formaciones a la vista.

Fueron seis antes que consiguiera llegar a su casa para reclamar, jadeante, la atención de sus progenitores. Y llegaban más, en profusión increíble, cruzando directamente sobre la aldea.

Anocheció de súbito cuando la primera bandada pasó por el cenit. El zumbido de las alas era ensordecedor. Por eso la gente levantó la voz para preguntarse qué clase de pájaros podían ser aquellos. Hubo luz de nuevo, y otra vez la oscuridad, alternando a medida que pasaban las bandadas.

La dimensión de las formaciones no podía expresarse en metros ni en hectómetros, sino en kilómetros. Tres, cinco kilómetros de pájaros, volando sin cesar en una única masa enorme de siete kilómetros de frente; luego otra semejante, otra y otra.

—¿Qué son, abuelito? ¡Debe haber millones!

En algún lugar resonó una escopeta. Algunos de los pequeños seres cayeron del cielo; otro disparo de escopeta y otro más. Una andanada partió de la aldea hacia la masa de alas zumbantes. Y los animalitos heridos cayeron entre las casas.

El abuelo recogió uno, acariciando su manchado plumaje. Lanzó una interjección y exclamó:

—¡Es una paloma salvaje! ¡Lo que solían llamar palomas peregrinas! En el 78 había miles de millones de estos pájaros. ¡Los viejos dicen que ese mismo año mataron muchos millones en Michigan! Pero ahora ya no existen. Se extinguieron como el bisonte. No dejaron ni uno.

El cielo estaba nublado de pájaros. Una bandada de siete kilómetros de frente y cinco de longitud obligó a encender las luces de la aldea. En el aire resonaba el batir de alas. Las palomas silvestres habían regresado a un continente de donde faltaban desde hacía casi cincuenta años.

Las espesas y oscuras masas de palomas silvestres eran como las avistadas en Audubon en 1813, cuando se calculó que las palomas que cruzaban Kentucky ascendían a cientos de miles de millones.

Volaban en bandadas innumerables hacia el oeste. El sol quedó eclipsado y, durante varias horas de oscuridad, el rumor de las alas siguió oyéndose, incesante.

## 6

Una gran hoguera acariciaba las rocas cercanas. Los caballos pacían inquietos. El olor del asado era indiscutiblemente apetitoso, pero una de las muchachas sollozaba ruidosamente sobre un lecho de hojarasca. Harris era el encargado de cocinar. Tom Hunter recogía madera. Blake montaba guardia un poco más allá del círculo de claridad, con los revólveres preparados, escrutando la oscuridad. El profesor Minott estudiaba un mapa topográfico de Virginia mientras Maida Haynes intentaba consolar a la muchacha que lloraba.

—La cena está lista —dijo Harris, consiguiendo que incluso este anuncio sonase algo tímido, como si pidiera disculpas.

Minott plegó el mapa. Tom Hunter dividió en grandes trozos la carne humeante del muslo de venado, los colocó sobre trozos de corteza y comenzó a repartirlos. Minott alargó la mano y tomó uno. Comía con evidente apetito. Parecía haber abandonado su preocupación tan pronto como dejó el mapa. Mostraba las cualidades de un jefe capaz.

—Después de comer, Hunter relevará a Blake —ordenó—. Seguiremos turnando la guardia toda la noche. A propósito, muchachos: no olviden el dar cuerda a los relojes. A la larga, tendremos que sincronizarlos.

Hunter comió con prontitud y se acercó al puesto de Blake. Conversaron en voz baja. Blake se acercó a la fogata. Tomó la ración que le ofreció Harris y se puso a comer. Miró a la muchacha llorosa.

—Está asustada —comentó Minott—. La piel de su brazo apenas ha sido arañada. Pero, para una universitaria del Robinson College, resulta enervante ser herida por una flecha de punta de piedra.

Blake asintió.

—Oí algunos ruidos en la oscuridad —comentó—. No estoy seguro, pero me pareció que me espiaban. Creí distinguir una voz humana.

—Es posible que nos vigilen —admitió Minott—. Pero estamos fuera de la senda de tiempo en que aquellos indios intentaron tendernos una emboscada. Si nos hubieran seguido, estarían demasiado espantados como para resultar muy peligrosos.

—Eso espero —dijo Blake.

Su actitud no era cordial, pero carecía de pretexto para suscitar una discusión. El profesor Minott había metido a sus alumnos en un apuro que no parecía tener salida. Lo había planeado todo a conciencia, y eso le convertía en el jefe indiscutible del grupo. Blake no intentó minar su autoridad.

Pero a pesar de su juventud, Blake también poseía ciertas cualidades de jefe. La más prometedora era quizá que no pretendía saber tanto como Minott y no buscaba el adelantarse a los acontecimientos.

Escuchó con atención y luego dijo:

—Creo, profesor, que hemos comprendido su lección de esta mañana. ¿Cuánto podrá durar este desorden del espacio y el tiempo? Salimos de Fredericksburg y fuimos hasta el Potomac. Era territorio chino. Volvimos a Fredericksburg y no estaba allí. En su lugar encontramos indios que nos lanzaron flechas e hirieron a Bertha Ketterling en el brazo. Pero ahora estamos prácticamente fuera de su alcance.

—Estaban asustados —observó Minott—. Nunca habían visto caballos. Puede que nuestras pieles blancas les sorprendieran también, para no hablar de nuestras armas. Cuando maté a uno de ellos cundió el pánico.

—Pero..., ¿qué ocurriría con Fredericksburg? Salimos de allí. ¿Por qué no podemos regresar?

—El proceso de desorden ha continuado —respondió Minott, disgustado—. ¿Recuerdas lo del extraño vértigo? Hoy lo hemos sufrido varias veces y, en mi opinión, cada vez corresponde a una conmoción de la Tierra. ¡Hum! Preste atención.

Se incorporó para tomar de nuevo el mapa. Lo desplegó y señaló una línea gruesa hecha a lápiz.

—Aquí tiene un mapa de Virginia en nuestra época. El continente chino aparecía cinco kilómetros al norte de Fredericksburg. Calculo que la línea de demarcación corresponde al emplazamiento de los secoyas gigantes. Mientras nos hallábamos en el tiempo chino sentimos el vértigo y regresamos a Fredericksburg. Salimos del bosque por el mismo punto que antes. Me cercioré de ello. Pero el continente de nuestra época ya no estaba allí. Cabalgamos hacia el este y, aunque usted tal vez no haya reparado en ello, antes de llegar al límite del distrito se produjo otro cambio repentino en la vegetación: de pinos, a robles y abetos, que no son característicos de esta región del mundo en nuestra propia época. No vimos asomo de civilización. Hacia el sur llegamos a esa niebla espesa y, más allá, la nieve. Evidentemente, hay una senda de tiempo en que Virginia aún está sometida al clima glaciario.

Blake asintió después de haber escuchado con atención y dijo:

—Con esto define tres lados de una..., una isla de tiempo.

—En efecto —afirmó Minott—. ¡Exactamente! En el proceso de desorden, en esta conmoción, al parecer se han producido «fallas» naturales en la superficie de la Tierra. Territorios relativamente extensos parecen avanzar y retroceder en bloque de una senda de tiempo a otra. Podrían compararse con los ascensores de una casa de muchos pisos. Cuando estábamos en el «ascensor» de Fredericksburg, en nuestra propia senda cronológica, nos vimos desplazados a otro tiempo. Fuimos hasta el continente chino. Mientras estábamos allí, nuestra sección de origen pasó a otro tiempo totalmente distinto. Cuando deshicimos lo andado..., hallamos la ciudad de Fredericksburg en otra senda de tiempo diferente.

—¡Atención! —exclamó Blake de súbito.

Un rumor sordo se oía a lo lejos, hacia el norte. Duró sólo un instante y cesó. Los matorrales cercanos fueron pisoteados y un animal monstruoso se acercó

desconfiadamente hasta el círculo de la hoguera. Era un alce, pero, ¡qué alce! Se trataba de un ejemplar gigantesco, colosal. Una de las muchachas gritó espantada, y el animal volvió a desaparecer entre los matorrales.

—No hay alces en Virginia —observó Minott, lacónico.

Blake repitió:

—¡Atención otra vez!

Otra vez se oyó aquel rumor sordo hacia el norte. El volumen sonoro aumentó. Era el motor de un avión. El rumor se convirtió en un gruñido y éste en un rugido. Luego apareció el avión en lo alto y vieron brillar las luces de posición en sus alas. Viró inclinándose mucho y se volvió por donde había venido. Al verlo, los espectadores sintieron una extraña impresión de impotencia. El aparato picó bruscamente.

—Un aviador de nuestro tiempo —comentó Blake mirando hacia el lugar por donde había desaparecido—. Habrá visto nuestra fogata. Intentará un aterrizaje de emergencia en la oscuridad.

El ruido del motor cesó. Durante un rato, sólo se oyó el chisporroteo del fuego y el ulular del viento sobre las heladas planicies en la noche. Luego, una terrible agitación del follaje, una explosión..

Un resplandor, un estruendo y las llamas amarillentas de la gasolina incendiada elevándose hacia el cielo.

—¡No se muevan! —gritó Blake, poniéndose instantáneamente de pie—. ¡Harris! ¡Profesor Minott! ¡Que alguien se quede con las chicas! ¡Voy a buscar a Hunter y trataremos de ayudar!

Desapareció en la oscuridad, llamando a Hunter. Los dos se abrieron paso por entre los matorrales, Minott frunció el ceño y sacó los revólveres. Malhumorado, se alejó de la luz del fuego y asumió la guardia que Hunter había abandonado.

Un depósito de gasolina estalló en la oscuridad. El resplandor del fuego se hizo intolerablemente intenso. Los pasos de los dos jóvenes que corrían entre la maleza se alejaron y finalmente dejaron de oírse.

Transcurrió largo rato; luego, muy lejos, volvió a oírse el ruido de pasos entre los matorrales. El resplandor del incendio fue apagándose. Los expedicionarios regresaban lentamente, como si transportaran algo muy pesado, y se detuvieron más allá del resplandor de la fogata. Después, Blake y Hunter se reunieron con los demás.

—Esta muerto —dijo Blake—. Menos mal que fue lanzado lejos por el choque, antes que se incendiaran los depósitos de gasolina. Recobró los sentidos un par de minutos antes de morir... Nuestra fogata era la única señal de vida que había visto desde hace horas. Le hemos traído aquí. Mañana lo enterraremos.

Se hizo el silencio. El rostro ceñudo de Minott tenía una expresión salvaje mientras regresaba hacia la fogata.

—¿Pudo decir algo? —preguntó Maida Haynes.

—Salió de Washington a las cinco de la tarde —respondió Blake concisamente—. Según nuestro tiempo, digamos. Toda Virginia al otro lado del Potomac se desvaneció a las cuatro y media y ocupó su lugar una selva virgen. Salió a explorar, y cuando regresó al cabo de una hora, Washington había desaparecido. En su lugar había un banco de niebla y debajo nieve. Siguió el curso del Potomac y vio casas, empalizadas y, en las orillas, embarcaciones largas de remos.

—¡Los vikingos! —exclamó Minott, satisfecho.

—No aterrizó, sino que siguió volando río abajo buscando la ciudad de Baltimore. ¡Había desaparecido! En un momento dado creyó ver una ciudad, pero entonces se sintió enfermo y, cuando se recobró, aquélla había desaparecido. Puso dirección al norte, y estaba quedándose sin gasolina cuando vio nuestra fogata. Intentó un aterrizaje de emergencia, pero como no llevaba bengalas se estrelló..., y murió.



—¡Pobre hombre! —exclamó Maida, conmovida.

—La cuestión —prosiguió Blake— es que Washington estaba en nuestro tiempo presente a eso de las cuatro y media de hoy. ¡Tenemos una posibilidad de regresar, aunque remota! Es preciso llegar hasta el límite de uno de esos territorios que oscilan a través del tiempo, al borde de lo que el profesor Minott llama una «falla de tiempo», y vigilarla. Cuando se produzca el cambio, la exploraremos con la mayor rapidez posible. ¡Tal vez no haya muchas probabilidades de regresar exactamente a nuestra propia época, pero estaremos más cerca que ahora! El profesor Minott dice que en algún lugar existe la Confederación. Pero aun así, estaremos mejor entre gentes de nuestra raza y que hablan nuestro idioma, antes que permanecer varados para siempre entre indios, chinos o escandinavos.

Minott dijo, cortante:

—¡Será mejor que decidamos este asunto ahora mismo, Blake! ¡Yo soy el que da las órdenes aquí! Usted tomó la iniciativa cuando se estrelló el avión, y quiso darnos órdenes a Harris y a mí. Lo he tolerado por esa vez, pero aquí sólo puede haber un jefe. ¡Ese jefe soy yo! Que no se le olvide.

Blake se volvió. Minott le apuntaba con su revólver.

—Usted pretende regresar a nuestro tiempo —prosiguió Minott con ferocidad—. ¡No lo permitiré! Todo indica que moriremos. Pero si vivo, pienso aprovechar mi oportunidad, y no entra en mis proyectos el regresar para dedicarme a dar clases de matemáticas en el Robinson College.

—¿Y bien? —preguntó Blake fríamente—. ¿Qué más, señor?

—¡Sólo esto! Usted va a entregarme sus armas. De ahora en adelante seré yo quien haga los planes y dé las órdenes. Buscaremos la senda de tiempo en que prospera en Norteamérica una civilización vikinga. Será fácil, pues estas perturbaciones deben durar algunas semanas todavía. ¡Cuando la encontremos, nos estableceremos entre los escandinavos! ¡Tan pronto como vuelvan a estabilizarse el espacio y el tiempo comenzaré la creación de mi imperio! ¡Y usted me obedecerá, o seguirá solo mientras los demás avanzamos hacia mi destino!

Blake dijo con toda serenidad:

—Olvida que, a lo mejor, preferiremos ocuparnos de nuestros propios destinos, en vez de servirle de herramientas para que realice usted el suyo.

Minott le desafió un instante con la mirada, apretando los labios.

—Lástima —dijo fríamente—. Su inteligencia podía serme útil, Blake. Pero no puedo tolerar un motín. Voy a matarle.

Y levantó despiadadamente el revólver.

## 7

La Academia Británica de Ciencias había convocado a una sesión extraordinaria para determinar la causa de ciertas emergencias recientes. Los sabios estaban cansados, soñolientos, pero conscientes aún de su dignidad y de la importancia de su tarea. Un físico venerable, de largas patillas, estaba diciendo con énfasis y solemnidad:

—Por tanto, señores, creo que no hay más que decir. Los extraordinarios acontecimientos de las últimas horas parecen resultar de ciertos fenómenos acontecidos en nuestro propio espacio cerrado.

Los campos gravitatorios de  $10^{79}$  partículas de materia cerrarán el espacio alrededor de semejante conjunto. Ningún cosmos puede ser mayor ni menor. Y si consideramos la creación de semejante cosmos, veremos que sus galaxias se desvanecen tan pronto como la  $10^{79}$  partícula suma su propia masa a la de las anteriores. Sin embargo, el hecho que el espacio se haya cerrado alrededor de ese cosmos no implica la aniquilación de éste, sino simplemente su eliminación del espacio originario, quedando aislado de la

continuidad espacio-temporal a causa de la curvatura debida al campo gravitatorio. Y admitiendo que exista más de un sector de espacio cerrado, en cierto sentido hemos postulado la hipótesis de un hiperespacio que separe los espacios cerrados; lo cual supone coordenadas hiperespaciales que definan las posiciones hiperespaciales relativas, y que...

Un caballero de patillas aún más largas y blancas que las del orador dijo en voz alta y enérgica:

—¡Disparates! ¡Necedades!

El orador se interrumpió, mirando fijamente a su adversario.

—¡Señor! ¿Acaso insinúa usted que...?

—¡Así es! —respondió el otro—. ¡Tonterías! ¿Afirmará usted que, en su hiperespacio, los espacios cerrados estarían sometidos a hiperleyes? ¿Que se desplazarían en hiperórbitas reguladas por una hipergravedad y que, sin duda, en determinadas ocasiones se producirían mareas hiperterráqueas o hipercolisiones, que decididamente producirían hipercatástrofes?

—¡En efecto! —exclamó el caballero de la tribuna, temblando de indignación—. ¡En efecto, señor mío!

—¡Usted me pone enfermo! —replicó el científico de patillas más largas y blancas.

Como si quisiera demostrarlo, se tambaleó. Pero no fue el único. Toda la venerable asamblea vaciló por efecto de un vértigo súbito. Así fue como la Academia Británica de Ciencias decidió levantar la sesión sin otro formulismo, presa del pánico. Hubo una desbandada. De súbito, tribuna y hemiciclo desaparecieron. En el lugar ocupado por el orador se abría ahora un claro, y en el claro había una fogata. Alrededor de ella, ciertos personajes grotescos, no muy diferentes de los mismos sabios, rugieron al ver a los venerables que huían. Con los rostros encendidos, esgrimiendo burdas mazas, atacaron a la Academia Británica de Ciencias. Se sabe que atraparon a una persona, un biólogo de opiniones sumamente excéntricas. Se cree que se lo comieron.

Desde hace tiempo se venía afirmando que al menos algunas de las especies extinguidas de la humanidad, por ejemplo el hombre de Piltdown y el de Neanderthal, eran caníbales. Si en algún sendero del tiempo exterminaron a sus rivales más inteligentes..., si en algún lugar el *pithecanthropus erectus* sobrevive y el *homo sapiens* no..., pues bien, en esa senda del tiempo, el canibalismo es un hábito social perfectamente respetable.

## 8

Con una exclamación, Maida Haynes se interpuso ante Blake. Pero Harris fue más rápido. Aquel tímido acababa de cortar un trozo humeante de muslo de venado, y lo lanzó con fuerza. La masa abrasadora desvió la mano de Minott causándole al mismo tiempo una tremenda quemadura.

Blake se incorporó y sacó el arma.

—Si vuelve a apuntarnos con esta pistola —dijo bastante nervioso, aunque con indudable sinceridad—, le meteré un tiro en el brazo.

Minott profirió un insulto. Recogió el arma con la mano izquierda y se la guardó en el bolsillo.

—¡Imbécil! —dijo—. No pensaba disparar. Sólo quería asustarlo. ¡Es usted un idiota, Harris! Luego hablaremos de su actitud, Maida. Vuestro peor castigo sería que les dejase librados a vuestra suerte.

Se apartó de la fogata y desapareció en la oscuridad. Una especie de consternación se apoderó del grupo. El avión incendiado aún ardía a lo lejos. El fuego parecía haberse propagado un poco.

—¡Es un demonio! —exclamó Hunter, intranquilo—. Sabe de esto más que nosotros. ¡Si nos deja, estamos perdidos!

—Así es —reconoció Blake, sombrío—. Y puede que lo estemos de todos modos.

Lucy Blair dijo:

—Yo..., hablaré con él. Solía..., solía ser bueno conmigo en clase. Y debe dolerle mucho la mano. Le han quemado.

Se alejó de la fogata, precedida por su alargada sombra.

Minott exclamó de improviso:

—¡Fuera! ¡Algo se mueve ahí!

Al cabo de un momento disparó; se oyó un grito y el arma volvió a tronar. Hubo un gran revuelo de sombras que huían.

Minott regresó junto a la hoguera con gesto despectivo.

—Mal jefe será usted, Blake —comentó irónicamente—. Ha descuidado la guardia. ¿No era usted el que creía oír voces? Han escapado. Eran indios, naturalmente.

Lucy Blair preguntó con vacilación:

—¿Me permite curarle la mano? Se ha quemado...

—¿Cómo? —preguntó con ira.

—Tenemos grasa —le respondió—. Los indios solían curar las heridas con grasa de oso. Supongo que la de venado también servirá.

Minott permitió que la muchacha le curase la herida, aunque no era grave. Lucy pidió los pañuelos a sus compañeros. Alrededor de la hoguera reinaba la lógica confusión. Aquello no era una banda de aventureros dispuestos a todo, sino un grupo de estudiantes menores de edad.

Minott fruncía el ceño mientras Lucy Blair le curaba la mano. Harris quería disculparse por haber sido el causante de la herida. Bertha Ketterling sollozaba..., pero quedamente, pues nadie le hacía caso. Blake contemplaba el fuego, meditativo. Maida Haynes procuraba no recordar que, en cierto sentido y aunque nadie lo hubiera mencionado, ella era la manzana de la discordia.

Los caballos pataleaban, inquietos, Bertha Ketterling estornudó. Maida sintió que le escocían los ojos. Ella fue la primera en advertir la extensión del incendio provocado por la gasolina del avión.

Su grito de alarma puso sobre aviso a los demás.

El avión se había estrellado a más de un kilómetro y medio del campamento. El incendio de los depósitos había sido violento, pero breve. Las alas y el fuselaje quedaron destruidos en seguida, y en apariencia el fuego se había reducido a rescoldos. Pero ahora había allí algo más que un rescoldo.

Sin duda, el fuego se había propagado entre los espesos matorrales, hasta alcanzar el resinoso bosque de pinos. Soplaban una brisa leve pero continua. Cuando Maida intentó ver de dónde procedía el humo que le escocía en los ojos, vio arder un árbol alto, observó el frente de llamas devoradoras que reptaban por el suelo y luego dos, tres, una docena de brillantes llamaradas alzándose al cielo.

Los caballos relincharon y se encabitaron.

Minott ordenó:

—¡Harris, acerque los caballos! ¡Hunter, haga que las muchachas monten en seguida!

De intención no dio órdenes a Blake. Estudió detenidamente el mapa. Mientras tanto, el incendio se propagaba cada vez más. Minott se guardó el mapa en el bolsillo. Blake recogió tranquilamente el muslo de venado. Cuando Minott saltó a la silla dominando a su aterrorizada montura, el muchacho ya se hallaba al lado de Maida Haynes, listo para partir.

—Cabalgaremos por parejas —indicó Minott—. Cada hombre cuidará de una muchacha. Yo abriré camino con la linterna. Debemos salir al río Rappahannock, si el fuego no nos toma la delantera.

Coronaron una loma, y entonces se dieron cuenta de la extensión del peligro. En ochocientos metros a la redonda, el fuego lo consumía todo. A la derecha el incendio hacía estragos entre los árboles de un bosque tan espeso que parecía una selva. El resplandor avanzaba rápidamente; parecía que el fuego generaba el propio viento que lo alimentaba, como así era en efecto. A la izquierda de los jinetes devoraba ferozmente los matorrales.

Como si no bastara aquel peligro tan real, se alzó de súbito un viento realmente fuerte.

Empezaron a recibir chispas y brasas encendidas, fragmentos del ramaje a medida que iba consumiéndose. Bertha Ketterling gritó cuando un fragmento de carbón encendido le rozó la mejilla.

El caballo de Harris se encabritó al notar una quemadura. Galoparon frenéticamente por entre los árboles. La linterna de Minott resultaba inútil, debido al rojo resplandor que les perseguía. Al menos, servía para mostrarles el camino.

## 9

Un bicho grande, negro y torpe salió pesadamente a la plaza, entre la estatua de Grady y el edificio de Correos. Las lámparas de arco permitían verlo claramente. No era lo que uno pensaría encontrar por las calles de Atlanta, Georgia, a ninguna hora del día o de la noche. Un taxista lo vio y estuvo a punto de reventar un neumático al dar la vuelta para alejarse. Un policía lo vio también y se puso muy pálido mientras tomaba el teléfono de su coche patrulla para dar parte. Pero aquel día habían pasado demasiadas cosas extrañas como para poner en duda su propia cordura. El «Journal» había publicado tantas novedades alarmantes de otros lugares, que le fue forzoso creer en lo que veía.

El bicho era monstruoso, una especie de reptil repugnante. Medía veinticuatro metros de longitud, de los cuales al menos quince eran cabeza, cuello y rabo, y el resto un cuerpo fofo. Pesaría unas veinticinco o treinta toneladas, pero su cabeza no abultaba mucho más que la de un caballo grande, y aquella minúscula cabeza se mecía estúpidamente. La bestia estaba desconcertada. Dio un paso con su pata colosal, y un chorro de agua salió de la cañería principal reventada bajo el pavimento. El bicho no reparó en ello. Se removió un poco, exhalando un olor húmedo y mohoso.

Las sirenas de los coches patrulleros de la policía y las sirenas de los bomberos hicieron vibrar el aire. Una ambulancia fue azotada por un poderoso coletazo, que la estrelló en una esquina.

El bicho lanzó un grito plañidero, sin hacer caso de los daños que había causado su cola. Parecía un balido multiplicado por mil. Miraba sin cesar a su alrededor, al parecer incomodado por los altos edificios que lo rodeaban. Pero era demasiado estúpido para volver sobre sus pasos en busca de escapatoria.

Alguien gritó a lo lejos, mientras los coches de la policía y los camiones de bomberos llegaban al lugar. Otros dos bichos, más pequeños que el primero, habían seguido a éste. Eran también de cuerpos monstruosos y cabezas demasiado pequeñas. Una de ellas tropezó neciamente contra un camión-grúa. Ambos rodaron por el suelo y el bicho baló como su predecesor.

Luego algún imbécil se puso a disparar. Otros imbéciles le imitaron. Las balas de acero se hundieron en aquellas moles de carne. Las metralletas de la policía cosieron a los monstruos a tiros.

Eran empuñadas por hombres de gran valor, que no dejaron de observar la total estupidez de los seres procedentes del gran pantano aparecido donde solía estar el Parque Inman.

Las balas dolían, hacían daño. Las tres bestias balaron e hicieron torpes intentos de huir. La mayor quiso escalar un edificio de cinco pisos y lo redujo a escombros.

Antes que muriera el último —mejor dicho, antes que dejara de mover sus miembros principales, pues la cola se agitó convulsivamente largo rato, y el corazón aún latía al día siguiente, cuando fue cargado en un carro de basura—, antes que el último muriera, el caos era total en tres manzanas de edificios comerciales del centro de Atlanta, y habían muerto diecisiete hombres. Sin embargo, no habían intentado luchar; sólo pretendían huir. La destrucción y las muertes que causaron fueron debidas a su torpeza y estupidez.

10

Los caballos que llevaban la delantera tropezaron de improviso, hundiéndose hasta el codillo en algo suave y muy esponjoso. Bertha Ketterling gritó de miedo cuando su cabalgadura cambió el paso.

Blake dijo con prontitud en medio de las tinieblas:

—Parece terreno arado. Profesor Minott, será mejor que encienda la linterna.

El cielo, a sus espaldas, tenía un resplandor rojizo. Aún los perseguía el fuego del bosque, disparando chispas, llamas y una vívida claridad que iluminaba las volutas de su propio humo.

El haz de luz de la linterna acuchilló la tierra. Era tierra de labor. Había sido surcada por manos de hombres. Minott alumbró con la linterna encendida, mientras todos lanzaban exclamaciones de gratitud.

Luego agregó con sarcasmo:

—¿Saben qué han sembrado aquí? ¡Lentejas! ¿Desde cuándo se cultivan lentejas en Virginia? ¡Todo es posible! Ahora veremos qué clase de individuos andan por aquí.

Se volvió para contemplar la línea de surcos.

Tom Hunter dijo, pesaroso:

—Si esto es terreno arado, se trata de un surco muy superficial. Un arado de un solo caballo levantaría más tierra.

Una luz brillaba débilmente a lo lejos. Todos la vieron al mismo tiempo. Como por instinto, también los caballos se volvieron hacia ella.

—Debemos andar con cuidado —observó Blake—. Quizá sean chinos.

La luz estaría como a un kilómetro y medio de distancia. Se acercaron cautelosamente a campo traviesa.

Los cascos del caballo de Lucy Blair tocaron piedra súbitamente. El ruido fue inesperadamente fuerte. Los caballos que seguían al de ella formaron un estrépito ensordecedor. Minott alumbró de nuevo con la linterna. Era piedra labrada, un camino de bloques de piedra, de dos metros o dos y medio de anchura. Entonces uno de los caballos se encabritó y relinchó, huyendo de algo que había en el camino. Minott dirigió la linterna a lo largo del mismo.

—El único pueblo que construyó caminos como éste fue el romano —explicó secamente—. Así construían sus calzadas militares. Pero, que sepamos, ellos no descubrieron América.

La linterna iluminó un bulto oscuro. Una de las muchachas sofocó un grito. Había muchos cadáveres. Uno de ellos, el de un hombre con escudo, espada y casco como suele representarse a los soldados de la antigua Roma. Le faltaba media cabeza. A su lado yacía un hombre con un extraño uniforme gris. Mostraba una herida de espada.

La linterna buscó más lejos. Más cadáveres; muchos vestidos de romanos. Otros llevaban lo que podría describirse como el uniforme de los soldados del Ejército Confederado..., admitiendo que aún existiese la vieja Confederación sudista.

—Hubo lucha —dijo Blake con calma—. Supongo que los de la Confederación, quiero decir los de esa senda de tiempo, salieron a investigar lo que debió parecerles un acontecimiento condenadamente raro. Y estos romanos, si es que lo son, les atacaron.

Alguien se acercaba en la oscuridad. Minott le dirigió la luz de la linterna. Era un hombre. Pero estaba prácticamente desnudo y cargado de cadenas, había sido golpeado y su cuerpo presentaba grandes heridas de otros castigos. Parecía extenuado. Tenía el gesto delirante de la desesperación absoluta. Lo habían embrutecido mediante la tortura.

Frunció el ceño, deslumbrado por la linterna, demasiado aturdido para sentir miedo.

Cuando Minott habló el desconocido se dejó caer en el barro. Minott habló con energía, procurando recordar su semiolvidado latín. El hombre postrado balbuceó palabras en un latín bárbaro que al pasar por sus labios agrietados, aún resultaban más incomprensibles.

—Es un esclavo —comentó Minott—. Los enemigos, supongo que confederados, llegaron hoy del norte. Hubo un combate y murieron algunos guardias de esta propiedad. Aunque este esclavo lo niega supongo que se dirigía al norte con intención de desertar. Bien mirado, creo que no somos los únicos expedicionarios atrapados fuera de su propia senda de tiempo por la catástrofe.

Despidió con rudeza al esclavo y siguió adelante, dirigiéndose hacia la luz lejana.

—¿Qué..., qué se propone? —preguntó Maida débilmente.

—Llegar al poblado y hacer algunas preguntas —replicó Minott—. Si están ahí los confederados, seremos bien recibidos. De lo contrario, procuraremos ganarnos la bienvenida. Quiero acampar en una falla de tiempo y cruzar cuando un cambio temporal nos acerque una colonia escandinava. Para ello necesito noticias exactas sobre los lugares donde hayan sido vistos, si eso es posible.

Maida Haynes se acercó a Blake. El joven la confortó apoyando la mano en su brazo mientras los caballos seguían con dificultad sobre el terreno blando. A sus espaldas, el fuego atacaba de nuevo.

Las coníferas resinosas estallaban a veces como bombas y lanzaban fugitivos resplandores rojos sobre los jinetes. Pero el resplandor iba haciéndose más consistente e intenso. A su luz vieron las blancas tapias de una casa de campo, con sus corrales y graneros. Era un edificio monstruoso, que más bien parecía un barracón.

Era una granja, una villa romana trasladada al borde de la selva. Blake recordó vagamente una antigua foto de una villa romana en Inglaterra, que había sido restaurada para devolverle el aspecto que tuvo antes que Roma retirase sus legiones de Britannia, abandonando la isla a la barbarie y la ignorancia. La rodeaban varios pajares, entre los cuales pasaron al trote. De pronto, Blake olfateó el aire con repentina desconfianza.

Maida se acercó y le dirigió algunas palabras en voz baja. Lucy Blair contemplaba a Minott, llena de aprensión. Harris seguía a Bertha Ketterling, que montaba como si estuviera molida de andar a caballo. Tom Hunter buscó a Minott como para acogerse a su protección, dejando que Janet Thompson se las arreglara por su cuenta..—¿En qué piensas, Jerry? —murmuró Maida.

—Esto no me gusta —explicó Blake en voz baja—, aunque no hay más remedio que seguir. Creo que huele a...

De súbito, unas sombras saltaron hacia los caballos: eran salvajes desnudos, sudorosos, escurridizos y casi frenéticos. Algunos agitaban cadenas al saltar. Una voz les gritaba órdenes desde lejos, subrayadas por el espantoso restallar de un látigo.

Dos disparos pusieron fin al combate. Había sido Blake. Un caballo hizo una espantada. Bertha Ketterling chillaba, lastimera. Ton Hunter barbotaba palabras incomprensibles, y Harris profería palabrotas, totalmente olvidado de su habitual timidez.

Minott parecía rodeado por aquellos salvajes apestosos, lo mismo que los demás, pero parlamentaba con sus agresores en tono autoritario. Ellos se apartaron, encogiéndose como por instinto. Súbitamente aparecieron antorchas, y a su luz vieron que eran esclavos. Esclavos sometidos a todo tipo de miseria y degradación, de diferentes mezclas raciales, pero unánimes en su desesperada abyección ante el amo, que se acercaba entre los portadores de antorchas.

Era un hombre bajo y grueso, que vestía una toga de corte algo diferente del clásico. La luz de las antorchas permitía ver a los cautivos, pero también los rasgos abotargados, sibaríticos e indescriptiblemente crueles del propietario de estos esclavos y de la villa. Su actitud y las órdenes que impartía en un latín extrañamente corrompido, dando a entender que se consideraba también propietario de los cautivos.

11

El diputado por Aisne-le-Sur decidió que había sido una gran idea pasear al aire fresco. París de noche es estimulante. Aquel extraño ataque de vértigo sería culpa del exceso de champaña. El aire fresco disipaba los vapores. Pero le sorprendía verse desorientado, puesto que conocía muy bien París.

Las calles presentaban un aspecto extraño. Las casas no eran como las que él conocía. A la luz de los faroles —de un diseño bastante insólito— se notaban ciertos rasgos extraños en su arquitectura.

Meditó la cuestión, tratando de averiguar a qué era debida la particular inclinación que mostraban las casas.

Era para impacientarse. Tarde o temprano tendría que regresar a casa, aunque su mujer... El diputado por Aisne-le-Sur se encogió de hombros. Luego vio luces más adelante. Apuró el paso. Era una mansión magnífica, brillantemente iluminada.

Resonaban muchos cascos. Un escuadrón de caballería formó frente a la casa, de donde salió un joven pálido acompañado de un hombre alto y gordo que se inclinó para besarle la mano al primero, como en un raptó de admiración. Los soldados desmontaron y se situaron en dos filas desde el portal hasta el coche. Dos jóvenes oficiales seguían al joven pálido, cargados de condecoraciones. El diputado por Aisne-le-Sur advirtió que no reconocía los uniformes. Se abrió la puerta del coche. El automóvil era algo raro, aunque el diputado no podía precisar con exactitud por qué.

Hubo taconazos y fueron presentadas las hojas de acero en señal de saludo. El joven pálido soportó que el gordo volviera a besarle la mano y subió al coche. Los dos jóvenes oficiales cargados de medallas le imitaron y el coche se alejó. La formación de escolta rompió filas con gran tintineo de espuelas.

El gordo se quedó en la acera, radiante y frotándose las manos. Los soldados de caballería volvieron a montar y se alejaron rápidamente.

El diputado por Aisne-le-Sur había asistido al espectáculo sin saber qué pensar. Observó a otro transeúnte detenido, y se sobresaltó al verle vestido a estilo tan extraño y desconocido como el de las casas y el de aquellos personajes a quienes acababa de contemplar.

—Perdone, señor —dijo el diputado por Aisne-le-Sur—. Me he extraviado. ¿Podría decirme...?

—Esta casa es la residencia del señor duque de Montigny —respondió el otro con sarcasmo—. ¿Es posible que haya en 1935 alguien que no conozca al señor duque? ¿O, sobre todo, a la señora duquesa? ¿A qué se dedica y dónde vive?

El diputado por Aisne-le-Sur parpadeó.

—¿Montigny? ¿Montigny? Pues no —admitió—. ¿Y el joven del coche, cuya mano fue besada por...?

—¿Besada por el señor duque? —El extraño le miró azorado—. ¡Mon dieu! ¿De dónde sale usted, que no conoce a nuestro buen rey Luis Vigésimo? Acaba de rendir visita a la señora, su amante.

—¡Luis Vigésimo! —tartamudeó el diputado por Aisne-le-Sur—. No..., no comprendo.

—¡Burro! —exclamó el impaciente desconocido—. ¡El rey de Francia, que sucedió a su padre cuando era un niño de diez años, que hace diez meses ha alcanzado la mayoría de edad..., y ya está arruinando a Francia!

La telefonista estableció la comunicación con mano temblorosa.

—Su número, por favor... Lo siento, señor, pero no podemos ponerle con Camden... Las líneas están cortadas... Lo siento mucho, señor —Conectó otra línea—. ¡Hola!... Lo siento, señor, pero no podemos ponerle con Jenkinstown. Las líneas están cortadas... Lo siento mucho, señor.

Zumbó otra llamada y se encendió otra luz.

—¡Hola!... Lo siento, señor. No podemos ponerle con Dover. Las líneas están cortadas... —Sus manos se movían automáticamente—. Hola... Lo siento, pero no podemos ponerle con Nueva York. Las líneas están cortadas... No, señor. No podemos pasar la comunicación a través de Atlantic City. Las líneas están cortadas... Le advierto que las compañías telegráficas no garantizan la entrega... No, señor, no podemos pasar su mensaje a través de Pittsburgh...

Tenía la voz temblorosa.

—No, señor. La central de Scranton no contesta... Harrisburg tampoco. Sí, señor... Lo siento, pero no podemos enviar un mensaje a Filadelfia para que sea transmitido desde allí en cualquier dirección... Hemos intentado comunicar por radio, pero no contesta nadie...

Abandonando los conmutadores, se cubrió el rostro con las manos. Luego hizo una llamada:

—¡Minnie! ¿No han sabido nada...? ¿Nada...? ¿Cómo...? ¿Telefonaron pidiendo más policía...? ¿La..., la operadora de allí dice que hay lucha? ¿Que ha oído muchos disparos? ¿Qué ha pasado, Minnie? ¿No se sabe...? ¿Que..., que también usan los camiones blindados de los bancos para luchar? Pero, ¿contra quién luchan? ¿Cómo...? ¡Minnie, mis padres viven ahí! ¡Mis padres viven ahí!

La puerta del barracón de los esclavos se cerró y fue atrancada por fuera con grandes vigas. El ambiente hediondo, espantoso e irrespirable los anegó como una ola. Luego oyeron murmullo de voces, tintineo de las cadenas y el roce de la paja, como si se removieran animales en un corral.

Alguien empezó a hablar a gritos para hacerse oír por los demás. Comenzó a imponerse, aun sin acallar del todo los murmullos a su alrededor.

Maida dijo con voz tensa:—Entiendo algunas palabras... Está explicándoles a los demás esclavos cómo fuimos capturados.

Habla una especie de latín...

Entre las tinieblas, Bertha Ketterling gritó de súbito:

—¡Alguien me ha tocado! —chilló—. ¡Un hombre!

Cerca resonó una voz burlona. Hubo risas. Parecían aullidos de animales. Según opinaban en la antigua Roma, los esclavos son animales. En la ruidosa libertad de la barraca, los esclavos totalmente embrutecidos iban acercándose a los recién llegados. Los recién capturados prometían servir de diversión, pues aún no habían sido degradados a su estado final.

Lucy Blair lloró ahogadamente. Hubo un crujido seco y alguien cayó. Se oyeron más risas.

—¡Lo he dejado sin sentido! —gritó Minott—. ¡Hunter! ¡Harris! ¡Busquen a vuestro alrededor objetos que sirvan de mazas! Los esclavos quieren humillarnos, y en esta pocilga no tenemos posibilidades de dominarlos. Aunque nos mataran, los castigarían sólo con azotes. Y las mujeres...

Alguien, rugiendo, se abalanzó sobre él a oscuras. La voz autoritaria de Minott resultaba odiosa. Se oyó una queja. La gente se apelotonaba. Reducidos al estado de animales, los esclavos de los romanos se comportaban como fieras encerradas en su monstruoso cubil. Odiaban a los recién llegados por el simple hecho que habían sido



hombres libres y no esclavos. Las mujeres estaban limpias y atemorizadas... Serían presa fácil. Las cadenas tintineaban agoreramente. Los pestilentes alientos viciaban el aire. Un tufo de depravación total, de seres humanos convertidos en algo peor que las fieras, apestaba el ambiente. Estaban totalmente a oscuras.

Bertha Ketterling rompió a llorar ruidosamente. De repente se oyó el espantoso ruido de un golpe aplastando la carne. Se desencadenó la batalla entre los gritos aterrorizados de Lucy Blair. Hubo jadeos de los hombres que luchaban, ruidos de los golpes. Un herido aulló. Otro blasfemó. Una mujer lanzó un chillido estridente.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Los disparos sonaron fuera, una verdadera descarga cerrada.

Carreras, gritos. Las vigas de la puerta cayeron. Las grandes puertas se abrieron y algunos hombres aparecieron en el umbral con látigos y antorchas. Los esclavos recibieron orden de salir y atacar a otro enemigo aún desconocido. Les sacaban de su cubil como perros. Cuatro cómitres entraron y repartieron latigazos a discreción. Los disparos continuaban. Los esclavos retrocedieron o salieron aullando al exterior. Pero tres de ellos no volverían a retroceder o atacar nunca más.

Minott y Harris estaban agazapados en un rincón de la barraca. Lucy Blair, con el pelo enmarañado, se ocultaba detrás de Minott quien esgrimía una pesada viga, decidido a vender cara su piel. Harris aferraba del mismo modo una rústica porra. Cuando recibió la luz de las antorchas, su aire de salvaje desafío desapareció, como si quisiera disculparse por lo del cadáver tendido a sus pies. Hunter y dos de las chicas se empujaban, presas del pánico, por refugiarse detrás de él. Maida Haynes, mortalmente pálida, se apoyaba de espaldas contra una pared, empuñando un fragmento puntiagudo de hueso carcomido como si fuese un puñal.

Recibieron azotes. Las voces se burlaron de ellos. Más latigazos. Minott luchó con rabia, sangrando por una gran herida en el rostro. Los revólveres tronaron junto a la gran puerta. Blake estaba allí, un revólver en cada mano y los ojos relampagueantes. Un esclavo cayó y su antorcha se apagó, humeante, en el pestilente barro del suelo.

—¡Se acabó! —gritó Blake con ímpetu—. ¡Salgan!

Hunter fue el primero en llegar hasta él, fatigado, jadeante. La confusión era indescriptible. Un inmenso granero estalló en llamas. Algunos individuos corrían alocados en todas direcciones. De las llamas brotó una explosión, luego dos, tres más.

—¡Los caballos están en el establo! —dijo Blake, mortalmente pálido—. No los han desensillado.

Los esclavos aún no han descubierto cómo se desatan las cinchas. Escondí algunos cartuchos de revólver entre la paja antes de prender fuego al granero.

Viéndose atacado con látigo y daga por otro esbirro, Blake lo liquidó de un balazo.

Minott gritó roncamente:

—¡Deme un revólver, Blake! Voy a...

—¡Primero los caballos! —respondió Blake.

Corrieron hacia el patio. Con dos disparos, los esclavos huyeron aullando. Salieron al galope, agazapados sobre las sillas de montar. Al pasar cerca de la villa vieron en una terraza al gordo de la toga extravagante, que desahogaba su ira con un esclavo postrado a sus pies. Pisoteó al abyecto siervo y avanzó, lanzando órdenes con voz de trueno. Los caballos se alejaron y el propietario agitó el puño, rojo de ira y sin reparar en el peligro que corría, por efecto de su rabia bestial.

Blake lo mató de un disparo, volvió grupas y le arrebató la toga al cadáver del gordo para cubrir a Maida.

—¡Toma! —dijo con violencia—. Mataré a quien...

Era ya el jefe indiscutible. Dirigió la retirada, y los ocho caballos partieron hacia el norte, regresando hacia el bosque en llamas.

Hicieron alto. A sus espaldas, el fuego prendía en otro anexo de la finca. La confusión era total.

La muerte del amo anuló toda organización. El barracón de los esclavos comenzó a incendiarse. Los gritos y aullidos de pánico llegaban incluso a oídos de los fugitivos. Pronto los esclavos empezaron a saquear y a combatir entre sí.

Minott se movía como una fiera, desnudando a los cadáveres de aquella increíble batalla entre soldados confederados y tropas romanas, en algún sendero inconcebible del espacio y el tiempo.

Blake cubría la retirada, después de ordenar que recogieran los rifles y municiones de los confederados muertos, si eran tal cosa.

Mientras Hunter, sin dejar de gemir histéricamente, cargaba su caballo con aquellas armas aún desconocidas, él y los demás volvieron a experimentar vértigo y náuseas increíbles, insoportables. El bosque incendiado desapareció, tragado por la repentina oscuridad. El viento traía un olor mefítico, a humedad y perfumes extraños y penetrantes de flores exóticas. Un rugido inmenso y letal atronó el espacio abierto ante ellos, que hedía como un fantasmagórico pantano.

El vapor «Ciudad de Baltimore» se balanceaba en alta mar bajo la primera y pálida claridad del amanecer. El patrón, que se hallaba en el puente, parecía preocupado. El radiotelegrafista se acercó llevando un fajo de radiogramas. Tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño.

—Tal vez haya sido culpa mía, señor —informó, soñoliento—. Anoche me sentí terriblemente enfermo, y además me pasé horas sin poder localizar ninguna estación. He revisado la radio, pero no hay avería. Hace poco volví a sentirme muy enfermo y mareado durante un minuto, y cuando me restablecí, la mesa estaba llena de radiogramas. Aquí traigo algunas transcripciones. No comprendo como pude estar enfermo y no recibir los mensajes, señor, pero...

El patrón le interrumpió diciendo:

—Yo también he tenido esa sensación enfermiza..., ese mareo, y lo mismo el primer oficial. Nos ha ocurrido a todos. Deme los mensajes.

Su mirada recorrió rápidamente los formularios amarillos:

«Últimas noticias: la mitad de Londres desapareció a las dos de esta madrugada...

Informa el vapor «Manzanillo». La serpiente de mar que durante la noche atacó esta nave y se llevó cuatro marinos ha regresado y ha sido arponeada hace cinco minutos. Parece agonizar. Nuestra proa gravemente aplastada. Dos compartimientos de proa inundados...

Aviso a todos los navegantes: masa de hielo a la deriva, a sesenta kilómetros del puerto de Nueva York... Últimas noticias: Madrid, España, ha sufrido un cambio inexplicable.

Todos los edificios notables no se identifican desde el aire. Desaparecidos los aeropuertos. Mezquitas ocupan al parecer el lugar de iglesias y catedrales. Los ministerios arbolan pabellón de la media luna. La población europea de Calcuta parece haber sido exterminada. Vapor «Caribe» informa que el puerto está desierto, todas las instalaciones coloniales desaparecidas y multitudes hostiles ocupan la orilla...»

El patrón del «Ciudad de Baltimore» se pasó la mano por la frente. Inquieto, miró al operador de la radio.

—Sparks —dijo suavemente—, será mejor que vea al oficial médico de a bordo. Que le acompañe un hombre.

—Comprendo —murmuró Sparks con amargura—. En efecto, supongo que estoy loco. Pero ése es el mensaje que recibí.

Se alejó cabizbajo, escoltado por un marino. Por la proa se divisaba una nubecilla de humo que creció rápidamente. A la velocidad de las dos naves, el otro barco sería visible quince minutos después. Media hora más tarde lo divisaron con claridad. Era largo, bajo y pintado de negro. Lo más increíble consistía en que era un vapor de ruedas, con dos propulsoras en lugar de una. La de popa giraba más rápido que la de proa.

El patrón del «Ciudad de Baltimore» utilizó el catalejo, y del susto estuvo a punto de dejarlo caer.

La bandera que arbolaba la otra nave era blanca y negra. Soplaban un rápido viento de manga. ¡La calavera blanca coronando dos tibias cruzadas! ¡La bandera tradicional de los piratas!

En el aparejo de la otra nave aparecieron pabellones de señales. El patrón del «Ciudad de Baltimore» las miró estupefacto.

—¡Imposible! —murmuró—. ¡No tiene sentido! No son las del código internacional. ¡No son las mismas banderas!

En ese momento retumbó un cañón. Una monstruosa bocanada de humo de pólvora negra se arremolinó sobre la proa de la otra nave. El proyectil atravesó la cubierta del «Ciudad de Baltimore» y un momento después hizo explosión.

—¡Yo también estoy loco! —exclamó el patrón, desconcertado. Un segundo proyectil. Luego un tercero y un cuarto. El vapor negro maniobró para atacar en toda regla al «Ciudad de Baltimore».

Medio puente cayó por la borda. La escotilla de la bodega delantera voló por los aires, entre una gran humareda, a causa de una explosión en el piso inferior.

Entonces el patrón recobró la lucidez. Dio órdenes. La gran nave cabeceó al cambiar de rumbo y avanzó a toda máquina. Los cañones del enemigo multiplicaron sus disparos. La nave corsaria quiso escapar, pero ya no tenía tiempo.

El «Ciudad de Baltimore» iba a la colisión. Hasta el último momento, el patrón estuvo seguro de su propia locura. Era demasiado tarde para salvar la otra nave. El «Ciudad de Baltimore» la partió por la mitad.

12

La pálida claridad del amanecer se filtraba a través de un follaje increíblemente denso. Abajo, donde ardía una pequeña fogata de campamento, sólo era un resplandor incierto. La hoguera humeaba, pues la leña estaba verde. Hunter cuidaba del fuego, vestido con jirones de un uniforme gris.

Harris estudiaba pacientemente un fusil, tratando de averiguar cómo funcionaba. No se parecía a ninguno de los fusiles que él conocía. El cerrojo no era en realidad un cerrojo, y había observado que el cañón no tenía rayas. No se veía cargador, alza ni mira. Harris aún llevaba el taparrabos que le pusieron cuando lo encerraron en el cubil de los esclavos de la villa romana, Minott estaba sentado con la cabeza entre las manos, fijando la vista en la otra orilla del torrente. Su rostro sólo reflejaba amargura.

Blake vigilaba. Maida Haynes estaba sentada a su lado, contemplándole. Lucy Blair echaba ojeadas furtivas y algo ávidas a Minott. Luego se acercó para hacerle una pregunta. Las otras muchachas se habían sentado junto a la fogata, Bertha Ketterling se apoyaba sobre el tronco de un helecho arborescente y roncaba con la cabeza echada hacia atrás. Salvo Blake, todos iban descalzos.

Blake se acercó a la fogata y observó la corriente de agua.

—Parece que hemos llegado al límite de una falla de tiempo —observó—. La vegetación de este lado del torrente pertenece desde luego al período carbonífero. La de la otra orilla no es tan primitiva, pero tampoco pertenece a nuestra época. ¿Profesor Minott?

Minott alzó la cabeza.

—¿Qué? —preguntó con desgana.

—Necesitamos orientación —respondió Blake—. Llevamos varias horas aquí y no hemos descubierto ningún cambio en las sendas de tiempo. ¿Sería posible que hubiera concluido el desorden del tiempo y el espacio? Si así fuera y las sendas de tiempo no volvieran al orden normal, no hallaríamos intacto nuestro mundo, pero podríamos buscar colonias, o tal vez ciudades, de gente como nosotros.

—Si lo hiciéramos —replicó Minott—, ¿de qué nos serviría? Estamos prácticamente desarmados. No podemos...

Blake indicó los fusiles que se habían llevado.

—Harris está estudiando ese problema —objetó con energía—. Además, las muchachas aún llevan sus revólveres en las alforjas. Eso representa dos revólveres por hombre y sobra un par. Los romanos creyeron que las alforjas eran adornos, o tal vez dejaron para más tarde el desvalijarnos. No importa. Pero ahora me gustaría saber si el cataclismo del tiempo ha terminado.

Lucy Blair dijo algo en voz baja, pero Minott miraba a Maida Haynes.

Ésta observaba con adoración a Blake.

La mirada de Minott ardía. Frunció el ceño hasta asumir una expresión muy hostil.

—Tal vez no —respondió sin rodeos—. Supongo que aún quedarán dos semanas o tal vez más, puesto que el tiempo transcurre simultáneamente en todas las sendas. Dejemos de pensar en el tiempo como si transcurriera tan sólo en nuestra senda cronológica. Sí, supongo que las perturbaciones proseguirán durante unas dos semanas o algo más, salvo colapso total del tiempo y el espacio.

Blake se sentó.

Maida Haynes se acercó disimuladamente.

—¿No podría explicarse mejor? Sólo nos queda aguardar aquí. Por lo que deduzco de la topografía, en nuestro tiempo hay una aldea al otro lado de esta corriente de agua. Si avistamos nuestra senda de tiempo, la encontraremos.

Minott empezaba a recobrar su actitud autoritaria. El verse prisionero y reducido a la condición de esclavo había hecho vacilar su confianza en sí mismo. Antes no sólo se consideraba miembro de una raza superior, sino incluso superior dentro de tal raza. Al ser esclavizado conoció la inferioridad y la desvalidez. El episodio aún carcomía su vanidad y su amor propio, padecía al recordar que sólo había sido capaz de matar a dos esclavos totalmente embrutecidos sin que ello contribuyera a su propia liberación. Intentó dar a su voz la firmeza que había tenido antes.—Sabemos..., sabemos que la gravedad incurva el espacio —habló con meticulosidad—. Gracias a nuestras observaciones podemos calcular la curvatura producida por una masa determinada, así como la masa necesaria para desviar el espacio hasta quedar éste completamente cerrado, dando lugar a un universo aislado que no se puede detectar en las dimensiones que conocemos. Por ejemplo, sabemos que si dos astros gigantescos chocaran formando una masa superior a la crítica, en el instante de la colisión no se produciría un gran cataclismo. Sencillamente, desaparecerían. Pero no por destrucción; simplemente dejarían de existir en nuestro espacio y tiempo. Habrían dado lugar a un espacio y tiempo propios.

Harris dijo tímidamente:

—¿Como si uno se metiera en un agujero y lo taponara tras de sí? Una vez leí algo por el estilo en un suplemento dominical.

Minott asintió, y siguió explicando en un tono muy parecido al que solía adoptar en clase:

—Ahora bien, supongamos que haya ocurrido como decía. Ambos universos resultan invisibles desde el espacio y el tiempo de donde proceden. Cada uno existe en su propio espacio y tiempo, al igual que nuestro universo. Pero todos ellos deben existir en cierto..., llamémosle hiperespacio, pues si los espacios están separados debe existir algo entre ellos.

—En realidad, se trata de especulaciones que probablemente no podríamos verificar por medio de la observación —intervino cautelosamente Blake.

—Exactamente —asintió Minott—. Pero, si nuestro espacio es cerrado, admitiremos que hay otros espacios cerrados. No olviden que esos otros espacios cerrados serían tan reales, son tan reales como el nuestro.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó Blake.

—Si existen otros espacios cerrados como el nuestro, y existen en un medio común o hiperespacio, podrían compararse con las estrellas y los planetas de nuestro universo, que están separados por el espacio normal y se influyen a través del mismo. Puesto que los diversos espacios cerrados están separados por un hiperespacio lógicamente necesario, parece probable que se influyan entre sí a través de aquél.

Blake comentó, meditabundo:

—Entonces, la variación de las sendas de tiempo..., vendría a ser algo comparable a unas inmensas mareas. Si otro astro se acercase al Sol, habría un cataclismo en el planeta debido a las tremendas mareas. Usted supone que nuestro espacio cerrado ha sido abordado por otro en el seno del hiperespacio. Todo esto resulta muy confuso, profesor.

—Lo he calculado —replicó Minott con aspereza—. Hay tres probabilidades entre cuatro en las que el espacio, el tiempo y el universo, así como todas las estrellas y galaxias, se desvanezcan en una catástrofe monstruosa. Ni siquiera el pasado habría existido nunca. Pero existe una probabilidad a favor, y me proponía aprovecharla...

Se incorporó de súbito, muy erguido y frotándose las manos con frenesí.

—¡Y todavía no he desistido! Tenemos armas. Poseemos libros, conocimientos técnicos, fórmulas..., ¡lo esencial del saber humano se halla en nuestras alforjas! ¡Óiganme! Ahora cruzaremos este arroyo. Cuando ocurra el próximo cambio pasaremos a la senda de tiempo que ocupe el lugar de ésta. Nos dirigiremos hacia el Potomac, donde el aviador divisó las naves escandinavas. En las alforjas tengo vocabularios anglosajones y de escandinavo primitivo. Nos ganaremos su confianza, les enseñaremos, los dirigiremos. Seremos los amos del mundo y...

Harris dijo en son de disculpa:

—Lo siento, señor, pero prometí a Bertha que la acompañaría a su casa y lo cumpliré si es humanamente posible. Debo hacerlo. No puedo ayudarle para que llegue a ser emperador, suponiendo que tenga esa ocasión.

Minott hizo un gesto despectivo.

—¿Hunter?

—Haré..., haré lo que decidan los demás —respondió Hunter, molesto—. Pero preferiría regresar a casa...

—¡Idiota! —gritó Minott.

Lucy Blair dijo ingenuamente:

—A mí me gustaría ser emperatriz, profesor Minott.

Maida Haynes contempló con asombro a su compañera y quiso protestar. Blake se sacó distraídamente un revólver del bolsillo y lo miró con aire meditabundo mientras Minott gesticulaba, con el rostro congestionado y respirando con dificultad.

—¡Estúpidos! —rugió—. ¡Imbéciles! ¡Jamás regresarán! No tendrán otra oportunidad...

El vértigo súbito, angustiante e intenso se apoderó nuevamente de todos. Blake dejó caer el revólver y se hizo un silencio mortal.

A Blake le temblaban las piernas mientras miraba a su alrededor.

—¡Toma! —tragó saliva—. ¡Es el palacio de Justicia del distrito de King George, y se diría que en nuestro tiempo... ¡Pronto! ¡Hay que vadear el arroyo!

Tomando de la mano a Maida quiso echar a correr.

Minott se adelantó y graznó:

—¡Alto!

Tenía en la mano el revólver que se le había caído a Blake. Estaba desesperado, frenético y negro de ira.

—Voy a darles la última oportunidad... Les ofrezco riqueza, poder, mujeres y...

Harris se incorporó, alzando el fusil confederado, con el que golpeó hábilmente la muñeca de Minott.

Blake vadeó la corriente y dejó a salvo en la otra orilla a Maida. Hunter chapoteó con torpeza en el agua poco profunda mientras Harris sacudía a Bertha Ketterling para despertarla. Blake regresó empapado, reunió los caballos y las armas, e hizo pasar el torrente a las otras tres muchachas. Hunter había salido corriendo hacia el edificio judicial. Blake vadeó la corriente con los caballos. Minott se frotaba la muñeca golpeada, y sus ojos brillaban con la insania de la desesperación.

—Será mejor que nos acompañe —dijo Blake con serenidad.

—¿Para ser profesor de matemáticas? —Minott lanzó una salvaje carcajada—. ¡No! ¡Me quedo aquí!

Blake pensó que Minott era un tipo raro y poco simpático. Estaba ojeroso, enloquecido. De pie ante la selva primitiva del fondo con el uniforme anacrónico arrebatado a algún caído en otra senda de tiempo, incluso daba lástima, pese a su desplante fanático.

—¡Espere! —gritó Blake.

Quitó las alforjas a seis caballos y lo cargó todo sobre los otros dos; luego los hizo pasar el arroyo.

Minott le contemplaba con odio implacable.

—De no ser por usted —dijo, rencoroso—, habría llevado a cabo mi plan original. Sabía que cometí un error al elegirle. Maida le quiere demasiado, y yo la quería para mí. Ha sido mi único error.

Blake se encogió de hombros. Volvió a pasar el agua y montó su caballo.

Lucy Blair titubeó mirando la silueta solitaria y rebelde.

—De todos modos..., es un valiente —comentó con tristeza.

Un nuevo mareo afectó a todos, pero de modo débil, casi imperceptible. Cuando pasó miraron instintivamente hacia la selva. Minott aún estaba allí, mirándolos con rencor.

—¡Tengo..., tengo que hablar con él! —exclamó Lucy Blair fuera de sí—. ¡No me esperen!

Volvió grupas y cabalgó hacia el agua. Otra vez aquel mareo débil, casi imperceptible. Lucy espoleó frenéticamente a su caballo.

Maida gritó:

—¡Espera, Lucy! Va a cambiar...

Lucy gritó sin volverse:

—¡Eso es lo que quiero! Me quedo con él.

Estaba en medio de la corriente..., o quizá más lejos; en aquel momento el vértigo los abatió a todos.

13

Todos conocen lo demás. Durante dos semanas siguieron produciéndose cambios en las sendas de tiempo. Pronto se observó que la cantidad de fallas de tiempo —según la expresión del profesor Minott— iba disminuyendo. En el período álgido, se ha calculado que no menos del veinticinco por ciento de la superficie total de la Tierra se hallaba, en un momento u otro, en senda de tiempo diferente de la propia. No consta que ninguna zona de la Tierra se librase de padecer tales anomalías.

Por supuesto, esto significa que prácticamente toda la población terrestre ha conocido los fenómenos producidos por las extraordinarias oscilaciones de la Tierra al margen del tiempo.

Nuestros sabios ya no son tan dogmáticos como solían. La dialéctica de la filosofía ha recibido un fuerte golpe. Los conceptos básicos de la botánica, la zoología e incluso la filología han sido revolucionados por los nuevos datos disponibles gracias a nuestros viajes al margen del tiempo.

Evidentemente, la probabilidad favorable se impuso y la Tierra sobrevivió. Y por cierto, en la senda de tiempo normal. El grupo explorador de Minott llegó al juzgado de King George apenas un cuarto de hora después del cambio que se llevó para siempre a Minott y a Lucy Blair fuera de nuestro espacio y tiempo, Blake y Harris se propusieron transmitir al mundo la información que poseían. Gracias a un solitario radioaficionado que residía a un kilómetro y medio de allí, radiaron la teoría de Minott por onda corta. Dejando aparte la estimación pesimista de Minott sobre las probabilidades de supervivencia, fue rápidamente admitida por todo el mundo como la explicación correcta. Esto fue providencial, pues en algunos sitios puso fin a preparativos de expediciones inútiles. Por ejemplo, impidió que una columna militar punitiva se dirigiese a una falla de tiempo en Georgia, donde se había refugiado un grupo de indios coleccionistas de cueros cabelludos. También evitó el envío de una escuadra de destructores para localizar y bombardear Leifsholm, desde donde había partido un ataque vikingo contra North Centerville, Massachusetts. Una escuadrilla de aviones cartográficos fue llamada con urgencia para que abandonase un pantano carbonífero al oeste de Virginia, poco antes de producirse el cambio de tiempo que la habría aislado para siempre.

Pero el conocimiento no pudo impedir algunas contrariedades. Se ha calculado que faltan de su tiempo y espacio no menos de cinco mil norteamericanos, por haberse aventurado en las regiones extrañas tan súbitamente aparecidas. Muchos han debido perecer, pero estamos seguros que algunos de ellos se habrán puesto en contacto con las diversas civilizaciones que existen, conforme sabemos ahora.

En cambio, hemos recibido habitantes de otras sendas de tiempo. Dos cohortes de la Vigésimo Segunda Legión Romana se han establecido cerca de Ithaca, Nueva York. Cuatro familias de campesinos chinos intentaron recoger fresas en lo que creyeron ser un fresal milagroso de Virginia, y se han quedado allí cuando esa zona de terreno retornó a su medio normal.

En Colorado ha quedado una aldea rusa, y una colonia francesa en el Medio Oeste, inexplorado en su tiempo. Parte de los rebaños septentrionales de bisontes han sido recuperados, doscientos mil en total, junto con una aldea de cheyennes que no conocían el caballo ni las armas de fuego. Mil quinientos millones de palomas silvestres han regresado a América del Norte.

Pero nuestras pérdidas son cuantiosas. Además de los atrevidos que fueron arrastrados con los territorios extraños que exploraban, tuvimos los sobrecogedores desastres de Tokio, Río de Janeiro y Detroit. Consideremos los dos primeros. Cuando la deriva al margen del tiempo dejó de actuar, la mayoría de los continentes regresaron a sus posiciones correctas en sus sendas de tiempo. Pero no todos. Al este de Tennessee queda una zona de selva post-cámbrica. Ya hemos mencionado la aldea rusa de Colorado y la factoría francesa del Medio Oeste. En algunos casos, las zonas afectadas quedaron en nuevas posiciones cronológicamente alejadas de sus puntos de origen.

Esta es la causa de la total desaparición de Río y Tokio. Donde se alzaba Río, ahora sólo existe la selva. Pertenece a nuestra era geológica, sólo que corresponde a una senda de tiempo en que Río de Janeiro nunca fue construida. En el emplazamiento de Tokio se alza una vegetación sumamente arcaica, que motiva grandes polémicas entre botánicos y paleontólogos. En algún lugar, en algún espacio y tiempo, Tokio y Río siguen existiendo y sus poblaciones aún viven. Pero lo de Detroit...

Aún no comprendemos qué ocurrió en Detroit. Se hallaba en una zona afectada, desapareció de nuestro tiempo y luego regresó. Pero sus habitantes no retornaron. La

ciudad estaba vacía, desierta, como si los cientos de miles que la poblaban se hubieran evaporado. Se han visto algunas señales de lucha, pero tal vez se deban al pánico. La ciudad de Detroit regresó a su propio espacio y tiempo intacta, entera, sin huellas de saqueo siquiera. Pero no había en ella ni siquiera un animal doméstico, ni un pájaro enjaulado. No comprendemos este fenómeno.

Si el profesor Minott hubiera regresado, quizás habría sido capaz de resolver ese enigma. Las notas fragmentarias que se han encontrado, escritas por él, resultaron de un valor inestimable.

Nuestra interpretación de lo que sucedió descansa en las observaciones de Minott y, por supuesto, en las declaraciones de Blake y Harris. En cuanto a Tom Hunter, no ha sido capaz de recordar nada útil.

Maida Haynes ha proporcionado algunas indicaciones valiosas, pero se refieren a temas bien documentados por otros observadores. La declaración de Bertha Ketterling carece de interés.

Quedan pendientes muchos problemas. Es posible que las respuestas se hayan quedado para siempre en las alforjas que Blake le dio a Minott como viático en su desesperado viaje a través del espacio y el tiempo. Nuestros científicos trabajan incansablemente en el análisis de los datos cuya importancia escapó a Minott. En todo el mundo, muchos echan de menos ciertas alforjas cargadas en un caballo que sigue a Minott y a Lucy Blair por parajes insospechados, en aventuras inimaginables, con un par de revólveres y unos libros de texto como bagaje para la conquista de un imperio.

\* \* \*

*Al margen del tiempo* ha sido uno de los relatos que más permanentemente influyeron en mi pensamiento. Me hizo intuir los «si...» de la historia, y esto no sólo se ha reflejado en mis cuentos de ciencia-ficción, por ejemplo en *The Red Queen's Race*, sino también en mis libros «serios» de Historia. También he utilizado el tema de la especulación histórica, con enorme complejidad, en mi novela *The End of Eternity*.

La ciencia-ficción progresó con el tiempo. Cuando surgía un nuevo concepto que por su complejidad y realismo superaba claramente a otro más antiguo y burdo, casi invariablemente los lectores lo advertían en seguida. Y aunque aquel concepto más antiguo y burdo no desaparecía del todo (¿puede algo desaparecer del todo?), quedaba relegado a los rincones menos importantes de la especialidad.

Por ejemplo, H.G. Wells ha escrito el primer relato de ciencia-ficción que desarrolla con realismo una invasión de seres inteligentes de otro mundo. Ese relato fue *The War of the Worlds*. Apareció en 1898, y los seres eran marcianos. El título *La guerra de los mundos* sugiere que los marcianos venían a la Tierra para sojuzgarla, idea natural en aquella época, pues era eso lo que los europeos estaban haciendo en África.

La influencia de Wells ha sido vigorosa, y durante cuarenta años las invasiones de seres extraterrestres fueron un tópico en las narraciones de ciencia-ficción. Los seres extraterrestres siempre venían decididos a la conquista. No les importaban las vidas humanas, ni les interesaba la cultura humana. Los relatos *Tetraedros del espacio*, y el ciclo de *Tumithak* son claros ejemplos, en que los invasores proceden, respectivamente, de Mercurio y Venus.

De vez en cuando alguien procuraba variar el planteamiento, como en el benévolo retrato de la Madre en *La era de la Luna*, de Williamson. Pero no dejaba de ser una excepción. Sin embargo, en la «Astounding Stories» de diciembre de 1934, Raymond Z. Gallan publicó un cuento, *Viejo Amigo*, que realmente provocó un cambio.



# VIEJO AMIGO

## Raymond Z. Gallun

1

Si 774 fuera un ser humano, habría blasfemado, o habría llorado de rabia. No le habrían faltado motivos para hacerlo. Pero 774 no era un ser humano. Su frágil figura no tenía ni la menor semejanza con la de un hombre: nada sabía de sonrisas, ceños fruncidos o lágrimas. Cualquier emoción que alterase su mente fría y lúcida pasaría inadvertida incluso para los miembros de su propia raza.

Los dos mensajeros que fueron aquella tarde a su taller no habían mirado dentro de su corazón, y él recibió el mensaje con la absoluta calma exterior que caracterizaba a los de su especie: al término de cuarenta días, 774 debía morir. Había vivido el lapso de vida autorizado y fijado por los Gobernantes.

Dada la escasez de alimentos y agua, nadie tenía derecho a vivir más tiempo a menos de demostrar, mediante la utilidad de sus logros, que en bien de todos podía concedérsele una prórroga. Pero, en general, los jóvenes y fuertes debían reemplazar a los viejos y débiles.

A juicio de los Gobernantes, el trabajo de 774 no era útil, e incluso podía considerarse un despilfarro. No se podía autorizar una prórroga del tiempo de vida; 774 debía morir.

Después de notificar esta resolución, los mensajeros regresaron al casco aerodinámico del ornitóptero. Las alas plateadas batieron, la extraña nave se elevó poco a poco, trazó un gran círculo sobre el enorme taller aislado, como saludo de despedida, y luego puso rumbo al oeste, hacia una ciudad lejana.

Como obedeciendo a un impulso, 774 había subido hasta una ventana del torreón de su casa para contemplar la partida del ornitóptero. Cuando el brillante punto metálico se hubo desvanecido hacia el sol poniente, 774 todavía miraba hacia el oeste. Los charcos de color púrpura rielaban en las depresiones formadas por las dunas del desierto marciano, que se extendía en ondulada llanura hasta el horizonte.

Al ponerse el sol quedó sólo un débil resplandor rojizo, que pronto desapareció también. El cielo marciano, de un púrpura oscuro y con estrellas visibles incluso durante el día, se volvía casi negro. Y las estrellas, en una atmósfera cuya densidad es seis veces menor que la de la Tierra, resplandecían con una luminosidad fija y pavorosa que los observadores terrestres desconocen.

Era un espectáculo extraño y hermoso. En otras circunstancias, el espíritu sutil y paradójico de 774 habría admirado su grandeza salvaje y solitaria. Pero las maravillas naturales apenas le interesaban en aquel momento, pues su mente estaba ocupada en otras cosas.

En el cielo una delgada línea gris verdosa indicaba la aproximación de un cometa. La observó largo rato; luego su mirada buscó entre la multitud de astros, hasta localizar un punto plateado y verdoso mucho más brillante que cualquiera de los cercanos.

Durante muchos minutos fijó su atención en aquel punto de luz. Sabía más de aquel planeta que ningún otro habitante de Marte. Jamás había oído su nombre; en realidad, ni siquiera sabía que lo tuviera. Para él era sencillamente el planeta que ocupaba la tercera órbita a partir del Sol. Pero había depositado en él todas las esperanzas y la fascinación de una vida de trabajo y concienzudas investigaciones.

Una noche, cuando estaba resignado a olvidar su sueño más querido, captó una señal. El tercer planeta, o sea nuestra Tierra, estaba habitada por seres racionales. No fue una señal espectacular, pero no dejaba lugar a dudas. El telescopio de 774 había mostrado,

en la cara oscura de la Tierra en cuarto creciente, un parpadeo apenas perceptible, una serie de destellos espaciados y repetidos a intervalos regulares. Sólo una inteligencia superior podía emitir aquellas señales.

Lleno de renovado fervor, 774 construyó un aparato gigantesco y repitió paso a paso los signos terráqueos. La respuesta fue inmediata. Luego transmitió los signos ordenándolos de otro modo, y los seres desconocidos del Planeta Tres los observaron, pues los devolvieron sin error alguno.

Durante cinco años marcianos —equivalentes a casi diez vueltas de la Tierra alrededor del Sol—, él y las entidades ignotas de aquel otro mundo situado a poco menos de cincuenta y seis millones cuatrocientos mil kilómetros, estudiaron el colosal problema de la comunicación inteligente.

El resultado de tales esfuerzos fue escaso y desalentador; pero con diez o veinte años más, incluso aquel problema abrumador habría sido vencido por la persistencia, la inventiva y la voluntad indomable de salir adelante. Sin embargo, ahora ya no iba a ser posible. En un plazo de cuarenta días, 774 dejaría de existir. Y nadie continuaría su trabajo.

El estudio del tercer mundo no produciría más alimentos, ni haría que el agua fuese más abundante. Los Gobernantes desmontarían el maravilloso instrumental que él había reunido en su afán de adquirir conocimientos inútiles e innecesarios. El velo de misterio seguiría envolviendo el Planeta Tres durante muchos miles de años, tal vez para siempre.

Pero era facultad de los Gobernantes ordenar y ser obedecidos sin discusión. Su autoridad no había sido impugnada ni una sola vez a lo largo de un milenio, pues la supervivencia de los pobladores de Marte —un mundo envejecido casi hasta el límite de su capacidad para sustentar vida— dependía de una lealtad y una disciplina espartanas y absolutas. La desobediencia era desconocida, algo que no podía ocurrir.

¿Sentía rencor 774 al saberse sentenciado? ¿O aceptaba su condena con el estoicismo de un verdadero oriundo de Marte? No era posible saberlo. La situación prácticamente no tenía precedentes en la historia del Planeta Rojo. Por consiguiente, sus reacciones podían haberse salido de lo común. Ninguna criatura de su especie se había alejado tanto por el camino de los conocimientos innecesarios, ni había recibido la noticia del fin de su período vital en un momento tan inoportuno.

Por eso, 774 seguía mirando la estrella verde que había sido el objeto de todos los sueños y afanes de su vida. Los sentimientos contradictorios debían pugnar, sin duda, en su cerebro.

Poco después Phobos, la luna más próxima, salió por el oeste <sup>1</sup> y comenzó su rápida marcha entre las estrellas. Su resplandor daba a todo el panorama una pátina color plata bruñida y ébano: las dunas del desierto que se extendían en todas direcciones, los muros bajos, como de fortaleza, del taller de 774 y la gran cúpula de metal brillante que lo coronaba, tenían un aspecto fantástico, como un paisaje de cuento de hadas.

La aparición de Phobos sacó a 774 de su letargo. Tal vez comprendió que el tiempo pasaba y que no debía derrochar ni una hora de los cuarenta días de vida que le quedaban. Con hábil movimiento recorrió el cristal que protegía la ventana por donde miraba, y una ligera brisa nocturna, seca y helada, muy por debajo de los cero grados, penetró en el recinto.

Asomó su extraño cuerpo, escaló el repecho de la ventana y pareció decidido a descolgarse cabeza abajo por la rugosa pared de piedra. Unas extremidades largas y delgadas de su anatomía se aferraron al marco y quedó colgando como un murciélago. Aunque, aparte esta postura, no había el menor parecido entre 774 y un mamífero alado terrestre.

Si un terráqueo milagrosamente transportado se hubiera visto de improviso en aquel desierto y se hubiera fijado en la pared del taller, ni siquiera habría advertido que 774 era un ser vivo, bajo la luz cambiante e incierta del satélite. El fantástico juego de luces y

sombras sólo le habría revelado un saco de color ferruginoso, que podría confundirse con una protuberancia o saliente de la pared.

Mirando de más cerca, creería ver un atado de harapos viejos y podridos colgando de la ventana, con largos jirones agitados al azar por la ligera brisa. Pero el brillo metálico de los instrumentos que llevaba 774 lo habría desconcertado, y quizá se le pondría la piel de gallina ante el aspecto sugestivamente horrible de aquel objeto desconocido y mal iluminado.

Desde su posición, 774 llevó una gran bocanada de aire helado a sus complicados órganos respiratorios. El frío nocturno lo refrescó y pareció reanimarle. Dirigió una última mirada hacia el esplendor del cielo marciano. Al ver la Tierra y la traza del cometa, sus grandes ojos oscuros y transparentes, que eran la más humana de sus características, brillaron brevemente con la serena promesa de algo que aún estaba contenido por una barrera, sin que ésta fuese lo bastante fuerte como para refrenarlo mucho tiempo. Luego, 774 se alzó hasta la ventana.

Tres varillas metálicas articuladas se desplegaron del complicado equipaje que llevaba ajustado a su frágil organismo, y un instante después caminaba sobre ellas como un hombre, por un pasillo cilíndrico iluminado con luz verde cuya salida se perdía en una nebulosa oscuridad. El aparato emitía un tintineo débil y acompasado, pero 774 no lo oía. Para él, los sonidos eran sólo vibraciones percibidas por su desarrollado sentido del tacto, o captadas por sus instrumentos científicos, pues 774 no poseía órganos auditivos.

Su paso parecía apresurado y febril. Tal vez había formado a medias en su mente atormentada algún plan nada marciano.

El túnel daba a una rotunda gigantesca, donde gigantescos y altísimos capiteles soportaban una descomunal cúpula de metal blanco que techaba el recinto.

Extraños aparatos de enigmáticas formas se amontonaban en asombrosa complicación junto a las paredes. En el centro aparecía un cilindro oblicuo compuesto de tirantes entrecruzados, cuya base superior apuntaba a una abertura circular de la cúpula, por donde se veía parte del cielo poblado de estrellas. En la base inferior del cilindro, un gran cuenco giraba rápidamente, como un volante inmenso.

Era el observatorio de 774, con su telescopio y los mandos del aparato de señales. Subió apresuradamente por una pista en pendiente, desde cuyo rellano superior se podía ver el interior del gran cuenco giratorio. Sus ojos pasaron revista al aparato por si advertían algún defecto en su funcionamiento. Pero todo marchaba perfectamente.

Un terráqueo que supiera algo de Astronomía habría entendido al instante la función del cuenco giratorio, y le habría maravillado la inteligente sencillez de aquella obra de la inventiva marciana.

El gran recipiente contenía mercurio. Al girar sobre un eje perfectamente equilibrado, la fuerza centrífuga extendía el mercurio formando una superficie cóncava perfecta en el fondo del cuenco, equivalente a un paraboloides de revolución que servía magníficamente como espejo del gigantesco telescopio reflector. Su superficie, y en consecuencia su poder de resolución, eran muy superiores a los de cualquier espejo rígido que pudiera construirse sin imperfecciones.

Dándose por satisfecho, 774 se alzó ágilmente hasta una pequeña plataforma situada a mucha altura, entre las nervaduras de la cúpula. Sus movimientos eran rápidos y felinos, a la vez que eficaces, y parecía decidido a aprovechar hasta el último segundo de vida.

Con ojos casi centelleantes de impaciencia, miró una gran esfera de cristal que estaba en la plataforma. Mediante un sistema de prismas montado sobre el telescopio, concentraba la luz sobre la esfera haciendo aparecer en ella la imagen que 774 tenía tanto interés en ver.

En el seno del cristal se veía la imagen del tercer planeta. Por interponerse entre el observador y el Sol cerca de la conjunción inferior con Marte, la mayor parte de su

superficie que miraba hacia el planeta rojo quedaba en sombras y no podía verse, salvo un filo iluminado al borde del disco aparente.

En esta parte iluminada se distinguían zonas de color gris, verde o pardo, que como 774 sabía eran océanos, continentes, desiertos y vegetación. Podía reconocer y comprender las manchas movedizas de las nubes, los ríos serpenteantes y las cordilleras coronadas de nieve. Pero la distancia y el efecto distorsionante de las dos atmósferas le ocultaban demasiadas cosas, cosas que tan apasionadamente había ansiado ver y conocer.

Un delgado manajo de zarcillos rosáceos, al extremo de uno de los miembros arborescentes de 774, descansaba sobre una pequeña palanca situada frente a él. Aquellos tentáculos filiformes, maravillosamente adaptados y habituados a las tareas más delicadas y precisas, desplazaron la palanca un poco a la derecha.

El pesado dispositivo del enorme telescopio reaccionó al instante, y la imagen de Planeta Tres en el globo de cristal comenzó a aumentar. Montañas, mares y continentes crecieron hasta que la imagen de la esfera terrestre rebasó las dimensiones del globo dejando ver sólo parte del huso iluminado.

A medida que se ganaba aumento, los detalles de Planeta Tres aparecieron con más nitidez, pero luego la imagen empezó a temblar y a fluctuar, como si se interpusieran un millón de ondas de calor atmosférico.

Al aumentar la potencia del telescopio, los contornos parpadeantes, saltarines y movedizos que aparecían en el globo visor llegaron a ser totalmente incoherentes. La enorme perfección óptica fracasaba ante el mismo obstáculo que los observadores terrestres han descubierto a medida que perfeccionaban sus telescopios.

Las envolturas gaseosas de Tierra y Marte, con sus numerosas corrientes irregulares de aire y distintos índices de refracción debido a las diferencias de temperatura y humedad, distorsionaban los rayos luminosos que llegaban desde Tierra después de recorrer ochenta millones de kilómetros. Superado cierto límite, no servía de nada el seguir aumentando el poder de resolución. El telescopio de 774 aún disponía de más unidades marcianas de aumento, pero éstas no servían para sondear los misterios de Planeta Tres.

A menudo, 774 ajustaba al máximo su instrumento con la vana esperanza que algún día, por algún capricho del destino, las atmósferas de ambos mundos estuvieran bastante quietas y claras para poder echar una rápida ojeada a lo desconocido. Pero tal ocasión jamás se había presentado.

Frío y meticuloso, 774 ajustó su telescopio al límite de la amplificación eficaz. Por haber tocado algún instrumento, la imagen de Planeta Tres se desplazó perdiéndose de vista la parte iluminada. El globo de cristal aparecía oscuro, pero 774 no ignoraba que el tercer mundo seguía estando en el campo de observación.

Infaliblemente guiado por sus instrumentos, enfocó su telescopio sobre determinado punto del disco oscuro de Planeta Tres. Sabía que las sombras del hemisferio nocturno de aquel mundo lejano ocultaban un gran continente que separaba dos vastos océanos. Allí había grandes cordilleras nevadas, extensas llanuras donde verdeaba una vegetación desconocida, grandes lagos y caudalosos ríos. En la zona sur occidental de dicho continente había un desierto, y cerca del mismo se hallaba el Lugar de la Luz, de aquella luz que era la voz de un amigo a quien no había visto nunca y cuyo aspecto ni siquiera lograba imaginar, pese a lo mucho que sabía imaginar y deseaba saber.

En aquel momento la luz no estaba allí; sólo había manchas confusas y blancas de ciudades terrestres diseminadas por el continente en tinieblas, el misterio de cuya existencia venía a complicar los arcanos del Planeta Tres. Pero a 774 no le preocupaba la ausencia de la luz, pues tenía fe en ella. Cada vez que había emitido señales, le habían respondido y esta vez tampoco iba a fallar.

A un gesto, las enormes maquinarias de una sala emplazada muy por debajo de la cúpula del telescopio empezaron a funcionar silenciosa y eficazmente, acumulando energía. Aunque según los criterios terráqueos 774 habría parecido frágil y feo, una señal suya podía desencadenar fuerzas dignas de los dioses.

774 vigilaba lo que, en versión marciana, era un potenciómetro. No se parecía a ningún potenciómetro terráqueo. No tenía escala graduada, ni se movía en el mismo ninguna aguja indicadora. Era un globo de un material semejante al vidrio translúcido, y despedía una suave luminosidad.

Al principio, 774 vio en él un agradable resplandor, de un tono totalmente desconocido para los ojos humanos. Era lo que nosotros llamamos el infrarrojo. Este color invisible e indescriptible para los hombres, para 774 era tan corriente como el azul o el amarillo pues sus ojos, al igual que los de algunos organismos inferiores de Tierra, podían percibirlo.

Además, como cualquier otro marciano, distinguía la más leve diferencia de un matiz a otro.

Esta facultad sirve a los marcianos para la lectura exacta de instrumentos que, entre los hombres, deberían tener indicadores y escalas graduadas. En cualquier aparato marciano de medida, los diversos tonos de infrarrojo según su orden de aparición en el espectro equivalen a una lectura próxima al cero. El rojo y sus matices hasta el anaranjado serían las unidades; anaranjado, amarillo, verde, azul y violeta representarían los sucesivos órdenes de numeración y la banda del ultravioleta, que el ojo marciano también puede captar, representa los valores máximos admisibles.

En síntesis, prácticamente todos los instrumentos marcianos emplean las diversas longitudes de onda lumínica como sistema de referencia. Los valores bajos están representados por las ondas largas hasta el infrarrojo, mientras que los valores elevados se designan por medio de las ondas cortas de la banda ultravioleta del espectro.

Antes de efectuar un nuevo movimiento, 774 aguardó hasta que el ultravioleta alcanzó su máximo en el globo del potenciómetro. En ese momento se adelantó e hizo funcionar un complicado dispositivo.

El resultado no se hizo esperar. Por la abertura circular de la rotonda, a donde apuntaba el tubo del telescopio, se vio un instantáneo resplandor incandescente, un fogonazo súbito y tremendo. La detonación que lo siguió fue tan estrepitosa, que a un hombre le habría costado creer que la atmósfera enrarecida de Marte fuese capaz de transmitirla. Todo el edificio, pese a estar sólidamente construido, tembló por efecto de la detonación.

Durante un segundo y en un radio de unos treinta kilómetros desde el observatorio de 774, la noche marciana quedó iluminada por el resplandor de mil soles, cuando la enorme acumulación de energía liberada desde la superficie exterior de la cúpula metálica se propagó por la atmósfera, tendiendo sobre el lugar un ancho manto de luz fría mucho más intensa que cualquier aurora boreal de Tierra.

Pero el resplandor se apagó tan pronto como había surgido; los ecos de la detonación se extinguieron y la calma volvió a reinar en el desierto bajo las estrellas. Algún monstruo pavoroso, que inadvertidamente se había enterrado en la arena demasiado cerca de la guarida de 774, salió despavorido de su refugio levantando una nube de polvo, y desplegó sus diáfanas alas para huir del trueno que lo había aterrorizado. Mientras volaba, su sombra fantástica corría velozmente sobre la arena iluminada por la luna.

Pero 774 no pensaba en los temores que sus experimentos podían suscitar entre las criaturas de Marte. En lo que a él se refería, de momento los asuntos marcianos casi habían dejado de existir. Tierra, el Planeta Tres, acaparaba toda su atención, y no podía pensar en otra cosa. Había enviado su señal; esperaba la respuesta que sin duda iba a llegar.

Tierra tardaría unos nueve minutos en devolverle las señales. Pues ése era el tiempo que la luz, viajando a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, necesitaba

para ir y volver a través del vacío de ochenta millones de kilómetros entre los dos planetas.

El cuerpo frágil y grotesco de 774 se movió con impaciencia sobre la pequeña estera que ocupaba. En sus grandes ojos ardía el mismo fuego fascinado que un rato antes, cuando desde la ventana de su observatorio contemplaba Tierra y el cometa que se aproximaba. Su mirada estaba infaliblemente fija en el lugar del globo en tinieblas donde iba a aparecer la señal.

A veces la luz era demasiado débil para que ni siquiera sus ojos entrenados y sensibles la vieran; en un punto cuidadosamente blindado del globo visor había montado una célula fotoeléctrica marciana capaz de recoger las señales luminosas más débiles y convertirlas en impulsos eléctricos, que eran amplificados y retransmitidos a un instrumento situado cerca de 774.

Dicho instrumento reproducía las señales tal como se recibían de Tierra, aunque dándoles mayor brillantez, a fin que éstas pudieran ser contempladas fácilmente. Otro aparato grababa cada destello para su posterior estudio.

## 2

El cuerpo de 774 se tensó de repente. Allí estaba la primera señal, parpadeando débilmente a través de millones de kilómetros, aunque en el desierto de Tierra requería sin duda fogonazos casi comparables a los que producía el poderoso dispositivo de 774.

Éste apenas los veía en el globo visor, pero el piloto del aparato reproductor los repetía con exactitud: fogonazos largos y cortos, que representaban los puntos y rayas del código Morse de Tierra.

Fogonazo..., fogonazo..., fogonazo..., fogonazo...

—¡Hola, Marte! ¡Hola, Marte! ¡Hola, Marte! Tierra llamando. Tierra llamando. Tierra llamando —deletreaba el mensaje, mientras 774 se hallaba absorbido por la colosal tarea que él mismo se había fijado.

En el fondo de su memoria tenía presente que ya había sido decretada su muerte y que pronto, si no ocurría algo sin precedentes, su trabajo y el de su amigo terrestre quedarían inconclusos antes que las inteligencias de los dos mundos hubieran podido encontrarse realmente e intercambiar ideas. Pero eso no le hizo desistir ni desvió la atención que ponía en su tarea; al contrario, parecía agudizar su inteligencia y reforzar su empeño.

Su mente parecía dividida en dos partes, una fría, lógica y científica, y la otra atrapada entre contradicciones, luchando consigo misma y con su lealtad para con las tradiciones consagradas por el tiempo.

—¡Hola, Marte! ¡Hola, Marte! Tierra llamando. El hombre de Marte llega tarde..., tarde..., tarde..., tarde... Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Cuatro más cinco igual a nueve. Dos por tres seis. Hombre de Marte llega tarde..., tarde..., tarde..., tarde...

¿Podía 774 descifrar este enredo de fogonazos de luz, que representaban palabras y números terrestres en código Morse? ¿Hasta qué punto *podía* comprender?

La comprensión de algo desconocido casi siempre se basa en la de algo semejante que exista previamente en la experiencia del individuo en cuestión. La mente de 774 era muy inteligente y metódica pero, ¿qué podían tener en común un terráqueo y un marciano? Cierto que existían muchos puntos de contacto, pero para dos entidades tan diferentes en su aspecto físico, sentidos, medio ambiente y modos de vida, desconocedores además de cómo era el lejano mundo del otro, tales experiencias semejantes eran muy difíciles de hallar.

Ante todo, los mensajes que 774 recibía eran símbolos codificados del alfabeto terrestre, equivalentes a distintos sonidos que, agrupados, configuran las palabras del discurso oral.

Recordemos que 774 no poseía el sentido auditivo y no conocía el sonido sino como fenómeno interesante registrado por sus instrumentos científicos y como vibración detectable al tacto, lo mismo que los seres humanos pueden notar las vibraciones sonoras tocando un sólido. No tenía oídos ni órganos vocales bien desarrollados.

Aunque nos parezca raro, antes de su experiencia con la luz no tenía ni idea de lo que era una palabra hablada, escrita ni representada por un grupo de señales. Como los métodos marcianos de comunicación y registro de los conocimientos difieren tanto de los nuestros, la palabra habría sido para él un misterio tan grande como para un gatito recién nacido.

Tratar de describirle el sonido según lo conocemos gracias a nuestro sentido del oído, habría sido tan inútil como hablarle de los colores a un ciego de nacimiento. Era sencillamente imposible. Aunque averiguase que el sonido y el discurso oral existían, jamás podría comprenderlos totalmente, y mucho menos intercambiar impresiones con un terráqueo. Tampoco nosotros podríamos entender cómo eran los colores ultravioleta o infrarrojo, por ser totalmente ajenos a nuestra experiencia.

Frente a tan enormes desventajas, y pese a su inteligencia y sus conocimientos científicos, era como un niño ignorante y ansioso por aprender, a la vez que tosco y pronto a cometer errores que, desde el punto de vista de un terráqueo, habrían resultado más que infantiles.

En cierta ocasión ensayó un método propio para establecer comunicación. Si los pobladores de Tierra hubieran sido una raza física y psicológicamente semejante a la marciana, habría obtenido un rápido éxito: pero sus esfuerzos sólo provocaron una serie de fogonazos sin sentido por parte de sus interlocutores. Al comprender que su método no servía para los terráqueos, renunció a hacer de maestro y se redujo al papel de alumno aplicado.

«¡Hola, Martel!»: con estos dos grupos de símbolos siempre daban comienzo los mensajes de la lejana luz intermitente. Al principio, salvo una demostración inequívoca de inteligencia en la señal invariable y repetida con frecuencia, 774 no había podido sacar gran cosa de aquellas señales.

Para él, un saludo era aún más incomprensible que una palabra, si eso fuese posible. Aunque intentara comprenderlo, no podría. En Marte, donde la comunicación no es hablada, los saludos no existen.

Así las cosas, acudió en su ayuda el ingenio terrestre, sin duda al apoyo de una casualidad favorable. 774 no tuvo dificultad en distinguir los veintiocho símbolos alfabéticos del código Morse. Cuando las entidades de Tierra que manejaban la luz transmitieron dígitos codificados en la secuencia cero, uno, dos, tres, cuatro, cinco, etcétera, tampoco tuvo dificultad para reconocer y catalogar cada señal por separado, aunque el significado de las mismas fuese aún insondable para él.

Cuando el cómputo pasó del nueve y aparecieron números de más de un dígito, 774, después de devanarse largamente los sesos con el acertijo, tuvo el primer destello de comprensión. No era todavía una verdadera comprensión, sino la intuición del hecho que el resultado concreto y comprensible no andaba muy lejos.

Observó que sólo existían diez símbolos distintos en aquel sistema, evidentemente muy distinto del otro sistema misterioso de veintiocho símbolos. Los primeros no se combinaban en grupos de señales o palabras. A medida que los destellos continuaban, cada símbolo parecía entrar en relación definida con los demás.

Siempre aparecían en sucesión fija. Al uno le seguía el dos, al dos el tres, y así sucesivamente, hasta diez. El primer símbolo de un grupo de dos dígitos siempre se repetía diez veces durante la cuenta, mientras el segundo símbolo cambiaba según la regla fija inicial.

Quizá 774 tuviera ya una vaga idea del sistema numérico terráqueo cuando su amigo de la luz pasó a transmitir problemas aritméticos sencillos. Evidentemente, uno más uno es dos en Marte lo mismo que en Tierra.

Aquello fue el verdadero comienzo. 774 había estudiado cuidadosamente aquellas sencillas igualdades y, por último, logró interpretarlas. Finalmente, en un mensaje como «tres más tres igual a seis», pudo captar la relación que existía entre las señales numéricas. La última del grupo era la suma de las dos anteriores.

Al fin comprendió. Se trataba de algún extraño método terrestre para expresar la cantidad de algo. El primer contacto entre Tierra y Marte quedaba establecido.

Estimulado por el éxito, 774 progresó rápidamente después de aprender el sistema decimal terrestre. Si tres más tres igual a seis, y dos más cinco igual a siete, entonces cuatro más cinco igual a nueve, aunque no se estuviera seguro de lo que significaban los símbolos intermedios que el terráqueo había inventado: «m-á-s» e «i-g-u-a-l». El marciano transmitió:

—Cuatro más cinco igual a nueve.

El parpadeo de respuesta pareció bailar de júbilo:

—Cuatro más cinco igual a nueve. Sí, sí, sí. Cinco más cinco igual a diez. Ocho más cuatro igual a doce. ¿Nueve más siete igual a...? ¿Igual a...?

Con gran sagacidad, 774 entendió inmediatamente lo que se le pedía. Querían respuestas. Aunque los números de dos dígitos aún le representaban una dificultad, quiso aventurarse y transmitió su interpretación de la suma:

—Nueve más siete igual a dieciséis.

Durante los meses siguientes, mientras la posición de ambos planetas fue favorable para la observación astronómica, el trabajo continuó empleando diversos métodos. A veces, 774 transmitía sus propios problemas de sumas, dando las soluciones. Si éstas eran correctas, la luz siempre relampagueaba «sí, sí, sí» jubilosamente y repetía la igualdad.

En las raras ocasiones en que los problemas eran más complicados y 774 cometía errores, el mensaje de respuesta era «no, no, no», y comunicaban la corrección.

De este modo, 774 supo por primera vez de las palabras, representadas por las veintiocho letras del alfabeto en código. «Sí, sí, sí», significaba que había acertado y «no, no, no», que se equivocaba. Comprendió que cada grupo de símbolos alfabéticos representaba, burdamente, una idea definida. «Más» e «igual a» en una sencilla suma indicaban ciertas relaciones entre los números, relaciones distintas a las expresadas por otras palabras.

Una vez cometió un error que se lo demostró claramente. Fue durante la transición de los problemas de suma a los de multiplicación. Diez más dos era distinto a diez por dos. Diez más dos sumaban doce, mientras que diez por dos eran igual a veinte. «Por» representaba una operación diferente de «más».

De modo parecido descubrió lo que significaban palabras como «dividido por» y «menos», fijándose en la relación de los números en ambos miembros de las respectivas igualdades.

Cuando supo cómo se hace una simple división en Tierra, 774 entendió con facilidad los decimales. En una operación como treinta y seis dividido por cinco igual a 7,2 podía relacionar los métodos de cálculo marcianos con los métodos terrestres. Sabía al estilo marciano cuánto era treinta y seis dividido por cinco y, naturalmente, la respuesta así obtenida podía representarse con el 7,2 terrestre, ya que era lo mismo.

774 descubrió en el número 3,1416, la relación entre la circunferencia y el diámetro. Por ello, el mensaje «diámetro multiplicado por 3,1416 igual a longitud de la circunferencia», a menudo repetido por la luz, podía intuirlo vagamente, aunque desde luego no fue descifrado en seguida.



«Tierra, planeta tres; Marte, planeta cuatro» fue un mensaje fácil, pues el sistema marciano empleaba los números para designar a los planetas según su órbita a partir del Sol. Ayudado por el mensaje: «Tierra, planeta tres tiene una luna. Marte, planeta cuatro tiene dos lunas», había logrado confirmar a medias su hipótesis.

Torpemente, pero reproduciendo las palabras terráqueas con la fidelidad de un buen imitador, transmitió:

—Planeta uno tiene cero lunas. Planeta dos tiene cero lunas. Tierra, planeta tres tiene una luna. Marte, planeta cuatro tiene dos...

La luz envió un «sí, sí, sí», entusiástico, y luego el débil resplandor parpadeante había dicho:

—Mercurio, planeta uno, no tiene luna. Venus, planeta dos, no tiene luna. Júpiter, planeta cinco, tiene nueve lunas. Saturno, planeta seis, tiene diez lunas... —y así sucesivamente hasta Plutón—. Planeta nueve, más lejos que Neptuno.

De este modo, 774 supo el nombre de los planetas y el significado de las palabras «luna» y «planeta». Asimismo adquirió una vaga idea de verbos simples como «tener».

El proceso de su educación terrestre continuó poco a poco, dependiendo en gran medida de conjeturas racionales, aunque no muy seguras, y exigiendo enorme paciencia tanto en el educador como en el alumno. Recordemos lo difícil que es enseñar a hablar a una persona sordomuda y ciega de nacimiento, aunque ni siquiera esta comparación da una idea suficiente de la dificultad de aquella empresa.

774 llegó a conocer algunas palabras terrestres y conjeturaba con más o menos acierto el significado de otras. Podía deducir el sentido general de palabras como «nieve», «nubes» o «tormenta», pues cada vez que aparecía una gran perturbación atmosférica sobre el continente de la luz y perturbaba las observaciones, el comunicante repetía aquellas palabras.

Aprendió la estructura de los verbos más simples y tal vez supo de la formación del plural en los sustantivos mediante la adición del símbolo «s». El «hola» de la frase: «¡Hola, Marte!», todavía era para él un enigma. Respondía correctamente diciendo: «¡Hola, Tierra!», porque así lo hacían los terrestres, pero el sentimiento humano que implica el saludo seguía siendo desconocido para él, al ignorar que aquellos símbolos terráqueos correspondían a un valor sonoro.

Se había progresado, pero la forma que adoptaban las inteligencias de Planeta Tres, su modo de vida, sus máquinas y sus progresos seguían siendo, como siempre, un misterio. El gran sueño de la comunicación inteligente aún pertenecía al futuro, y ya no habría futuro, sino muerte y una gran promesa incumplida.

Esa promesa había sido, era todavía, el sentido de la vida de 774. Seguía trabajando sin dejarse abatir, como si aún tuviera por delante mil años de investigaciones. Quizá fuera sólo un hábito; mientras tanto, en su mente se agitaban pensamientos que nosotros, los de Tierra, no podemos sino suponer.

—Llegas tarde, hombre de Marte. Tarde, tarde, tarde —emitió el débil parpadeo del globo visor y la luz más brillante de la lamparilla reproductora; 774 se concentró en su trabajo.

Comprendía la mayor parte del mensaje. Sabía que la luz se refería a él como «Hombre de Marte», y «llegas» debía ir acompañado de un grupo de señales que les describieran. Pero «tarde», la esencia de la frase, la palabra que le daba sentido, era nueva. ¿Qué significaría «tarde»?

La intuición le decía que alguna circunstancia particular de aquel momento había intervenido para suscitar lo de «tarde», puesto que nunca lo habían dicho antes. ¿Cuál sería esa circunstancia? Aquel problema le desafiaba. Tal vez la luz deseaba señalar que se había retrasado en emitir la señal de llamada. Pero esto era sólo una conjetura que podía ser correcta o equivocada.

Quizá pudiera confirmarlo. Otro día se retrasaría de intención varios minutos en emitir la llamada; luego, como comienzo, afirmarí que era «tarde» y, si la suposición era correcta, la luz lo confirmaría.

De momento, la nueva combinación de signos podía esperar. 774 confiaba en que la luz emitiera otros mensajes más habituales.

—Cometa viniendo. Cometa viniendo. Cometa viniendo —comunicó el parpadeo de la lamparilla reproductora—. Cometa viniendo hacia Sol, Marte y Tierra. Cometa viniendo. Cometa viniendo. Cometa viniendo.

Si 774 fuera un hombre, tal vez se habría sorprendido. Pero no por el mensaje en sí, buena parte de cuyo contenido entendía perfectamente. «Cometa» no era una palabra nueva en su experiencia; en varias ocasiones, cuando aquellos vagabundos de larga cola regresaban al Sistema Solar después de realizar una larga excursión al espacio interestelar, la luz había relampagueado esa misma información: «Cometa viniendo».

El marciano conocía el significado de «cometa» e interpretaba la diferencia entre «cometa viniendo» y «cometa alejándose», pues la primera indicaba que el visitante celeste entraba en el Sistema Solar, y la segunda que estaba abandonándolo. Durante varias noches la luz le dijo que se acercaba un cometa y recibió la información como algo no demasiado sorprendente ni nuevo, aunque desconcertándole otras palabras del mensaje, por ejemplo «hacia». Aún no había logrado comprender lo que significaba «hacia».

No, no fue el mensaje propiamente dicho lo que sorprendió tanto a 774. De algún modo, aquella noche, el lejano destello de Tierra, al comunicar en clave la llegada de un visitante, relacionaba dos ideas de 774 y le sugería una idea: una inspiración colosal que sólo un genio —respaldado por unos conocimientos bastante superiores a los humanos y una familiaridad espléndida con los mayores avances científicos— habría sido capaz de concebir.

En un instante sublime, todos los sueños y esperanzas de 774 se unieron al cometa. ¿Sabría rebelarse contra los milenarios convencionalismos del viejo Marte?

### 3

Una inquietud casi eléctrica pareció apoderarse de 774. Sus ojos fríos, fijos en la lamparilla reproductora, resplandecieron con impaciencia. El mensaje que un instante antes merecía la atención de todas sus facultades deductivas, ahora le importaba muy poco. Tradujo rutinariamente las señales, comprendiendo lo fácil y sin molestarse en analizar lo nuevo. Aguardó con tensa impaciencia a que la luz callase y le tocase a él su turno de hablar. Tenía algo que *debía* decirle a su amigo de Planeta Tres y *debía* decirlo de modo tal, que pudiera estar seguro de ser comprendido. ¿Cómo? ¿Cómo organizar aquellas señales extrañas y poco prácticas de las que sabía tan poco, para que la información que necesitaba transmitir fuera recibida y correctamente comprendida?

Llegaba la frase con que terminaban todos los mensajes de Planeta Tres:

—Tierra esperando a Marte. Tierra esperando...

La manchita de luz apenas perceptible desapareció del globo visor del telescopio lo mismo que el palpitante resplandor púrpura de la lamparilla reproductora. La oscuridad parecía cargada de expectación y tensa espera. Era un desafío lanzado al intelecto y la inventiva de 774.

En sus posiciones relativas, Tierra y Marte estaban entonces separados por unos ochenta millones de kilómetros, o sea cuatro minutos-luz y medio. Por tanto, todo mensaje luminoso tardaba cuatro minutos en viajar de Tierra a Marte y viceversa.

Para evitar confusiones, 774 y su amigo de Planeta Tres habían adoptado un sistema con el cual cada uno transmitía sus señales durante dos minutos, haciendo luego una pausa de dos minutos, durante los cuales el otro podía responder. El marciano había

aprendido a reconocer e interpretar, según su método para medir el tiempo, aquel intervalo de tiempo terrestre.

Ahora era su turno y, si bien lo que tenía que decir era lo más importante que había transmitido nunca, titubeó aparentemente derrotado por la enorme dificultad del problema. Pero la premura de tiempo aguijoneó su mente, poniéndola en tensión total y confiriéndole una agudeza inaudita. Al menos, debía intentarlo, aunque fuese una aventura y pudiera cometer errores, pero debía intentarlo.

El conmutador de señales se movió en respuesta a sus delicados impulsos y las explosiones atronaron y resplandecieron sobre la cúpula. El marciano transmitió durante tres minutos, violando las reglas y sin dejar de repetir la misma frase, aunque cambiando el orden de las palabras con la esperanza de hallar la combinación adecuada para hacerse entender.

No aguardó una respuesta, Tierra ya estaba baja en el horizonte oeste, y los fogonazos de la débil estación de Tierra serían demasiado tenues, temblorosos e inciertos debido a la densidad de la atmósfera marciana en tales condiciones. Además, tenía muy poco tiempo y demasiadas cosas que hacer.

A una maniobra de los mandos, el gran tubo del telescopio giró pesadamente hasta apuntar al cometa, que aún se hallaba alto en el oeste. La abertura circular de la cúpula giró automáticamente con el telescopio.

La cabeza muy aumentada del cometa ocupó el globo visor, brillante, plateada y tenue alrededor de la zona sólida del incandescente núcleo central.

Puso en marcha delicados instrumentos; midió y calculó velocidades, distancias y densidades. Pero aquella no era una simple investigación teórica. Sus ojos ardían con decisión inflexible. La sombra de la muerte rondaba muy cerca.

La actitud de 774 ante la muerte no se parecía en nada a la de los humanos. En el torbellino de sus pensamientos, sólo una cosa estaba clara: el cometa iba a pasar cerca de Marte y también cerca de Tierra. Este hecho ofrecía una oportunidad estupenda. Pero el tránsito duraría sólo diez días, después de los cuales se perdería la ocasión. A menos que pudiera culminar en ese tiempo la más vasta empresa que ningún humano o marciano hubiera abordado jamás.

Concluyó sus mediciones rápida y eficazmente. Sonaron algunos interruptores. Poderosos mecanismos e instrumentos increíblemente delicados y sensibles dejaron de funcionar. La abertura circular de la cúpula se cerró, ocultando las estrellas y el cometa. El observatorio descansaba, pues su dueño frágil y extraño ya no iba a necesitarlo.

El marciano recorrió un pasillo; los miembros articulados de la máquina que lo transportaba resonaban con ruido tintineante y regular.

Salió a una terraza que daba a un pozo lleno de extraña niebla verde. Saltó sin dudar y, aparentemente suspendido y retardada su caída por la materia esmeralda que llenaba el vacío entre los muros metálicos, descendió tan segura y delicadamente como una pluma en la densa atmósfera de Tierra.

Al fondo del pozo se abría otra gran cámara de techo bajo cuyas distintas paredes desaparecían en el resplandor esmeralda que lo inundaba todo, dejando ver las brillantes formas de unas máquinas gigantescas.

Aquél era el taller de 774, y allí se puso a trabajar en seguida, con la eficacia fría y pausada que caracteriza a los hijos del agonizante Marte.

No era la primera vez que luchaba con el problema que ahora retenía su atención, y había aprendido muchas cosas. Pero las dificultades técnicas con que había tropezado le convencieron del hecho que la solución del problema debía remitirse a una época futura.

Pero ahora, algo había cambiado. Existía una posibilidad imprevista, que podía resultar bien o no. Era una apuesta.

No había tiempo para más experimentos. Tal vez no fueran necesarios, pues 774 ya dominaba los principios fundamentales. Debía proyectar y construir; por encima de todo, debía actuar con seguridad y rapidez.

Pensaba en cierto valle yermo del desierto. Quizás hacía mil años que nadie sino él lo visitaba. Las aeronaves casi nunca sobrevolaban aquella hondonada seca entre las áridas colinas de Marte. Sería el lugar ideal para la conclusión de su tarea, pues no se atrevía a quedarse en su taller.

Sutiles impulsos eléctricos transmitieron sus órdenes y, en respuesta, cinco formas gigantes, paradójicamente humanoides, forjadas en metal brillante, se levantaron de sus lugares de descanso para cumplir sus deseos. Bajo su guía, prepararon el éxodo apilando instrumentos, herramientas y otros objetos y embalándolos en cajas de metal; ataron largos brazos metálicos en grandes grupos fáciles de transportar. Mientras tanto, 774 trabajaba con una complicada calculadora marciana.

Así transcurrió la noche. Bajo el crepúsculo casi instantáneo que precede al amanecer, la extraña caravana se puso en marcha. El marciano había cambiado de identidad; ya no parecía un frágil bulto de protoplasma viviente, sino un gigante de metal como los cinco autómatas que le ayudaban, pues la poderosa máquina que conducía era tan versátil, tan rápida y precisa en responder a sus gestos, que en todo sentido constituía un verdadero cuerpo.

La complicada máquina desplegó unas alas metálicas que comenzaron a agitarse pesadamente. El marciano voló alrededor de sus servidores, que avanzaban poco a poco sobre el terreno, portando las pesadas cargas. Contempló unos momentos la cúpula de su observatorio y sus paredes de piedra, a juego con el color pardo de las arenas del desierto.

Pero el hecho de haber vivido la mayor parte de su vida, en aquella estructura que ahora abandonaba para siempre, no suscitó ningún sentimiento en él. No tenía tiempo para sentimientos. Además, se preparaba para las pruebas y peligros que indudablemente iban a sobrevenir.

Dio otra vuelta en el aire, explorando el terreno con atención, previendo la posibilidad del acercamiento de alguna aeronave. No le convenía ser visto, y si aparecía una nave tendría que ocultarse. El peligro no era grave, sin embargo, en lo concerniente a su propio pueblo.

La anulación de una condena de muerte decidida por el mando, prácticamente carecía de precedentes. Durante miles de años, los marcianos habían obedecido tan fielmente las órdenes de sus gobernantes, que desconocían las cárceles. Cuando se recibía la orden, la gente de Marte iba a la muerte por su propia voluntad, sin precisar verdugos. Nadie sospecharía que 774 se proponía eludir la sentencia.

No parece que 774 se alegrase de rebelarse contra las antiguas leyes — probablemente se sentía incluso culpable— pero su impaciente afán de aprender y su entrega a la causa en la que había comprometido su vida constituían un móvil que le impelía a desafiar el código, y las tradiciones seculares.

Las estrellas y el ocioso Deimos, el satélite más alejado, brillaban entre una niebla cenicienta que oscurecía el horizonte en todas direcciones. Una brisa poderosa y cortante empezó a soplar desde el oeste. Cuando salió el sol, la niebla se levantó dejando ver un cielo cargado y tempestuoso cruzado por largas y agoreras rayas rojas y anaranjadas. El marciano conoció lo que se le venía encima y el peligro que implicaba.

El viento se hizo cada vez más violento, soplando a ráfagas hasta convertirse en un cierzo continuo de poderío comparable al de un huracán terrestre. De existir oídos humanos para escuchar, habrían captado el rumor creciente de millones de partículas voladoras de arena, que se alzaban produciendo un zumbido confuso e inquietante.

A medida que los torbellinos de arena rojiza se espesaban y ascendían en la atmósfera, el sol se convertía en un disco rojo colgado entre tinieblas, y sólo una fracción de su luz normal llegaba al suelo.

El marciano bajó para continuar la marcha por el terreno al lado de los robots. Había presenciado muchas de aquellas terribles tempestades de polvo en Marte y no le sorprendían, lo mismo que un viejo marino de Tierra sabe soportar las tormentas. Le protegía el domo hermético de cristal en la parte superior de la máquina que conducía, y respiraba aire puro filtrado.

Lo peligroso sería que se cegara la batería de filtros que suministraba oxígeno a sus autómatas, o verse accidentalmente sepultado por algún lecho de arena movediza recién formado, o enterrado bajo las nubes de polvo que se arremolinaban a su alrededor. Pero tales peligros eran inevitables y había que enfrentarse a ellos.

Urgido por la faceta de tiempo, 774 apremió a sus robots para que avanzaran al paso más rápido posible sobre aquel suelo movedizo. Los largos miembros articulados de los gigantes de metal avanzaban resueltamente hacia el este, contra el viento y la arena, y escalaron con facilidad varias colinas de roca pese a su gran volumen propio y al peso de las cargas que transportaban.

Por dos veces cruzaron unas cañadas artificiales profundas, de treinta kilómetros de ancho, que en Tierra reciben el nombre no del todo correcto de «canales». De vez en cuando dejaban atrás los tallos secos y desnudos de la pavorosa vegetación marciana, que se destacaban como grotescos pilares totémicos en medio de la tormenta. Los canales estaban tan desolados como el desierto, pues apenas había comenzado la primavera y el agua de los casquetes polares aún no bajaba por la red de acueductos ni por las tuberías enterradas bajo el lecho del canal.

Cuando apareciera el agua, la vegetación crecería con rapidez en las rectilíneas orillas de cientos de zanjas abiertas a través del terreno yermo desde tiempo inmemorial. Pero aún no se veían las grandes máquinas sembradoras marcianas, pues era demasiado pronto incluso para ellas.

Las precauciones tomadas por 774 parecían totalmente innecesarias, pues no vio rastro de los de su especie ni de otras criaturas vivientes. Estaba tan absolutamente solo en la región de los canales como en el mismo desierto.

Al caer la tarde llegó a su destino. Mientras tanto el viento había cesado y el aire estaba purificándose. Entonces dio comienzo el trabajo. Dos robots, equipados con palas mecánicas, habían abierto un gran agujero en la arena. Con febril actividad, los otros dos ayudaban en otras tareas a 774. Clavaron algunas vigas alrededor del pozo. Tomaba forma un material extraño y oscuro. De una máquina ancha y baja brotaba un chorro de metal derretido, y un hilillo de humo blanco subía por el aire encalmado.

Al anochecer, 774 se detuvo para contemplar a Planeta Tres, que flotaba en el cielo occidental brillando, espléndido, en medio de su séquito de estrellas, por encima de las lomas que bordeaban el valle. Aquella noche la luz parpadearía en vano llamando con impaciencia al Hombre de Marte. No habría respuesta. Más arriba, y difícilmente visible por su menor luminosidad, aparecía la saeta plateada del cometa.

Quizá 774 se preguntaba lo que pensaría su desconocido amigo terrestre al no recibir respuesta desde el disco marciano. Quizá trataba de imaginar, como tantas veces hiciera, el aspecto de su amigo terrestre. Tal vez se preguntaba si iba a conocerle pronto.

La distracción sólo fue momentánea. Había mucho que hacer, pues tenía que adelantar a la par con el cometa. Los marcianos duermen muy poco, y no quedaba duda del hecho que 774 se pasaría en vela aquella noche, la siguiente y la otra.

El joven Jack Cantrill echó una breve ojeada al gran motor diesel después de revisarlo, y luego, con aire decidido, se limpió las grasientas manos con un puñado de trapos de algodón. La instalación funcionaba perfectamente. En otras circunstancias, quizá se habría detenido a admirar la fuerza y la perfección de la máquina objeto de sus atenciones. Pero, aun siendo tan amante de las máquinas como era, ahora tenía prisa.

No se detuvo a ver cómo se reflejaban las lámparas de incandescencia sobre la periferia pulida del volante, ni a contemplar las chispas azules que saltaban entre las escobillas de la gigantesca dinamo del grupo electrógeno.

Algo más importante le ocupaba y, además, acababa de ocurrírsele una idea bastante curiosa. Primero el viejo Doc Waters e Yvonne se echarían a reír, pero luego la idea les sorprendería tanto como a él. Tenía que decírselo en seguida.

Arrojó el puñado de hilaza de algodón en una papelera metálica; luego comprobó rutinariamente los cuadrantes e instrumentos del apretado cuadro de distribución. Ajustó un pequeño reóstato e hizo una señal con lápiz rojo en un gráfico de la pared. Luego, olvidando que llevaba ropas ligeras y estaba acalorado, salió a la frescura de la noche en el desierto.

La fría brisa disipaba el olor a combustible quemado. Tuvo un escalofrío, pero no se preocupó. El ruidoso escape del motor de alta compresión en su cobertizo metálico dejó de oírse a medida que se alejaba por el sendero que conducía a la cumbre de una colina cercana.

En la cresta de una loma vecina, una gran mancha de luz deslumbradora se encendía y apagaba con regularidad. Decenas de inmensos reflectores, con una intensidad de miles de millones de bujías; dirigían hacia las estrellas sus ráfagas cortas y largas. Jack Cantrill les dirigió una ojeada breve pero intensa, mientras movía los labios como si estuviera contando.

La puerta del observatorio emplazado en la cumbre de la colina se abrió al empujarla.

Cruzó una pequeña antesala y entró en la cámara circular que albergaba el telescopio. Una sola lámpara arrojaba su pálida luz sobre un gran escritorio repleto de cuadernos y papeles. Entre ellos, un cronómetro de precisión hacía oír su resonante tictac en aquella penumbra sobrecogedora y extraña.

Jack Cantrill se acercó tranquilamente a la plataforma situada bajo el ocular del telescopio, donde se hallaban los otros dos ocupantes de la sala.

La muchacha rubia era bonita, de una belleza pícara. Sonrió brevemente al ver llegar a Jack.

—¿Alguna novedad, compañeros? —preguntó.

Pretendía hablar en tono ligero e indiferente, pero su voz sonó ronca y ahogada, destruyendo toda pretensión.

El profesor Waters miraba por el ocular del gran instrumento. La claridad de la lámpara cercana hacía destacar las arrugas de su rostro, dándole un aspecto de cansancio. Hizo una mueca, abatido.

—Todavía no, muchacho —respondió—. Parece que Viejo Amigo nos ha abandonado por completo. Es extraño, teniendo en cuenta que no ha fallado ni una sola vez en nueve años, siempre que las condiciones de observación fuesen favorables. Pero ésta es la segunda noche que no recibimos sus señales. La cara oscura de Marte no ha lanzado ningún destello, y la célula fotoeléctrica tampoco detecta nada.

El joven miró con vacilación a la muchacha, y luego al padre de ella; luego se pasó la mano por su ondulada cabellera pelirroja. Parecía un escolar a punto de pronunciar su primer discurso en público, mientras agitaba una hoja de papel que había sacado del bolsillo. Casi no se atrevía a exponer su idea.

—Yvonne..., Doc... —comenzó con timidez, en un torpe intento de recabar la atención para lo que estaba a punto de decir—. No soy un gran sabio; tal vez sea un gran tonto.

Pero... Bien, este mensaje..., el último, el que recibimos anteanoche..., creímos que era absurdo, pero, si se mira bien, casi tiene significado. Escuchen.

Carraspeó y se dispuso a leer lo escrito en el papel.

—Cometa viniendo. Sí. Cometa viniendo. Sí. Cometa viniendo de Hombre de Marte. Cometa Hombre de Marte viniendo hacia Tierra. Cometa viniendo Hombre de Marte, Hombre de Marte. Cometa. Hombre de Marte. Cometa. Hombre de Marte. Cometa. Sí, sí, sí. Hombre de Tierra. Sí, sí, sí. Fin. Fin. —El delgado rostro de Jack Cantrill estaba ruborizado cuando acabó de leer—. ¿Comprenden? —susurró con la voz embargada por la emoción—. ¿No está perfectamente claro?

El bonito rostro de Yvonne Waters había palidecido un poco.

—Jack, ¿quieres decir...? ¿Te refieres a que él quiso decirnos que venía *aquí*, cruzando ochenta millones de kilómetros de vacío? ¡No podrá hacerlo! ¡Es imposible! ¡Es demasiada distancia y son demasiadas dificultades!

Su preocupación dio ánimos al joven.

—Lo has comprendido exactamente —repuso.

El profesor Waters no compartía su entusiasmo. Su actitud era meditativa y se frotó pensativamente la mejilla.

—Yo también lo pensé —admitió al cabo de un rato—. Pero me pareció demasiado delirante como para tomarlo en serio. De todos modos, es probable que tengas razón. —Dicho esto, el anciano pareció recapacitar de súbito y estalló—: ¡Cielos, muchacho! ¿Y si fuese verdad? Viejo Amigo nos habla del cometa. Si todo esto tiene ilación, el cometa debe tener algo que ver con su venida. Por lo que sabemos, podría servirse de él. Pasará cerca de Marte y de la Tierra. Si de algún modo consiguiera entrar en su campo gravitatorio, éste lo arrastraría prácticamente todo el camino. ¡Eso es! Economizaría una cantidad enorme de energía. ¡Su viaje, de otro modo imposible, cabe en el reino de lo posible!

—¡Al fin lo ha comprendido, Doc! —dijo Jack rápidamente—. Piense lo que significan sus propias palabras: ¿Y si fuese verdad? ¡Tal vez el primer contacto interplanetario! Las inteligencias de un planeta intercambiando ideas con las de otro.

Sin darse cuenta, Jack Cantrill había tomado la mano de Yvonne Waters. Los ojos de la muchacha centelleaban.

—Si fuese verdad, seríamos famosos, Jack —aseguró—. Papá, tú y yo recibiríamos los honores.

—Lo seremos, Yvonne —afirmó Jack sonriendo.

También el profesor condescendió hasta el punto de sonreír.

—Lo tenían todo preparado, ¿no? —Y agregó poniéndose serio—: La diferencia entre un terráqueo y un marciano debe ser grande y, por tanto vuestras ideas pueden resultar descabelladas, aun cuando la conjetura sobre el mensaje fuese correcta. No sabemos si los marcianos son humanos. Hay una probabilidad en un millón que éstos lo sean. Parece difícil que la evolución, actuando en un planeta tan distinto, haya dado lugar a un ser que se parezca remotamente a un hombre. Viejo Amigo es muy inteligente sin duda, pero sus dificultades con nuestro código parecen indicar que incluso el lenguaje hablado es algo nuevo y extraño para él. Ésta sería una diferencia, pero podría existir un siniestro parecido entre terráqueos y marcianos. ¿Quién sabe si no hay segunda intención en lo que creemos interés amistoso hacia nosotros? A veces, la conquista es más provechosa que el comercio. No podemos saberlo.

—¿No le parece que exagera, Doc? —inquirió Jack.

—Quizá... De todos modos, me dedicaré a poner en cifra algún nuevo mensaje —dijo el profesor, encaminándose al escritorio.

—Humanos o no, espero que sean guapos los marcianos —le dijo Yvonne a Jack, coqueta.

—Y yo espero que no, querida —respondió, tomándola cariñosamente por la cintura. Estaba a punto de decir algo más cuando le llamó la atención lo que decía por teléfono el padre de la muchacha.

—¿Conferencias? Quiero hablar con Washington. Póngame con el señor Grayson, ministro de guerra. ¿Le parece raro? Es posible, pero hágalo.

Antes del amanecer, todos los observatorios de la Tierra se habían sumado a la vigilancia.

## 5

Muy lejos, en el Planeta Rojo, el trabajo de 774 progresaba con rapidez. Por último llegó la noche en que todo estuvo listo salvo una cosa. Un poderoso impulso, profundamente arraigado en todo ser viviente de la Tierra y de Marte, y quizá en todo el universo, lo llamaba a una ciudad situada en la encrucijada de cuatro canales, al este. Aquel impulso patético era perfectamente comprensible según el criterio humano.

Las estrellas iban quedando atrás a velocidad vertiginosa mientras 774 volaba sobre el desierto en alas del ornitóptero que lo conducía al este. Debía tener cuidado, pero, ante todo, debía darse prisa.

La travesía duró cerca de una hora. Los grandes ojos del marciano, sagaces y felinos, observaron en un ancho canal una construcción angulosa y gigantesca, aunque apenas visible debido a la oscuridad. Cauteloso, como una sombra movediza, 774 se dirigió hacia ella. Los seudópodos de su autómata localizaron un panel de metal, que se abrió al contacto, revelando el resplandor verde de un inmenso pozo. Un instante después cruzaba flotando por los laberínticos túneles de la ciudad marciana sepultada.

Recorrió cerca de un kilómetro y medio por uno de los pasadizos, hasta llegar a una amplia cámara donde reinaba un calor húmedo. Estaba ocupada por miles de receptáculos de cristal puro y en cada uno había un bulto de materia blanda, de color púrpura, semejante a la jalea, pero con vida.

Ayudado tal vez por algún sistema numérico marciano, 774 localizó la caja que buscaba. La tapa se abrió al contacto. Saliendo de su vehículo autómata, introdujo una de sus delgadas extremidades en la caja de cristal.

Una veintena de filamentos nerviosos, delgados casi como cabellos humanos, salieron de la envoltura quitinosa que los protegía y palparon cariñosamente aquel protoplasma. Éste respondió en seguida al toque cuidadoso de la extraña criatura que lo había procreado. Su delicada túnica se estremeció, y su contorno parecido a la jalea emitió un delgado seudópodo, que envolvió los filamentos nerviosos de 774. Los dos permanecieron así varios minutos, totalmente inmóviles.

Era una grotesca parodia de una situación conmovedora totalmente humana; pero vista con ojos terrestres, su extrañeza le quitaba parte de su solemnidad. No se pronunció ninguna palabra ni hubo señales de afecto que un ser terrestre pudiera interpretar. Pero el intercambio de sentimientos, pensamientos y emociones entre padre e hijo tal vez fue mucho más completo de lo que habría sido en cualquier escena análoga sobre la Tierra.

Aun así, el marciano no descuidó sus precauciones. Quizá la intuición le avisó de que se acercaba alguien. Rápido, pero actuando con seguridad, regresó a su autómata, puso la tapa en el recipiente de cristal y se alejó por el túnel en penumbra. Pocos minutos después llegaba sin problemas a la compuerta en el fondo del canal. Las alas funcionaron y desapareció en la noche constelada.

Mientras regresaba velozmente a su apartado valle, vio ponerse el disco plateado y verde de Tierra en el horizonte occidental. Tal espectáculo debió suscitar en su ánimo un torbellino de presagios, como si estuviera enfrentándose a horrores desconocidos en un combate mortal. Moviéndose distraídamente una palanquita y, en respuesta, un haz de llamas



brotó de un aparato que su autómata volador llevaba en un largo brazo. Donde el rayo tocaba, se fundía la arena del desierto.

En el cielo el cometa brillaba pálido, frío y cada vez más visible. En ese momento se hallaba muy cerca de Marte.

Al llegar a su valle, 774 descendió al pozo, donde se erguía un objeto plateado difícil de definir a la incierta luz de las estrellas. Una puerta se abrió y se cerró, y 774 se quedó trabajando a solas entre una asombrosa colección de máquinas.

Luego hubo un fagonazo cegador e incandescente y un rugido que sonó como el choque de dos mundos, seguido de un silbido agudo, torturado, desgarrado. El pozo se puso incandescente y el objeto plateado desapareció. Sobre el pozo, y elevándose muchos kilómetros en el cielo. Sólo quedaba una gran estela de vapor, sonrosada por efecto de su alta temperatura. Transcurrirían muchos minutos antes que aquella inmensa nube se enfriara lo suficiente como para desaparecer.

El marciano tenía el cuerpo maltratado, roto y quebrado; la terrible aceleración le aplastaba y la conciencia estaba a punto de abandonarle, pese a su gigantesco esfuerzo de voluntad por retener la lucidez. Pocos minutos después no importaría si se desmayaba, pero ahora necesitaba vigilar y maniobrar los mandos. Si no eran manejados correctamente, todo su trabajo iba a ser inútil.

Pero la oscuridad del desvanecimiento empezaba a vencerle. Luchó valientemente contra las tinieblas cada vez más densas que empañaban su visión y obnubilaban su mente. Aunque todo su ser quería descansar, se mantenía ferozmente concentrado en la tarea. Era demasiado lo que estaba en juego. Aquella lámpara..., brillaba en rojo cuando debía estar en violeta. Tenía que ocuparse de ello. La nave perdía estabilidad. Un pequeño reajuste de los delicados mandos solucionaría eso, si lograba hacerlo a tiempo.

De una herida en el costado de 774 salía un líquido pegajoso y húmedo. Con algunos miembros fracturados, procuraba ineficazmente dominar los complicados mandos. Mientras tanto, sus ojos vidriosos permanecían inflexiblemente fijos en la estela del cometa hacia donde se dirigía con su extraña nave. ¿Podría llegar? ¡Debía lograrlo!

## 6

En Tierra, el profesor Waters, su hija y el joven ingeniero observaban y esperaban. Era un trabajo tenso y agotador, cargado de monotonía, con mil fantasías pavorosas y preguntas a las que no se podía responder con certeza.

Ni siquiera estaban seguros de si sentían miedo o júbilo ante el ser desconocido cuyo acercamiento adivinaban, como tampoco sabían si la vigilia no sería más que una inmensa jugarreta de su fantasía.

El tiempo discurría con torturante lentitud. Los segundos se convertían en minutos, los minutos sumaban horas y las horas días que parecían siglos. En todo el mundo, la situación era semejante.

El noveno día desde que llegó de Marte el último mensaje luminoso, el profesor Waters había visto por el telescopio sobre la superficie del Planeta Rojo un trazo de luz blanca que al cabo de pocos segundos pasaba al rojo y casi de inmediato desaparecía por completo. Pocas horas después creyó detectar torbellinos leves y momentáneos en la envoltura gaseosa del cometa, que acababa de rebasar Marte en su viaje hacia el Sol.

Los periodistas, que habían viajado muchos kilómetros hasta aquel lugar solitario del desierto, no dejaban de acosarles pidiéndoles declaraciones. Los tres observadores les facilitaron toda la información que tenían; al fin, hartos de verse constantemente molestos por aquellos tozudos buscadores de noticias sensacionalistas, incluso les prohibieron la entrada en el campamento e hicieron tender una alambrada alrededor del mismo.

Por último, el cometa llegó a su máxima aproximación a Tierra. Pese a su luz débil y cenicienta en los cielos vespertinos iluminados por el sol, no dejaba de constituir un

fenómeno pavoroso e impresionante, con su cabeza colosal en forma de abanico y la vasta extensión arqueada de su gigantesca cola de plata.

Al caer la noche en el desierto, el vagabundo visitante multiplicó por veinte su brillo y esplendor. Ya había rebasado el límite y se alejaba. Y aún no había ocurrido nada que satisficiera los deseos y las ansias de los observadores.

Los tres se hallaban en la galería de la casita de adobe que habitaban. Las fatigadas facciones del doctor Waters se relajaron, y suspiró ruidosamente.

—Ha quedado demostrado que somos unos tontos, supongo —comentó—. Nada ha ocurrido para justificar nuestros esfuerzos.

Dirigió a Jack Cantrill una mirada casi como de disculpa y agregó en tono brusco:

—Voy a acostarme.

El atractivo rostro de Jack se torció en una mueca.

—No es mala idea —admitió—. Creo que sería capaz de dormir una semana seguida. De cualquier modo, si somos tontos yo soy el más grande, porque di lugar a todo esto.

Se volvió hacia el anciano y luego a la muchacha.

—¿Me perdonas, Yvonne? —preguntó afablemente.

—No —respondió con burlona seriedad—. ¡Me habrán salido arrugas por estar tanto tiempo desvelada! Deberías estar avergonzado —terminó con una risa burlona, y le pellizcó la mejilla en forma traviesa.

Llevaban varias horas acostados cuando, de algún lugar aparentemente muy lejano, empezó a llegar un débil silbido. Parecía la brisa nocturna soplando a través de un pinar. Un objeto incandescente por el roce con la atmósfera cruzó el cielo. A dos o tres kilómetros del campamento, el objeto largó unos anchos planos metálicos, en un débil intento de equilibrarse y frenar su velocidad casi meteórica. Cambió de dirección y luego cayó a plomo. Al chocar contra el suelo levantó una nube de polvo y arena. Pero no había ojos humanos que lo vieran. Durante cerca de una hora no dio nuevas señales de vida o movimiento.

Yvonne Waters tenía el sueño ligero. Cualquier ruido desacostumbrado solía despertarla. El silbido lejano la agitó, sin despertarla. Más tarde, cerca de las cuatro de la madrugada, hubo nuevas alteraciones. Fue un ruido débil, crujiente, obstinado, que sugería la actividad furtiva de una fuerza poderosa.

Yvonne despertó al instante y se incorporó en la cama para escuchar. Lo que oyó suscitó asociaciones rápidas y exactas en su mente joven, ágil y fresca. Una cerca de alambre produciría un ruido parecido si algún ser grande y poderoso intentaba derribarla. ¡La empalizada!

Así era, en efecto. Oyó el golpe seco que indicaba la súbita rotura de un alambre tenso. Ese ruido se repitió cuatro veces.

Yvonne Waters saltó de su litera y corrió a una ventana. Aún estaba muy oscuro, pero a la luz de las estrellas vio una forma difusa que se bamboleaba y estaba acercándose. La muchacha se dirigió con prontitud al cajón de la mesita de noche y tomó una pesada pistola automática. Luego corrió a la puerta y salió al pasillo.

—¡Papá! ¡Jack! —llamó con voz apagada—. He visto un ser de gran tamaño. ¡Viene hacia la casa!

El joven reaccionó con rapidez y corrió descalzo, frunciendo el ceño al asomarse por la ventana. Allí estaba, como una estatua en marcha, a menos de cincuenta pasos. No se veía bien a causa de la oscuridad, pero Jack Cantrill supo de inmediato que jamás había estado en presencia de nada parecido. Al parecer tenía un tronco erguido y cilíndrico de unos cuatro metros y medio de altura. En la parte superior tenía grotescos miembros articulados, y en la inferior se adivinaban largas patas en movimiento, como de araña. Una pieza poliédrica coronaba el cilindro en tal posición, que semejava una monstruosa cabeza humana inclinada a un lado, en actitud de escuchar.

Transcurrió un minuto. Yvonne Waters se puso las botas obedeciendo a un impulso instintivo. En el campamento siempre vestía de hombre, y durante las últimas noches a la espera de acontecimientos todos habían dormido vestidos.

Jack Cantrill, junto a la ventana, sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. El doctor Waters tenía la mano apoyada en el hombro del joven. Sus dedos temblaban ligeramente.

Fue Jack el primero en manifestar lo que todos pensaban:

—Supongo que es Viejo Amigo —susurró, procurando aparentar serenidad.

Nadie respondió, temiendo que cualquier ruido provocase consecuencias desastrosas.

El joven se devanaba los sesos. Tendrían que actuar en seguida, y era muy fácil hacer un movimiento erróneo.

—¡La linterna! —susurró una vez decidido.

La muchacha, acatando rápidamente su iniciativa, le entregó la gran linterna eléctrica.

—Ahora saldremos..., todos —ordenó—. ¡Armados!

Cada uno portaba una pistola. Se escabulleron hasta una pared lateral de la casa, conducidos por Cantrill. El extraño gigante estaba como antes, rígido y totalmente inmóvil.

Jack alzó la linterna. Apretó el interruptor con el pulgar y deletreó en código Morse el conocido mensaje:

—¡Hola, Hombre de Marte! ¡Hola, Hombre de Marte! ¡Hola, Hombre de Marte!

La respuesta fue inmediata, parpadeando desde un pequeño punto de luz verde en la «cabeza» angulosa del autómeta.

—¡Hola, Hombre de Tierra! ¡Hola, Hombre de Tierra! Cometa. Cometa. Cometa. Cometa.

El mensaje era muy claro, pero lo había emitido con una vacilación extraña, claudicante. Viejo Amigo siempre había sido preciso y rápido cuando emitía sus mensajes desde Marte.

Mientras los tres observadores aguardaban, fascinados, la gran máquina casi humana echó a andar hacia la casa. Sus movimientos eran poderosos, aunque irregulares e inseguros. Parecía poco más que una máquina desmandada cargando a ciegas. La inteligencia que la guiaba perdía el control. Nada podría impedir un accidente.

El robot chocó contra la pared de la casa con un golpe retumbante, se tambaleó y cayó con mucho estruendo acompañado de tintineos metálicos, hundiendo parcialmente el techo bajo su peso. Aunque estaba caído, sus miembros inferiores seguían simulando los movimientos deambulatorios.

Tenía los brazos abiertos. En el extremo de uno, un botón metálico dejó caer sobre la tierra un torrente de chispas azules que derritió la arena que tocaba con una nube de vapor incandescente. Transcurrió un minuto hasta que cesaron las chispas y los apéndices de la máquina quedaron inmóviles.

Mientras tanto, los tres observadores habían contemplado el pavoroso e inquietante espectáculo sin saber qué hacer. Pero cuando todo quedó en calma, se acercaron cautelosamente a la máquina caída. Jack Cantrill la recorrió con la luz de la linterna y se detuvo en la «cabeza» achatada del robot. Era de forma piramidal y la sustentaba una columna metálica flexible y de forma cónica. A un lado había una abertura, por donde había salido algo. Estaba oculto en la sombra, por lo que los observadores no repararon de momento en ello. Luego, Jack se desplazó y enfocó el haz de luz.

Era tan extraño que de momento no se fijaron bien, ajenos a su verdadera naturaleza. Al principio les pareció una masa pardusca e informe, del tamaño de un paraguas corriente abierto. Parecía un gran amasijo de tierra húmeda, achatada al caer.

Al cabo de un instante los tres notaron las extremidades dentadas que salían de los bordes de la forma achatada, como los brazos de una estrella de mar. Algunas eran delgadas como zarcillos, y terminaban en filamentos increíblemente finos color coral. Éstos se agitaban de un modo convulsivo.

Yvonne Waters fue la primera en hablar. Lo hizo con voz ahogada y temblorosa:

—¡Vive! —gritó—. ¡Papá! ¡Jack! ¡Es un ser vivo!

Oscuros instintos primitivos les dominaron, y se acercaron centímetro a centímetro, como perros callejeros, alargando el cuello para ver mejor aquella criatura que, para ellos, reunía la fascinación y el temor.

Entonces vieron que la parte central de aquel ser se contraía presa de espasmos dolorosos. Respiraba o, mejor dicho, jadeaba. Una especie de branquias rosadas se agitaban agónicamente alrededor de un orificio de forma cónica. Oyeron que el monstruo respiraba en suspiros prolongados y roncós a través de la abertura.

Pero los ojos de Viejo Amigo en los extremos de dos apéndices tentaculares que sobresalían bajo los pliegues externos de su cuerpo achatado, les miraban con un interés que nada podía disminuir. Eran muy grandes, de ocho centímetros de diámetro, y se leía en ellos una vida intensa, ahora ligeramente velada por la proximidad de la muerte. No hacía falta más para descubrir la inteligencia que se alojaba en aquel cuerpo monstruoso, inhumano, y más que humano sin embargo.

Yvonne Waters observó todo esto prácticamente en una ojeada. Vio el cuerpo del visitante cubierto de espantosas heridas, y también que varios de sus miembros estaban destrozados. Algunas lesiones parecían algo curadas pero otras, evidentemente, eran recientes. De éstas manaba una sangre muy roja, atestiguando un gran contenido de hemoglobina, como sería de esperar en un ser acostumbrado a respirar una atmósfera mucho más enrarecida que la de la Tierra.

Tal vez porque era mujer, Yvonne Waters salvó la diferencia entre terráqueo y marciano más pronto que sus compañeros.

—¡Está herido! —exclamó—. ¡Debemos encontrar el modo de ayudarlo! Hay que..., hay que..., buscar un médico —vaciló al pronunciar esta palabra, pues la idea parecía absurda, demasiado fantástica.

—¿Un médico para este monstruo? —preguntó Jack Cantrill, algo desconcertado.

—¡Sí! Es decir, quizá no —se corrigió la muchacha—. Pero debemos hacer algo. Es humano, Jack..., humano en todo menos en su forma. Tiene cerebro, puede sufrir como cualquier ser humano. Además, posee la misma valentía que nosotros tanto admiramos. ¡Piensa lo que representa el salto a través de ochenta millones de kilómetros de vacío helado y sin atmósfera! Es algo digno de respeto, ¿no? ¡Además, es nuestro Viejo Amigo!

—¡Por Dios, Yvonne, tienes razón! —exclamó el joven al hacerse cargo de repente—. ¡Aquí me tienes, perdiendo el tiempo como un tonto!

Se arrodilló junto al marciano herido, pero luego se detuvo, al ignorar cómo podría ayudar a aquella grotesca entidad de otro mundo.

En ese momento el doctor Waters, cuyas facultades eran más viejas y menos ágiles, acababa de salir de entre las nieblas del sueño y comprendió la situación.

—¡Voy a buscar el botiquín de primeros auxilios! —dijo rápidamente y regresó a la casa parcialmente destruida, sobre cuyo techo había caído el autómatas de Viejo Amigo.

Yvonne dominó su repugnancia natural y tocó la piel seca y fría del marciano intentando aliviar sus sufrimientos. En seguida, los tres se ocuparon de su pavoroso paciente, desinfectando y vendando las heridas. Pero no esperaban que sus esfuerzos sirvieran de mucho.

Al primer contacto, Viejo Amigo se removió convulsivamente, como si le inspirasen temor y repugnancia aquellos que le parecerían monstruos horribles; había emitido como un grito ronco. Sin duda, comprendió que sus intenciones eran amistosas, pues se relajó en seguida. No obstante, su respiración era cada vez más débil y convulsiva, y tenía los ojos vidriosos.

—¡Seremos idiotas! —declaró Jack con repentina vehemencia—. Está gravemente herido, pero eso no es todo. Está acostumbrado a una atmósfera seis veces menos densa que ésta. ¡Aquí se está abrasando..., ahogando! ¡Hay que conducirlo a un lugar donde no lo aplaste la presión!

—Montaremos un recipiente hermético en el cobertizo de los motores —dijo el doctor Waters—. No tardará más de un minuto.

Lo hicieron. No obstante, cuando colocaron a Viejo Amigo en una improvisada camilla, su cuerpo se estremeció y repentinamente quedó flácido. Sabían que Viejo Amigo —Número 774— había muerto. Pero, ante la posibilidad remota de hacerle revivir, lo colocaron en el recipiente hermético e hicieron un vacío parcial hasta que la presión interior fue el doble de la enrarecida atmósfera marciana. Por la llave de purga entraba lentamente aire fresco. Pero al cabo de una hora Viejo Amigo manifestó síntomas de *rigor mortis*. Había muerto.

Muchas ideas debieron recorrer las circunvoluciones de su cerebro marciano durante las pocas horas que vivió en Planeta Tres. Debió servirle de consuelo que su afán de saber hubiera sido parcialmente recompensado, su ambición realizada en parte. Pudo saber lo que había detrás y quién guiaba los fogonazos de luz. Había conocido a los habitantes de Planeta Tres. Su último pensamiento habría sido quizá para Marte, su mundo de origen, y para la lamentable condición de su raza.

Tal vez recordó a su hijo, que se criaba en la cámara a ochenta millones de kilómetros de distancia. Si no lo pensó antes, tal vez se le representaron las posibilidades de la Tierra para ayudar al agonizante Marte, puede que sus ideas en este sentido no fueran totalmente altruistas.

Lógicamente, esperaba que su amigo terrestre buscara en el desierto su vehículo espacial, para estudiar e interpretar su contenido.

Amaneció, y hacia el este algunas nubes livianas y sonrosadas fueron pronto disipadas por el sol.

En uno de los muchos cobertizos de chapa ondulada del campamento, Yvonne, Jack y el doctor se inclinaban sobre el cuerpo de Viejo Amigo, que yacía rígido y exánime sobre una larga mesa.

—Es un poco cruel preparar a este ser inteligente para sumergirlo en alcohol de modo que los curiosos visitantes de museos tengan algo que contemplar, ¿no les parece? —se quejaba Jack con fingida rudeza—. ¿Qué les parecería si ocurriese lo contrario..., si nosotros fuéramos los muertos y los curiosos de Marte vinieran a vernos?

—Si estuviera muerta, no me molestaría —rió la muchacha—. Sería un honor, ¡Oh, Jack! Mira esa extraña marca que hay en la piel de Viejo Amigo..., está tatuada en color rojo. ¿Qué significará?

Jack ya la había visto. Era un círculo cruzado diametralmente por una barra y, como había observado la muchacha, se trataba de una marca o adorno artificial. Jack se encogió de hombros.

—¡A mí que me registren, querida! —se burló—. Doc, ¿cree que la nave espacial estará cerca?

El doctor asintió:

—Sin duda.

—Pues, ¡en marcha! ¡Busquémosla! Esto puede esperar.

Después de un desayuno muy rápido e incompleto, salieron a caballo, siguiendo el rastro que había dejado el robot marciano.

En la cumbre de una loma rocosa hallaron lo que buscaban: un largo cilindro metálico medio hundido en la arena donde había abierto un verdadero cráter. Las aletas de la nave espacial estaban abolladas, rotas y cubiertas de óxido gris azulado. En algunos puntos éste había saltado dejando al descubierto el metal brillante.

Destornillaron la ojiva de proa, revelando una rosca torneada que brillaba al sol. Entraron en el lóbrego interior, registrando cuidadosamente el asombroso laberinto de instrumentos marcianos. El lugar apestaba con un acre olor a quemado.

En la parte de popa del compartimiento hallaron un gran cilindro de metal que se ajustaba exactamente al interior del casco. Muertos de sueño, se preguntaron qué sería e hicieron varios intentos cansinos de moverlo. A las nueve en punto llegó la guardia armada que el doctor Waters había solicitado.

—Diga a esos malditos periodistas que dejen de asediarnos y que se vayan al diablo —le dijo Jack Cantrill al teniente, mientras regresaba con sus dos compañeros hacia el campamento—. Vamos a dormir.

Transcurrieron varias semanas. En un hotel de Phoenix, Arizona, el doctor Waters hablaba con el señor y la señora Cantrill, que acababan de llegar.

—Dejaré el campamento y el aparato de señales en manos de Radeau y sus asociados —explicó—. Ya no hay más señales de Marte; además no tengo muchas ganas de continuar allí. Tenemos en perspectiva cosas mucho más interesantes. El cilindro que nos trajo Viejo Amigo contenía modelos, muchos planos y hojas de pergamino con dibujos. Estoy empezando a descifrarlos. Describen la construcción de una nave espacial. Pienso ocuparme de ese problema durante el resto de mi vida. Quizá tenga éxito, gracias a la ayuda de Viejo Amigo. También habrá que apelar a la inventiva humana. Creo que los marcianos no han resuelto del todo el problema. Ya saben que Viejo Amigo se sirvió del cometa. —El doctor sonrió más al agregar—: Chicos, ¿les gustaría acompañarme algún día a Marte?

—No hagas preguntas tontas, papá —respondió Yvonne—. ¡Irámos en cualquier momento!

El joven asintió.

—¡Qué luna de miel, si pudiéramos salir ahora! —se entusiasmó.

—Sería mil veces mejor que ir a Seattle —asintió la muchacha.

El doctor sonrió débilmente.

—¿Aunque les tratasen como al pobre Viejo Amigo..., puestos en conserva y llevados a un museo?

—¡Aun así, si no hubiera otro remedio!

Jack Cantrill entrecerró los ojos con aire absorto. Su rostro enjuto y bronceado estaba muy serio. Quizá miraba al futuro, hacia aventuras que podían o no verse realizadas.

El mismo espíritu pareció animar súbitamente la belleza fuerte y bronceada de la muchacha que estaba a su lado. Ambos amaban la aventura y conocían los aspectos duros de la vida.

En la puerta, Yvonne dio un beso de despedida a su padre.

—Sólo un paseo hasta Seattle, papá —explicó alegremente—, dos o quizá tres semanas. Luego volveremos aquí..., a trabajar contigo.

<sup>1</sup> Marte gira sobre su eje en 24 horas, 37 minutos, 22,67 segundos. Phobos, su satélite más próximo, que sólo se halla a 5.960 kilómetros de Marte, completa su órbita en 7 horas, 39 minutos; por tanto, da más de tres vueltas al planeta durante el día marciano. Como Phobos se mueve en el mismo sentido de rotación del planeta, es evidente que para un observador situado en Marte parecería salir al oeste y ponerse en el este.

\* \* \*

*Viejo Amigo* causó gran impresión a los lectores, como demuestra el hecho de que Gallun se vio obligado a escribir una continuación, *The Son of Old Faithful*, que apareció en «Astounding Stories» de julio de 1935.

Lo más importante fue que los retratos benévolos de seres extraterrestres llegaron a ser corrientes después de la publicación de *Viejo Amigo*, sobre todo entre los escritores

más experimentados. La antigua imagen del extraterrestre como villano insensato quedó relegada a los rincones más apartados y primitivos.

Como es natural, podríamos afirmar que Gallun no era del todo responsable de ello. Tanto él como todos los demás recibían, inevitablemente, el influjo de las tendencias y acontecimientos de la época. En enero de 1933, Adolf Hitler asumió el poder en Alemania.

En los Estados Unidos, al menos, el racismo se había convertido en algo impopular. Cualesquiera que fuesen los sentimientos particulares de los norteamericanos como individuos, se hacía difícil expresar en letra de molde cosas que pudieran asimilarse a la doctrina nazi.

Ya no se podía dar por sentado, como hacían los primeros escritores de ciencia-ficción, que los blancos nórdicos eran los héroes naturales y que, cuanto más oscura la tez, más villano el personaje. Y como dar por sentado que los seres extraterrestres eran los malos venía a ser una especie de reflejo del racismo terrestre, eso también empezó a decaer.

Pero, si bien la tendencia era inevitable, Gallun fue el primero en expresarla de un modo realmente eficaz. Yo mismo he escrito narraciones que adolecen de una visión bastante primitiva de los extraterrestres como seres empeñados únicamente en la conquista, por ejemplo *The Black Prior of the Flame*, *C-Chute* y *In a Good Cause...*, aunque creo que siempre he procurado describir las razones de «ellos».

No obstante, en general me abstenía de meterme con extraterrestres, porque no deseaba verme más o menos obligado a tratarlos como simples villanos (véase *The Early Asimov*). Cuando los utilizaba, solía recordar el ejemplo de escritores como Gallun y los trataba con ecuanimidad, como en mis relatos *Hostess* y *Blind Alley*.

Por último, cuando decidí deliberadamente abordar el tema de los seres extraterrestres (en parte, porque me habían molestado ciertas insinuaciones de que los evitaba porque no sabía tratarlos), escribí la segunda parte de mi novela *The Gods Themselves*. En ella los describí según sus propios criterios y los contemplé a través de sus propios ojos, lo mismo que *Gallun* en *Viejo Amigo*, y es posible que *Dua*, mi heroína, sea una evocación de la «Madre» en *La Era de la Luna*, de Williamson.

Supongo que fue en mérito a esta segunda parte por lo que *The Gods Themselves* recibió el Nébulas a la «Mejor Novela de Ciencia Ficción de 1972», votado por los escritores de ciencia-ficción de América, y el Hugo de la Trigésimo Primera Convención Mundial de ciencia-ficción celebrada en Toronto el 3 de septiembre de 1973.

## SEXTA PARTE: 1935

En primavera de 1935 terminé los estudios secundarios y me gradué en junio. La bibliotecaria de la escuela para varones que logró encontrar el «Boys High Recorder» de la primavera de 1934, también localizó un ejemplar del «Senior Recorder» de la promoción de junio de 1935, que ahora constituye una de mis más preciadas posesiones.

Podrías preguntarme por qué no tenía yo un ejemplar (y también del otro «Recorder») guardado durante estos casi cuarenta años, pero ya he dicho que desconozco esa clase de sentimentalismo, el 1 de enero de 1938 empecé un Diario y lo conservo, pues me sirve como referencia. También guardo ejemplares de las publicaciones donde aparecen trabajos míos (uno de cada una), como referencia. Pero nada más.

En 1966, cuando la Universidad de Boston decidió reunir todos mis papeles y se puso en contacto conmigo por este motivo (les costó bastante hacerme comprender qué interés podían merecerles mis papeles a ellos o a cualquier otra persona), les di lo que tenía, que era muy poco..

—¿Esto es todo? —preguntaron.

—Sí —respondí con indiferencia.

—¿Dónde está el resto? —inquirieron.

—Lo he quemado —respondí, sembrando el desconsuelo entre los pobres caballeros de la biblioteca universitaria.

Naturalmente, ahora los reciben todos. Me da igual meterlos en la chimenea o en el sótano de una biblioteca, siempre y cuando no me vea obligado a guardarlos.

Si me hubieran pedido mis papeles en 1935, habrían recibido mi ejemplar del anuario; al presente, ya no existe.

Al hojear el anuario encontré la fotografía de un Isaac Asimov increíblemente joven (quince años), increíblemente delgado (sesenta y ocho kilos) e increíblemente dentado. En realidad recordaba la foto, pues por alguna razón mi padre había guardado una copia y la tenía en el espejo del tocador de su dormitorio. De lo contrario, no me habría reconocido.

El pie de la foto decía que yo planeaba ingresar en Columbia (era verdad), y que pensaba ser cirujano. Como ya he dicho, mis padres querían que ingresara en la facultad de medicina, y yo me plegaba a estas ambiciones que tenían respecto a mí, pues ignoraba que estuviera permitido a los niños el tener ambiciones propias. Pero, ¿cirujano? ¿De dónde diablos sacaría yo la idea de que deseaba ser cirujano? No creo que exista profesión más repugnante, salvo quizá la de crítico literario profesional. La fotografía de cada estudiante llevaba escrita al pie, en letra cursiva, una glosa: producto de un talento anónimo, que probablemente no sobrevivió al esfuerzo y pereció entre el aplauso general. Bajo mi foto, el villano había escrito: «Cuando mira la hora, el reloj no sólo se detiene sino que empieza a retroceder». Rechazo esta insidia con todo el desdén que merece.

La foto y su pie son las únicas indicaciones del «Senior Recorder» que conmemoran mi paso por aquella escuela. No estoy citado en ningún cuadro de honor, ni en los resúmenes cronológicos o estadísticos. Como si no existiera.

En la página 54 del «Senior Recorder» hay un cuadro titulado «Estadística de los Cursos», que relaciona a los mejores en esto y en aquello. El mejor literato fue un tal Martin Liehterman.

¡Paciencia!

Recuerdo mi graduación de la escuela secundaria elemental; en cambio, he olvidado la de la escuela superior. No estoy seguro de lo que demuestra eso, si es que se demuestra algo.

¿Si he visitado la escuela secundaria masculina después de graduarme en junio de 1935? Ya sabéis la respuesta: no lo he hecho. Tengo entendido que ahora es una escuela de «ghetto» y que, en lo que se refiere a su estudiantado, está casi exclusivamente compuesto de negros y puertorriqueños.

Durante los últimos meses que pasé en la escuela secundaria descubrí a Stanley G. Weinbaum y sus cuentos de ciencia ficción... aunque con medio año de retraso.

El caso es que «Wonder Stories» y «Amazing Stories» decayeron progresivamente en 1934, y ninguna llegaba con regularidad al puesto de periódicos de mi padre. Por otra parte, «Astounding Stories» tuvo una época tan grandiosa en 1934 que me absorbía por completo. No hice ningún esfuerzo por conseguir ejemplares de «Wonder Stories» o «Amazing Stories» ni las echaba en falta, siempre que recibiera todos los ejemplares de «Astounding Stories».

Por eso no leí la «Wonder Stories» de julio de 1934 y no conocí *A Martian Odyssey*, de Stanley G. Weinbaum, en el momento en que fue publicada. Naturalmente, leí ese relato años después, pero para entonces ya era tarde para compartir la impresión que este relato (y otros del mismo autor que aparecieron en números siguientes de «Wonder Stories») causó en todos.

Weinbaum ha sido la figura más trágica de la ciencia-ficción en la era de las revistas. *A Martian Odyssey* fue el primer cuento de ciencia-ficción que publicó (tenía entonces treinta y cuatro años) e hizo de él inmediatamente (¡inmediatamente!) un escritor famoso.



Su estilo sencillo y su descripción realista de las escenas y formas de vida extraterrestres eran lo mejor que se había leído hasta entonces, y al público lector de ciencia-ficción les gustaba con delirio.

Una aceptación tan unánime e instantáneamente entusiasta no se había producido desde la publicación del primer cuento de E.E. Smith, seis años atrás, ni volvió a ocurrir hasta la aparición de los primeros relatos de Robert A. Heinlein, seis años después.

Aunque entonces no lo sabíamos, Weinbaum era un autor de Campbell desde antes de que éste comenzara a formar su equipo de escritores. Fue el único que alcanzó la talla de Campbell sin su ayuda. Si hubiera podido seguir escribiendo durante varios decenios (como es el caso de Smith y Heinlein), quizá Campbell no habría sido tan necesario.

Pero murió. Durante un año y medio publicó relatos en rápida sucesión, suscitando un entusiasmo cada vez más ruidoso entre sus lectores. A principios de 1936 murió de cáncer y todo terminó.

Sin embargo, no ha caído en el olvido. En las incontables antologías de ciencia-ficción que han aparecido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, se recogen relativamente pocos cuentos publicados antes de 1938 (es decir, antes de la Era de Campbell). *A Martian Odyssey* es la excepción más importante.

En 1970, treinta y seis años después de su publicación, los Escritores de Ciencia-Ficción de Estados Unidos eligieron por votación los mejores cuentos de ciencia-ficción de todas las épocas, y *A Martian Odyssey* quedó en segundo lugar. Se consideró que en todas las épocas sólo se había escrito un cuento mejor. Mi inmodestia no me permite pasar por alto esta oportunidad. El único cuento que consideraron mejor fue *Nightfall*, de Isaac Asimov.

Si hubiera leído *A Martian Odyssey* cuando se publicó por primera vez, seguramente el efecto me habría cansado, me impondría ahora su inclusión en esta antología. Pero la realidad es que no leí nada de Weinbaum hasta que fue publicado por primera vez en «Astounding Stories», con *Flight on Titan*, en el número de enero de 1935.

Naturalmente me gustó, pero *El planeta de los parásitos*, relato publicado en el número siguiente, fue el que me golpeó con la fuerza de un martillo y me convirtió instantáneamente en un incondicional de Weinbaum.

## EL PLANETA DE LOS PARÁSITOS

### Stanley G. Weinbaum

1

Por suerte para «Ham» Hammond, mediaba el invierno cuando empezó la erupción de barro. Mediaba el invierno en el sentido venusiano, que no puede compararse con la noción terrestre de dicha estación, salvo para los habitantes de las regiones tropicales, quizá, como la cuenca del Amazonas o el Congo.

Tal vez ellos podrían hacerse una vaga idea de lo que es el invierno en Venus, considerando los días más cálidos del estío y multiplicando por diez o doce el calor, las incomodidades y los desagradables pobladores de la selva.

En Venus, como bien sabemos ahora, las estaciones se alternan en hemisferios opuestos, al igual que en la Tierra, pero con una diferencia esencial. Aquí, cuando América del Norte y Europa se achicharran en verano, es invierno en Australia, Colonia del Cabo y Argentina. En los hemisferios norte y sur se alternan las estaciones.

Pero en Venus son los hemisferios oriental y occidental, ya que allí las estaciones no dependen de la inclinación con respecto al plano de la eclíptica, sino de la libración. Venus no gira, sino que vuelve siempre la misma cara hacia el Sol, la misma que la Luna respecto de la Tierra. En una cara siempre es de día y en la otra siempre de noche. Y sólo a la larga de una zona entre los dos hemisferios, una faja de ochocientos kilómetros de anchura, es posible la vida humana. Viene a ser un delgado anillo que rodea el planeta.

El lado iluminado por el sol es un desierto abrasado, en el que no sobreviven sino algunas criaturas venusianas. Al lado nocturno, la faja habitable limita con la colosal barrera de hielo provocada por la condensación de las corrientes de aire que se agitan incesantemente desde la atmósfera dilatada del hemisferio caliente hacia el frío.

El enfriamiento del aire tibio siempre provoca lluvias, y al límite de la oscuridad la lluvia se congela formando una gran banquisa. Es un misterio lo que existe más allá, qué formas fantásticas de vida pueden resistir en la oscuridad sin estrellas del hemisferio helado, o si la región está tan muerta como la Luna por su falta de atmósfera.

Pero la lenta libración, la pesada oscilación del planeta, provoca el efecto de las estaciones. En las tierras de la zona de penumbra, primero en un hemisferio y luego en el otro, el Sol velado por las nubes parece ascender gradualmente durante quince días y luego descender durante el mismo lapso de tiempo. Jamás asciende demasiado, y sólo cerca de la barrera de hielo parece tocar el horizonte, pues la libración sólo es de siete grados, si bien resulta suficiente para causar estaciones sensibles de quince días.

Y ¡qué estaciones! En invierno la temperatura a veces baja a treinta y dos grados, soportables a pesar de la humedad. y una quincena después, sesenta grados representan una mínima cerca del borde tórrido. Tanto en invierno como en verano se producen chaparrones intermitentes, para ser absorbidos por el suelo esponjoso y devueltos en forma de vapor pegajoso, desagradable y malsano.

La enorme humedad existente en Venus fue la mayor sorpresa para los primeros visitantes humanos. Naturalmente habían visto las nubes, pero el espectroscopio negaba la presencia de agua porque sólo analizaba la luz reflejada por las capas superiores de nubes, a ochenta kilómetros de la superficie del planeta.

Tal abundancia de agua tuvo consecuencias extrañas. No hay mares ni océanos en Venus, aunque es posible que en el hemisferio oscuro haya océanos extensos, inmóviles y eternamente congelados. En el hemisferio caliente, la evaporación es demasiado rápida; los ríos que bajan de las montañas heladas acaban por desvanecerse a efectos del estiaje.

Otra consecuencia es la naturaleza extrañamente inestable del terreno de la zona de penumbra. Lo recorren gigantescos ríos subterráneos invisibles, algunos hirviendo y otros fríos como el hielo de donde provienen. Esta es la causa de las erupciones de barro, tan peligrosas para la presencia humana en las Tierras Calientes; una zona de terreno firme y aparentemente seguro puede convertirse de pronto en un mar hirviendo de barro, donde los edificios se hundían y desaparecen, arrastrando con frecuencia a sus ocupantes.

No hay modo de prever estas catástrofes; un edificio sólo está seguro en los escasos afloramientos de roca. De ahí que todas las colonias humanas permanentes se apiñen alrededor de las montañas.

Ham Hammond era traficante; uno de esos aventureros que siempre surgen en las fronteras y límites de las regiones habitadas. La mayoría de estos individuos se dividen en dos categorías: o son temerarios inquietos que buscan el peligro, o parias y criminales que buscan la soledad o el olvido.

Ham Hammond no entraba en ninguna de estas dos categorías. No buscaba cosas tan abstractas, sino que perseguía el viejo y palpable señuelo de la riqueza. De hecho, compraba a los nativos las cápsulas de esporas de la planta venusiana xixtchil, de donde

los químicos terrestres extraían la trihidroxil-tres-tolunitrilo-beta-antraquinona, xixtlina o triple T-B-A, tan eficaz para las curas de rejuvenecimiento.

Ham era joven y a veces se preguntaba por qué los viejos ricos —y las viejas— pagaban sumas tan exorbitantes a cambio de pocos años más de virilidad, pues los tratamientos no prolongaban en realidad la vida, sino que suscitaban una especie de juventud provisional y sintética.

El cabello cano obscurecido, las arrugas llenas, las calvicies cubiertas de pelusa y luego, pocos años después, la persona rejuvenecida quedaba tan muerta como lo habría estado de todos modos.

Pero mientras la triple T-E-A tuviera un precio equivalente a su peso en radio, Ham estaba dispuesto a arriesgarse para conseguirla.

Jamás había esperado realmente la erupción de barro. Claro que este peligro era omnipresente, pero al mirar distraído por la ventana de su cabaña hacia la retorcida y humeante planicie venusiana, y ver que estallaban a su alrededor los repentinos charcos hirvientes, fue para él una sorpresa a pesar de todo.

En un primer momento quedó paralizado, luego actuó rápida y frenéticamente. Se puso el traje protector de transpiel semejante al caucho; se calzó las grandes raquetas para caminar sobre el barro; cargó a la espalda la preciosa bolsa de cápsulas de espora y algunos alimentos, y salió rápidamente al exterior.

El suelo aún estaba medio sólido, pero ya la tierra negra hervía alrededor de las paredes metálicas de la cabaña. El edificio se ladeaba un poco; pronto desaparecería lentamente, tragado por el barro, entre gorgoteos y chasquidos a medida que se inundaba poco a poco el emplazamiento.

Ham salió de su estupor. No se podía permanecer inmóvil en medio de una erupción de barro, ni siquiera con la ayuda de las raquetas. Cuando la materia viscosa le atrapaba a uno, la desdichada víctima estaba perdida; no lograba levantar los pies a causa de la succión, y acababa por seguir la suerte de la cabaña.

Por eso Ham comenzó a alejarse del pantano hirviente, caminando con aquel peculiar paso deslizante que había aprendido con la práctica, sin levantar las raquetas sobre el barro, sino deslizándose y cuidando de que el barro no rebasara el curvado borde de ataque.

Era un ejercicio agotador, pero absolutamente necesario. Se deslizó hacia el oeste, porque era la dirección de la cara oscura y, si había que buscar un lugar seguro, así se dirigía hacia temperaturas más soportables. La zona del pantano era excepcionalmente extensa. Recorrió al menos un kilómetro y medio antes de alcanzar una ligera prominencia del terreno, donde las raquetas para el barro hallaron terreno firme o casi firme. Estaba cubierto de transpiración, y su traje de transpiel daba tanto calor como una sala de calderas, pero en Venus uno se acostumbraba a eso. Habría dado la mitad de su provisión de cápsulas de xixtchil a cambio de la posibilidad de abrir la mascarilla del traje y respirar aire, aunque fuese el húmedo y cargado de vapor de Venus. Pero esto era imposible, si se quería seguir viviendo.

En cualquier lugar cercano al límite cálido de la zona de penumbra, una bocanada de aire sin filtrar significaba una muerte rápida y muy dolorosa; Ham habría ingerido millones de esporas de aquel feroz moho venusiano, y éste crecería en masas peludas y nauseabundas dentro de sus fosas nasales, su boca, sus pulmones y, por último, sus oídos y ojos.

A veces, ni siquiera hacía falta respirarlas; una vez Ham vio el cadáver de un traficante invadido de mohos. El desgraciado había rasgado en algún accidente su traje de transpiel, y eso bastó.

Esta situación hacía que fuese un problema comer y beber al aire libre. Era necesario esperar a que una lluvia abatiese las esporas; entonces se estaba a salvo durante media hora más o menos.

Además era imprescindible tomar agua recién hervida y alimento recién sacado del bote; de lo contrario —y esto le había ocurrido a Ham más de una vez—, el alimento podía convertirse bruscamente en una masa de moho velludo que crecía a ojos vistas. ¡Un espectáculo asqueroso! ¡Un planeta asqueroso!

Esta última reflexión fue formulada por Ham al contemplar el lodazal que se había tragado su cabaña. La vegetación más gruesa también había sido absorbida por aquél, pero ya empezaba a brotar una vida ávida y voraz, con musgos y una especie de hongos bulbosos a los que llamaban «bolas caminantes». Millones de organismos viscosos se arrastraban por el barro, entredevorándose, haciéndose pedazos, y volviendo a formar cada fragmento una criatura completa.

Mil especies distintas, pero todas iguales en un sentido: cada una era voracidad pura. Como la mayoría de los seres venusianos, poseían múltiples patas y bocas; en realidad, algunas eran poco más que sacos de protoplasma con docenas de bocas hambrientas con y cientos de pseudópodos para reptar.

Casi todos los seres de Venus son parásitos. Hasta las plantas, que obtienen su alimento directamente del terreno y el aire, son aptas para absorber y digerir —y, bastante a menudo, para capturar— alimento animal. En esa faja húmeda entre el fuego y el hielo, la competencia es tan feroz que quien no la haya visto nunca es incapaz de imaginarla.

El reino animal lucha incesantemente consigo mismo y contra el mundo vegetal; el reino de las plantas se venga y con frecuencia excede al otro en la creación de horrores monstruosos y rapaces, que uno incluso dudaría en clasificar como vida vegetal. ¡Un mundo terrible!

En los breves instantes que Ham se detuvo para mirar hacia atrás, pegajosas enredaderas treparon a sus piernas; el traje de transpiel era impermeable, pero tuvo que cortar los tallos con el cuchillo, y los jugos negros y repugnantes que segregaban mancharon su traje, llenándose en seguida de pelusa a medida que arraigaba el moho.

Ham se estremeció.

—¡Lugar infernal! —gruñó, inclinándose para quitarse las raquetas, que luego colgó cuidadosamente a su hombro.

Se alejó con torpeza entre la vegetación retorcida, evitando por instinto los torpes viajes de los árboles Jack Ketch, que proyectaban zarcillos en lazo corredizo intentando capturar sus brazos y su cabeza.

De vez en cuando pasaba junto aun árbol de donde colgaba algún ser atrapado, casi siempre irreconocible pues los mohos lo envolvían en una mortaja velluda, mientras el árbol ingería plácidamente víctima, mohos y todo.

—¡Qué lugar espantoso! —murmuró Ham, con un puntapié a una masa retorcida de gusanillos sin nombre que aparecieron en su camino.

Meditó; su cabaña había estado bastante más cerca del borde cálido de la zona de penumbra. Se hallaba a poco más de cuatrocientos kilómetros de la línea de sombra, aunque ésta variaba con la libración. De todos modos, era imposible acercarse demasiado a dicha línea, debido a las terribles y casi continuas tormentas que asolaban la zona donde los vientos cálidos ascendentes chocaban con los frentes helados del hemisferio oscuro. Aquellas tempestades eran el parto de la banquisa.

Doscientos cuarenta kilómetros hacia el oeste serían suficientes para llegar al frescor, entrando en la región templada, desfavorable para los mohos, donde podría sentirse relativamente cómodo.

Además, a menos de ochenta kilómetros hacia el norte estaba la colonia norteamericana de Erotia, así llamada por el nombre del travieso hijo mítico de Venus, Eros o Cupido.

En medio se alzaban las Montañas de Eternidad, No se trataba de aquellas poderosas cumbres de treinta y dos kilómetros de altura cuyas cimas divisan a veces los telescopios

terrestres y que separan la zona británica de Venus de las colonias norteamericanas, pero de todos modos eran montañas muy respetables, incluso en el paso por donde pensaba atravesarlas. En aquel momento se hallaba en zona británica, pero esto no molestaba a nadie. Los traficantes iban y venían a sus anchas.

Tendría que andar, pues unos trescientos veinte kilómetros. No había razones que le impidieran lograrlo; tenía una pistola automática y un lanzallamas. El agua no era problema si se hervía con cuidado. En caso de necesidad, incluso se podían comer seres venusianos, aunque eso exigía mucha hambre, una cocción cuidadosa y un estómago fuerte.

No era problema del sabor, sino del aspecto; al menos, eso le habían dicho. Frunció el ceño; no tardaría en averiguarlo por sí mismo, pues la comida envasada no le alcanzaría para todo el viaje.

«No hay que preocuparse», se decía Ham. De hecho, había muchas cosas que celebrar: las cápsulas de xixtchil que llevaba en la mochila equivalían a la fortuna que había ahorrado en la Tierra tras diez años de ímprobo trabajo.

No había peligro... y sin embargo, docenas de hombres habían desaparecido en Venus. Los mohos habían podido con ellos, o algún monstruo feroz y exótico, o quizás uno de los muchos monstruos aún desconocidos, vegetales o animales.

Ham siguió avanzando con prudencia por los claros, pero sin alejarse de los árboles Jack Ketch, pues aquellos vegetales omnívoros espantaban a otras formas de vida con la amenaza de sus voraces lazos corredizos. En otros lugares era imposible pasar, pues la jungla venusiana era una terrible maraña de formas retorcidas y agresivas que sólo podía penetrarse a machetazos, paso a paso, con infinitas fatigas.

También se corría el peligro de que algún bicho venenoso armado de colmillos pudiera atravesar la membrana protectora de transpiel.

Cualquier perforación en la misma significaba la muerte. Hasta los desagradables árboles Jack Ketch eran una compañía más llevadera, pensó mientras apartaba sus lazos ávidos.

Seis horas después de que Ham comenzara su involuntario viaje, empezó a llover. Aprovechó la oportunidad al hallar un sitio donde una erupción de barro reciente había barrido la vegetación más pesada, y se dispuso a comer. Antes recogió un poco de agua, la filtró mediante el tamiz adaptado a su cantimplora con este propósito, y se dispuso a esterilizarla.

Era difícil encender fuego, por ser muy escaso el combustible seco en las Tierras Calientes de Venus. Pero Ham echó en el líquido una tableta de termita y las sustancias químicas hicieron hervir el agua instantáneamente, escapando luego en forma de gases. Aunque el agua tuviera un ligero regusto a amoníaco... en fin, no importaba, pensó mientras la tapaba y la dejaba reposar hasta que se enfriase.

Abrió un bote de alubias, después de comprobar que no flotaban en el aire mohos susceptibles de contaminar la comida, luego abrió el visor de su traje y tragó con rapidez. Se bebió el agua, caliente como la sangre, y vertió cuidadosamente el sobrante en la bolsa interior del traje de transpiel, que permitía beber mediante un tubo conducido hasta su boca sin exponerse a los mohos mortales.

Diez minutos después de comer, mientras descansaba y anhelaba el imposible lujo de un cigarrillo, la capa velluda había invadido ya las sobras de la comida en el bote.

2

Una hora más tarde, agotado y cubierto de sudor, Ham encontró un árbol Amistoso, bautizado así por el explorador Burlingame por ser uno de los pocos organismos perezosos de Venus, lo cual le permitía a uno descansar en sus ramas. Ham lo escaló, se acurrucó lo más cómodamente posible y durmió.

Cuando despertó, habían pasado cinco horas según su reloj de pulsera. Los zarcillos y las pequeñas copas chupadoras del Amistoso cubrían su transpiel. Los apartó con mucho cuidado, bajó y reemprendió viaje hacia el oeste.

Fue después de la segunda lluvia cuando se encontró con el Pegajoso, nombre que recibe esa criatura en Venus británico y norteamericano. En la zona francesa la llaman *pot á colle*, es decir «bote de pegamento»; en la zona holandesa... bien, los holandeses no son remilgados y llaman a ese monstruo como consideran que merece.

El Pegajoso es una criatura realmente repulsiva, se trata de una masa de protoplasma blanco semejante a una pasta, cuyo tamaño varía desde la versión unicelular hasta una masa de veinte toneladas de basura viscosa. No tiene forma definida; de hecho, no es más que un amasijo de células de Proust. Es, en realidad, un cáncer semoviente, apestoso y voraz.

No posee organización ni inteligencia, ni instinto alguno salvo el hambre. Se mueve en cualquier dirección en que el alimento toque su superficie; si toca simultáneamente dos sustancias comestibles, se divide y la porción mayor ataca invariablemente la provisión más grande.

Es invulnerable a las balas y sólo lo destruye la terrible ráfaga de pistola lanzallamas, aunque para ello es preciso abrasar todas las células individuales. Se mueve por el terreno absorbiéndolo todo, dejando el suelo negro y desnudo, donde resurgen de inmediato los omnipresentes mohos. Es un ser horrible, de pesadilla.

Ham saltó aun lado cuando el Pegajoso emergió súbitamente de la jungla, a su derecha. Naturalmente, no podía asimilar el traje de transpiel, pero quedar atrapado por aquella masa pastosa suponía la muerte por asfixia. Lo miró con repugnancia y se sintió enormemente tentado a dispararle con su pistola lanzallamas mientras avanzaba. Lo habría hecho, pero el explorador venusiano experto suele ser muy prudente con el uso de la pistola lanzallamas.

Ésta ha de cargarse con un diamante que, aun siendo negro y barato, no deja de suponer un precio considerable. Al disparar, el cristal libera toda su energía en un estallido terrible y rugiente, con un alcance de cien metros, incinerando todo lo que encuentra a su paso.

La cosa reptaba con un ruido aspirante y devorador. Tras ella quedaba un rastro de desolación: enredaderas, trepadoras venenosas, árboles Jack Ketch, todo quedaba arrasado, incluso la tierra húmeda, donde los mohos ya empezaban a reproducirse otra vez.

El rastro recién abierto seguía casi la dirección que Ham deseaba tomar, de modo que aprovechó la oportunidad y avanzó con rapidez, sin dejar de prestar atención, no obstante, a las amenazadoras lindes de la jungla. Antes de diez horas, la trocha estaría una vez más cubierta de seres desagradables, aunque de momento constituía una pista mucho más rápida que le evitaba el ir zigzagueando de un claro a otro.

Ocho kilómetros más arriba, donde el camino ya comenzaba a poblarse desagradablemente, encontró un nativo que galopaba sobre sus cuatro patas cortas, abriéndose paso con sus pinzas delanteras.

Ham se detuvo a hablar con él.

—Murra —dijo.

El idioma de los nativos de las regiones ecuatoriales de las Tierras Calientes es insólito. Cuenta quizá con unas doscientas palabras, pero cuando el traficante las ha aprendido su conocimiento de la lengua no es mucho mayor que el de otro hombre que no sepa ninguna.

Las palabras representan nociones generales y cada fonema tiene entre doce y cien significados. Murra, por ejemplo, es una palabra de saludo; puede significar algo tan concreto como «hola» o «buenos días». También puede implicar un desafío: «¡En

guardia!», o bien «Seamos amigos» y también, extrañamente, «Arreglemos esto luchando».

Además, posee ciertas características de sustantivo: significa paz, guerra, valor, y temor. Es una lengua sutil. Recientemente, los estudios de fonética han empezado a desvelar sus matices para los filólogos humanos. Al fin y al cabo, quizás el inglés, con su «to», «too» y «two», con sus «one», «won», «wan», «wen», «win», «when», y otra docena de similitudes, puede resultar igualmente difícil a oídos venusianos, que no están acostumbrados a la diferenciación de las vocales.

Los humanos no saben interpretar las muecas de los rostros de venusianos, anchos, chatos y de tres ojos, que lógicamente deben de resultar muy expresivos para los nativos.

Pero el interlocutor de Ham aceptó el sentido que éste había dado a su saludo.

—Murra —respondió, haciendo alto—. ¿Usk?

Esto quería decir, entre otras cosas, ¿quién es?, ¿de dónde viene?, o ¿adónde va?

Ham escogió el último sentido. Apuntó más o menos hacia el oeste y luego describió un arco para indicar que cruzaría las montañas.

—Erotia —respondió.

Al menos, esta palabra no tenía más que un significado.

El nativo lo meditó en silencio. Por último gruñó y se mostró dispuesto a facilitar información. Alzó su garra cortante en un gesto hacia el oeste, señalando el camino.

—Curky —dijo, y luego agregó—: Murra.

Esta vez era una despedida. Ham se hizo a un lado, contra el lindero de la jungla, para dejarle pasar.

Curky significaba, entre otras veinte cosas, «traficante». Era la palabra que solía designar a los humanos, y Ham experimentó satisfacción ante la idea de tener compañía humana. Hacía seis meses que no escuchaba una voz humana, excepto la de la minúscula radio que se había perdido con su cabaña.

En efecto, después de recorrer ocho kilómetros a lo largo del rastro abierto por el Pegajoso, Ham se halló en una zona donde hacía poco se había producido una erupción de barro. La vegetación sólo llegaba a la cintura, y en el claro de medio kilómetro vio alzarse la cabaña de un traficante. Pero ésta era mucho más lujosa que su perdido cubículo de paredes de hierro. Constaba de tres habitaciones, lujo inaudito en las Tierras Calientes donde hasta el último tornillo debía ser traído por cohete desde alguna de las colonias. Y eso resultaba caro, casi prohibitivo. Los traficantes se arriesgaban de veras, y Ham había tenido suerte al salvarse con beneficio.

Caminó por el terreno aún blando. Las ventanas estaban cubiertas para protegerse de la luz eterna del día, y la puerta... la puerta estaba cerrada con llave, Esto era una violación del código fronterizo.

La puerta no debía cerrarse nunca con llave, pues ello podía significar la salvación de algún viajero extraviado, y ni el más desalmado sería capaz de robar en una cabaña que hallase abierta para seguridad de todos.

Tampoco los nativos; no hay ser más honrado que un venusiano nativo, que nunca miente ni roba aunque, después del desafío correspondiente, podría matar a un negociante para quitarle sus mercancías. Pero sólo después de un desafío en regla.

Ham se detuvo, desconcertado. Por último apisonó el suelo delante de la puerta para sentarse y quitarse los numerosos y repugnantes bichitos que recorrían su transpiel. Esperó.

Menos de media hora después, vio al traficante que se acercaba a través del claro. Era un individuo bajo y delgado. Aunque el traje de transpiel ocultaba su rostro, Ham distinguió unos ojos grandes y profundos. Se puso en pie.

—¡Hola! —saludó jovialmente—. Me he dejado caer por aquí para hacerle una visita. Me llamo Hamilton Hammond ¡Ya puede imaginar cuál es mi apodo!

El recién llegado se detuvo de súbito. y luego habló con una voz extraña, apagada y ronca, con indudable acento británico.

—Supongo que será «Hamburguesa» —el tono era frío, poco amistoso—. ¿Qué tal si se aparta y me deja entrar? ¡Buenos días!

Ham se sintió enfurecido y confuso.

—¡Diablos! —protestó—. No es usted muy hospitalario, ¿eh?

—No. Ni mucho ni poco. —Se detuvo ante la puerta—. Usted es norteamericano. ¿Qué hace en territorio británico? ¿Tiene pasaporte?

—¿Desde cuándo se necesita pasaporte en las Tierras Calientes?

—Es traficante, ¿no? —dijo el hombre delgado con aspereza—. Viene a quitarnos mercado. No tiene derechos aquí. Lárguese.

Ham apretó la mandíbula tras la mascarilla.

—Con derechos o no —respondió—. reclamo las consideraciones del código fronterizo. Quiero una bocanada de aire, la posibilidad de secarme la cara y también de comer. Si abre la puerta, le seguiré.

Una automática apareció ante sus ojos.

—Hágalo y será pasto de los mohos.

Como todos los traficantes de Venus. Ham era por necesidad audaz, ingenioso y lo que se dice «un duro». No cedió, sino que fingiendo transigir, agregó:

—De acuerdo. Ahora escuche, sólo pido una oportunidad de comer.

—Espere a que llueva —respondió el otro fríamente, disponiéndose a descorrer el cerrojo de la puerta.

Mientras el otro se volvía. Ham asestó un puntapié a la mano armada; el revólver rebotó contra la pared y cayó en la maleza.

Su adversario intentó sacar el lanzallamas que colgaba de su cadera, pero Ham le cogió fuertemente la muñeca.

El otro cedió en seguida y Ham se sorprendió al notar la delgadez de su muñeca a través del traje protector de transpiel.

—¡Óigame bien! —gruñó—. Quiero comer y lo conseguiré. ¡Abra esa puerta! —ordenó. cogiéndole por las muñecas.

Parecía un tipo excesivamente delicado, pues en seguida se dio por vencido. Ham le retuvo de la mano, abrió la puerta y ambos entraron.

Otra vez el lujo inusitado. Sillas robustas, una sólida mesa e incluso libros, seguramente preservados con licopodio para ahuyentar los mohos famélicos, que a veces entraban en las cabañas de las Tierras Calientes pese a las mamparas y a los pulverizadores automáticos. En ese momento funcionaba uno de éstos para destruir las esporas que pudieran haber entrado al abrir la puerta.

Ham tomó asiento sin perder de vista a su oponente, cuyo lanzallamas seguía en su funda. Confiaba en poder dominar al individuo delgado, además. ¿quién se arriesgaría a disparar una pistola lanzallamas en el interior de una casa? Sencillamente, volaría una pared del edificio.

Por tanto, se quitó la mascarilla, sacó los alimentos que llevaba en la mochila y se enjugó el rostro sudoroso mientras su compañero —o adversario— le miraba en silencio. Ham inspeccionó un rato la comida envasada y, como no aparecieron mohos, la ingirió.

—¿Por qué diablos no abre su visor? —Ante el silencio del otro, prosiguió—: Tiene miedo de que le vea la cara, ¿eh? Pues bien, no me interesa. No soy policía.

No hubo respuesta.

Volvió a intentarlo.

—¿Cómo se llama?

La fría voz respondió:

—Burlingame. Pat Burlingame.



Ham se echó a reír.

—Patrick Burlingame murió, amigo. Yo le conocía. Aunque no quiera decirme su nombre, no es necesario degradar el recuerdo de un hombre valiente y gran explorador.

—Gracias —la voz sonaba sarcástica—. Era mi padre.

—Otra mentira. No tenía ningún hijo varón. Sólo tenía una... —Ham se interrumpió, consternado. y luego gritó—: ¡Abra su visor!

Notó que los labios del otro, apenas visibles detrás de la protección, dibujaban una sonrisa burlona.

—¿Por qué no? —dijo la voz apagada, y la mascarilla cayó.

Ham tragó saliva; la protección había ocultado los delicados rasgos de una muchacha, de ojos grises y fríos. Las mejillas y la frente brillaban de sudor.

El hombre volvió a tragar saliva. Era un verdadero caballero, pese a su profesión de traficante en Venus. Poseía estudios —era ingeniero— y sólo el señuelo de la riqueza fácil la retenía en las Tierras Calientes.

—Lo..., lo siento —tartamudeó.

—¡Vosotros, los valientes invasores norteamericanos! —se burló la muchacha—. Muy valientes para doblegar a una mujer.

—Pero... ¿qué sabía yo? ¿Qué hace usted en un lugar como éste?

—No tengo por qué responder a su pregunta, pero... —Señaló hacia la otra habitación—. Sepa que estoy clasificando la flora y fauna de las Tierras Calientes. Soy Patricia Burlingame, biólogo.

Entonces Ham vio en la cámara contigua una colección de muestras guardadas en frascos.

—¡Una muchacha sola en las Tierras Calientes! ¡Eso es... temeridad!

—No esperaba tropezarme con un intruso norteamericano —respondió.

Ham se sonrojó.

—No se preocupe. Ahora mismo me largo —aseguró, llevándose las manos al visor.

Como un relámpago, Patricia sacó una automática del cajón de la mesa.

—Claro que sí, señor Hamilton Hammond —dijo fríamente—, pero no sin dejar aquí su xixtchil. Es propiedad de la Corona; usted la ha robado en territorio británico y queda confiscada.

Ham la miró atónito.

—¡Oiga! —estalló—. He arriesgado todo lo que tengo por esa xixtchil. Sin ella estoy arruinado... hundido. ¡No renunciaré a ella!

—Tendrá que hacerlo.

Ham dejó caer su máscara y se sentó.

—Señorita Burlingame —dijo—, creo que no tendrá valor para disparar, y tendrá que hacerlo si quiere conseguirla. De lo contrario, me quedaré aquí sentado hasta que usted caiga agotada.

Los ojos grises de la muchacha se clavaron en los azules de Ham.

Mantén la pistola firmemente apuntada al corazón, pero no disparó. Habían llegado a un punto muerto.

Por último, la muchacha dijo:

—Usted gana, intruso —guardó el arma en la funda—. Váyase de una vez.

—¡Con mucho gusto! —respondió.

Ham se levantó y bajó el visor, pero lo alzó de nuevo ante un repentino grito de sorpresa de la muchacha. Se volvió sospechando que era una trampa, pero ella miraba por la ventana con los ojos muy abiertos y llenos de terror.

Ham vio la vegetación aplastada y luego una enorme masa blanquecina. Un Pegajoso descomunal avanzaba implacablemente hacia el refugio. Oyó el suave pum del choque y luego la ventana quedó taponada por la masa pastosa mientras la criatura, que no era tan

grande como para cubrir el edificio, se dividía en dos masas que lo rodeaban y volvían a reunirse al otro lado.

Patricia lanzó otro grito:

—¡La mascarilla, tonto! ¡Ciérrela!

—¿Mascarilla? ¿Por qué? —Sin embargo, obedeció automáticamente.

—¿Por qué? ¡Ahí tiene la respuesta! ¡Los ácidos digestivos! ¡Mire!

Señaló las paredes. En efecto, habían aparecido millares de minúsculas rendijas. Los ácidos digestivos del monstruo, tan poderosos que atacaban cualquier sustancia apta para servir de alimento, habían corroído el metal. Estaba carcomido; la cabaña ya no serviría. Ham lanzó una exclamación al ver los mohos velludos que crecían en seguida entre los restos de su comida. La pelusa roja y verde invadió la madera de las sillas y la mesa.

Ambos se miraron.

Ham rió entre dientes.

—Bien —comentó. También usted se ha quedado sin hogar. Mi casa fue sepultada por una erupción de barro.

—¡Cómo no! —respondió agriamente Patricia—, Los yanquis sois demasiado estúpidos para saber encontrar terreno firme. Aquí hay lecho de roca a dos metros, y mi casa está edificada sobre pilares.

—¡Es usted una bruja! De todos modos, da lo mismo que si se hubiera hundido. ¿Qué hará ahora?

—No es asunto suyo. Sé arreglármelas sola.

—¿Cómo?

—No es que le importe, pero todos los meses viene un cohete.

—Debe ser millonaria —comentó.

—La Sociedad Real financia esta expedición —respondió— El cohete vendrá...

La muchacha se interrumpió y Ham creyó ver que palidecía tras la mascarilla.

—¿Cuándo vendrá?

—Bueno, había olvidado que pasó por aquí hace dos días.

—Comprendo. Y usted cree que podrá aguantar aquí un mes esperando a que llegue, ¿no es así?

Patricia le miró con desplante.

—¿Sabe en qué se habrá convertido antes de un mes? —prosiguió Ham—. Faltan diez días para el verano. Mire su cabaña.

Indicó las paredes, donde ya empezaban a formarse manchas pardas de óxido. A estas palabras, un trozo del tamaño de un plato se desprendió con un crujido.

—Dentro de dos días, esto será una ruina. ¿Qué hará durante los quince días de verano? ¿Qué hará sin refugio cuando la temperatura alcance sesenta y cinco..., setenta grados? Le aseguro que morirá.

La muchacha no hizo ningún comentario.

—Será una piltrafa llena de mohos cuando regrese el cohete —señalo Ham—. Y luego un montón de huesos mondos que se hundirán con la primera erupción de barro.

—¡Cállese! —suplicó.

—No servirá de nada que me calle. Le diré lo que puede hacer. Puede coger su mochila y sus recetas para el barro y acompañarme... Podríamos llegar al País Frío antes del verano... si sabe caminar tan bien como habla.

—¿Ir con un intruso yanqui? ¡Nunca!

—Y luego llegaremos cómodamente a Erotia, una buena ciudad norteamericana —prosiguió, imperturbable.

Patricia cogió la mochila y se la cargó a la espalda. Tomó un grueso fajo de notas escritas con tinta de anilina sobre transpiel, quitó algunos mohos inoportunos y se lo guardó en la mochila.

Luego sacó un par de diminutas raquetas y se dirigió resueltamente hacia la puerta.

—Entonces ¿viene? —rió entre dientes.

—Marcho a la buena ciudad británica de Venoble. ¡Sola!

—¡Venoble! —exclamó—. ¡Queda a trescientos veinte kilómetros hacia el sur! ¡Y hay que atravesar las Eternidades Mayores!

3

Patricia salió en silencio y echó a andar hacia el oeste, hacia la Región Fría. Ham titubeó un instante y luego salió. No podía permitir que la muchacha emprendiera sola aquella travesía. Como ella fingía ignorar su presencia, la siguió a poca distancia mientras ella avanzaba, orgullosa e iracunda.

Anduvieron tres o cuatro horas bajo el día eterno, esquivando las insidias de los árboles Jack Ketch y siguiendo el rastro, todavía bastante practicable, del primer Pegajoso.

Ham estaba asombrado ante la gracia ágil y esbelta de la muchacha, que avanzaba con la soltura de un nativo. Luego recordó algo; en cierto sentido, ella era nativa. Recordó que la hija de Patrick Burlingame fue la primera criatura humana nacida en Venus, en la colonia de Venoble fundada por él.

Ham rememoró los artículos que publicó la prensa cuando la muchacha fue enviada a la Tierra para iniciar sus estudios, a los ocho años; en aquel entonces él tenía trece. Ahora tenía veintisiete y, por tanto, Patricia Burlingame tenía veintidós.

No intercambiaron una sola palabra, hasta que por último la muchacha se volvió exasperada.

—Váyase —ordenó.

Ham se detuvo.

—No la molesto.

—Pero no necesito guardaespaldas, ¡Sé desenvolverme en las Tierras Calientes mejor que usted!

No discutió esta afirmación. Guardó silencio, y un momento después la muchacha agregó:

—¡Le odio, yanqui! ¡Dios mío, cómo le odio!

Dicho esto se volvió y siguió andando.

Una hora después los atrapó una erupción de barro. El barro pastoso hirvió a sus pies y la vegetación fue agitada con violencia. Rápidamente calzaron las raquetas mientras las plantas más voluminosas se hundían con siniestros gorgoteos a su alrededor. A Ham volvió a sorprenderle la habilidad de la muchacha; Patricia se deslizaba sobre la inestable superficie con una velocidad que él no podía igualar, de modo que fue quedando atrás.

Vio que la muchacha se detenía de súbito. Era peligroso hacerlo en medio de una erupción de barro; sólo podía indicar una emergencia. Se apresuró, y desde treinta metros de distancia comprendió el motivo. Se le había roto una tira de la raqueta derecha y estaba desvalida, sosteniéndose sobre el pie izquierdo, mientras la otra raqueta se hundía poco a poco.

Patricia le observó mientras se acercaba. Ham se puso a su lado y, cuando la muchacha comprendió su intención, dijo:

—No podrá.

Ham se agachó cuidadosamente, pasando los brazos por las piernas y los hombros de la muchacha. La raqueta izquierda de Patricia ya se hundía, pero él tiró con fuerza, hundiéndose peligrosamente los bordes de sus propias raquetas. Con fuerte ruido de succión, la muchacha quedó libre y permaneció absolutamente inmóvil en sus brazos, para no desequilibrarle mientras avanzaba con grandes precauciones sobre la superficie traicionera. La muchacha no pesaba, pero de todos modos la operación era peligrosísima

y el barro llegaba hasta el borde de las raquetas de Ham. Aunque en Venus la gravedad es ligeramente inferior a la de la Tierra, uno se acostumbra en una semana y la reducción del veinte por ciento en peso queda compensada.

Cien metros más allá encontró piso firme. Ham bajó a Patricia y se quitó las raquetas.

—Gracias —dijo—. Ha sido muy valiente.

—No hay de qué —respondió secamente—. Supongo que esto pondrá fin a cualquier idea de viajar sola, Sin las raquetas para el barro, la próxima erupción será la última que vea en su vida. ¿Iremos juntos ahora?

La voz de la muchacha se hizo gélida.

—Puedo fabricar un sucedáneo con corteza de árbol.

—Ni siquiera un nativo podría caminar sobre cortezas de árbol.

—Entonces esperaré un par de días, hasta que se seque el barro, y desenterraré la raqueta que perdí —agregó.

Ham rió e indicó la extensión del barro.

—¿Desenterrarla? —inquirió—. Si lo intenta, el verano próximo aún la estará buscando.

Patricia cedió.

—Otra vez se ha salido con la suya, yanqui. Pero sólo hasta la Región Fría; luego usted se irá al norte y yo al sur.

Caminaron sin cesar. Patricia era tan incansable como Ham, y conocía mucho mejor las Tierras Calientes. Aunque hablaban poco, a Ham no dejó de maravillarle la maestría con que ella tomaba el camino más rápido; además, la muchacha parecía adivinar los lazos de los Jack Ketch sin necesidad de mirar. Pero fue cuando se detuvieron, después de una lluvia que les permitió tomar una rápida comida, cuando tuvo verdaderos motivos para darle las gracias.

—¿Descansamos? —propuso Ham y, viendo que ella asentía, agregó—: Allí hay un Amistoso.

Avanzó hacia el árbol y la muchacha le siguió.

Súbitamente, ella le tomó del brazo.

—¡Es un Fariseo! —gritó, tirando de él hacia atrás.

¡Justo a tiempo! El falso Amistoso había lanzado un latigazo terrible que pasó a pocos centímetros de su cara. No era un Amistoso, sino una especie mimética que engañaba a su víctima con un aspecto inofensivo, para golpearla luego con sus espinas afiladas como cuchillos.

Ham jadeó.

—¿De qué se trata? Nunca he visto ninguno de éstos.

—¡Un Fariseo! Se parece a un Amistoso.

Patricia sacó la automática y disparó sobre el tronco negro y palpitante. Salió un chorro oscuro, y los omnipresentes mohos se asentaron en la herida al momento. El árbol estaba condenado.

—Gracias —dijo Ham, confuso—. Creo que me ha salvado la vida.

—Ahora estamos a mano. —Le miró serenamente—. ¿Comprendido? No me debe nada.

Luego encontraron un auténtico Amistoso y durmieron. Al despertar, reanudaron la marcha, y así durante tres jornadas sin noches.

Aunque no volvieron a sufrir ninguna erupción de barro, conocieron todos los demás horrores de las Tierras Calientes. Los Pegajosos atravesaban su camino, las enredaderas-serpiente silbaban y atacaban, los Jack Ketch lanzaban sus siniestros lazos corredizos, y millones de bichos reptantes se retorcían bajo sus pies o se pegaban a sus trajes.

Una vez encontraron un unípedo, esa criatura extraña, semejante a un canguro, que cruza la selva saltando con una única pata poderosa, y alarga su pico de tres metros para atravesar la presa.

Ham erró el primer tiro, pero la muchacha le acertó, haciéndolo caer entre los ávidos árboles Jack Ketch y los mohos implacables.

En otra ocasión Patricia quedó cogida por los pies en un lazo corredizo de Jack Ketch que, por algún motivo desconocido, estaba en el suelo. Cuando lo pisó, el árbol la levantó de súbito y quedó colgando cabeza abajo a tres metros y medio de altura, hasta que Ham logró liberarla. Sin duda, cualquiera de los dos ya habría muerto, de haber viajado solos; juntos, podían prestarse ayuda.

Pero no había variado la actitud fría y poco amistosa entre ellos. Ham jamás hablaba con la muchacha salvo caso de necesidad y, en las contadas ocasiones en que se dirigían la palabra, ella sólo le llamaba «intruso yanqui». A pesar de esto, el hombre a veces recordaba la agreste belleza de sus rasgos, su cabellera castaña y los serenos ojos grises que veía a ratos, cuando la lluvia les permitía abrir los visores.

Por fin sopló el viento del oeste, acarreando una bocanada de frescura que les pareció un bálsamo celestial. Era el viento bajo, el que soplaba desde el hemisferio helado del planeta, llevando el frío más allá de la barrera de hielo. A modo de experimento, Ham arrancó la corteza de un arbusto retorcido, y los mohos crecieron más escasos, faltos de vitalidad. Se acercaban a la Región Fría.

Hallaron un Amistoso y se alegraron; otra jornada y llegarían a las tierras altas, donde se podía caminar sin protector, a salvo de los mohos, pues no se reproducían a menos de veintiséis grados.

Ham fue el primero en despertar. Durante un rato contempló en silencio a la muchacha, sonriendo al ver que las ramas del árbol parecían abrazarla con afecto. No era más que hambre, pero parecían expresar ternura. Su sonrisa se borró al recordar que la Región Fría significaba la separación, a menos que lograra quitarle de la cabeza la insensata decisión de cruzar las Eternidades Mayores.

Suspiró, alargó la mano hacia la mochila que colgaba de una rama, y de repente lanzó un chillido de rabia y contrariedad.

¡Sus cápsulas de xixtchil! La bolsa de transpiel estaba rota y habían desaparecido.

El grito despertó a Patricia. Tras la máscara, Ham observó una sonrisa irónica.

—¡Mi xixtchil! —rugió—. ¿Dónde está?

La muchacha señaló abajo. Allí, entre las matas, había un montículo de mohos.

—Allí —respondió fríamente—. Allí abajo, intruso.

—Usted... —se atragantó de ira.

—Sí. He cortado la bolsa mientras dormía.. No sacaré de contrabando riquezas robadas en territorio británico.

Ham estaba blanco, mudo.

—¡Maldita bruja! —rugió finalmente—. ¡Era todo lo que tenía!

—Pero robado —le recordó placentemente, columpiando sus diminutos pies.

Tembló de ira y la miró; la luz atravesaba el traje de transpiel transparente, delineando su cuerpo y sus piernas esbeltas y bien torneadas.

—¡Debería matarla! —murmuró tensamente.

Un tic nervioso le agitaba una mano, y la muchacha rió en voz baja. Ham lanzó un gruñido de desesperación, se colgó la mochila sobre los hombros y bajó al suelo.

—Espero..., espero que no salga con vida de las montañas —dijo torvamente, emprendiendo la marcha hacia el oeste.

Cien metros después oyó la voz de la muchacha.

—¡Yanqui! ¡Espere un momento!

Sin detenerse ni volverse, siguió andando.

Media hora después miró hacia atrás desde un cerro y vio que ella le seguía. Empezó de nuevo la marcha, apurando el paso. La cuesta ascendente pudo más que la habilidad de la muchacha.

Cuando se volvió por segunda vez, ella era un punto que se movía muy lejos, fatigada pero tozuda. Frunció el ceño pensando que en caso de erupción de barro estaría totalmente desvalida, por faltarle las raquetas de tan vital importancia.

Luego comprendió que habían dejado atrás la zona de las erupciones de barro y estaban en las estribaciones de las Montañas de Eternidad. De todos modos, pensó malhumorado, le era indiferente.

Durante buen rato Ham bordeó un río, sin duda un anónimo afluente del Phlegethon. Hasta entonces no se había visto obligado a vadear corrientes de agua, porque todos los caudales de Venus fluyen naturalmente desde la barrera de hielo a través de la zona de penumbra hasta el hemisferio tórrido. Por tanto, coincidían con la dirección de su viaje.

Pero cuando llegara a las mesetas y torciera hacia el norte, tropezaría con los ríos. Sólo se podían atravesar sobre troncos o, en condiciones favorables y sobre corrientes angostas, mediante las ramas de los Amistosos. Poner los pies en el agua equivalía a la muerte; terribles y voraces criaturas habitaban los cursos de agua.

Al llegar a la primera meseta estuvo al borde de la catástrofe. Era mientras rodeaba un grupo de Jack Ketch; de súbito apareció una oleada de podredumbre blanca, y la vegetación fue sepultada por la masa de un Pegajoso gigantesco.

Quedó arrinconado entre el monstruo y una maraña impenetrable de vegetación, e hizo lo único que podía. Disparó el lanzallamas. El rayo terrible y rugiente incineró toneladas de basura pegajosa hasta que no quedaron sino unos fragmentos reptando y alimentándose de los restos.

El disparo, como suele ocurrir, inutilizó el cañón del arma.

Suspiró mientras se disponía a trabajar durante cuarenta minutos para reemplazarlo —ningún verdadero conocedor de las Tierras Calientes deja esa operación para luego—, pues el disparo le había costado quince buenos dólares americanos: diez el diamante barato que había consumido, y cinco el cañón. Eso no importaba cuando tenía su xixtchil, pero ahora venía a ser un verdadero problema.

Suspiró otra vez al descubrir que sólo le quedaba un cañón; se había visto obligado a prescindir de todo cuando empezó la marcha.

Ham llegó finalmente a la meseta. La vegetación terrible y voraz de las Tierras Calientes era allí más escasa; empezaron a aparecer plantas auténticas, no semovientes, y el viento frío refrescó su rostro.

Se hallaba en una especie de valle alto; a su derecha aparecían las cumbres grises de las Eternidades Menores, al otro lado de las cuales quedaba Erotia, y a su izquierda, como una muralla poderosa y resplandeciente, se alzaban las vastas cumbres de la Sierra Grande, que se ocultaban entre nubes a veinticuatro kilómetros de altura.

Miró el acceso del difícil Paso del Loco, que se abría entre dos cimas colosales; el paso tenía siete mil quinientos metros de altura, pero las montañas aún se alzaban a quince kilómetros más. Sólo un hombre, Patrick Burlingame, había atravesado a pie aquella garganta escabrosa, y tal era el camino que pensaba seguir su hija.

Enfrente, como una cortina de sombras, se alzaba el límite nocturno de la zona de penumbra. Ham vio los relámpagos incesantes que centelleaban en aquella región de tormentas eternas. Allí la banquisa cruzaba la cordillera de las Montañas de Eternidad y el frío viento raso, en aquellas alturas gigantescas, se reunía con los cálidos vientos superiores en una lucha que constituía una tempestad interminable como sólo Venus puede producir. El río Phlegethon nacía por allí.

Ham paseó la mirada por aquel panorama salvaje y magnífico. Al día siguiente o, mejor dicho, después de descansar, se dirigiría al norte. Patricia iría hacia el sur y, sin duda,

moriría en algún punto del Paso del Loco. Por un instante experimentó una sensación extrañamente dolorosa, y luego frunció el ceño con amargura.

¡Que muriera, si era tan tonta como para querer pasar sola porque tenía demasiado orgullo para tomar un cohete en una población norteamericana! Se lo merecía, y a él no le importaba. Así fue repitiéndoselo mientras se preparaba para dormir, no en un Amistoso, sino en un ejemplar de vegetación verdadera y con la comodidad del visor abierto.

Despertó al oír su nombre. Miró hacia la meseta y vio que Patricia iba a alcanzar la montaña. Le sorprendió que ella hubiera logrado seguir sus pasos, hazaña bastante difícil en un lugar donde la vegetación vuelve a entrelazarle tan pronto como uno ha pasado. Entonces recordó que había disparado el lanzallamas. El fogonazo y el estampido debieron oírse a varios kilómetros a la redonda.

Ham observó que la muchacha miraba a su alrededor, angustiada.

—¡Ham! —volvió a gritar. No yanqui ni intruso, sino su nombre.

Guardó un rencoroso silencio; ella volvió a llamarle. Lograba distinguir su rostro pícaro y bronceado, ya que Patricia se había quitado la capucha de transpiel. Después de llamar por última vez, se encogió de hombros y echó a andar hacia el sur, a lo largo de la divisoria. Ham la miró en obstinado silencio. Cuando desapareció en el bosque, él bajó y se encaminó poco a poco hacia el norte.

Sus pasos eran cada vez más lentos, como si tirase de él un resorte invisible. Aún le parecía ver el rostro, angustiado y oír la llamada. Estaba seguro de que ella iba hacia la muerte y, a pesar de lo que ella le había hecho, no deseaba que esto ocurriera. Patricia estaba demasiado llena de vida, era demasiado confiada, demasiado joven y, sobre todo, demasiado hermosa para morir.

Cierto que era una bruja arrogante, perversa y suficiente, fría como el cristal y tan poco acogedora, pero, tenía ojos grises y cabello castaño, y era valiente. Por último, con un gruñido de impaciencia, hizo alto, se volvió y corrió casi desesperadamente hacia el sur.

Seguir el rastro de la muchacha era empresa fácil para un buen conocedor del terreno. En la Región Fría la vegetación no proliferaba tanto, lo que le permitió hallar pisadas o ramitas rotas indicando que ella había pasado por allí. Vio dónde había atravesado el río por medio de las ramas de un árbol, y también dónde se había detenido a comer.

Comprendió que ella ganaba terreno; era más hábil y rápida que Ham, pero el camino resultaba cada vez más escabroso a medida que se acercaba a las vastas Montañas de Eternidad, y sabía que allí la alcanzaría. Conque durmió un rato en la comodidad del pantalón corto y la camisa, liberado de la molestia del traje de transpiel. No era peligroso hacerlo allí; el viento frío que siempre soplaba hacia las Tierras Calientes alejaba las esporas de los mohos, y en todo caso éstas no habrían resistido las temperaturas inferiores.

En cuanto a las plantas oriundas de la Región Fría, no eran carnívoras.

Durmió cinco horas. El «día» siguiente de marcha trajo otra modificación del paisaje. En las laderas la vegetación era escasa, comparada con la de las mesetas. Ya no era una jungla, sino un bosque, un bosque gigantesco cuyos troncos se elevaban ciento cincuenta metros y cuyas copas no eran de follaje, sino de apéndices floridos.

Sólo algún Jack Ketch aislado recordaba las Tierras Calientes.

A mayor altura, el bosque comenzaba a escasear. Aparecían grandes peñascos y largos barrancos rojos sin ningún tipo de vegetación. A veces pasaban enjambres de los únicos seres voladores del planeta, los dusters grises, con aspecto de polillas pero del tamaño de un halcón, tan frágiles que un golpe los destruía. Revoloteaban, posándose de vez en cuando para capturar alguna presa furtiva, y hacían tintinear sus voces curiosamente parecidas a campanillas. Cercanas en apariencia, aunque a cincuenta kilómetros de distancia en realidad, se alzaban las Montañas de Eternidad, cuyas cumbres desaparecían entre las nubes.

De vez en cuando le resultaba difícil rastrear a Patricia, pues ésta solía caminar sobre la roca desnuda. Luego volvió a encontrar huellas frescas; la superioridad de su fuerza le valió una vez más. Poco después la vio en el fondo de un colosal acantilado formado por un desfiladero estrecho y poblado de árboles.

Ella miraba el tajo gigantesco, evidentemente preguntándose si podría escalar la barrera o si sería preferible contornearla. Como él, se había quitado el traje de transpiel y llevaba la camisa y los pantalones cortos que suelen usarse en el País Frío. Pues, al fin y al cabo, no es tan frío según criterios terrestres. Ham pensó que parecía una hermosa ninfa de los antiguos bosques de Pelión.

Ham se apresuró mientras ella avanzaba por el desfiladero.

—¡Pat! —gritó; era la primera vez que la llamaba por su nombre.

La alcanzó treinta metros después, dentro del desfiladero.

—¡Usted! —exclamó—. Parecía cansada; había andado durante horas y en sus ojos brillaba una luz de alivio—. Creí que usted... quise buscarle.

El rostro de Ham no expresaba la misma satisfacción.

—Oiga, Pat Burlingame —dijo fríamente—. No merece ninguna consideración, pero no puedo permitir que vaya hacia la muerte. Aunque sea una bruja obstinada, también es mujer. La llevaré a Erotia.

El brillo de bienvenida desapareció.

—¿Seguro, intruso? Mi padre pasó por aquí y yo también puedo hacerlo.

—Su padre pasó en pleno verano, ¿no es cierto? Hoy se cumple la mitad del verano. No podrá llegar al Paso del Loco en menos de cinco días, ciento veinte horas, y para entonces estará al caer el invierno. Esta longitud estará cerca de la línea de tormenta. Es una estúpida.

Patricia se sonrojó.

—El paso tiene altitud suficiente para recibir la influencia de los vientos altos. Hará calor.

—¡Calor! Sí... calentado por los rayos —se interrumpió; un lejano fragor de truenos rodaba por el desfiladero—. Escuche. Dentro de cinco días estará sobre nosotros.

Señaló las pendientes totalmente yermas y agregó:

—Ni siquiera los venusianos pueden subsistir allí... ¿o se cree usted tan dura como pata servir de pararrayos? Tal vez tenga razón.

—¡Antes el rayo que usted! —respondió Patricia, iracunda, y luego se tranquilizó de súbito—. Intenté llamarle —agregó sin venir a cuento.

—Para reírse de mí —repuso con amargura.

—No. Para decirle que la lamentaba y que...

—No necesito que se disculpe.

—Pero quería decirle que...

—No importa. Su arrepentimiento no me interesa. El daño ya está hecho —cortó, mirándola con el ceño fruncido.

Patricia aún quiso confirmar, en tono humilde:

—Pero yo...

Un ruido la interrumpió y al volverse gritó de espanto. Había aparecido un Pegajoso enorme, un coloso que ocupaba el desfiladero de pared a pared hasta una altura de dos metros, y que avanzaba hacia ellos. Estos monstruos eran menos frecuentes en la Región Fría, pero también más grandes, pues en las Tierras Calientes la abundancia de alimento hacía que se subdividieran a menudo. Aquel era un gigante, un cataclismo, toneladas y toneladas de podredumbre nauseabunda y apestosa cerrando el estrecho paso, interceptándoles.

Ham cogió el lanzallamas, y la muchacha detuvo su brazo.

—¡No, no! —gritó—. ¡Está demasiado cerca! ¡Nos salpicará!



Patricia tenía razón. Sin la protección de los trajes de transpiel, el contacto con un pedazo del monstruo sería mortal. y el impacto del lanzallamas no dejaría de hacer saltar trozos de la bestia. La tomó de la muñeca y huyeron por el desfiladero, intentando alejarse lo suficiente para efectuar un disparo. A unos cuatro metros les seguía el Pegajoso, avanzando ciegamente en la única dirección que sabía... hacia el alimento.

Consiguieron ventaja. Un recodo del desfiladero, que discurría hacia el sudoeste, lo hacía pasar de improviso hacia el sur. La luz del Sol, siempre fija al este, quedó oculta; se hallaban en un lugar de perpetua penumbra y el terreno era de roca pelada y sin vida. Al llegar allí el Pegajoso se detuvo; como carecía de organización y de voluntad, no podía moverse si el alimento no le daba dirección.

Sólo la vida superabundante de Venus podía mantener a semejante monstruo; no vivía sino comiendo sin cesar.

Ambos se detuvieron en el recodo sombrío.

—¿Y ahora? —murmuró Ham.

Un buen disparo contra la masa era imposible desde aquel ángulo, ya que no la destruiría sino en parte.

Patricia dio un salto y arrancó un matorral de la pared, que crecía donde ésta recibía un débil rayo de luz. Lo echó delante del monstruo, y este avanzo medio metro.

—Engañémoslo —propuso la muchacha.

Era imposible; la vegetación era demasiado escasa.

—¿Qué va a hacer esa cosa? —preguntó Ham.

—Una vez vi uno perdido en el límite desértico de las Tierras Calientes —respondió la muchacha—. Se retorció largo rato y luego las células se atacaron entre sí. Se devoró a sí mismo. ¡Fue horrible!

—¿Cuánto tiempo duró?

—¡Ah! Cuarenta o cincuenta horas.

—No voy a esperar tanto tiempo —gruñó Ham. Rebuscó en su mochila y sacó el traje de transpiel.

—¿Qué quiere hacer?

—Ponerme esto y disparar desde cerca.

—Empuñó el lanzallamas.

—Este es el último cañón —observo Ham, sombrío, y luego agrego animándose—: Pero tenemos la suya.

—La cámara de mi pistola se rajó la última vez que la usé, hará diez o doce horas. Pero tengo muchos cañones.

—¡Perfecto. —dijo Ham.

Se arrastró con cautela hacia el palpitable y horrible amasijo blanco. Extendió los brazos para abarcar el mayor ángulo posible, apretó el gatillo y el trueno del disparo retumbó en el desfiladero. Volaron pedazos del monstruo a su alrededor, y el resto chamuscado por la incineración de toneladas de podredumbre se redujo a un espesor de noventa centímetros.

—¡El cañón ha resistido! —gritó triunfalmente. Evitaba por esta vez el tener que cambiarlo.

Cinco minutos después el arma volvió a disparar. Cuando la masa del monstruo cesó de agitarse, sólo quedaban cuarenta y cinco centímetros de espesor pero el cañón quedó atomizado.

—Tendremos que usar uno de los suyos —dijo.

Patricia sacó uno, Ham lo cogió y dejó caer la mano con desaliento. ¡Los cañones fabricados en Enfield eran demasiado pequeños para la pistola norteamericana!

—¡Serán idiotas...! —gruñó.

—¡Idiotas! —exclamó ella—. ¿Acaso los yanquis usáis morteros de trinchera para los cañones?

—Hablaba de mí mismo en realidad. Debí suponerlo. —Se encogió de hombros—. Bien, ahora podemos elegir entre esperar aquí a que el pegajoso se devore a sí mismo, o buscar otra manera de salir de esta trampa. Tengo la corazonada de que este desfiladero carece de salida.

Patricia admitió que probablemente era así. La grieta esa consecuencia de algún movimiento antiguo que había partido la montaña en dos. Al no ser debida a la erosión del agua, cabía que terminase en una herradura inexpugnable, aunque también era posible que alguna de aquellas paredes pudiera ser escalada.

—De todos modos, nos sobra tiempo —concluyó la muchacha—. Podemos intentarlo. Además... —y arrugó la naricilla, aludiendo al hedor del Pegajoso.

Ham la siguió a través de la penumbra, sin quitarse aún la protección de transpiel. El pasadizo volvía a doblar hacia el oeste, las rocas eran tan altas y abruptas que el Sol no llegaba al fondo. Era un lugar de sombras, como la región de las tormentas que separa la zona de penumbra del hemisferio oscuro: ni noche ni día auténticos, sino un estado intermedio.

A sus ojos los miembros bronceados de Patricia parecían pálidos en vez de morenos y, al hablar, su voz despertaba extraños ecos entre los acantilados opuestos. Aquel abismo era un lugar extraño, un rincón siniestro y desagradable.

—Esto no me gusta —comentó Ham—. El paso se acerca cada vez más a la zona de oscuridad. Recuerde que nadie sabe lo que hay en el lado oscuro de las Montañas de Eternidad.

Patricia se echó a reír; el eco fue fantasmagórico.

—¿Qué peligro puede haber aquí? En todo caso, tenemos las pistolas.

—No hay salida —refunfuñó Ham—. Regresemos.

Patricia le plantó cara.

—¿Tiene miedo, yanqui? —bajó la voz—. Los nativos dicen que en estas montañas hay fantasmas —prosiguió burlonamente—. Mi padre me contó que había visto cosas extrañas en el Paso del Loco. ¿Sabe que si hay seres en el lado nocturno, sería fácil que llegaran hasta aquí, con la oscuridad que hay?

Se estaba burlando de él. Volvió a reír. De repente, su risa fue repetida en espantosa cacofonía desde las paredes de piedra que se cernían sobre ellos.

Palideció; ahora era Patricia la que estaba asustada. Contemplaron con aprensión los muros de roca, donde aparecían y desaparecían sombras extrañas.

—¿Qué... qué ha sido eso? —susurró—. ¡Ham! ¿Ha visto?

Ham lo había visto. Una sombra había sobrevolado la franja de cielo, saltando de un acantilado a otro sobre sus cabezas. Volvió a oírse una risa ululante. Unas siluetas oscuras se arrastraban como moscas sobre las paredes cortadas a pico.

—¡Regresemos! —jadeó la muchacha—. ¡Pronto!

Mientras Patricia se volvía, un objeto pequeño de color negro cayó a su lado y se rompió con un estallido tétrico. Ham lo miró. Era una cápsula, un saco de esporas de tipo desconocido. Se alzó una nube densa y negra, Ambos comenzaron a toser violentamente, Ham sintió que la cabeza le empezaba a dar vueltas, y Patricia se apoyó en él.

—¡Es un... narcótico! —murmuró—. ¡Vámonos!

Otra docena de bolas reventaron alrededor de ellos. Las esporas formaban negros remolinos y el respirar se convertía en una tortura. Los estaban drogando y asfixiando al mismo tiempo.

Ham tuvo una idea salvadora.

—¡La máscara! —tosió. cubriéndose el rostro con la mascarilla de transpiel.

El filtro que protegía a los seres humanos contra los mohos de las Tierras Calientes también limpiaba de aquellas esporas el aire. Pero el protector de la muchacha se hallaba en algún lugar de su mochila y no lo encontraba. Cayó sentada en el suelo.

—Mi mochila —murmuró—. Llévesela. Su... su... —tuvo un acceso de tos.

La arrastró hasta el refugio de un saliente y sacó de la mochila su traje de transpiel.

—¡Póngaselo! —gritó.

Estallaron veinte cápsulas más.

Una figura saltó furtivamente sobre el muro de roca, a gran altura.

Ham apuntó con la automática y disparó. Se oyó un grito agudo y chirriante, al que respondió un coro de alaridos, y un ser del tamaño de un hombre se despeñó hasta caer amenos de tres metros de él.

Era espantoso. Ham observó afligido aquella criatura no muy distinta de los nativos que él conocía con tres ojos, dos manos y cuatro piernas; aunque las manos, que tenían dos dedos como las de los habitantes de las Tierras Calientes, no eran como pinzas, sino que blancas y con garras.

¡Y el rostro...! No era la cara ancha e inexpresiva de aquellos, sino una máscara angulosa, malévol y sombría, con ojos de doble tamaño que los de los nativos. No había muerto, sino que aún destilaba odio; cogió una piedra y se la arrojó sin fuerzas, aunque con aviesa intención. Luego murió.

Naturalmente, Ham ignoraba lo que era. Se trataba de un triops noctivivans, el «morador de tres ojos de la obscuridad», un ser extraño e inteligente que por ahora es el único del lado nocturno que conocemos. A veces se encuentran individuos de estas razas feroces en las oscuras gargantas de las Montañas de Eternidad. Es probablemente la criatura más maligna de los planetas conocidos, un ser absolutamente incomprensible que no vive sino de la matanza.

Con el disparo, la lluvia de cápsulas concluyó y hubo un coro de carcajadas de hiena. Ham aprovechó el respiro para cubrir el rostro de la muchacha con la mascarilla, que se le había caído después de ponérsela a medias.

Entonces se oyó un silbido agudo. Una piedra rebotó y le alcanzó en el brazo. Otras llovieron a su alrededor, rápidas como balas. Hubo tal revuelo de siluetas, con grandes saltos hacia el cielo y terribles risas burlonas. Disparó contra uno de los que saltaban. Oyó de nuevo el grito de dolor, pero esta vez el enemigo no cayó.

Las piedras seguían lloviendo sobre él. Eran pequeñas, del tamaño de guijarros, pero las disparaban con tanta fuerza que silbaban al pasar y herían su carne a través del traje protector. Tumbó a Patricia boca abajo, pero la muchacha gimió débilmente cuando un proyectil la golpeó en la espalda. La escudó con su cuerpo.

La situación era insostenible. Debían arriesgarse a retroceder, pese a que el Pegajoso bloqueaba la salida. Pensó que protegidos por el traje de transpiel, tal vez podrían pasar sobre la masa. Sabía que era una idea delirante; el protoplasma viscoso los envolvería hasta sofocarlos... pero debía correr el riesgo. Tomó a la muchacha en brazos y corrió rápidamente por el desfiladero.

Alaridos, chillidos y un coro de risas burlonas retumbaron a su alrededor. Las piedras le golpearon en todas partes. Una le dio en la cabeza, haciéndole tropezar y golpearse contra la roca. Pero siguió corriendo con obstinación. Ahora sabía qué le impulsaba: era la muchacha que llevaba. Tenía que salvar a Patricia Burlingame.

Ham llegó al recodo. La luz del Sol daba arriba, sobre la pared oeste. Sus repulsivos perseguidores se refugiaron en el lado oscuro. Afortunadamente, no soportaban la luz natural; con mantenerse muy pegado a la pared oriental quedaba algo protegido.

Faltaba el otro recodo, bloqueado por el Pegajoso. Cuando vio algo que le hizo sentirse enfermo. Tres seres se hallaban reunidos junto a la masa blanca, comiendo —¡realmente comiendo!— de aquella carroña. Se volvieron aullando al acercarse él. Tumbó a dos de

ellos a tiros, y cuando el tercero quiso escalar el muro lo liquidó también de un disparo. Al caer en medio de la masa informe hizo un chapoteo estremecedor.

Volvió a sentir náuseas. El Pegajoso se retiraba; el caído quedaba en un hueco semejante al agujero de una rosquilla gigante. Ni siquiera el monstruo se atrevía con aquellas criaturas.

(Se ignoraba entonces que, mientras los seres del hemisferio nocturno de Venus pueden devorar y digerir los seres del lado diurno, lo contrario es imposible. Ninguna criatura del hemisferio diurno puede devorar seres del lado oscuro, debido a la presencia de varios alcoholes metabólicos venenosos)

Pero el indígena, al saltar, había atraído la atención de Ham hacia un reborde saliente unos treinta centímetros. Tal vez... Sí, quizá fuese posible utilizar aquella senda para eludir al Pegajoso. Sin duda sería difícil bajo la lluvia de piedras, pero no quedaba otra alternativa.

Soltó a la muchacha para liberar su brazo derecho. Metió otro cargador en la pistola y disparó al azar hacia las sombras que saltaban arriba. La granizada de guijarros cesó un instante y, con un esfuerzo convulsivo y doloroso, Ham arrastró a Patricia hasta el saliente.

Las piedras llovieron de nuevo a su alrededor. Avanzó paso a paso, cruzando exactamente por encima del Pegajoso condenado.

¡Muerte abajo y muerte arriba! Poco a poco salió del paso; arriba, ambos muros reflejaban la luz del sol y ya estaban a salvo.

Al menos él estaba a salvo. La muchacha tal vez había muerto, pensó con desesperación mientras seguía el rastro trazado por el Pegajoso. Cuando salieron a la luz quitó la mascarilla del rostro de la muchacha y observó sus rasgos blancos, fríos como el mármol.

No estaba muerta, sino presa de un sopor producido por los narcóticos. Una hora después volvió en sí, aunque se sentía débil y muy asustada. Lo primero que hizo fue reclamar su mochila.

—Aquí está —contestó Ham—. ¿Qué es eso tan importante que lleva en su mochila? ¿Sus notas?

—¿Mis notas? ¡Oh, no! —un ligero rubor cubrió su rostro—. Eso... es lo que intentaba decirle... se trata de su xixtchil.

—¿Cómo?

—Sí, yo... no la tiré para que se enmoheciera. Es suya, Ham. Muchos traficantes británicos entran en las Tierras Calientes norteamericanas. Rompí la bolsa y oculté la hierba en mi mochila. Los mohos del suelo se hallaban allí porque yo les arrojé algunas ramas... para que pareciera auténtico.

—Pero... pero, ¿por qué?

El rubor se hizo más intenso.

—Quería castigarle —susurró Patricia— por mostrarse tan... tan frío y distante.

—¿Yo? —se asombró Ham—. ¡Usted sí que estaba fría y distante!

—Quizá fue así al principio. Usted entró en mi casa a la fuerza. Pero... Ham, cuando me salvó de la erupción de barro... fue distinto.

Ham se atragantó y, con un gesto brusco, la cobijó entre sus brazos.

—No pienso discutir quién tiene la culpa. Pero hay otra cuestión que arreglaremos en seguida. Iremos a Erotia y allí nos casaremos en una buena iglesia norteamericana, si ya la han construido y, si no es así, nos casara un buen Juez norteamericano. No se hable más del Paso del Loco ni de cruzar las Montañas de Eternidad. ¿Está claro?

Patricia miró las vertiginosas cumbres y se estremeció.

—¡Muy claro! —respondió, obediente.

La revelación de Weinbaum suscitó un periodo durante el cual todos los autores se dedicaron a divagar sobre extrañas formas de vida. Todos los relatos pasaron a ser epopeyas extraterrestres, aunque nadie lo hacía tan bien como Weinbaum. Cuando empecé a escribir ciencia-ficción, tampoco fui inmune. Aunque prefería poner en acción a seres humanos, alguna vez me atreví con la temática de Weinbaum, por ejemplo en *Christmas on Ganymede*.

Mi obra más parecida a las de Weinbaum fue de hecho una imitación deliberada del espíritu de *El planeta de los parásitos*. Me refiero a mi novela de juventud *Lucky Starr and the Oceans of Venus*, escrita veinte años después que la narración que me inspiró. (No os preocupéis, no la había olvidado.) Es una pena que al progresar nuestros conocimientos astronómicos acerca de Venus, haya desaparecido por completo la posibilidad de que sea un mundo tropical y húmedo. Tanto *El planeta de los parásitos* como *Lucky Starr and the Oceans of Venus* quedan hoy ridículamente anticuados.

Los cuentos de ciencia-ficción prestaban cada vez más atención a la verosimilitud científica. En *Coloso* se hacía caso omiso de que la velocidad de la luz sea limitada. En un cuento posterior, *Próxima Centauri* de Murray Leinster, publicado en «Astounding Stories» de marzo de 1935, no fue así. El viaje a la estrella más cercana era descrito como una expedición de varios años.

## PROXIMA CENTAURI

### Murray Leinster

I

De cerca, el «Adastra» brillaba ya bajo la luz del sol cada vez más próximo. Los discos de visión que recorrían el casco de la gigantesca nave espacial transmitían una débil claridad a las pantallas visoras anterior. Mostraban el monstruoso y redondo globo metálico, entrecruzado por vigas demasiado macizas para ser transportadas por una energía menos poderosa que la de la propia nave espacial. El globo de mil quinientos metros de diámetro aparecía como un objeto débilmente brillante inmóvil en el espacio.

Esa apariencia era engañosa. Aunque la nave parecía monstruosa demasiado inmensa para ser movida por cualquier tipo de energía concebible, en aquel momento reaccionaba a la energía. En una docena de lugares de su costado débilmente brillante se veían unas aberturas. De esas aberturas salían tenues llamas color púrpura. Su resplandor era débil —más que el de la estrella cercana— pero eran los cohetes desintegradores que habían elevado al «Adastra» de la superficie de la Tierra y durante siete años lo empujaron a través del espacio interestelar hacia Próxima Centauri, la estrella fija más cercana al sistema solar de la humanidad.

Ahora ya no empujaban la nave, la poderosa máquina reducía velocidad. Diez metros por segundo perdía el globo con exactitud, para mantener dentro de su casco el efecto de la gravedad terrestre. Hacía meses que comenzó a frenar. De una velocidad máxima poco inferior a la de la luz, la primera nave que recorría la distancia entre sistemas solares iba frenando poco a poco, para alcanzar la velocidad de maniobra a unos noventa y seis millones de kilómetros de la estrella.

Lejos, muy lejos, Próxima Centauri resplandecía tentadoramente. Los discos de visión que captaban su débil resplandor sobre el casco de la nave espacial iban conectados a circuitos que transportaban la imagen al interior. En la sala de mandos principal aparecía amplificada muchas veces. Un anciano de barba blanca y uniforme observó la imagen pensativamente. Luego comentó con voz queda, como si hubiera dicho lo mismo otras veces:

—Ese anillo resulta extraño. Es doble, como el de Saturno, Saturno tiene nueve lunas. Uno se pregunta cuántos planetas tendrá esta estrella.

La muchacha dijo, nerviosa:

—Pronto lo sabremos, ¿no? Estamos a punto de llegar. Ya conocemos el período de rotación de uno. Jack dijo que...

Su padre se volvió deliberadamente hacia ella.

—¿Jack?

—Gary —respondió la muchacha—. Jack Gary.

—Parece bien dispuesto y es muy hábil, pero es un Mut, ¡No lo olvides! —dijo el anciano sin alzar la voz.

La muchacha se mordió el labio.

El anciano continuó con gran lentitud y sin acritud:

—Es lamentable que se haya producido esta división entre la tripulación de lo que debía ser una expedición científica realizada con el espíritu de una cruzada. Tú apenas puedes recordar cómo comenzó. Pero nosotros, los oficiales, sabemos demasiado bien cuántos esfuerzos hicieron los Muts por dar al traste con el propósito de nuestro viaje. Jack Gary es un Mut. A su manera, es inteligente. Yo le habría traído a los alojamientos de los oficiales, pero Alstair investigó y descubrió hechos indeseables que lo desaconsejaron.

—¡No le creo a Alstair! —dijo la muchacha en el mismo tono imparcial—. De todos modos, fue Jack quien captó las señales. ¡Y él, oficial o Mut, es quien se ocupa de ellos! De cualquier modo, es humano. Es hora de que lleguen nuevamente las señales y tú le necesitas para cuando eso ocurra.

El anciano frunció el entrecejo y se dirigió con precaución hacia un asiento. Se sentó con el cuidado habitual y bastante patético de un anciano. Naturalmente, el «Aadastra» no exigía una vigilancia tan constante como las naves interplanetarias. Allí, en el vacío, no era necesario vigilar por si aparecían otros viajeros, o meteoros, o aquellos extraños campos de fuerza todavía inexplicables que, al principio, hicieron tan peligrosos los viajes interplanetarios.

De cualquier modo, la nave era una estructura tan gigantesca que los meteoritos pequeños no podrían dañarla. Y a la velocidad a que viajaba en aquel momento, los grandes serían captados por los campos de inducción a tiempo para observarlos y, si era necesario, desviarlos.

Una puerta lateral de la sala de mandos se abrió de súbito y entró un hombre. Observó con mirada de profesional consciente los grupos de indicadores. Se oyó el disparo de un relé, y volvió la mirada hacia allí. Luego saludó al anciano con meticulosa corrección y sonrió a la muchacha.

—¡Ah, Alstair! —dijo el anciano—. ¿Tú también estás interesado en las señales?

—Sí, señor. ¡Por supuesto! Como vicecomandante prefiero vigilar las señales. Gary es un Mut y no me gustaría que obtuviera información que pudiese ocultar a los oficiales.

—¡Eso es una tontería! —exclamó la muchacha con acaloramiento.

—Probablemente —admitió Alstair—. Supongo que sí Incluso creo que es así, pero prefiero no descuidarme.

Se oyó el sonido de un zumbador. Alstair apretó un botón y se iluminó un disco visor. En él apareció un rostro joven, moreno y bastante serio.

—Sin novedad, Gary —dijo Alstair, lacónico.

Apretó otro botón. El disco visor se oscureció y se iluminó de nuevo para mostrar un largo pasillo por el cual avanzaba una figura solitaria. Al acercarse, el mismo rostro de antes les miró con indiferencia. Alstair dijo secamente:

—Las puertas están abiertas, Gary. Puede pasar.

—¡Considero que eso es monstruoso! —exclamó la muchacha enojada mientras el disco se oscurecía—. ¡Confiáis en él! ¡Tenéis que hacerlo! ¡Pero cada vez que entra en los camarotes de la oficialidad actuáis como si viniera con una bomba en cada mano y el resto de los hombres le siguiera!

Alstair se encogió de hombros y miró al anciano, que dijo con fastidio:

—Querida, Alstair es vicecomandante y será comandante del viaje de regreso a la Tierra. Me gustaría que te mostraras menos desagradable.

La muchacha volvió la espalda con intención a la enérgica figura de Alstair con su elegante uniforme, y apoyó el mentón entre las manos, pensativa, mirando a la pared opuesta. Alstair se acercó a los grupos de indicadores y los estudió con atención. El ventilador zumbaba suavemente. Un relé sonó haciendo un ruido curioso, como engréido y satisfecho de sí mismo. No se oía nada más.

El «Aadastra», la obra más poderosa de la raza humana, avanzaba por el espacio mientras la luz de un astro desconocido resplandecía débilmente sobre su enorme casco. Doce llamas de color púrpura brillaban en los agujeros de la parte delantera. Reducía su velocidad a razón de diez metros por segundo, manteniendo el efecto de la gravedad terrestre en el interior.

—La Tierra quedaba a siete años de viaje y a incontables billones de kilómetros. Los viajes interplanetarios ya eran algo común en el sistema solar, una colonia próspera en Venus y una precaria colonia mantenida en la más grande de las lunas de Júpiter prometían un lucrativo comercio espacial para cuando las ciudades muertas de Marte dejaran de dar su botín increíblemente rico. El «Aadastra» era la primera nave que exploraba el espacio más allá de Plutón.

Era la más grandiosa de las naves, la estructura más colosal construida por los hombres. Por cierto que al principio el proyecto fue tildado de irrealizable por los mismos hombres que después hicieron una realidad de su construcción. Las vigas de su armazón eran tan inmensas que, una vez soldadas, no pudieron moverse con ningún dispositivo de elevación de los que tenían a su disposición los constructores. En consecuencia, hicieron moldes y el metal loe colado en su posición definitiva como parte de la nave. Los tubos de sus motores eran tan colosales que las vibraciones supersónicas necesarias para neutralizar el efecto desintegrador del campo de Caldwell debían generarse en treinta puntos distintos de cada tubo, pues de lo contrario, la desintegración del combustible se habría extendido a los tubos y luego a la gran nave, descomponiendo incluso el planeta madre en un estallido de radiantes llamas púrpura. A la aceleración máxima, cada conjunto de doce tubos desintegraba cinco centímetros cúbicos de agua por segundo.

Sus depósitos de aire transportaban una reserva que podía sustentar a su tripulación de trescientas personas durante diez meses sin necesidad de purificarlo. Sus almacenes, sus provisiones de materias primas y acabadas eran tan abundantes que enumerarlos equivaldría a recitar números sin sentido.

En su interior incluso había doscientas hectáreas reservadas al cultivo de alimentos, donde las cosechas crecían bajo las lámparas solares. Servían de fertilizantes los desperdicios de materias orgánicas. Las plantas absorbían el anhídrido carbónico para devolverlo en parte como oxígeno y en parte como verduras ricas en hidratos de carbono.

El «Aadastra» era en sí mismo un mundo. Con una reserva suficiente de energía, podía mantener indefinidamente a su tripulación, renovar sus provisiones alimenticias, depurar su atmósfera interna sin pérdidas.

Contenía en su interior espacio suficiente para satisfacer toda necesidad humana, incluso la de soledad.

Al emprender el viaje más estupendo de la historia humana, se le había concedido la calificación legal de mundo; el comandante tenía poderes para dictar y hacer cumplir todas las leyes necesarias. Embarcada hacia un destino situado a cuatro años-luz de distancia, se calculaba que el plazo mínimo de viaje sería de catorce años. Ninguna tripulación dejaría de sufrir bajas en un viaje tan largo. Por consiguiente, en aquel viaje no se habían alistado hombres, sino familias.

Cuando el «Aadastra» despegó de la Tierra había cincuenta niños a bordo. Durante el primer año de viaje nacieron diez. La gente de la Tierra supuso que la poderosa nave no sólo podía alimentar por tiempo indefinido a su tripulación, sino que ésta, con sus necesidades cubiertas y con medios adecuados de diversión y educación, se perpetuaría a sí misma de tal modo que un viaje de mil años fuera tan factible como la primera travesía a Próxima Centauri.

Y así pudo ser, salvo por un hecho tan trivial y humano que nadie supo preverlo: el tedio. En menos de seis meses, el viaje dejó de ser una gran aventura. La vida en la gran nave pasó a ser una rutina mortal, sobre todo para las mujeres.

El «Aadastra» se asemejaba a una gigantesca casa de apartamentos sin periódicos, tiendas, películas de estreno, caras nuevas, ni siquiera el aliciente de los cambios de tiempo, tan molestos en tierra. Al estar previstas todas las circunstancias del viaje, era imposible la sorpresa. Esto equivalía al tedio.

El tedio trajo la inquietud. Y la inquietud, existiendo a bordo mujeres que habían soñado con grandes aventuras, fue un gran pandemónium. Sus maridos ya no les parecían héroes fascinantes, sino meros seres humanos. Los hombres sufrieron desilusiones semejantes. Solicitudes de divorcio inundaron el escritorio del comandante, que era la suprema autoridad legal. El octavo mes hubo un asesinato, y dentro de los tres meses siguientes otros dos.

Al año y medio de salir de la Tierra, la tripulación estaba en situación de semiamotinamiento, originado por la profunda monotonía. Al cumplirse el segundo año, los camarotes de los oficiales fueron sellados para separarlos de la parte común del «Aadastra». La tripulación fue desarmada, y los trabajos que se exigían a los amotinados eran cumplidos por la fuerza de las armas en manos de los oficiales. Después del tercer año, la tripulación exigió el regreso a la Tierra. Pero el tiempo que necesitaba el «Aadastra» para decelerar y cambiar de rumbo en aquel momento la haría llegar tan cerca de su destino, que no constituiría diferencia apreciable en la duración total de su viaje. Los miembros de la tripulación intentaron aliviar el tiempo que les faltaba con todos los vicios y pasatiempos que podían improvisar a falta de verdadera necesidad de trabajar.

En la sección de los oficiales se referían a los subordinados con una palabra que se hizo habitual, una contracción del vocablo «mutineers». La tripulación terminó por eludir el trato con los oficiales. A pesar de lo que dijera Alstair, ya no había peligro de que se declarase una rebelión. Aunque tardíamente, habían alcanzado una especie de equilibrio psicológico.

Del nerviosismo característico de los moradores de una casa de pisos aislada, la mayor parte de la dotación del «Aadastra» pasó a adoptar el carácter de los habitantes de un pueblo aislado. La diferencia era significativa. Los niños criados durante el largo viaje a través del espacio estaban bien adaptados a las condiciones de aislamiento y rutina.

Jack Gary era uno de ellos. Contaba dieciséis años cuando emprendió la travesía y era hijo de un ingeniero de cohetes cuya muerte se produjo durante el segundo año. Helen Bradley también entraba en este grupo; tenía catorce años cuando su padre, creador y comandante del poderoso globo, accionó la palanca de mando que puso en marcha los inmensos cohetes.



Al dar comienzo el viaje, su padre ya había pasado la madurez. Era un anciano envejecido por las responsabilidades de siete años ininterrumpidos. Y sabía, lo mismo que Helen, aunque ella no se atreviese a confesárselo, que jamás sobreviviría al largo viaje de retorno. Alstair ocuparía su puesto y ejercería la autoridad absoluta inherente al cargo. Además, quería casarse con Helen.

Meditó estas cuestiones con la barbilla entre las manos, sentada en la sala de mandos. No se oía nada sino el zumbido del ventilador y de vez en cuando el disparo de algún relé poniendo en marcha las máquinas automáticas, que hacían que el «Aadastra» siguiera siendo un mundo donde nunca pasaba nada.

Llamaron a la puerta. El comandante abrió los ojos, algo sobresaltado. Ya era muy viejo. Había estado dormitando.

Alstair respondió:

—¡Entre!

Jack Gary entró.

Saludó al comandante sin dirigirse a nadie más, lo cual era correcto según el reglamento, pero los ojos de Alstair relampaguearon.

—¡Ah, sí! —dijo el comandante—. Gary. Se han recibido más señales, ¿no?

—Sí, señor.

Jack Gary se mostró muy sereno, muy frío. Sólo en una ocasión, cuando miró a Helen, mostró algo diferente de la actitud formal de un hombre concentrado en su trabajo. Luego, en una fracción de segundo, sus ojos le dijeron algo a la muchacha, que asumió una expresión de ruborosa alegría.

Aunque fue una rápida ojeada, Alstair la captó y dijo ásperamente:

—¿Ha adelantado algo en el desciframiento de las señales?

Jack manejaba los mandos de un receptor de toda banda, y consultaba notas escritas a lápiz en un cuaderno de cálculos. Estaba analizando el mensaje recibido.

—No, señor. Al principio llega una serie de señales que deben constituir un distintivo de llamada, dado que parte de la misma secuencia vuelve como firma al final. Con permiso del comandante he utilizado la primera parte de la secuencia llamada como firma de nuestros mensajes de respuesta. Pero al estudiar las señales he hallado algo que parece importante.

El comandante preguntó en voz baja:

—¿De qué se trata, Gary?

—Señor, durante algunos meses hemos enviado señales mediante un haz coherente de luz que nos precedía. Su intención era enviar señales por adelantado, de modo que si había seres inteligentes en planetas que rodean este sol, tuvieran la impresión de una misión de paz.

—¡Por supuesto! —exclamó el comandante—. ¡Resultaría trágico el primer contacto a escala cósmica fuera hostil.

—Desde hace unos tres meses venimos recibiendo respuesta a señales. Siempre a intervalos de poco más de treinta horas. Naturalmente, supusimos que las enviaba una emisora fija que emitía señales una vez al día, cuando la estación se hallaba en la posición más favorable para hacerlo.

—Por supuesto —repitió el comandante—. Nos permitió conocer período de rotación del planeta de donde provienen las señales.

Jack Gary graduó la última escala y accionó la palanca. Se oyó zumbido agudo que se extinguió rápidamente. Volvió a mirar mandos y los controló.

—He comparado los datos teniendo en cuenta nuestro acercamiento. Como acertamos tan rápido la distancia entre nosotros y la estrella, nuestras señales hoy tardan en llegar a Próxima Centauri varios segundos menos que ayer. Las señales de ellos deberían experimentar el mismo acortamiento de ritmo, si realmente emitieran todos los días a la misma hora planetaria.

El comandante asintió con indulgencia.

—Al principio fue así —prosiguió Jack—. Pero hace unas tres semanas la frecuencia cambió a otra totalmente distinta. La fuerza de la señal cambió y también la forma de la onda, como si hubiera intervenido otra emisora. El primer día del cambio, las señales llegaron un segundo antes de lo que correspondía a nuestra velocidad aproximación. El segundo día llegaron tres segundos antes, el tercero seis y el cuarto diez y así sucesivamente. Llegaban cada vez más antelación, en progresión lineal hasta hace una semana. Luego la velocidad de cambio comenzó a disminuir de nuevo.

—¡Tonterías! —exclamó Alstair con impaciencia.

—Está en los archivos —le respondió Jack concisamente.

—¿Cómo explica este hecho, Gary? —preguntó el comandante.

—Ahora transmiten desde una nave espacial que avanza hacia nosotros a una velocidad cuatro veces mayor que nuestra aceleración máxima —respondió Jack—. Y, según sus relojes, nos envían esta señal a intervalos iguales, como antes.

Hubo un silencio. Helen Bradley sonrió, distraída. El comandante pensó con detenimiento y luego observó:

—¡Muy bien, Gary! Parece posible. ¿Qué más?

—Bien, señor —dijo Jack—. Puesto que el ritmo de las señales cambió hace una semana, se diría que la otra nave espacial ha empeñado a reducir velocidad. Aquí tiene mis cálculos, señor. Si las señales son transmitidas a intervalos constantes, existe otra nave espacial dirigida hacia nosotros, que está disminuyendo la velocidad para detenerse y alcanzar nuestra posición y velocidad dentro de cuatro días y dieciocho horas. Suponen que nos cogerán por sorpresa.

El rostro del comandante se iluminó.

—¡Maravilloso, Gary! ¡Sin duda debe ser una civilización muy desarrollada! ¡La comunicación entre dos pueblos, separados por una distancia de cuatro años-luz! ¡Cuántas cosas maravillosas aprenderemos! ¡Y pensar que han enviado una nave muy lejos de su sistema para saludarnos y darnos la bienvenida!

La expresión de Jack seguía siendo grave.

—Espero que sea así, señor —comentó, lacónico.

—¿Qué pasa ahora, Gary? —inquirió Alstair con enojo.

—Bueno —empezó Jack muy despacio— fingen que las señales provienen de su planeta, emitiéndolas en lo que suponen ser intervalos constantes. Si quisieran, podrían transmitir veinticuatro horas al día y elaborar un código de comunicaciones. Pero, en cambio, intentan engañarnos. Sospecho que se acercan dispuestos a luchar, como mínimo. Y si no me equivoco, las señales comenzarán exactamente dentro de tres segundos.

Calló y observó el receptor. La cinta que fotografiaba las ondas a medida que entraban, y la otra que registraba las modulaciones, salieron en blanco del receptor. De súbito, tres segundos después, una aguja osciló y sobre las cintas aparecieron minúsculas gráficas blancas. El altavoz emitió ruidos.

Era una voz; esto al menos quedaba claro. Era áspera y al mismo tiempo sibilante, muy parecida al chirrido de un insecto. Pero los sonidos que emitía estaban modelados de un modo que no se podría atribuir a un insecto. Evidentemente formaban palabras, sin vocales ni consonantes, pero que poseían inflexión y variaban de volumen y tono.

Los tres hombres y la muchacha que estaban en la sala de mandos la habían oído otras veces. Pero ahora advertían en ella una impresión de peligro, de amenaza, de insidioso afán de destrucción, que les heló la sangre.

La nave espacial avanzó a través del espacio mientras sus cohetes emitían diminutas llamas púrpura, insignificantes en apariencia, que no despedían humo ni gases, como fuegos fatuos que ardiesen en el vacío de manera inexplicable.

Su aspecto exterior no había cambiado, ni cambiaría al correr de los años. A intervalos largos y pocos frecuentes, los hombres salían a través de las cámaras estancas y recorrían los costados, bañando el acero sobre el cual caminaban y sus propios cuerpos con poderosas antorchas térmicas, para evitar que el frío del revestimiento se transmitiera a través de los trajes y los matara como hormigas sobre una plancha candente. Pero hacía mucho tiempo que se necesitaba ninguna reparación.

En aquel momento, bajo el lejano y débil resplandor de Próxima Centauri, un hombre protegido por un traje espacial salió de una cámara y fue instantáneamente disparado hasta el extremo de un filiforme cable salvavidas. La deceleración de la nave no sólo simula gravedad en su interior. Todo lo que participaba de su movimiento quedaba sometido al mismo efecto. El hombre se alejaba de la nave por su propio impulso, o sea por la misma fuerza que el interior había mantenido sus pies pegados al suelo.

Regresó con dificultad, moviéndose con exagerada torpeza bajo la presión del traje. Se aferró a un saliente donde se enganchó, mientras manejaba un taladro eléctrico. Con la misma torpeza, cambió de posición y volvió a taladrar. La maniobra se repitió por tercera, quinta vez. Durante cerca de media hora trabajó colocando sobre la extensa pared de acero, que siempre parecía hallarse por encima de él, un complicado armazón de cables y tirantes. Al fin pareció darse por satisfecho, regresó a la compuerta y entró. El «Adastra» siguió avanzando exactamente igual, sólo que ahora llevaba aquel minúsculo amasijo de cables, de unos nueve metros de diámetro, que parecía una maraña microscópica de alambre de púas.

Ya dentro del «Adastra», Helen Bradley saludó con entusiasmo Jack mientras se quitaba el traje especial.

—¡Qué miedo he pasado! —le dijo—. ¡Era espantoso verte colgado allí! ¡Y pensar que tenías a tu espalda millones de kilómetros de espacio vacío!

—Si la cuerda se hubiera roto —murmuró Jack con serenidad—, tu padre habría desviado la nave para recogerme. Encendamos el inductor y veamos cómo funciona la nueva parrilla de recepción.

Colgó el traje espacial. Mientras se disponían a atravesar el umbral, sus manos se rozaron por casualidad. Se miraron y titubearon, deteniéndose. Los ojos de Helen brillaban. Se enlazaron sin darse cuenta de lo que hacían. Las manos de Jack subieron, hambrientas.

Resonaron unos pasos cerca de allí. Alstair, vicecomandante de la nave espacial, apareció por un recodo y se detuvo en seco.

—¿Qué significa esto, Gary? —preguntó con rabia—. ¡Aunque el comandante le permita entrar en la sección de los oficiales, ello no le autoriza a traer también sus métodos de seductor Mut!

—¡Atrevido! —gritó Helen, furiosa.

Jack, que había enrojecido, se puso rápidamente lívido de ira.

—Tendrá que disculparse por esas palabras —dijo con gran serenidad— o le enseñaré los métodos Mut de lucha con un arma de fuerza. ¡Como oficial, ahora llevo una!

Alstair lo miró, iracundo.

—Tu padre se encuentra mal —se volvió a Helen—. Comprende que el viaje está a punto de terminar. Durante los últimos meses, la esperanza le daba fuerzas, pero ahora está...

La muchacha lanzó un grito y salió corriendo.

Alstair se dirigió de nuevo a Jack:

—No me disculparé —ladró—. Usted es oficial por orden del comandante. Pero además es Mut y, tan pronto como yo sea comandante del «Adastra», perderá la categoría. ¡Se lo advierto! ¿Qué hacía aquí?

Jack estaba mortalmente pálido, pero el cargo de oficial del «Adastra», con la posibilidad de ver a Helen, era demasiado precioso para dimitir, salvo en caso extremo. Además, tenía que hacer. Por cierto que su trabajo no podría continuar si le quitaban el grado de oficial.

—He instalado una parrilla de interferencia en la parte exterior del casco —respondió—, para localizar la estación emisora de los mensajes que hemos recibido. Como usted sabe, también actuará como inductor hasta cierta distancia, y a esa distancia será mucho más exacto que los inductores principales de la nave.

—Entonces, ¡dedíquese a su maldito trabajo, conságrele toda su atención, y menos romances! —exclamó Alstair, punzante.

Jack conectó la toma de la nueva parrilla al receptor de toda banda. Trabajó durante una hora, cada vez más desanimado. Algo andaba muy mal. Los inductores no mostraban nada alrededor del «Adastra». La parrilla de interferencia revelaba un objeto de considerable tamaño a menos de tres millones de kilómetros de distancia y a un lado del rumbo del «Adastra». De improviso, todas las indicaciones de la existencia de dicho objeto desaparecieron. Los diales del receptor de toda banda regresaron a cero.

—¡Maldita sea! —murmuró Jack en voz baja.

Sintonizó una nueva banda de recepción, hizo algunos cálculos y luego cambió la frecuencia del grupo de repuesto de los inductores principales, poniendo simultáneamente ambos instrumentos a sus nuevas frecuencias. Aguardó, casi conteniendo la respiración, durante cerca de medio minuto. Tal era el tiempo que tardarían las ondas del inductor de la nueva frecuencia en recorrer los tres millones de kilómetros, ser recogidas luego por los analizadores y denunciar la presencia en el espacio de cualquier objeto que hubiera tendido a deformarla.

Veintiséis, veintisiete, veintiocho segundos. ¡Todas las sirenas de la nave monstruosa resonaron con furia! Las puertas de emergencia aullaron hasta cerrarse con pesado retumbo, convirtiendo los pasillos en compartimentos estancos. Unos segundos después, los visores de la sala de mando principal empezaron a encenderse.

—¡Mando de los cohetes, todo en orden!

—¡Servicio de aire, todo en orden!

—¡Provisión de energía, todo en orden!

Jack señaló con énfasis:

—Los inductores principales detectan un objeto situado a tres millones de kilómetros de distancia, y que avanza velozmente hacia nosotros. El comandante está enfermo. Por favor, localicen al vicecomandante Alstair.

La puerta de la sala de mandos se abrió entonces y entró Alstair hecho una furia.

—¡Demonios! —bramó—. ¿Ha hecho sonar una alarma general? ¿Está loco? Los inductores...

Jack le indicó el inductor principal. Todas las escalas mostraban la posición de alarma, que aún sonaba. Alstair los observó, mudo de sorpresa. Mientras miraba, los indicadores retornaron al cero.

Parecían señalar la nulidad de Alstair.

—Descubrieron las pantallas de nuestro inductor y emitieron alguien tipo de radiación que las neutralizó. Por eso preparé dos frecuencias distintas, emití una señal instantánea, y no pudieron neutralizarla a tiempo para evitar que sonase nuestra alarma.

Alstair se quedó inmóvil, luchando con la ira que aún le embargaba; luego asintió brevemente.

—Ha trabajado bien. No abandone el puesto.

Entonces, sereno y compuesto, se hizo cargo de la poderosa nave especial, aunque no le quedaba gran cosa por hacer. De hecho, en aquellos cinco minutos habían tenido lugar todos los preparativos de emergencia. Alstair se dirigió de nuevo a Jack.

—Usted no me gusta —comentó fríamente—. De hombre a hombre, me desagrada profundamente. Pero como vicecomandante y comandante suplente debo admitir que hizo un buen trabajo al descubrir el truquito que tenían nuestros amigos para colocarse a distancia de lucha sin que nos diéramos cuenta.

Jack guardó silencio. Tenía el ceño fruncido, pero esto se debía a que pensaba en Helen. El «Aadastra» era inmenso y poderoso, pero no resultaba fácil de maniobrar. Era robusto, aunque no servía para atacar. Y poseía una capacidad de destrucción casi infinita con los Campos de Caldwell para la desintegración de la materia, aunque no transportaba armas más peligrosas que un cañón de dos mil kilovatios para destruir animales o plantas peligrosas donde pudiera aterrizar.

—¿Cuál es su opinión? —inquirió Alstair con aspereza—. ¿Qué piensa de la situación?

—Actúan como si vinieran en plan hostil —respondió Jack concisamente— y como alcanzan cuatro veces nuestra aceleración máxima, no podremos huir. A esta velocidad deben ser más maniobrables, conque no cabe pensar en esquivarlos. No sabemos qué armas llevan, pero no podremos luchar a menos que sean muy rudimentarias. Sólo vislumbro una posibilidad.

—¿De qué se trata?

—Trataron de engañarnos. Eso indicaría que pensaban abrir fuego sin previo aviso. Pero también es posible que estén asustados y que sólo desearan examinarnos sin darnos oportunidad de atacarlos. En este caso, nuestra única posibilidad consiste en enviar nuestro haz de señales a esa nave espacial. Cuando comprendan que hemos advertido su presencia y seguimos sin mostrarnos hostiles, no adivinarán que no podemos luchar. Pueden pensar que queremos ser amigos y que les conviene no atacar una nave tan grande como la nuestra, que además se halla en guardia.

—Muy bien. Queda a cargo de la comunicación —concluyó Alstair—. Continúe y lleve a cabo ese plan, Hablaré con los ingenieros de los cohetes y veremos si pueden improvisar medios de combate. ¡Puede retirarse!

Hablaba en tono áspero, arrogante, que alteraba los nervios de Jack y le hacía montar en cólera. Pero, a decir verdad, Alstair no permitía que la antipatía interfiriese en la defensa de la nave. En realidad, Alstair era uno de esos oficiales ambiciosos que siempre y en todo momento desagradan cordialmente a todos, hasta que surge una emergencia. Sólo entonces muestran su capacidad.

Jack se dirigió a la sala de mandos y comunicaciones. No tardó mucho en volver a alinear el haz transmisor. Luego la emisora repitió monótonamente el último mensaje enviado desde el «Aadastra» al planeta lejano y hasta el momento no identificado, Mientras emitía una y otra vez la señal, Jack avisó al puesto de observación para que estudiaran la nave desconocida.

Habían colocado una antena direccional. Con la máxima potencia y amplificación, a tal punto que la imagen se volvía tan áspera como un fotograbado de periódico antiguo, la nave desconocida apareció en el visor como una miniatura de quince centímetros.

Tenía forma de huevo, completamente lisa. No tenía soportes externos, aletas de navegación atmosférica ni compuertas de salida. Carecía de detalles apreciables, a no ser una hilera de puntos minúsculos que podían ser escotillas o toberas de cohetes donde parpadeaban llamas intermitentes. Aún reducían su velocidad para situarse al lado del «Aadastra».

—¿Tiene un análisis espectroscópico de esa nave? —preguntó Jack.

—Sí —respondió el asistente de observaciones—. Pero debe estar equivocado. Emplean cohetes de combustible... algún compuesto orgánico. El análisis dice que el casco no es de metal sino de celulosa. Como si fuese de madera.

Jack se encogió de hombros. No había indicios de armas. Regresó a su tarea. La nave espacial lejana era penetrada de cabo a rabo por las ondas con el mensaje. Los receptores de la misma no podían dejar de informar que un haz coherente de luz seguía todos sus movimientos y que, por tanto, su presencia y su misión habían sido advertidas por la poderosa nave del espacio.

Pero los receptores de Jack no respondían. Y la cinta salía sin señales. No... con una línea extraña, confusa y borrosa, como si los analizadores no supieran descifrar la frecuencia de emisión. Jack leyó el efecto calorífero. La otra nave transmitía con intensidad de campo que equivalía a cinco mil kilovatios concentrados sobre el «Adastra». Ninguna señal. Obstinado, Jack volvió heterodina la onda en un circuito de cinco metros, y leyó su frecuencia y forma. Llamó a la sala principal de mando.

—Nos están enviando ondas cortas —comunicó a Alstair—. Unos cinco mil kilovatios en ondas de treinta centímetros, como las que empleamos en la Tierra para matar los gusanos del trigo. Son mortales, pero nuestro casco las absorbe fácilmente.

Helen. Imposible detener el «Adastra». Se dirigían a Próxima Centauri. Aunque estaban perdiendo velocidad, no podían detenerse demasiado lejos de aquel sistema, y ya habían sido atacados por una nave cuya aceleración era cuatro veces la máxima del «Adastra». Radiaban sobre ellos una frecuencia mortal... que en la Tierra se empleaba para matar insectos dañinos. Helen estaba...

—¡Tal vez creerán que estamos muertos! Averiguarán el mecanismo de nuestro transmisor.

En el altavoz de comunicaciones generales resonó de súbito la voz de Alstair.

—¡Atención todos los oficiales! ¡La nave espacial enemiga nos ha dirigido lo que, evidentemente, considera una frecuencia mortal y ahora se acerca a toda velocidad. Ordeno que ninguno de los mandos sea tocado para nada. No debe mostrarse la menor actividad inteligente en el «Adastra». Permaneced junto a los mandos de navegación dispuestos a maniobrar si es necesario. ¡Trataremos de fingir que el «Adastra» es un vehículo totalmente automático! ¿Comprendido?

Jack imaginaba los informes de las otras salas de control. Su receptor volvió de improviso a la vida. Los sonidos casi chirriantes de la señal enemiga, tan conocidos que parecían palabras. Luego una extraordinaria confusión de ruidos: palabras de una voz humana. Más sonidos chirriantes, Retazos de un inglés perfecto. Las palabras inglesas tenían el tono y el acento de un oficial del «Adastra», evidentemente, repetían fragmentos de una grabación.

—¡Comunicaciones! —gritó Alstair—. ¡No responda a esa señal!

—¡Están intentando averiguar si hemos sobrevivido a la acción de los rayos!

—Conforme —respondió Jack.

Alstair tenía razón. Jack miró y escuchó lo que salía del receptor.

—Éste se detuvo, quedando en silencio durante diez minutos. Comenzó de nuevo. El «Adastra» seguía avanzando. La cháchara del espacio cesó del todo. Poco después volvió a sonar el teléfono de la sala de comunicaciones generales:

—La nave espacial enemiga ha aumentado su aceleración convencida, evidentemente, de que estamos muertos. Llegará dentro de unas cuatro horas. Se montarán las guardias normales durante las próximas tres horas, salvo alarma.

Jack se arrellanó en la silla y frunció el ceño. Empezaba a comprender las tácticas que Alstair había planeado. Eran malas, pero una nave indefensa como el «Adastra» no tenía otra opción. Resultaba irónico que la bienvenida al «Adastra» después de un viaje de siete años por el espacio fuera una dosis de la radiación empleada en la tierra para exterminar gusanos.

Pero la futilidad del primer ataque no implicaba que todos fuesen a resultar igualmente inútiles, El «Aadastra» no podía detenerse antes de muchos millones de kilómetros. Aunque el plan desesperado de Alstair eludiese a aquel agresor desconocido y a sus armas, ello no significaba, no podía significar, que el «Aadastra» ni sus habitantes tuviesen posibilidad alguna de defenderse. Y allí estaba Helen...

### III

Ahora los visores mostraban con claridad la nave espacial desconocida, sin necesidad de ampliación. Estaba detenida a ocho kilómetros del «Aadastra». De forma oval perfecta, sin detalles relevantes salvo los cohetes de popa, flotaba inmóvil con relación a la nave terrestre. Ello significaba que sus navegantes habían analizado con anterioridad su deceleración para equiparar con precisión todas las constantes de su rumbo.

Helen con el rostro surcado de lágrimas, vio cómo Jack daba ampliación a los visores. Su padre había sufrido un súbito colapso. Ahora descansaba tranquilo, dormitando casi continuamente, y su rostro mostraba una expresión de completa beatitud.

Había mandado el «Aadastra» hasta ponerlo en contacto con la civilización de otro sistema solar. La misión a la que había consagrado su vida estaba cumplida, por lo que se disponía a descansar. Naturalmente, ignoraba que el primer contacto verdadero con la nave espacial desconocida había sido un estallido de ondas cortas en una frecuencia mortal.

La nave espacial aumentó en el visor a medida que Jack hacia girar el mando, hasta quedar a una distancia aparente de pocos metros. El contraste era tal que incluso la luz de las estrellas sobre el casco habría sido suficiente para revelar cualquier detalle de su superficie. Pero no se veía prácticamente nada. Ni remaches, ni tornillos, ni soldaduras de unión de las planchas. La hilera de escotillas estaba oscura y apagada.

—¡Y es de madera! —exclamó Jack— ¡Hecho de alguna especie de celulosa que soporta el frío del espacio!

Helen dijo estas extrañas palabras:

—A mí me parece que ha crecido, en vez de ser construido.

Jack parpadeó. Fue a decir algo, pero el receptor que tenía a su lado estalló súbitamente en chirridos y alaridos. Eran señales de la nave oval, luego palabras en inglés, de grabaciones anteriores del «Aadastra». Más frases moduladas, sin vocales. Era como si los seres de la otra nave espacial intentasen comunicarse con urgencia e insistieran en que tenían la clave de las señales del «Aadastra». La tentación de responder era grande.

—De cualquier modo, tienen inteligencia —señaló Jack, sombrío.

Las señales cesaron. Silencio. Jack observó la cinta. Mostraba la misma algarabía que antes.

—Más ondas cortas. A esta distancia, no sólo nos matarían sino que esterilizarían el interior de toda la nave. Suerte que nuestro casco es una aleación pesada con fuerte histéresis. Ni una sola partícula de esa radiación puede atravesarla.

Silencio durante largo, largo rato. La cinta indicaba que una terrible intensidad de ondas de treinta centímetros seguía cayendo sobre el «Aadastra». De súbito, Jack conectó con el oficial de observaciones e hizo una pregunta. Sí, el casco exterior se estaba calentando. Había subido medio grado en quince minutos.

—No hay que preocuparse por ello —gruñó Jack—. Con esta energía, sólo podrán calentarnos un máximo de quince grados.

La cinta salía en blanco. La radiación supuestamente letal había cesado. La nave en forma de huevo se acercó. Luego, por espacio de unos veinte minutos, Jack tuvo que pasar de un visor a otro para verla. Se cernía alrededor del enorme casco del «Aadastra» con cautelosa curiosidad. Ora a ochocientos metros, ora a no más de doscientos, la nave

desconocida saltaba de aquí a allí con una aceleración sorprendente y una capacidad de frenado no menos asombrosa. Sólo presentaba las toberas en el extremo de popa de su forma de huevo. Cada cambio de rumbo debía infligir tremendas sacudidas a la estructura, y los giroscopios que equipaba debían ser terriblemente poderosos. La rapidez de sus maniobras resultaba sorprendente.

—¡No me gustaría estar dentro de esa cosa! —comentó Jack—. Con esos métodos de navegación, quedaríamos hechos papilla. No son hombres como nosotros. Pueden soportar más que nosotros.

La nave desconocida parecía sensible, viva. Y la impaciencia de sus movimientos era aún más horrible, mientras revoloteaba sobre la gigantesca nave espacial, a la que suponían un monstruoso féretro.

Giró de repente y se lanzó hacia el «Aadastra». Doscientos metros, cien metros, treinta metros, hasta posarse con suavidad sobre el casco de la nave terrestre.

—Ahora los veremos —dijo Jack, nervioso—. Han aterrizado sobre una escotilla. Evidentemente saben para qué sirven. Los veremos con sus trajes espaciales.

Helen ahogó una exclamación. Parte del costado de la extraña nave pareció hincharse súbitamente, deformándose como una pompa de jabón. Tocó la superficie del «Aadastra» y pareció adherirse. El círculo de contacto aumentó.

—¡Dios mío! —exclamó Jack con angustia—. ¿Está viva? ¿Pretende comerse nuestra nave?

El teléfono de comunicación general ladró bruscamente:

—¡Oficiales con armas, todos a la compuerta estanca 6H41! Los centaurianos están abriendo la compuerta desde el exterior. Esperen órdenes allí! El visor de la cámara de aire funciona y les tendremos al corriente. ¡En marcha!

El teléfono dejó de oírse. Jack cogió un arma larga, uno de los fusiles de energía que aturden a una distancia de mil ochocientos metros y matan a seis, puestos a máxima potencia. Llevaba una pistola en la cartuchera. Se dirigió a la puerta.

—¡Jack! —gritó Helen, llena de espanto.

La besó. Era la primera vez que sus labios se tocaban, pero en aquel momento le pareció lo más natural del mundo. Recorrió los largos pasillos del «Aadastra» hasta el lugar ordenado. Mientras corría, sus pensamientos no eran en absoluto los de un científico y oficial de la primera expedición terrestre al espacio interestelar. Jack pensaba en los labios de Helen apoyados con ansiedad en los suyos, en su cuerpo suave apretado contra él.

En lo alto, un altavoz habló mientras él corría:

—Han entrado en la cámara estanca. La abrieron sin dificultad. Ahora están probando nuestra atmósfera. Por lo visto es adecuada para ellos.

El altavoz quedó atrás. Jack siguió corriendo, jadeante. Otro hombre le precedía. Había diez o doce hombres reunidos al fondo del pasillo. Un altoparlante lateral continuaba:

—...endo la puerta interior de la cámara de aire. A lo que parece, sólo cuatro o cinco de ellos van a entrar en la nave. Se les permitirá alejarse de la cámara estanca. Os mantendréis ocultos. La señal será cuando funcionen los cierres de emergencia. Emplead vuestras armas pesadas, aumentando la potencia desde el mínimo hasta que queden paralizados. Probablemente será necesaria mucha energía para dominarlos. Procurad no matarlos. ¡Preparados!

Los oficiales eran cerca de una docena, con el obeso jefe de los cohetes, el oficial de neumática y subalternos de otros departamentos. El jefe de los cohetes resopló ruidosamente mientras se ocultaba. Oyeron abrirse la compuerta interior de la cámara estanca. Hubo una larga espera, durante la cual escucharon extraños rumores en sordina. Las Cosas o lo que fuesen se habían detenido a estudiar los trajes espaciales que colgaban en la cámara. Los gritos eran claramente distintos y bien entonados. Pero de



súbito se armó una gran algarabía. Varias Cosas hablaban a la vez. Había excitación, impaciencia y un extraordinario tono de triunfo en sus voces.

Luego algo se movió hacia el umbral de la antesala de la cámara. Una sombra atravesó la puerta. Fue entonces cuando los terráqueos vieron a las criaturas que invadían la nave.

De momento les parecieron hombres. Tenían piernas y dos tentáculos colgantes que al parecer les servían de brazos. Eran de forma ahusada y sus extremos se dividían en filamentos móviles. Tanto los tentáculos como las piernas parecían flexibles en toda su longitud. No tenían articulaciones como las humanas para caminar. Por ello los centaurianos se movían de un modo extrañamente ondulante.

Pero lo más asombroso era que no tenían cabeza. Salieron de la cámara serpenteando. Al extremo de un «brazo» todos llevaban un extraño objeto negro cilíndrico, que esgrimían como si fuera un arma. Llevaban mochilas metálicas ajustadas a sus cuerpos. Éstos eran extrañamente «rugosos». Había algo curiosamente familiar en su textura exterior.

Asombrado, Jack miraba buscando ojos, nariz, boca. Sólo vio dos aberturas gemelas y dedujo que eran ojos. No vio la menor señal de una boca. No tenían cabello. Pero vio una sustancia rugosa y pardusca en la espalda de una de las Cosas que se volvió para llamar excitadamente a las demás. Parecía corteza de árbol. Y Jack comprendió. Estuvo a punto de escapársele un grito, pero se agachó y en silencio puso la palanca de su arma a máxima potencia.

Las Cosas avanzaron, llegaron a una encrucijada de dos pasillos, y después de mucho gesticular de brazos y dar voces aparentemente articuladas, se separaron en dos grupos y desaparecieron. Sus voces se alejaron. Todavía no había sido dada la señal de ataque. Los oficiales que quedaron detrás, se agitaron con nerviosismo. Un altavoz susurro:

—¡Tranquilos! creen que estamos muertos. Se separarán de nuevo. Quizá podamos cerrar las puertas de emergencia, y aislarlos para luego ocuparnos a fondo de ellos. ¡Vigilad la cámara estanca!

Silencio. El zumbido de un ventilador en algún lugar cercano. Luego, de repente, un hombre gritó atrozmente a lo lejos. Después del grito se oyó un ruido nuevo que provenía de una de las Cosas. Fue un chillido agudo, triunfante, jubiloso e inenarrablemente horrible.

Otros le respondieron. Hubo un alboroto como si las demás Cosas corrieran a reunirse con la primera. Luego se oyó un silbido de aire comprimido y zumbir de motores. Las puertas se cerraron en todas partes, aislando cada zona de la nave de todas las demás. En el silencio mortal del compartimento cerrado, los oficiales de guardia oyeron gritos interrogantes.

Otras dos Cosas salieron de la cámara estanca. Uno de los hombres se movió. La Cosa le vio y dirigió su arma cilíndrica hacia él. El hombre era el oficial de comunicaciones chilló y dio un brinco espasmódico. Estaba muerto incluso mientras sus músculos se tensaban para aquel salto increíble.

La Cosa emitió una aguda nota triunfante, idéntica al otro ruido horrible que oyeron antes, y se dirigió hacia el cadáver. Uno de los brazos largos en forma de huso se alargó y tocó la mano del muerto.

Entonces, el arma de fuerza de Jack comenzó a zumbir. Oyó que los demás también abrían fuego. En pocos segundos el aire se llenó de un sonido parecido al de un enjambre de abejas furiosas. Otras tres Cosas salieron de la cámara de aire pero cayeron bajo la barrera de las armas de fuerza. Sólo cuando notaron una ráfaga de aire hacia la cámara, indicando que la nave enemiga se había alarmado y se alejaba, los hombres se atrevieron a interrumpir la barrera de fuego concentrada sobre el umbral. Luego corrieron a cerrar la cámara de aire, con objeto de capturar a los invasores que quedaban en el «Adastra».

Dos horas más tarde, Jack entraba en la sala principal de mandos, saludando con corrección, Su rostro estaba bastante lívido y tenía una expresión obstinada y decidida. Alstair se volvió hacia él, ceñudo.

—Le he llamado —dijo con aspereza—, porque temo que origine muchos problemas. El comandante ha muerto. ¿Lo sabía?

—Sí, señor —respondió Jack sin pestañear—. Estaba enterado.

—Por tanto, yo soy ahora el comandante del «Adastra» —agregó Alstair, provocativo—. No ignora que tengo poder de vida y muerte en casos de conducta sediciosa; por otra parte, ningún matrimonio a bordo del «Adastra» es legal sino mediante orden ejecutiva firmada por mí.

—Lo sé muy bien señor —respondió Jack aparentando indiferencia.

—De acuerdo —silabeó Alstair—. Le ordeno formalmente que se abstenga de conversar con la señorita Bradley. Consideraré como un amotinamiento cualquier desobediencia a esta orden. Pienso casarme con ella. ¿Qué tiene que decir a esto?

Jack respondió con determinación:

—¡No acataré esa orden, señor, porque usted no es tan estúpido como para cumplir su amenaza! ¿Acaso no ve que tenemos menos de una probabilidad entre quinientas de salvarnos? ¡Si quiere casarse con Helen, será mejor que piense antes en cómo sacarla viva de aquí!

Hubo un breve silencio hostil. Los dos hombres se observaron furiosamente, uno cercano a la madurez, el otro joven. Luego Alstair mostró sus dientes en una sonrisa que no expresaba ninguna alegría.

—De hombre a hombre, usted me desagrada en extremo —observó—. Pero como comandante del «Adastra», me gustaría tener más como usted, En esta maldita nave hemos pasado siete años de rutina, y todos los oficiales de los cuarteles están embotados hasta resultar inútiles ahora que se produce una emergencia. Obedecerán órdenes, pero no hay nadie que sea capaz de darlas. El oficial de comunicaciones ha sido asesinado por uno de esos demonios, ¿no?

—Sí, señor.

—De acuerdo. Le nombro oficial provisional de comunicaciones. Le detesto Gary, como usted a mí, sin duda. Pero usted tiene cabeza. Úsela ahora. ¿Qué estaba haciendo?

—Adaptando una dictaescribe, señor, para obtener un vocabulario del idioma centauriano y que sirva como máquina traductora en ambos sentidos.

Alstair se sorprendió de momento, pero luego asintió. La dictaescribe simplemente descompone cualquier palabra en sus partes fonéticas y consigna el resultado en una tarjeta. Normalmente, dicha tarjeta sirve para la impresora. En lugar de un archivo de selección de tipos, la tarjeta puede contener la grabación de una palabra equivalente en otra lengua y entonces actúa como traductora parlante.

—Estas máquinas se han empleado poco en la Tierra, debido a la enorme extensión del vocabulario humano, aunque han servido hasta cierto punto para traducciones literales, tanto impresas como habladas. Jack se proponía registrar el vocabulario centauriano con equivalentes en inglés y la dictaescribe, al oír los extraños ruidos pronunciados por la criatura desconocida, seleccionaría una tarjeta que luego un altavoz enunciaría dando el sinónimo inglés.

Naturalmente, también era posible la operación inversa. Una vez conseguidas las equivalencias se podía conversar inmediatamente, sin necesidad de práctica en la comprensión o la imitación de los sonidos de otra lengua.

—¡Excelente! —comentó Alstair—. Pero tan pronto como pueda, deje a otro esa tarea. En cuanto comience, resultará bastante sencilla. Le necesito para otros trabajos. ¿Ya sabe lo que hemos averiguado acerca de los centaurianos?

—Sí, señor. Sus armas ligeras no son muy distintas de nuestras armas de fuerza, aunque parecen mucho más eficaces. Vi cómo mataban al oficial de comunicaciones.

—¿Y con respecto a esos seres?

—Ayudé a atar a uno.

—¿Qué opina? ¡Tengo el informe del médico, pero ni él mismo lo cree!

—Es lógico, señor —repuso Jack—. No se asemejan en nada a nuestra noción de vida inteligente. No tenemos ninguna palabra para definirlos. Por lo visto, en cierto sentido son vegetales. Sus cuerpos parecen compuestos de fibras celulósicas, como los nuestros lo están de fibras musculares. Pero son inteligentes, perversamente inteligentes. Lo más parecido a ellos que existe en la Tierra son ciertas plantas carnívoras como las droseras. Pero son muy superiores a ellas, lo mismo que el hombre es superior a una anémona de mar, siendo ésta un animal como el hombre. Supongo que no son plantas ni animales, señor. Sus cuerpos están formados como las plantas terrestres, pero están dotados de autonomía como los animales. Nos han sorprendido, pero puede que nosotros también a ellos. Es posible que la forma animal típica de su planeta no sea semoviente, como no lo son los vegetales corrientes en el nuestro.

Alstair observó, contrariado:

—¡Y nos consideran a nosotros, animales, como nosotros consideramos a las plantas!

Jack replicó, en tono frío:

—Sí, señor. Comen por medio de orificios que tienen en los brazos. El que mató al oficial de comunicaciones le cogió el brazo. Al parecer segregó algún líquido que digirió enseguida la carne. Señor, si me permite manifestar una opinión...

—Adelante —le interrumpió Alstair—. Los demás no saben sito balbucir o temblar de miedo.

—El jefe del grupo, señor, llevaba algo que parecía un adorno. Alrededor de un brazo tenía una banda de cuero.

—Pues, ¿qué diablos...?

—Mataron a dos hombres: al oficial de comunicaciones y a un asistente. Cuando logramos dominar al centauriano que había matado al asistente, vimos que estaba comiéndose un pedazo de éste y que el resto del cadáver había sufrido un extraño proceso de desecamiento, debido a unas sustancias químicas que la Cosa parece poseer.

Alstair tragó saliva, como si sufriese náuseas.

—Lo vi.

—Puede ser una idea absurda —continuó Jack, impasible—, pero si un hombre estuviera en el lugar de ese centauriano, atrapado en una nave espacial perteneciente a una raza extraña, viéndose condenado a muerte, prácticamente lo único que aún procuraría retener, tal como hizo el centauriano con el cadáver disecado del asistente.

—Sería el oro —concluyó Alstair—. ¡O platino o joyas con las que intentaría escapar!

—Exacto —señaló Jack—. Ahora bien, es sólo una suposición, pero estas criaturas no son humanas, ni siquiera animales. Sin embargo creo, se alimentan de animales. Aprecian los alimentos animales tanto como un ser humano pueda apreciar los diamantes. Y usan los restos animales, el cuero, como adorno. Me figuro que esas materias son bastante raras en su planeta, puesto que las valoran tanto. En consecuencia...

Alstair se puso en pie con el rostro contraído.

—Entonces ¡nuestros cuerpos son oro para ellos! ¡Diamantes! ¡No tenemos la menor posibilidad de hacer la paz con esos demonios!

Jack dijo con indiferencia:

—No, creo que no. Si unos seres compuestos de oro metálico aterrizaran en la Tierra, creo que serían asesinados. Pero también hay otra cuestión: la Tierra. Por nuestro rumbo, esas criaturas pueden averiguar de dónde provenimos, y sus naves espaciales son muy buenas. Creo que dejaré a otro el trabajo con la dictaescibe y trataré de enviar un mensaje a la Tierra. No es posible saber si lo recibirán, pero bien debían esperar alguno de nuestra misión. Tal vez hayan perfeccionado los receptores. Pensaban hacerlo.

—Los hombres podrían enfrentarse en el espacio a las naves de estas criaturas — agregó Alstair—, si reciben aviso. Y las armas actuales serían suficientes, de lo contrario habría que utilizar los torpedos Caldwell. O un escuadrón suicida, cuyos cuerpos sirvieran de señuelo. Estamos hablando como si nosotros ya fuéramos hombres muertos, Gary.

—Creo, señor, que lo somos en efecto —afirmó Jack, y luego agregó—: Haré que Helen Bradley se encargue de la dictaescribe, y pondré un guardia para que vigile al centauriano. Estará bien atado.

Esta iniciativa suponía que la orden de Alstair de evitar a la muchacha quedaba tácitamente anulada. Incluso era un desafío. Los ojos de Alstair brillaron de ira y se dominó con dificultad.

—¡Maldito sea, Gary! ¡Retírese! —gritó salvajemente— Se volvió hacia el visor que mostraba la nave enemiga mientras Jack salía de la sala de mandos.

La nave ovoide se hallaba a tres mil doscientos kilómetros y reducía la velocidad para detenerse. En su primer movimiento había saltado de un punto a otro como enloquecida. Fue imposible alcanzarla con un proyectil y apenas se conseguía enviarle radiación por medio de un haz coherente. En cambio ahora estaba inmóvil con respecto al «Aadastra», observando, o probablemente planeando alguna nueva asechanza. Al menos eso se figuraba Alstair mientras la contemplaba sombríamente.

Los recursos del «Aadastra», que parecían tan amplios al despegar de Tierra, eran lastimosamente inadecuados para hacer frente a la actitud con que habían sido recibidos: hostilidad. Podía ofrecer los tesoros de la civilización humana a la raza que gobernaba aquel sistema solar. Podía civilizar a unos salvajes. Podía ofrecer amistad y ansias de saber a una raza superior a la humanidad. Pero aquellos seres que...

La nave espacial permanecía inmóvil, Sin duda dirigía señales a su planeta originario, solicitando órdenes. Los primeros análisis llegaron a la sala principal de mandos del «Aadastra», y Alstair los leyó. Sin duda alguna, los centaurianos absorbían anhídrido carbónico del aire.

Este gas era a su metabolismo lo que el oxígeno para los hombres, y no podrían vivir en una atmósfera pura.

Pero su índice metabólico era muy superior al de cualquier planta de la Tierra, y comparable al de los animales terrestres. No eran plantas sino por su constitución, lo mismo que una anémona de mar no es un animal, salvo a la prueba del análisis químico.

Los centaurianos tenían un sistema nervioso altamente organizado, el equivalente de un cerebro, que les dotaba de gran inteligencia y lenguaje. Producían sonidos mediante un órgano estridulante situado en una cavidad corporal especial. Y sentían emociones.

Al serle presentados diversos objetos, el individuo capturado mostró especial interés hacia las máquinas, comprendió enseguida la utilidad de una pequeña grabadora de sonidos y emitió ante ella una serie completa y deliberada de sonidos. Palpó con impaciencia las ropas humanas, Descartó las telas cuando eran de algodón o rayón, pero mostró gran excitación al tocar una falda de lana y aún más cuando se le ofreció un cinturón de cuero. Se colocó el cinturón en la mitad de su cuerpo y ajustó la hebilla sin torpeza después de echar una ojeada al mecanismo.

Sacó un hilo de la falda y lo consumió, meciéndose hacia delante y hacia atrás, como si estuviera en éxtasis. Cuando le sirvieron carne, pareció alcanzar un delirio de excitación, Consumió enseguida parte de la misma, con movimientos extáticos. Conservó el resto mediante un extraño proceso químico, empleando las sustancias de una pequeña mochila metálica que le habían quitado y que solicitó mediante gestos.

Sus órganos de visión ocupaban dos hendeduras en la parte superior de su cuerpo, pero no se había realizado una revisión minuciosa de ellos. El informe que Alstair leía señalaba en particular que el centauriano mostraba una ávida impaciencia siempre que veía a un ser humano. Y que esa impaciencia no resultaba tranquilizadora.

Era la misma excitación, aunque mucho más intensa, que la mostrada al ver lana y cuero. Como por instinto, proseguía el informe, el centauriano capturado había hecho varias veces el gesto de dirigir un arma hacia el ser humano que veía por primera vez.

Alstair leyó este informe y otros, Helen Bradley apareció dos horas después de que Jack la hubiera puesto a trabajar con la dictaescribe.

—Lo siento, Helen —dijo Alstair con torpeza—. No debían asignarte una tarea, pero Gary insistió, Yo te habría dejado en paz.

—Me alegro de que él me llamara —replicó Helen tranquilamente—. Papá ha muerto contento, y sin llegar a saber cómo son estos centaurianos. Me ha sentado bien trabajar. He logrado mucho más de lo que esperaba. El centauriano con quien trabajo es el jefe del grupo que invadió esta nave. Comprendió casi enseguida para qué servía la dictaescribe, y hemos grabado un buen vocabulario. Si quiere hablar con él, ya puede hacerlo.

Alstair contempló el visor. La nave enemiga seguía inmóvil. Muy natural. Ahora la distancia entre el «Aadastra» y Próxima Centauri podía medirse en cientos de millones de kilómetros y no en billones, si bien esto, en otros términos, aún equivalía a horas-luz. Si la nave espacial enviaba señales a su planeta madre pidiendo órdenes, no podría recibir las respuestas inmediatamente.

Alstair se dirigió al laboratorio de biología, que estaba a cargo de Helen; ella era también la encargada de los especímenes biológicos conejos, ovejas y una variedad infinita de otros animalitos que durante el viaje servían de provisión alimenticia, con intención de soltarlos luego, si se encontraba un planeta adecuado para la colonización alrededor de la estrella con anillos.

El centauriano estaba fuertemente atado a una silla. Él, ella o eso era totalmente impotente. Junto a la silla se hallaban la dictaescribe y el altavoz, El centauriano emitía sonidos ululantes que la máquina traducía no sin crujidos entre palabra y palabra.

—¿Usted... es... comandante... de... esta... —nave? —tradujo la máquina sin entonación.

—Así es —respondió Alstair y la máquina rechinó la versión centauriana de sus palabras.

—El... hombre... de... esta... mujer... esta... muerto —volvió a decir la máquina sin entonación, después de una serie de ruidos por parte de la extraordinaria cosa viviente que no era animal.

Helen intervino con prontitud.

Le conté que mi padre había muerto. La máquina continuó:

—Yo... compro... todo... hombre... muerto... de.. —nave... doy... metal... oro... vosotros... deseáis...

Alstair apretó los dientes y Helen palideció. Intentó hablar, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

—¡Esto es el comienzo de la amistad interestelar que pensábamos fundar! —dijo Alstair con amargura.

El altavoz de comunicaciones generales aulló de súbito:

—¡Llamando al comandante Alstair! ¡Se recibe radiación de gran Intensidad sobre varias longitudes de onda! ¡Es evidente que están enviando refuerzos!

Jack Gary entró en el laboratorio de biología, su rostro estaba sombrío y muy pálido. Saludó con gran corrección.

—No tuve que hacer muchos esfuerzos, señor —comentó burlescamente—. El último oficial de comunicaciones se tomaba su empleo como una especie de sinecura. Durante siete años no recibimos señales, y él no esperaba que llegaran. Pero están llegando desde hace meses. Salieron de Tierra tres años después que nosotros. Parece que un tipo llamado Callaway descubrió que una onda circularmente lanzada crea un haz de luz coherente que siempre se mantiene. Sin duda, hace varios años que transmiten para nosotros y es ahora cuando recibimos los primeros mensajes. Han construido un segundo

«Adastra», señor, y lo están dotando... ¡diablo, no! ¡Lo dotaron hace cuatro años! ¡Vienen hacia aquí! Debe hacer tres años que viajan y no saben que les esperan esos monstruos. Aunque nosotros nos destruyéramos, señor, viene otra nave de la Tierra tan desarmada como nosotros, para toparse con estos demonios cuando sea demasiado tarde...

Volvió a resonar el intercomunicador general:

—¡Comandante Alstair! ¡Informa el puesto de observación! La temperatura externa del casco ha aumentado cinco grados en los últimos tres minutos y sigue subiendo. ¡Alguien dirige calor sobre nosotros a una velocidad terrible!

Alstair se volvió hacia Jack y le dijo con helada amabilidad:

—Al fin y al cabo, Gary, es absurdo que continuemos odiándonos. Aquí moriremos todos. ¿Por qué todavía siento deseos de matarlo?

Era una pregunta retórica. El motivo estaba absolutamente claro. Ante las horribles novedades, Helen había comenzado a llorar quedamente y se había cobijado en brazos de Jack.

#### IV

En realidad, la situación era mucho peor de lo que señalaban las primeras indicaciones. La temperatura externa del casco, por ejemplo, era la del termómetro general, que promediaba las medidas de todos los termómetros externos. Una ojeada al grupo de termómetros, conectado a través del visor, bastaba para advertir que la parte opuesta del casco del «Adastra» tenía una temperatura prácticamente normal. Era la parte anterior, en relación con Próxima Centauri, la que se estaba calentando. Pero no de modo uniforme. Los indicadores que exhibían luces rojas estaban agrupados.

Alstair los contempló por el visor, con una calma pétrea.

—Directamente al centro de nuestro casco, véanlo ustedes —dijo—. Seguro que se trata de la flota de naves espaciales.

Jack Gary anunció rápidamente:

—La nave cuyos prisioneros tenemos hizo contacto varias horas antes de lo que suponíamos. Parece que en lugar de enviar una nave con un transmisor a bordo, mandaron una flota precedida por una nave exploradora. ¡Ésta informó que habíamos tendido una trampa a parte de su tripulación y, por tanto, se declaran las hostilidades!

Alstair habló rápidamente por un intercomunicador general:

—El sector G90 será evacuado enseguida. Se cerrará herméticamente y todos los ocupantes saldrán de las cámaras estancas. Los sectores adyacentes también deben ser evacuados, aunque dejando un retén de guardia con trajes espaciales.

Desconectó el transmisor y agregó serenamente:

—Ahora la temperatura externa del sector G90 ha alcanzado cuatrocientos grados, Empieza a ponerse al rojo; dentro de cinco minutos se derretirá. Se habrán abierto paso hasta nosotros dentro de media hora.

Jack intervino con apremio:

—¡Señor! He dicho que atacaron porque la nave exploradora informó que tendimos una trampa a su tripulación. Tenemos una pequeña posibilidad de...

—¿De qué? —inquirió Alstair con amargura—. ¡No tenemos armas!

—¡La dictaescibe, señor! —gritó Jack—. ¡Ahora podemos hablar con ellos!

Alstair le cortó, desesperado:

—¡Muy bien, Gary! Lo nombro embajador. ¡Adelante!

Giró sobre sus talones y salió de la sala de mandos. Poco después, su voz llegó desde el intercomunicador:

—¡Jefe de cohetes! Preséntese ahora mismo ante el visófono. ¡Emergencia!

Su voz se cortó, pero Jack no tuvo conciencia de ello. Estaba ocupado con las comunicaciones, que requerían toda la potencia del haz portador y un aumento del arco barrido. Dio órdenes y explicó a Helen un resumen de lo que pensaba hacer.

Ella comprendió la idea enseguida. El centauriano situado en el laboratorio de biología seguía atado, naturalmente. Ni la menor expresión podía adivinarse en las angostas aberturas que constituían sus órganos de visión, Pero Helen, que conocía las palabras de las tarjetas del vocabulario, le apremió por el micrófono de la dictaescribe. Unos aullidos salieron del altavoz y el centauriano se removió. Él habló a su vez y el altavoz dijo torpemente:

—Yo... hablo... planeta... nave. Sí.

Mientras sus palabras llegaban del control de comunicaciones, los sonidos pavorosos, chirriantes y aparentemente inarticulados de su lenguaje dominaron el laboratorio de biología y fueron transmitidos por el potente haz del transmisor principal.

La nave exploradora centauriana se mantenía a quince mil kilómetros de distancia. El «Adastra» seguía avanzando hacia el astro anillado que constituía la meta de la expedición más atrevida de la humanidad. A quince mil kilómetros la nave debía parecer un puntito, pero seguramente aparecía con todo lujo de detalles en los telescopios de los centaurianos.

Pero a pocos kilómetros de distancia, su tamaño colosal se ponía de manifiesto. Con sus mil quinientos metros de diámetro, la nave empequeñecía incluso a la mayor de aquellas formas lejanas y ocultas en el vacío que integraban la flota hostil ahora dedicada a concentrar sus rayos mortales sobre ella.

Desde una distancia de pocos kilómetros se habrían apreciado también los efectos de la radiación. El casco del «Adastra» era de acero, de aleación resistente y, necesariamente, de gran histéresis. Las corrientes eléctricas alternas inducidas en el acero por la radiación centauriana habrían calentado incluso un casco de cobre. Pero el acero de aleación se calentó mucho. Cambió de color y se puso al rojo una zona de treinta metros de diámetro.

Un cohete de dicha zona dejó de emitir su llama púrpura y radiante. Estaba averiado. Los demás cohetes aumentaron un poco su potencia para compensar. El brillo rojo mate del acero aumentó. Se hizo carmesí. Lenta, inexorablemente, alcanzó un tinte amarillento. Se volvió blanco, viró hacia el azul.

El casco humeaba; los gases se alejaban de aquella superficie torturada y derretida como atraídos por el astro lejano. El humo se espesó, formando una verdadera nube de vapores metálicos. De súbito hubo una erupción violenta en el centro de la zona recalentada del «Adastra». El casco exterior se derritió. El aire interior fue expelido al vacío, junto con fragmentos revoloteantes de metal en fusión. Todo ello se dispersó con una rapidez increíble, resplandeciendo por unos instantes como la niebla atenuada y débilmente brillante de la cola de un cometa.

Las imágenes de los correspondientes visores del «Adastra» se apagaron. Las estrellas palidieron, La nave terrestre había perdido parte de su atmósfera, que se disipaba delante de ella. Ya se había extendido en un espacio tan vasto que su densidad era inapreciable, aunque seguía muy superior a la del vacío infinito del espacio, de modo que llenaba todo el cosmos delante del «Adastra» como una tenue neblina.

En los bordes de la inmensa brecha abierta en el gran casco de la nave, el grueso metal burbujeaba y sacaba vapor. Los compartimentos interiores comenzaron a resplandecer con una siniestra luz de color rojo mate, que rápidamente viró al carmesí y comenzó a volverse débilmente anaranjada.

En la sala principal de mandos, Alstair observó con amargura, hasta que se fundieron los visores que mostraban el interior del sector G90. Habló con gran serenidad al micrófono que tenía delante.

—Tenemos menos tiempo de lo que me figuraba. Apúrese; los resultados no son seguros, y debe recordar que esos demonios sin duda nos atacarán de todas direcciones hasta asegurarse de que no quede nadie vivo a bordo. ¡Tiene que solucionarlo pronto, para hacer lo que he pensado!

Una voz medio histérica le respondió:

—¡Pero si anulamos las vibraciones sónicas de los cohetes volaremos hecho pedazos, señor! ¡Será cuestión de un instante! ¡La desintegración del combustible se extenderá a los tubos y la nave estallará!

—¡Idiota! —gritó Alstair— ¡Hay otra nave de la Tierra en camino! ¡No saben nada! ¡Y están tan desarmados como nosotros! ¡Y de su rumbo estos demonios podrán deducir de dónde venimos! ¡Sí, vamos a morir! ¡Pero venderemos caras nuestras vidas, y nos cercioraremos de que estos demonios no envíen una flota espacial a la Tierra! ¡No habrá eutanasia para nosotros! ¡Nuestra muerte debe servir para algo! ¡Es preciso salvar la humanidad!

El rostro de Alstair, mientras hacía muecas por el visor, no era el de un mártir ni el de una persona que se sacrifica noblemente a sí misma, sino el de un hombre que intimida y amedrenta a un subordinado para obligarle a obedecer.

Alstair iba furioso de un departamento a otro, mientras la radiación seguía cayendo sobre su nave, radiación que el casco metálico absorbía y transformaba en calor. Otra compuerta fue derretida, y se produjo una segunda erupción de metal vaporizado y gas incandescente de la nave gigantesca. A millones de kilómetros de distancia, un amplio círculo de naves espaciales ovoides se mantenían inmóviles, sin dar muestras de vida. Parecían monstruos dormidos. Pero ellas emitían los implacables haces de radiación, que concentraban en un punto del casco del «Aadastra», haciéndole vomitar metal espumoso, gases y de vez en cuando algún objeto entero, pero que estallaba enseguida en el vacío.

Dentro de los innumerables compartimentos de la poderosa nave, los seres humanos reaccionaban de diversos modos ante el destino que se avecindaba. Muchos gritaban. Algunos de los miembros más hoscos de la tripulación parecieron enloquecer, convertidos en maníacos homicidas. Otros asaltaron los almacenes y se dedicaron a beber rápida y sistemáticamente, hasta quedar en estado comatoso. Algunas mujeres abrazaron a sus hijos y lloraron sobre ellos. Otras enloquecieron.

Pero la voz severa y autoritaria de Alstair mantenía una apariencia de disciplina en algunos compartimentos. En una sala de máquinas los hombres trabajaban con empeño, entre juramentos y errores que entorpecían su trabajo. El oficial de la sala de neumática montaba guardia en sus dominios con una enorme llave inglesa en la mano, amenazando con golpear al primero que diese muestras de pánico. El jefe de cohetes, resoplando, demostró una inesperada capacidad para el impropio, y los cohetes siguieron proyectando en el espacio sus pálidas llamas purpúreas sin la menor señal de vacilación.

En el laboratorio de biología reinaba una concentración serena e intensa. Atado hasta la inmovilización completa, el centauriano, falto de rasgos e inescrutable, llenaba el salón con su extraño lenguaje. La dicta escribe murmuraba, analizando mecánicamente los sonidos y buscando de modo mecánico tarjetas de vocabulario que los tradujeran a vocablos ingleses. De vez en cuando localizaba una equivalencia. Entonces, la máquina traducía una palabra del idioma centauriano.

—Nave... —identificó una larga serie de sonidos con rápidos cambios de volumen, intensidad y énfasis—... hombres... —otra larga serie—... hablar hombres...

El centauriano dejó de emitir sus ruidos aullantes. Luego volvió a hablar, esta vez más despacio. El altavoz los tradujo. El centauriano procuraba escoger palabras ya registradas por Helen.

—Comprende lo que intentamos hacer —murmuró Helen muy pálida.

La máquina dijo:

—Usted... habla... máquina... hablar... nave.



Jack dijo despacio a través del intercomunicador:

—Somos amigos. Tenemos cosas que a vosotros os interesan. Sólo queremos amistad. No hemos matado a los vuestros sino en defensa propia. Queremos paz. Si no la obtenemos, combatiremos. Pero queremos paz.

Mientras la máquina murmuraba y el parlante repetía lo dicho en centauriano, le comentó a Helen en voz baja:

—Eso de combatir ha sido una fanfarronada. ¡Espero que dé resultado!

Silencio. Desde millones de kilómetros de distancia las naves espaciales invisibles enviaban una radiación mortal mediante haces coherentes de luz al centro del «Aadastra». Lo más curioso era que aquella radiación habría sido absolutamente inocua para un hombre. Habría atravesado su cuerpo sin dañarlo.

Pero el acero del casco de la nave terrestre la absorbía, dando lugar a corrientes de Foucault. Éstas se convertían en calor. Y un pequeño volcán vomitaba hacia el espacio las paredes, los muebles, la atmósfera del «Aadastra», a través del agujero producido por el calor.

En el laboratorio de biología reinaba una gran tranquilidad. El receptor estaba en silencio. Pasó un minuto. Dos minutos. Tres. Las ondas portadoras del mensaje de Jack viajaban a la velocidad de la luz, pero no tardarían menos de noventa segundos en llegar al origen de los haces de luz que estaban destruyendo el «Aadastra». Aunque era una pérdida de tiempo, había que aguardar otros noventa segundos, mientras la respuesta cruzaba el espacio a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo.

El receptor lanzó un sonido estridente. La dictaescribe crujió un poco y luego el altavoz habló, monótono:

—Nosotros... —amigos... ahora... no... lucha... naves... se... aproximan... para... llevaros... planeta.

Al mismo tiempo, la erupción en miniatura del casco cesó y poco a poco el cráter derretido y burbujeante dejó de lanzar vapor; luego el acero al blanco azulado se enfrió pasando por el amarillo y el carmesí hasta el rojo mate, y más lentamente aún la superficie metálica adoptó el brillo infinitamente blanco del acero enfriado en ausencia de oxígeno.

Jack habló con énfasis por el micrófono de la sala de mandos:

—Los centaurianos me comunican que han cesado las hostilidades, señor. Dicen que enviarán una flota para trasladarnos a su planeta.

—Muy bien —respondió con pesimismo la voz de Alstair—, puesto que nadie parece capaz de hacer lo único que serviría para dar utilidad a nuestra muerte. Y luego, ¿qué?

—Creo que nos convendría liberar ahora al centauriano —opinó Jack— Naturalmente, podemos vigilarlo y paralizarlo si se muestra hostil. Considero que sería un gesto diplomático.

—Usted es el embajador —comentó Alstair con sarcasmo—. Puede que ganemos un poco de tiempo. Pero tendrá que dejar a otro las funciones de embajador y tratar de enviar un mensaje a la Tierra, si le parece que puede adaptar un transmisor al tipo de onda que ellos emplearán ahora.

Su imagen desapareció. Jack se volvió hacia Helen. De súbito se sintió muy cansado.

—Eso es lo malo —murmuró con desgana—. ¡Esperan una onda como la que nos enviaron y, con la potencia de que disponemos, apenas si podrán captarnos! Pero nosotros pudimos escuchar un fragmento de su mensaje, exactamente cuando acababan de describir el aparato emisor que emplean en la Tierra. Sin duda repetirán esa descripción o, mejor dicho, la habrán repetido hace cuatro años. Si logramos vivir lo suficiente, la captaremos. Pero no sabemos cuánto puede tardar. ¿Seguirás trabajando con este... individuo para completar el vocabulario?

Helen le miró con angustia y apoyó una mano sobre su brazo.

—Es bastante inteligente —observó—. Instruiré a otra persona para que trabaje con él. Quiero acompañarte. Al fin y al cabo, quizá nosotros... nosotros... no tengamos mucho tiempo para estar juntos.

—Tal vez diez horas —señaló Jack en tono cansino.

Esperó con aire sombrío mientras Helen hablaba con el centauriano en palabras cuidadosamente elegidas que la dictaescrube traducía, Llamaron a un asistente y a dos guardias. Soltaron a la Cosa sin cabeza, No se mostró violenta, sino impaciente por completar el vocabulario de la traductora, mediante el cual podía realizarse un intercambio completo de ideas.

Jack y Helen se dirigieron a la sala de comunicaciones. Escucharon el mensaje de Tierra, que se acababa de recibir en aquel momento. Estaba todo muy confuso, Hacía cuatro años, la Tierra vibró de entusiasmo ante la idea de enviar un mensaje a sus aventureros más atrevidos. Un destello de energía inmaterial podía viajar incansablemente a través de incontables trillones de kilómetros y alcanzar a los exploradores que habían salido tres años antes. A juzgar por el texto, el segundo mensaje fue emitido poco después del primero. La emisión había sido difundida por radio en toda la Tierra y, sin duda, muchos millones de personas se entusiasmaron al escuchar las palabras que recorrerían la distancia entre dos astros.

Pero esas palabras no servían a los del «Adastra». El mensaje era un programa de felicitación que comenzaba con las alegres canciones de un cuarteto popular, seguía con los chistes del comediante mejor pagado de la Tierra demasiado viejos para los del «Adastra», luego con la pieza oratoria de un político eminente y otras tonterías. En resumen, era un montón de necedades destinadas a hacer publicidad mediante su difusión en la Tierra, y a favor de quienes participaban en la iniciativa.

Era inútil para los del «Adastra», que veían el casco de la nave perforado, la muerte sobre ellos y probablemente la destrucción de toda la raza humana como consecuencia del viaje.

Jack y Helen se sentaron en silencio y escucharon. Entrelazaron las manos sin darse cuenta del gesto, De un modo extraño, la terrible brevedad del tiempo con que contaban hacía absurdas las grandes demostraciones de afecto. Oyeron sin escucharlo realmente el mensaje inenarrablemente trivial que venía de la Tierra. De vez en cuando se miraban.

La recopilación del vocabulario avanzaba con prontitud en el laboratorio de biología. Se ayudaban con dibujos. Un segundo centauriano fue liberado y su talento para el dibujo —demostrando de paso que los ojos de los hombres-plantas funcionaban casi del mismo modo que los de los terrestres— permitió aumentar el acopio de definiciones y equivalencias, así como el conocimiento de la civilización centauriana.

A medida que se reunía más información, esa civilización comenzaba a adquirir un extraño parecido con la humana. Los centaurianos poseían estructuras artificiales que, sin duda, eran casas. Tenían ciudades, leyes, arte —los dibujos del segundo centauriano lo demostraban— y ciencia. Sobre todo la biología se hallaba muy adelantada y, en cierto sentido, ocupaba el lugar de la metalurgia en la civilización humana. No construían sus estructuras, sino que las hacían crecer. En lugar de fundir metales para darles formas útiles, tenían especies de protoplasma cuya velocidad y formas de crecimiento podían controlar.

Casas, puentes, vehículos... incluso las naves espaciales se hacían de materia viviente, que mantenían en estado de hibernación una vez alcanzaba la forma y el tamaño deseados. Y podían activarla de nuevo a voluntad, consiguiendo hechos tan extraordinarios como la comunicación en forma de ampolla que realizaron entre su nave espacial y el casco del «Adastra».

Hasta aquí la civilización centauriana resultaba bastante extraña, pero comprensible. Incluso los hombres pudieron progresar de un modo parecido si la civilización humana

hubiera comenzado sobre obras bases. Fue la economía de los centaurianos lo que pareció horrible y absurdo a los hombres cuando se enteraron de cómo funcionaba.

La raza centauriana evolucionó a partir de plantas carnívoras, lo mismo que los hombres y sus antepasados carnívoros. Pero en alguna etapa primitiva del progreso, el hombre despertó a la aridez por el oro. Ningún cambio de interés se produjo en los planetas de Próxima Centauri. Lo mismo que los hombres han devastado ciudades, talado bosques, excavado minas y destruido implacablemente infinidad de cosas en busca de oro u otras cosas que pudieran cambiarse por oro, los centaurianos codiciaban animales.

Y así como los hombres exterminaron el bisonte americano para cambiar su piel por oro, los centaurianos acabaron implacablemente con la vida animal de su planeta, Para los centaurianos, el tejido animal tiene el valor del oro. Hace mucho tiempo que, por absoluta necesidad, aprendieron a subsistir con alimentos vegetales. Pero la insensata avidez de carne continuó. Inventaron métodos para conservar el alimento animal durante tiempo indefinido. Dragaron sus mares en busca del último y más diminuto crustáceo. Los viajes espaciales se convirtieron en algo deseable y luego en una realidad cuando los telescopios mostraron la existencia de vegetación en otros planetas de su sol, y con ella la posibilidad de vida animal.

Tres planetas de Próxima Centauri tenían climas y atmósferas favorables a la vida vegetal y animal pero ahora sólo en uno más pequeño y alejado, quedaba algún vestigio de vida animal. Allí los centaurianos cazaron febrilmente, buscando las últimas colonias de minúsculos cuadrúpedos que hacían sus madrigueras a cientos de metros por debajo de un continente congelado.

Resultaba evidente que el «Adastra» era un galeón cargado de tesoros en forma de seres humanos, como jamás un centauriano pudo imaginar que existieran. Y comprendieron que un viaje a la Tierra exigiría todos los recursos de la raza. ¡Millones de millones de seres humanos! ¡Trillones de animales inferiores! ¡Incontables criaturas de los mares! Toda la raza centauriana enloquecería de impaciencia por invadir aquella tierra prometida de riquezas y éxtasis, el éxtasis que sentía todo centauriano al consumir el ancestral alimento de su raza.

## V

Las naves ovoides y sin rasgos se acercaron desde todas las direcciones al mismo tiempo. Las baterías de termómetros mostraban una progresión lenta y dolorosa de señales de alarma. Una lámpara piloto, resplandecía locamente roja y se apagaba; luego otra y otra más, a medida que las naves centaurianas ocupaban sus posiciones. Esas alarmas provenían del impacto momentáneo de un haz de radiación sobre el casco del «Adastra».

Veinte minutos después de que el último haz hubiera demostrado la impotencia del «Adastra», una nave en forma de huevo se acercó a la máquina terráquea y, con toda precisión, entró en contacto con su proa, a nivel de una cámara estanca. El casco de aquella se deformó hasta constituir una gran ampolla que se adhirió al acero.

Alstair miraba por el visor, con el rostro muy pálido y los puños apretados. La voz de Jack Gary, tensa y áspera, llegó desde el comunicador del laboratorio de biología.

—Un mensaje de los centaurianos, señor. Una nave ha aterrizado sobre nuestro casco y su tripulación entrará a través de la cámara estanca. Todo movimiento hostil de nuestra parte será castigado con la destrucción inmediata.

—Nadie debe oponerse a los centaurianos —señaló Alstair con acritud—. ¡ Es una orden! ¡Lo contrario sería suicida!

—¡Aun así, señor, creo que sería mejor! —replicó la voz de Jack en tono beligerante.

—¡Ocúpese de sus obligaciones! —gruñó Alstair—. ¿Ha conseguido algo en las comunicaciones?

—Tenemos cerca de cinco mil palabras en tarjetas de vocabulario. Podemos conversar sobre casi cualquier tema, todos desagradables. Ahora las tarjetas han pasado a la duplicadora y estarán listas dentro de pocos minutos, Recibirá usted otra dictaescibe con el segundo archivo tan pronto como hayamos completado las tarjetas.

Alstair vio por un visor las figuras sin cabeza de los centaurianos que salían de la cámara estanca del casco.

—Los centaurianos han entrado en la nave —le gritó una orden a Jack—. ¡Usted es el oficial de comunicaciones! ¡Salga a recibirlos y acompañe al comandante hasta aquí!

—¡A la orden! —respondió Jack, sombrío.

La misión era como una condena a muerte. Estaba muy pálido. Helen se abrazó a él.

El centauriano prisionero gritó una pregunta en la dictaescibe. El altavoz tradujo.

—¿Qué... orden?

Helen se lo explicó. La humanidad se acostumbra tan rápido a lo increíble, que casi parecía natural dirigirse a un micrófono y oír los gritos y chirridos de una voz no humana llenando el cuarto mientras la máquina explicaba lo que eso quería decir.

—Yo.. también... voy... ellos... todavía... no... matar.

El centauriano se adelantó y abrió la puerta con una destreza extraordinaria. Sólo había visto cómo la abrían otros. Jack tomó la delantera. Su arma de fuerza del costado permanecía en la funda, puesto que era inútil. Probablemente podría matar al hombre-planta que le seguía, pero nada se adelantaría con ello.

Oyó rumores a medida que se acercaba. Los hombres-planta emitían sus voces ruidosas y penetrantes. Tenían acento de preguntas y respuestas. Jack se vio en presencia del nuevo grupo de invasores. Eran veinte o treinta, armados con objetos cilíndricos más grandes que los que llevaban los primeros invasores.

Al ver a Jack se excitaron. Ansioso temblor de los tentáculos a ambos lados de los torsos sin cabeza. Hicieron movimientos instintivos, furtivos, hacia las armas, Un grito restalló como una orden. Las Cosas quedaron inmóviles. Pero a Jack se le puso la carne de gallina al percibir la concupiscencia extraña y carnívora que parecía emanar de los centaurianos.

Su guía, el ex cautivo, intercambió ruidos incomprensibles con los recién llegados. Sus palabras causaron una nueva oleada de excitación entre las filas de los hombres-plantas.

—Vamos —dijo Jack, lacónico.

Les indicó el camino hasta la sala principal de mandos. Alguien gritaba monótonamente. Una mujer se había vuelto loca ante la inminencia del fin, Se alzaron voces estridentes entre las Cosas desgarradas que seguían a Jack, pero otra nota autoritaria las hizo callar de nuevo.

La sala de mandos. Alstair parecía un hombre de piedra, de mármol, aunque en sus ojos brillaba una llama feroz y casi febril. Por el visor que tenía al lado veía la incesante multitud de centaurianos que entraban por otra cámara, Evidentemente, eran centenares, Trajeron la dictaescibe bajo la supervisión de Helen, que gritó horro rizada al ver tantas criaturas monstruosas en la sala de mandos.

—Monta la dictaescibe —dijo Alstair con voz tan áspera, tan ronca, que parecía hielo puro.

Temblorosa, Helen hizo ademán de obedecer.

—Estoy preparado para hablar —anunció Alstair al micrófono.

La máquina crujió levemente y tradujo. El jefe del nuevo grupo gritó en respuesta. Ordenó que todos los oficiales se presentaran allí enseguida, después de poner la nave bajo piloto automático. La traducción del equivalente centauriano «piloto automático» presentó algunas dificultades. No figuraba en el archivo del vocabulario, cosa que exigió cierto tiempo.

Alstair pasó la orden. Un sudor frío bañaba su rostro, pero su autodominio era férreo.

Una segunda orden también suscitó cierta dificultad. Copias de todos los archivos técnicos y todos —de nuevo costó tiempo comprender—, todos los libros relativos a la construcción de la nave debían ser llevados a la cámara por donde habían entrado aquellos hombres-planta. Muestras de máquinas, motores y armas debían ser llevadas al mismo destino.

Alstair volvió a repetir la orden, Su voz era temblorosa, incluso aguda, pero no vaciló ni se quebró.

El jefe centauriano lanzó otro grito, pero la dictaescribe no supo traducirlo. Sus seguidores se dirigieron rápidamente hacia la sala de mandos. Salieron dejando allí a cuatro de la partida. Jack se acercó a Alstair, sacó su arma de fuerza y la clavó en las costillas del comandante. Los centaurianos no trataron de impedirlo.

—¡Maldito sea! —exclamó Jack con voz cargada de ira—. ¡Usted ha permitido que tomaran la nave! ¡Piensa cambiarla por su vida! ¡Voy a matarlo, maldito sea, me abriré paso hasta un cohete y haré estallar esta nave en una pura llama que acabará con estos demonios lo mismo que con nosotros!

Angustiada, Helen gritó:

—¡Jack! ¡No lo hagas! ¡Te lo explicaré!

Como estaba cerca del micrófono de la dictaescribe, sus palabras fueron repetidas en los sonidos ululantes del idioma centauriano. Alstair, lívido y casi enloquecido, dijo roncamente hablando lo más bajo que pudo:

—¡Idiota! ¡Sabiendo que vale la pena, estos demonios podrían llegar a la Tierra! Aunque maten a todos los hombres de la nave excepto los oficiales, cosa probable, es nuestro deber viajar hasta su planeta y aterrizar allí.

Bajó la voz hasta convertirla en un susurro sibilante y prosiguió:

—¡Si cree que tengo ganas de vivir lo que se avecina, dispárese!

Jack permaneció un instante rígido. Luego retrocedió y saludó con mecánica corrección.

—Le pido disculpas, señor —murmuró, confuso—. En lo sucesivo, puede contar conmigo.

Uno de los oficiales del «Aadastra» entró tambaleándose en la sala de mandos, Otro y luego otro más siguieron entrando, hasta seis oficiales de un total de treinta.

Un centauriano entró con el extraño paso ondulante característico de su raza. Se acercó a la dictaescribe con impaciencia y habló:

—¿Éstos... todos... oficiales? —preguntó la máquina sin entonación.

—El oficial de aire mató a su familia y luego se suicidó —jadeó un subalterno—. Un grupo de Muts asaltó un cohete y el jefe de cohetes luchó con ellos. Luego se desangró de una puñalada en la garganta. El oficial de provisiones está...

—¡Basta! —ordenó Alstair con voz aguda y crispada. Tiró del cuello de su camisa, se acercó al micrófono y dijo bruscamente:

—Éstos son todos los oficiales vivos. Podemos manejar la nave.

El centauriano, que llevaba una ancha banda de cuero en cada brazo y otra en la cintura, se dirigió al intercomunicador general. Los tentáculos manipularon el conmutador con pericia. Emitió sonidos extraños y sin inflexión... ¡y se desató el caos!

Los visores de toda la sala emitieron sonidos agudos y chirriantes. Eran horribles. Fantasmales. Más terribles que los aullidos de una manada de lobos sobre las huellas de un ciervo enloquecido de terror. Eran los mismos ruidos que Jack oyó cuando uno de los primeros invasores del «Aadastra» vio un ser humano y lo asesinó al instante. También llegaban otros ruidos de los visores. Gritos humanos. Incluso oyó una o dos explosiones.

Luego reinó el silencio. Los cinco centaurianos de la sala de mandos se estremecieron y temblaron. Un desesperado deseo de sangre se apoderó de ellos, el anhelo irracional,

ciego e instintivo, implantado por la evolución en una raza de plantas carnívoras que aprendieron a desplazarse por necesidad desesperada de alimento.

El centauriano que llevaba adornos de cuero se acercó nuevamente a la dictaescribe y ululó:

—Queremos... dos... hombres... salir... de... nave... aprender de... ellos... ahora.

En la sala principal de mandos se oyó un sonido infinitamente tenue. Era una gota de sudor frío, que había caído del rostro de Alstair al suelo. El comandante parecía encogido. Su rostro tenía un color gris ceniciento y había cerrado los ojos. Pero Jack miró serenamente a los oficiales sobrevivientes, de uno en uno.

—Supongo que esto significa la vivisección —comentó con ironía—. No cabe duda de que piensan visitar la Tierra, pues de lo contrario, inteligentes como son, no nos habrían dejado vivos después de matar a los demás. Ni siquiera como reserva. Seguramente quieren probar sus armas en un cuerpo humano y otras cosas. Como a partir de ahora el de comunicaciones es el más inútil de los servicios, me presento voluntario, señor.

Helen gritó:

—¡No, Jack! ¡No!

Alstair abrió los ojos.

—Gary se ha presentado voluntario. ¿Dónde hay otro que se ofrezca para la vivisección? —dijo con la voz ahogada de alguien que se aferra a la cordura mediante el esfuerzo más terrible—. Quieren averiguar cómo matar hombres a distancia. Las ondas de treinta centímetros no fueron eficaces. Los rayos que derritieron nuestro casco no matan hombres. ¡Yo no puedo presentarme como voluntario! ¡Debo permanecer en la nave! —había desesperación en su voz—. ¡Es necesario que otro hombre se ofrezca como voluntario para que estos demonios lo maten lentamente!

Silencio. Los acontecimientos recientes y el conocimiento de lo que aún estaba sucediendo en los innumerables compartimentos del «Adastra» había embotado literalmente a casi todos los oficiales. No podían pensar. Se hallaban desconcertados, emocionalmente paralizados por los horrores que habían sufrido.

Entonces Helen se echó en brazos de Jack:

—¡Yo... también iré! —exclamó—. ¡Todos... vamos a morir! ¡No me necesitan! Y quiero... morir con Jack.

—¡Por favor! —gimió Alstair.

—¡Iré! —gritó—. ¡No puede detenerme! ¡Iré con Jack! Donde tú vayas...

Sollozó, abrazando a Jack, El centauriano de los cinturones de cuero ululó con impaciencia en la dictaescribe:

—Estos... dos... vienen.

Alstair dijo con voz extraña:

—¡Esperad —se acercó al escritorio como un autómatas, cogió una electropluma y escribió algo con mano temblorosa. Luego agregó con voz quebrada—: Estoy loco. Todos estamos locos. Supongo que estamos muertos y en el infierno. Pero tomad esto.

Jack se guardó el impreso oficial en el bolsillo. El centauriano de los cinturones de cuero aulló con impaciencia. Los condujo con su paso extraño hacia la cámara por donde habían entrado los hombres-planta. En tres ocasiones fueron vistos por Cosas vagabundeantes que emitieron horribles chillidos agudos. Pero el jefe centaurio no replicó aullando en tono autoritario y los otros hombres-planta se alejaron.

En una ocasión Jack vio a cuatro individuos alrededor de algo que yacía en el suelo. Alzó las manos y cubrió los ojos de Helen hasta que pasaron de largo.

Llegaron a la cámara estanca. El guía hizo una seña; el hombre y la muchacha obedecieron. Largos tentáculos que parecían de goma los apresaron. Helen lanzó un grito y quedó inmóvil. Jack forcejeó con rabia, gritando el nombre de la muchacha. Luego recibió un fuerte golpe y cayó.

Al volver en sí notó una tremenda opresión. Se agitó, y al moverse parte de la opresión desapareció, Brillaba una luz no como las que existen en la Tierra, sino un resplandor tembloroso que golpeaba implacablemente las paredes del globo transparente donde estaba encerrado. Había un olor extraño en el aire, olor a animales. Jack se sentó. Helen yacía a su lado, libre y al parecer ilesa. Los centaurianos no parecían hallarse cerca.

Le frotó las muñecas, desvalido. Oyó un ruido intermitente, acompañado de aceleraciones en rápida sucesión. Eran cohetes, cohetes de combustible.

—¡Estamos en una de sus malditas naves! —murmuró Jack con rabia y buscó su arma. Había desaparecido.

Helen abrió los ojos. Miró vagamente a su alrededor. Fijó la mirada en Jack. Entonces se estremeció y le abrazó.

—¿Qué... qué ha sucedido?

—Tendremos que averiguarlo —respondió Jack.

De pronto, el suelo tembló bajo sus pies. Jack se dio cuenta de que había allí una escotilla, y se acercó para mirar. Contempló la negrura del espacio bien conocida, iluminada por los infinitos puntos minúsculos de luz que eran las estrellas. Vio un astro con anillos, rodeado de puntos de luz que serían sin duda los planetas.

Uno de aquellos puntos de luz se hallaba muy cerca. Su disco, las cumbres polares nevadas y las zonas verdosas de contornos irregulares que eran los continentes, alternando con el tinte indescriptible que da el lecho oceánico cuando se ve desde más allá de la atmósfera de un planeta, resultaban ya visibles.

Silencio. Había dejado de oírse aquel idioma extraño sin vocales ni consonantes que empleaban los centaurianos. De momento, nada se escuchaba.

—Supongo que nos dirigimos hacia ese planeta —observó Jack en voz baja—. Tendremos que arreglárnoslas para que nos maten antes de aterrizar.

Luego hubo un murmullo lejano. Era un murmullo extraño, apagado, muy diferente de las extrañas notas de los hombres-planta. Llevando a Helen a su lado, Jack salió cautelosamente del cubículo donde habían despertado. Reinaba el silencio, con excepción de aquel murmullo lejano. Nada se movía. Otro petardeo de los cohetes originó una sensible aceleración de toda la nave. El olor animal se hizo más intenso. Atravesaron una abertura de forma extraña y Helen gritó:

—¡Nuestros animales!

Desordenadamente apiladas se hallaban las jaulas del «Aadastra», pequeños compartimentos que contenían los ejemplares destinados a reproducción, a los que se pensaba soltar cuando se descubriese alrededor de Próxima Centauri un planeta apto para la colonización. Más allá, aparecía un amasijo indescriptible de libros, máquinas y cajas de todo tipo: los materiales que el jefe de los hombres-planta ordenó fueran trasladados a la cámara estanca. No se veía ni rastro de ningún centauriano.

Pero el murmullo apagado, asombrosamente parecido a una voz humana, provenía de más adelante. Atemorizada, Helen siguió a Jack mientras éste se acercaba con precaución al lugar de donde salía la voz.

La hallaron. Provenía de un dispositivo cubierto con el mismo material opaco y pardo que componía el suelo y los muros y toda la nave en la que estaban. Era una voz humana. Más aún, se trataba de la voz de Alstair, atormentada, ronca y semi-histérica.

—¡Maldita sea, en este momento ya habréis recobrado los sentidos y esos demonios quieren una demostración de ello! ¡Disminuyeron la aceleración cuando les dije que a esa velocidad quedaríais inconscientes! ¡Gary! ¡Helen! ¡Enviad esa señal!

Una pausa, y la voz continuó:

—Lo repetiré. Estáis en una nave espacial guiada por medio de un haz coherente que acciona el piloto automático. Se posará en uno de los planetas, que en otra época tuvo vida animal. Ahora está vacío, sólo habitado por plantas. Vosotros, los animales, los libros

y las demás cosas de la nave espacial sois propiedad reservada y especial del archidemonio de estos diablos. ¡Os envió en una nave automática porque no se fiaba de los suyos para transportar un tesoro como vosotros y los demás animales! Sois una reserva de conocimientos para traducir nuestros libros, explicar nuestra ciencia y otras cosas. Cualquier nave espacial, salvo la de él, tiene prohibido aterrizar en vuestro planeta. ¿Enviaréis ahora la señal? Hay un botón exactamente encima del altavoz por donde me escucháis. Accionadlo tres veces para que ellos sepan que estáis bien, y no se les ocurra enviar otra nave con conservadores para vuestra carne, para evitar que se desperdicie tan precioso tesoro.

La desnaturalizada voz —los receptores centaurianos no estaban preparados para reproducir la complicada fonética de la voz humana— rió histéricamente.

Jack se incorporó y accionó tres veces el botón. La voz de Alstair prosiguió:

—Ahora nuestra nave es un infierno. Aunque ya no es una nave, sino un pozo de azufre. Somos siete los que quedamos vivos y estamos enseñando a los centaurianos el funcionamiento de los mandos. Les hemos explicado que no podemos apagar los cohetes para mostrarles cómo funcionan, porque para dispararlos es necesario tener cerca la masa de un planeta, para que la deformación del espacio inicie la reacción. Nos mantendrán con vida hasta que les hayamos enseñado eso. Tienen cierto método de escritura y apuntan todo lo que decimos, después de traducirlo mediante una dictaescibe. Muy científico.

La voz se interrumpió.

—Acabo de recibir vuestra señal —agregó al cabo de un momento—. Encontraréis alimentos ahí. El aire durará hasta que aterricéis. Os quedan cuatro días de viaje. Volveré a llamar más tarde. No os importe la navegación, pues ellos se ocupan de eso.

La voz calló definitivamente.

El hombre y la muchacha exploraron la nave espacial centauriana. Comparada con el «Adastra», era una miniatura. Treinta metros de largo o poco más, y unos dieciocho en su diámetro máximo. Hallaron lugares vacíos, sin duda destinados normalmente a transportar hombres-planta apretadamente colocados.

La cabina tenía refrigeración; a baja temperatura los centaurianos reaccionaban, al parecer, como la vegetación de la Tierra en invierno, caían en un estado inactivo, de hibernación. Ello permitía transportar una enorme tripulación, a la que se haría revivir para el aterrizaje o la batalla.

—Si acondicionasen el «Adastra» de este modo para un viaje a la Tierra, podría transportar al menos ciento cincuenta mil centaurianos comentó Jack sombrío—. Probablemente más.

La posibilidad de que aquellos seres atacasen a la humanidad era la obsesión que atormentaba a Jack. Helen quiso consolarle recordándole que se habían salvado de momento.

—Nos ofrecimos como voluntarios para la vivisección, pero ahora estamos a salvo, al menos durante cierto tiempo. Además... estamos juntos...

—Es hora de que Alstair llame otra vez —observó Jack con impaciencia. Habían pasado cerca de treinta horas desde la última señal. La rutina centauriana, a semejanza de la disciplina de la Tierra en las naves espaciales terráqueas, medía el tiempo con arreglo al periodo de rotación diaria del planeta—. Será mejor que nos pongamos a la escucha.

Se acercaron al aparato, La voz atormentada de Alstair salió del altavoz de extraño diseño, Sonó más tensa, menos cuerda que el día anterior. Les habló de cómo las Cosas habían aprendido el manejo del «Adastra». Los seis oficiales sobrevivientes ya no eran necesarios para el funcionamiento de los aparatos de la nave. La maquinaria purificadora de aire fue desconectada, pues al eliminar el anhídrido carbónico, el aire era irrespirable para los centaurianos.



Los seis hombres sólo sobrevivían para satisfacer el insaciable deseo de información que experimentaban los hombres-planta. Los sometían a un interrogatorio permanente, que exigía todos los recursos de sus cerebros para ser consignados con la extraña escritura de sus vencedores. El más joven, un subalterno del departamento de aire, se volvió loco de miedo. Gritó durante horas, fue asesinado y su cuerpo rápidamente momificado mediante las sustancias químicas de los centaurianos. Los demás eran sombras vivientes que temblaban ante el menor ruido.

—Han modificado nuestra deceleración —señaló Alstair con voz nerviosa—. Vosotros aterrizaréis dos días antes de que nosotros lleguemos al planeta que estos demonios llaman su casa. Resulta extraño que no tengan instinto colonizador. Creo que otro de los nuestros está a punto de enloquecer. A propósito, nos han quitado los zapatos y los cinturones. Son de cuero. Nosotros quitaríamos una faja de oro que encontrásemos en una sandía, ¿no es cierto? Son razonables—... estos... —volvió a montar en cólera, presa de una histeria repentina—: ¡Soy un idiota! ¡Os envié juntos mientras yo vivo en un infierno! ¡Gary, le ordeno que no haga nada con Helen! ¡Les prohíbo terminantemente que se dirijan la palabra! ¡Os ordeno que...!

Transcurrió otro día, y otro, Alstair llamó dos veces más. Su voz sonaba cada vez más desesperada, más nerviosa, más cercana a la locura. La segunda vez lloró, mientras insultaba a Jack por no tener que aguantar la presencia de los hombres-planta.

—Ya no interesamos a los demonios sino en concepto de ganado. ¡Nuestros cerebros no cuentan! ¡Están saqueando sistemáticamente la nave! ¡Ayer sacaron las lombrices del terreno donde producíamos cosechas! Ahora cada uno de nosotros está vigilado por un guardia. Esta mañana el mío me arrancó un mechón de pelo y se lo comió, balanceándose extáticamente. Ya no tenemos camisetas de lana. ¡Eran de fibra animal!

Otro día más. Alstair estaba semi-histérico. En la nave sólo quedaban tres hombres con vida. Tenía instrucciones de dirigir a Jack en el aterrizaje de la nave oval en el mundo deshabitado. Daban por descontado que Jack colaboraría. Estaban cerca de su destino. El disco del planeta que sería su prisión y la de Helen cubría la mitad de los cielos, Para Alstair, el otro planeta adonde se dirigía el «Adastra» era un disco completo.

Más allá de los anillos de Próxima Centauri había seis planetas. El planeta prisión era el siguiente después del hogar de los hombres-planta. Pese a ser más frío de lo conveniente, durante mil años sus expediciones en busca de carne lo habían recorrido hasta que no quedó un mamífero, un pájaro, un pez, ni siquiera un crustáceo. Más allá había un planeta cubierto de hielo y, más lejos aún, formas congeladas que giraban en el vacío.

—Ahora ya sabe cómo pilotar cuando el haz de luz libere los mandos atmosféricos —señaló la voz de Alstair. Tartamudeaba como si le castañeteasen los dientes a causa de la intolerable tensión nerviosa—. Tendréis paz. Árboles, flores y algo parecido al césped, si los dibujos que han hecho no mienten. Nos encaminamos hacia el más grandioso banquete de la historia de todos los infiernos. Todas las naves espaciales han regresado al planeta. No habrá allí un solo centauriano sin su pedacito de material animal para consumir. Lo suficiente para hacerle experimentar ese placer bestial que sienten cuando comen algo de origen animal. ¡Malditos sean, hasta el último individuo de la raza! ¡Somos la mayor provisión de tesoros que hayan soñado! No tienen escrúpulos en hablar delante de mí y estoy bastante loco como para entender gran parte de lo que dicen, El capitoste de ellos está ocupado proyectando naves espaciales más grandes que las que hicieron crecer hasta ahora. Caerán sobre la Tierra con trescientas naves espaciales y la mayor parte de la tripulación dormida o en estado de hibernación. En esas naves habrá tres millones de demonios salidos directamente del infierno, y tienen esos malditos rayos capaces de derretir cualquier nave terrestre a una distancia de quince millones de kilómetros.

Por lo visto, la conversación le servía a Alstair para aferrarse a los restos de su razón. Al día siguiente, la nave de Jack y Helen cayó como una pluma del espacio vacío a una atmósfera que aullaba locamente junto a sus costados lisos, Luego Jack dominó la nave y la hizo descender poco a poco, hasta posarla en un claro verde, en medio de un bosque de árboles extraños pero inofensivos al parecer. En el planeta estaba a punto de ponerse el sol y se hizo de noche antes de que pudieran explorarlo.

Fue poco lo que exploraron al día siguiente y al otro. Alstair les hablaba casi sin cesar.

—Viene otra nave de la Tierra —dijo, y su voz se quebró—. ¡Otra nave! Salió hace por lo menos cuatro años. Llegará dentro de otros cuatro. ¡Quizá vosotros dos la veáis pero yo, mañana por la noche, estaré muerto o loco! ¡Y esto es lo gracioso! ¡La locura me parece más llevadera cuando pienso en ti, Helen, permitiendo que Jack te bese! Sabes que te amé cuando era un hombre, antes de convertirme en un cadáver obligado a presenciar cómo mi nave es pilotada hacia el infierno. Te amé mucho. Sentía celos y cuando mirabas a Gary con los ojos brillantes yo le odiaba. ¡Todavía le odio, Helen! ¡Ah, cómo le odio! —la voz de Alstair era la de un espectro del purgatorio—. Fui un idiota al darle esa orden.

Jack daba vueltas abstraído, con los ojos encendidos. Helen quiso detenerle pero él le habló en tono ausente, con la voz cargada de odio. Era presa de un anhelo desesperado y apasionado de matar centaurianos. Comenzó a rebuscar entre las máquinas. Concentrándose en su tarea, montó con diversas piezas un revólver de remolino de diez kilovatios, Trabajó en ello muchas horas. Luego oyó a Helen ocupada en otro sitio. Parecía forcejear. Esto le intrigó y se acercó a mirar.

La muchacha había terminado de arrastrar la última caja del «Aadastra» hasta el aire libre. Soltaba a los animales. Las palomas revoloteaban impacientes por encima de ella. Los consejos, en vez de saltar lejos de su alcance, se detuvieron para mordisquear la frondosa vegetación desconocida pero satisfactoria que allí crecía.

Helen palmoteó. Había seis conejos junto a un cordero pequeño de temblorosas patas. Los pollos picoteaban y escarbaban. En aquel mundo no había insectos. Sólo encontrarían semillas y plantas. Cuatro cachorros se revolcaban bajo la luz del sol, sobre plantitas con pinchos.

—¡De todos modos, podrán ser felices durante algún tiempo! ¡No son como nosotros! ¡Nosotros tenemos que preocuparnos! ¡Este mundo podría ser un paraíso para los humanos! —exclamó Helen.

Jack, ceñudo, contempló el mundo verde y hermoso. Ningún animal destructor. Ningún insecto dañino. En aquel planeta no podían existir enfermedades, a menos que los hombres las introdujeran adrede. Sería un paraíso.

El sonido de una voz humana llegó desde el interior de la nave espacial. Jack se acercó para escuchar. Helen le siguió. Se detuvieron en el cubículo de forma extraña que constituía la cabina de mandos. Paredes, suelo, techo, instrumentos, todo era del mismo material opaco y pardo oscuro, cultivado hasta adoptar la forma que los centaurianos deseaban. Les sorprendió oír la voz de Alstair mas serena, menos histérica, totalmente fluida.

—Helen y Gary, espero que no estéis lejos explorando —dijo por el altavoz—. Hoy se ha celebrado aquí un banquete. El «Aadastra» aterrizó, Yo lo hice aterrizar, Soy el único superviviente, Nos posamos en el centro de una ciudad de esos demonios, entre edificios tales que parecen los cuarteles del infierno, El jefe de ellos tiene una especie de palacio junto a la plaza donde me hallo ahora. Hoy festejaron. Resulta extraño pensar cuánta materia animal había a bordo del «Aadastra». Ellos incluso encontraron crines de caballo en las solapas de nuestros uniformes. Mantas de lana. Zapatos. Incluso algunos jabones eran de origen animal, de modo que los «destilaron». Son capaces de recuperar cualquier

materia animal tan inteligentemente como nuestros químicos purifican el oro y el radio. Extraño, ¿eh?

El altavoz guardó silencio un momento.

—Ahora estoy cuerdo —prosiguió serenamente la voz—. Antes creía que estaba loco. Pero lo que he visto hoy ha despejado mi cabeza. Vi millones de estos demonios hundiéndose sus brazos en grandes depósitos, en artesas enormes donde habían disuelto todos los tejidos animales del «Adastra». ¡El capitoste se guardó para sí la mejor parte! Vi las cosas que transportaban a su palacio por entre filas de guardianes. Algunas de esas cosas fueron mis amigos. Vi una ciudad enloquecida por una alegría bestial, y a los demonios meciéndose en éxtasis mientras ingerían el botín de la Tierra. Oí que el centauriano más importante aullaba una especie de discurso imperial desde el trono, He aprendido a comprender gran parte de estos gritos. Les dijo que la Tierra está llena de animales. Hombres. Reses. Pájaros. Peces en los océanos. Y les dijo que pronto harán crecer la más grandiosa escuadra espacial de la historia, que utilizará los métodos de propulsión de los hombres, nuestros cohetes, Gary, y que la primera escuadra transportará incontables enjambres de ellos para conquistar la Tierra. Con los tesoros ganados, todos sus súbditos podrán alcanzar a menudo el mismo éxtasis que sintieron hoy, Y los demonios, meciéndose locamente, le hicieron coro con sus chillidos. Millones a la vez.

Jack gimió dolorosamente. Helen se cubrió los ojos, como para no ver lo que su imaginación le representaba.

—Ahora bien, ésta es la situación desde vuestro punto de vista —prosiguió Alstair con serenidad, el único ser humano que estaba a millones de kilómetros de distancia en un planeta de hombres-planta ávidos de sangre—. Ahora vendrán sus sabios a pedirme que les enseñe el funcionamiento de los cohetes. Otros quieren ir a interrogaros mañana. Pero yo les mostraré a estos demonios nuestros cohetes. Estoy seguro, absolutamente seguro, de que se hallan en este planeta todas las naves espaciales de la raza. Vinieron para compartir un banquete donde todos iban a recibir un regalo del capitoste, así como todo el tejido animal que podía esperar conseguir en una vida de esfuerzos. Aquí la carne es más preciosa que el oro. En comparación viene a ser algo intermedio entre el platino y el radio. De modo que vinieron todos. ¡Hasta el último! Y hay una nave espacial de la Tierra en camino. Llegará dentro de cuatro años. Que no se os olvide.

Desde el altavoz se oyó un clamor lejano e impaciente.

—Ya están aquí —anunció Alstair con serenidad—. Les mostraré cómo funcionan los cohetes. Quizá vosotros podáis ver los fuegos artificiales. Depende de la hora del día en que estéis. ¡Recordad que hay una nave semejante al «Adastra» en camino! Gary, esa firma que le di en el último momento fue un acto de locura, pero me alegro de haberlo hecho. ¡Adiós a los dos!

El altavoz reprodujo los sonidos ululantes, cada vez más alejados. Lejos, muy lejos, en medio de una ciudad llena de enemigos, Alstair iba a mostrarles a los hombres-planta el funcionamiento de los cohetes. Ellos deseaban comprender todos los detalles de la propulsión de la gran nave, para poder construir o cultivar naves del mismo tamaño y transportar multitudes de ellos hasta un sistema solar poblado de animales.

—Salgamos —propuso Jack con sequedad—. Dijo que lo haría porque no se podía confiar en una máquina para hacerlo. Creí que se había vuelto loco, pero ahora veo que estaba equivocado. Salgamos y miremos el cielo.

Helen obedeció con paso vacilante. Se detuvieron en el prado, mirando el firmamento, y esperaron. Jack imaginó las grandes cámaras de los cohetes del «Adastra». Le pareció ver la extraña procesión entrando: una horda de hombres-planta espectrales y detrás de ellos Alstair, con el rostro como el mármol y sin temblarle las manos ante lo que se disponía a hacer.

Abriría la recámara de uno de los cohetes, Explicaría el campo de desintegración que separa los electrones del hidrógeno, de modo que éste alcanza el paso atómico del helio y éste el del litio mientras el oxígeno del agua se divide literalmente en neutronio y fuerza pura. Alstair respondería a preguntas aullantes. Explicaría el funcionamiento de los motores supersónicos como mandos de fuerza y dirección. No mencionaría que sólo el material de los tubos de los cohetes, y sólo estando sometido a la frecuencia generada por aquellos motores, podía resistir el efecto del campo de desintegración.

No explicaría que, puesto en marcha sin estar conectados esos motores, el cohete se desintegraría, y que la reacción, en ausencia de la vibración protectora, se propagaría a los tubos, a la nave y a todo el planeta, volatilizándolos en una llama púrpura radiante.

No; Alstair no explicaría esto. Les enseñaría a los centaurianos cómo obtener el campo de Caldwell.

El hombre y la muchacha contemplaron el cielo. De improviso, vieron una terrible luz púrpura, que incluso eclipsó el resplandor rojizo del astro central. La luz púrpura persistió durante uno, dos, tres segundos. No hubo estampido. Sólo una ráfaga momentánea de calor insoportable. Luego todo quedó como antes.

El sol con anillos seguía brillando, Nubes parecidas a las de la Tierra flotaban serenamente en un cielo algo menos azul que el terrestre. Los animalitos del «Adastra» pacían satisfechos entre la frondosa vegetación. Las palomas se remontaban alegremente, ejercitando sus alas en libertad.

—Lo hizo —señaló Jack—. Y todas las naves enemigas estaban en el planeta. Ya no hay hombres-planta. No queda nada de su planeta, de su civilización, ni de sus planes de conquistar nuestra Tierra.

En el espacio, no quedaba nada donde se hallara el planeta de los centaurianos. Ni siquiera vapor, ni gases en proceso de enfriamiento. Desapareció como si nunca hubiera existido. Y el hombre y la mujer de la Tierra se hallaban en un planeta que podía ser un paraíso para los seres humanos, y otra nave llegaría pronto, con los de su especie.

—¡Lo hizo! —repitió Jack serenamente—. ¡Que su alma descanse en paz! Nosotros... ahora nosotros podemos pensar en vivir, en vez de pensar en morir.

La seriedad se borró poco a poco de su rostro. Miró a Helen y la abrazó con cariño.

Ella se acercó, alegre, dejando de lado el recuerdo de lo sucedido. Luego preguntó con suavidad:

—¿Qué decía la última orden que Alstair te entregó?

—No la leí —repuso Jack.

La buscó en el bolsillo. El papel apareció arrugado y roto. Lo leyó y se lo mostró a Helen, De acuerdo con los estatutos aprobados antes de que el «Adastra» saliera de la Tierra, toda jurisdicción en el planeta artificial incumbía al comandante de la gran nave. En particular se dispuso que a bordo del «Adastra», el matrimonio legal quedaría constituido por una orden oficial de matrimonio firmada por el comandante. Y el papel que Alstair le entregó a Jack antes de enviarle a lo que creyó ser la muerte sin remisión, era esta orden. Efectivamente, se trataba de un certificado de matrimonio.

Se miraron sonrientes.

—Eso... no habría importado —murmuró Helen, ruborizada—. Te quiero. ¡Pero me alegro!

Una de las palomas liberadas encontró una brizna de paja en el suelo. La cogió. Su compañera la contemplaba con aire solemne. Emitieron arrullos y se alejaron volando con la paja. Por lo visto, después de discutirlo habían decidido que sería una brizna adecuada para iniciar la construcción de un nido.

Lo que recordaba más claramente de *Próxima Centauri*, al correr de los años, era el indefinible horror que sentí ante la idea de una raza de plantas inteligentes y ávidas de alimento animal. El volver del revés una situación aceptada, algo tan trivial que resulta prácticamente olvidado, es un efecto que casi nunca falla, para un cuento de ciencia-ficción. Naturalmente, los animales se alimentan de plantas y, naturalmente, los animales son rápidos y más o menos inteligentes, mientras que las plantas carecen de autonomía y son totalmente pasivas (a excepción de algunas raras plantas comedoras de insectos, que pueden pasarse por alto). Pero, ¿qué ocurriría si las plantas inteligentes y carnívoras se alimentaran de animales?

No olvidé la lección y a veces he intentado aplicarla. En mi primera novela larga, *Pebble in the Sky*, incité a la Tierra a pelear contra la galaxia, pero los de *Tierra*, eran los malos. (John Campbell exigía que los terrestres fuesen siempre los héroes y rechazó una de las primeras versiones de *Pebble in the Sky*, aunque yo no aseguraría que fuese éste el único motivo por el cual la rechazó.)

El lector comprenderá que no puedo hablar de influencias en otros autores. Debo limitarme a juzgar si en mis propias creaciones recordé o fui influido, consciente o inconscientemente, por los cuentos de otros autores que hubiera leído y admirado.

En cambio, ¿cómo podría afirmar, basándome en algún parecido superficial, que otro autor ha sido influido por un cuento anterior que quizá nunca leyó, al menos que yo sepa?

Pero ahora no puedo evitarlo. Mientras releía *Próxima Centauri* durante la preparación de esta antología tuve que recordar *Universe*, de Robert A. Heinlein, publicado seis años después en «Astounding Stories» de mayo de 1941, Tanta era la semejanza entre ambos relatos que cuando se describe al Jack Gary de *Próxima Centauri* como un «Mut», supuse en seguida que eso significaba ser un «Mutante», como habría ocurrido en *Universe*, y me sorprendí al descubrir que significaba «Mutineer» («amotinado»).

Como he dicho, los parecidos pueden ser una coincidencia. Quizá Heinlein nunca leyó *Próxima Centauri*.

Conviene señalar que, cuando hablo de «influencias», sólo me refiero a eso. Si Heinlein se inspiró en algunas ideas de *Próxima Centauri*, evidentemente desarrolló esas ideas a su manera y dándoles un sentido propio al crear *Universe* que, en mi opinión (y quizá para la mayoría de los lectores de ciencia-ficción), era considerable y claramente superior a *Próxima Centauri*.

Debo advertir asimismo a los lectores que, aunque en este libro señalo con puntualidad y franqueza las influencias que aprecio en mis propios escritos, he desarrollado esas influencias con mi estilo particular y dándoles un sentido propio, para hacer con ellas algo que me pertenece totalmente.

Como decía antes, había decidido cursar mis estudios universitarios en Columbia, Al fin y al cabo estaba en Manhattan, y yo no tenía ninguna posibilidad de dejar la ciudad. Con Universidad o sin ella, debía seguir trabajando en la tienda de golosinas.

No obstante, mi deseo de ir a Columbia era lo de menos. Lo más importante era, primero, saber si la familia podía pagar la matrícula y, segundo, si Columbia me admitiría.

Con respecto a la matrícula, no podía estar seguro. Si fuese necesario, encontraríamos el modo de hacerlo. En cuanto a las intenciones de Columbia, podían averiguarse. Solicité el ingreso y me citaron para una entrevista, que se celebró el 10 de abril de 1935. (Esto ocurría cerca de tres años antes de comenzar el diario que tan útil me fue para escribir *The Early Asimov*, pero recuerdo la fecha por un motivo que luego explicaré.)

En aquel entonces sólo tenía quince años y nunca había ido solo a Manhattan. Creo que mi padre imaginaba que yo estropearía la posibilidad de ingresar en Columbia, porque me perdería en el complicado sistema del metro y llegaría tarde a la entrevista... o no llegaría. En consecuencia, se arriesgó a dejar la tienda en manos de mi madre y me

acompañó. Como era natural, esperó fuera del edificio donde yo debía entrar, pues no deseaba estropear mis posibilidades haciéndome aparecer como un bebé en quien no se pudiera confiar para que viajara por su propia cuenta.

Pudo ahorrarse el plantón. Yo sólo me basté para estropear todas mis posibilidades. Di una impresión pobrísima. No podía ser de otro modo. Creo que nunca en mi vida he dado una buena primera impresión a nadie, hasta que mi nombre llegó a ser impresionante por sí mismo. Después de esto, naturalmente, ya no existe lo que se llama una primera impresión.

El problema es, y siempre ha sido, que en toda primera entrevista me muestro demasiado impaciente, demasiado hablador, excesivamente falto de serenidad y confianza en mí mismo, demasiado claramente inmaduro (incluso ahora). Y durante mi adolescencia, por si todo esto fuera poco, padecía acné. Este es un problema corriente y tener granos no constituye un gran delito, pero tampoco es un gran honor y no mejora la impresión que uno da.

En conjunto, el pobre hombre que tuvo que hablar conmigo y decidir si yo era bueno para Columbia no tuvo una tarea ardua. Jamás le he culpado (quienquiera que fuese, pues no lo recuerdo) por no haberme aceptado.

Esto por lo que se refiere al Colegio universitario de Columbia. En esa época era tan ingenuo que no conocía otra cosa sino el mero nombre «Columbia», no sabía que la Universidad de Columbia es un establecimiento gigantesco, del cual el Colegio, o sea la escuela de élite para estudiantes no graduados, era sólo una pequeña parte. No obstante, averigüé esto durante la entrevista.

El entrevistador debió quedar impresionado por mis calificaciones anteriores y (espero) por mi inteligencia, que debió resultar evidente a pesar de mi nerviosismo de adolescente. En consecuencia, me propuso ingresar en el Seth Low Junior College. Éste era otro Colegio para estudiantes no graduados de la Universidad de Columbia, pero no era elitista en modo alguno. Hasta entonces no había oído hablar nunca de él y, en toda mi vida desde entonces, jamás he conocido a nadie que lo oyera mencionar, ni mucho menos que haya estudiado allí.

Estaba en Brooklyn, se regía por las mismas normas académicas que el Columbia (aseguró el entrevistador) y durante los cursos tercero y cuarto se me permitiría asistir a algunas clases con los estudiantes del Columbia College. Lo que no dijo, pero que yo descubrí más tarde, fue que el alumnado del Seth Low era fundamentalmente judío e italiano. Así pues, dicho establecimiento servía para dar a los jóvenes brillantes de esas procedencias una educación de Columbia, sin contaminar demasiado a los jóvenes distinguidos del otro Colegio. En aquellos tiempos, los cupos raciales eran algo tan americano como el pastel de manzana.

El Seth Low Junior College no era lo que yo quería pero, ¿qué podía hacer? Asentí tan alegremente como pude y respondí: «De acuerdo».

Intenté explicárselo a mi padre con buena cara cuando salí del edificio y afirmé con decisión que el Seth Low era «igual de bueno», y mi padre corroboró resueltamente que así era. Sin embargo, yo no lo creía y él tampoco.

Regresamos a casa de mal humor, y mi padre aprovechó aquella rara ausencia de la tienda para ir conmigo al cine. Recuerdo el título de la película: *Richelieu*, con George Arliss, Edward Arnold y César Romero.

También fuimos a un museo (creo que era el Museo Metropolitano de Arte, pero no estoy seguro). Allí encontramos a Albert Einstein, que también había ido a ver la exposición. Era un hombre inconfundible, y dondequiera que fuese siempre le seguía un pequeño grupo de curiosos, incluidos en esta ocasión mi padre y yo, que mantenían, sin embargo, una respetuosa distancia. Einstein, que sin duda estaba acostumbrado a esto, no hacía caso. Fue la única vez que le vi, y recuerdo el día más por él que por mi entrevista con los de Columbia.

Mi fracaso en Columbia enfrió bastante la ceremonia de mi graduación en la escuela secundaria, pero siempre me quedaba la ciencia-ficción. Por aquellos días incluso progresé un poco al intervenir en este campo más allá de mi papel como lector meramente pasivo. A mediados de los años treinta, los clubs de ciencia-ficción surgían en todo el país. Por lo menos «Wonder Stories» los patrocinaba, supongo que como medio para aumentar su circulación. También había clubs en la zona de Nueva York, donde participó activamente Sam Moskowitz, por ejemplo, y donde pasaron su adolescencia los grandes escritores y editores de ciencia-ficción del futuro, como Frederik Pohl y Donald A. Wollheim.

Pero mis actividades no iban por ahí. Yo no sabía nada de esto y, aunque lo hubiera sabido, probablemente no me habría servido de nada. Para participar activamente de un club de ciencia-ficción, era preciso invertir varias horas semanales; y yo, entre la escuela y la tienda de golosinas, no disponía de esas horas.

Pero estaba a mi alcance una intervención más modesta. En aquella época, las distintas revistas de ciencia-ficción publicaban largas secciones de cartas al editor, en letra microscópica y en la cubierta posterior de cada ejemplar. Eran páginas que podían llenar sin pagar, y los lectores las encontraban interesantísimas. (Lo mismo les pasaba a los autores, que apreciaban los comentarios de los lectores... sobre todo cuando éstos eran favorables.)

En 1935 intenté, por primera vez, escribir a una de las revistas... Naturalmente, fue «Astounding Stories». Debió ser una carta escrita a mano, pues en 1935 yo no sabía dactilografiar ni tenía acceso a ninguna máquina de escribir. De todos modos, la carta fue publicada. Era una misiva absolutamente normal. En ella comentaba el último número de «Astounding Stories» que había leído, alabando y criticando cuentos y autores con la condescendencia señorial del crítico, y sugería que la revista saliera con los bordes cortados.

A pesar del éxito obtenido al conseguir que me publicaran una carta y ver mi nombre en letra de molde, durante tres años no volví a intentarlo. De hecho, olvidé que había escrito aquella carta.

Pero muchos años después, cuando se comenzó a organizar «First Fandom», cuyos miembros eran elegidos entre quienes hubieran participado activamente en nuestro sector antes de que comenzara la era de Campbell en 1938, los organizadores se pusieron en contacto conmigo. Con tristeza, hube de confesar que, si bien leía ávidamente ciencia-ficción desde algunos años antes de 1938, no había participado activamente. En seguida recordaron la carta de 1935 a «Astounding Stories» y aseguraron que, en mi caso, constituía título suficiente.

También estaban los cuentos. Podía consolarme, por ejemplo, con *La galaxia maldita* de Edmond Hamilton, publicada en «Astounding Stories», de julio de 1935.

## **LA GALAXIA MALDITA**

### **Edmond Hamilton**

Un sonido tenue y agrio como mil hojas de papel rasgándose aumentó con la velocidad del rayo hasta convertirse en un rugido vibrante que obligó a Garry Adams a ponerse en pie de un salto.

Corrió a la puerta de la cabaña y, al abrir, vio como una espada de fuego blanco que hendía verticalmente la noche y oyó un súbito estampido ensordecedor en la lejana oscuridad.

Luego todo volvió a quedar oscuro e inmóvil. Pero abajo, en el valle débilmente iluminado por las estrellas, una nube de humo empezaba a elevarse poco a poco.

—¡Santo cielo, un meteorito! —exclamó Garry—. Ha caído en mis narices.

De repente se le iluminaron los ojos.

—¡Qué tema para un artículo! Periodista Único Testigo De Caída Meteorito...

Cogió una linterna del estante situado junto a la puerta, y un minuto después bajaba corriendo por el tosco sendero que serpenteaba desde su cabaña en la cumbre de la colina y a través de la pendiente boscosa hasta el valle.

Cincuenta semanas al año, Garry Adams era periodista de uno de los matutinos neoyorquinos más sensacionalistas. Pero todos los veranos pasaba dos semanas en su cabaña solitaria, al norte de los Adirondacks, y se quitaba de la cabeza el eco de los asesinatos, los escándalos y la corrupción.

—Ojalá quede algo —murmuró mientras tropezaba con una raíz en la oscuridad—. Podría valerme una foto a tres columnas.

Se detuvo un instante donde el sendero salía del bosque, y contempló la oscuridad del valle. Divisó el lugar donde aún se alzaba un poco de humo, y se lanzó sin vacilación hacia allí, por entre los árboles.

Las zarzas desgarraron los pantalones de Garry y le arañaron las manos, mientras las ramas azotaban y lastimaban su rostro a medida que se abría paso. En una ocasión se le cayó la linterna y le costó bastante encontrarla. Pero algo más tarde oyó crepitar de llamas y olió el humo. Pocos minutos después salió a un cráter de treinta metros, abierto por el impacto del meteorito.

Los matorrales y el césped, que se habían incendiado al calor del impacto, ardían débilmente en varios lugares al borde del cráter, y el humo entró en los ojos de Garry. Se echó atrás, pestañeando, y luego vio el meteorito.

No se trataba de un meteorito corriente. Lo comprendió al primer vistazo, pese a que el objeto estaba semienterrado en la tierra blanda que había desparramado a su alrededor. Era un poliedro resplandeciente de unos tres metros de diámetro, y su superficie estaba formada por un gran número de pequeñas facetas planas, de forma perfectamente geométrica. Un poliedro artificial caído del espacio exterior.

Garry Adams miraba y, mientras lo hacía, los titulares que imaginaba su mente se convirtieron en grandes titulares a toda plana:

«¡Meteorito Disparado desde el Espacio! ¡Periodista Encuentra Nave del Espacio que Contiene...!»

¿Qué contenía? Garry avanzó con precaución un paso, temiendo el calor que presagiaba el resplandor blanco. Sorprendido, descubrió que el poliedro no estaba caliente. El terreno bajo sus pies estaba caliente a causa del impacto, pero el objeto con facetas no.

Comoquiera que fuese, aquel brillo no era debido al calor.

Garry lo observó frunciendo sus negras cejas, tras las cuales trabajaba febrilmente su cerebro. Llegó a la conclusión de que debía ser un objeto fabricado por seres inteligentes en algún lugar del espacio.

Difícilmente podría contener seres vivos, pues éstos no habrían sobrevivido a la caída. Pero tal vez hubiera libros, máquinas, diseños...

Garry adoptó una decisión repentina. Aquel reportaje era demasiado importante para él solo. Conocía al hombre que necesitaba.

Deshizo camino por entre los árboles hasta el sendero y continuó por éste, no de regreso a la cabaña, sino hacia el valle, hasta llegar a una estrecha carretera de tierra.

Una hora de caminata lo condujo a un camino algo mejor y al cabo de otra hora más llegó, cansado pero vibrante de excitación, aun villorrio a oscuras y dormido.



Garry llamó a la puerta del almacén principal hasta que un tendero quejumbroso y soñoliento apareció en camisa de dormir y lo hizo pasar. Se dirigió directamente hacia el teléfono.

—Quiero hablar con el doctor Ferdinand Peters, del observatorio de la Universidad de Manhattan, de Nueva York —le ordenó a la operadora—. Siga llamando hasta que se ponga.

Diez minutos después, la voz soñolienta e irritada del astrónomo resonó en sus oídos:

—Hola, ¿quién habla?

—Doctor, soy Garry Adams —respondió Garry prontamente—. ¿Se acuerda de mí? Soy el periodista que el mes pasado escribió una gacetilla sobre sus investigaciones solares.

—Recuerdo que su artículo contenía no menos de treinta errores —puntualizó con mordacidad el doctor Peters—. ¿Qué diablos quiere a esta hora de la noche?

—Garry habló durante cinco minutos y cuando terminó hubo un silencio tan largo, que le hizo exclamar:

—¿Me oye? ¿Sigue ahí?

—Claro que estoy aquí... no grite tanto —replicó la voz del astrónomo—. Estaba meditando.

Empezó a hablar rápidamente:

—Adams, iré hasta ese pueblo ahora mismo, si es posible en avión. Espéreme y saldremos a inspeccionar su hallazgo. Si me ha dicho la verdad, tiene un artículo que le hará famoso para siempre.

Si me engaña lo despellejaré vivo, aunque tenga que perseguirlo por todo el mundo para conseguirlo.

—Haga lo que quiera, pero que no se entere nadie —advirtió Garry—. No quiero que lo sepa otro periódico.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el científico—. A mí no me importa si se entera otro de sus mugrientos periódicos o no.

Cuatro horas después, Garry Adams divisó por entre la niebla matinal el avión a punto de aterrizar al este del pueblo. Media hora más tarde, el astrónomo se reunía con él.

El doctor Peters vio a Garry y se acercó en línea recta. Los ojos negros de aguda expresión tras las gafas de Peters, y su rostro ascético y afeitado, mostraban al mismo tiempo duda y excitación contenida.

Como era característico en él, no perdió tiempo en saludos ni otros preliminares.

—¿Está seguro de que es un poliedro geométrico? ¿No podría ser un meteorito natural de forma aproximadamente regular? —inquirió.

—Espere a verlo con sus propios ojos —le respondió Garry—. He alquilado un coche que nos llevará casi hasta el lugar.

—Lléveme primero hasta el avión —ordenó el doctor—. He traído algunas herramientas que pueden sernos útiles.

Resultó que eran palancas, llaves inglesas y llaves fijas de excelente acero, así como un soplete oxiacetilénico completo, con los tubos necesarios. Lo cargaron en la parte trasera del coche y luego subieron para recorrer el difícil camino de montaña hasta llegar al comienzo del sendero.

Cuando el doctor Peters llegó con el periodista hasta el claro donde se hallaba el poliedro resplandeciente semienterrado, lo observó unos instantes en silencio.

—¿Y bien? —preguntó Garry, impaciente.

—Es indudable que no se trata de un meteorito natural.

—Pero ¿qué es? —exclamó Garry—. ¿Un proyectil de otro mundo? ¿Qué contiene?

—Lo sabremos cuando lo hayamos abierto —respondió Peters calmado—. Ante todo hay que quitar la tierra para poder examinarlo.

Pese a la aparente calma del astrónomo, Adams vio en sus ojos un brillo especial mientras llevaban el pesado equipo desde el automóvil hasta el claro. La energía impetuosa que el doctor Peters ponía en la tarea era indicio aún más seguro de su interés. En seguida se pusieron a quitar la tierra de alrededor del objeto. Fueron dos horas de trabajo arduo hasta que todo el poliedro apareció descubierto a sus ojos, lanzando todavía destellos blancos bajo la luz del sol matinal. El científico realizó un minucioso análisis exterior del objeto resplandeciente, y meneó la cabeza.

—No se parece a ninguna de las sustancias terrestres que conocemos. ¿Hay algún indicio de puerta o una rendija?

—Nada —respondió Garry, y agregó en seguida—: Pero en una de las facetas hay algo, una especie de diagrama.

El doctor Peters se acercó rápidamente. El periodista señaló lo que había descubierto: un dibujo curioso y complicado, grabado en la parte superior de una faceta del poliedro.

El diagrama representaba una densa nube de puntos en espiral. A cierta distancia del conglomerado central se veían otros grupos de puntos grabados, en su mayoría dispuestos también en forma espiral. Sobre el curioso diagrama aparecía una hilera de símbolos desconocidos y complicados.

—¡Cielos! ¡Es una inscripción, una especie de jeroglífico! —exclamó Garry—. ¡Me gustaría tener un fotógrafo aquí!

—Y una muchacha bonita que se sentara aquí con las piernas cruzadas para prestar su encanto a la foto —se burló Peters—. No sé cómo puede pensar en su maldito periódico en presencia de... esto —sus ojos brillaban con excitación contenida—, Naturalmente, no podemos adivinar el significado de los símbolos. Sin duda, indican algo acerca del contenido de este objeto. Pero el diagrama...

—¿Qué cree que significa? —preguntó Garry, excitado, cuando el astrónomo se interrumpió.

—Esos grupos de puntos parecen representar galaxias —respondió Peters lentamente—. El principal, sin duda, simboliza nuestra galaxia, que tiene exactamente esa forma espiral, y los demás equivalen a otras galaxias del cosmos. Pero están demasiado cerca de la nuestra; las demás... están demasiado cerca. Si realmente se hallaban tan cerca cuando fue construido este objeto, ello significaría que el universo apenas había comenzado a dilatarse.

Olvidando sus especulaciones, se dirigió con rapidez hacia las herramientas.

—Vamos, Adams. Intentaremos abrirlo por el lado contrario al de la inscripción. Si las palancas no sirven, usaremos el soplete.

Dos horas después, Garry y el doctor Peters, agotados, sudorosos y contrariados, retrocedieron y se miraron con mudo desaliento. Sus esfuerzos por abrir el misterioso poliedro habían fracasado completamente.

Las herramientas más afiladas no habían hecho mella en las paredes resplandecientes. El soplete oxiacetilénico tampoco sirvió de nada, su llama ni siquiera parecía calentar el material. Los distintos ácidos que el doctor Peters había traído tampoco lo atacaron.

—Sea lo que sea —jadeó Garry—, juraría que es la materia más resistente e inatacable que conozco.

El astrónomo asintió levemente y agregó:

—Suponiendo que sea materia.

—Garry le miró de hito en hito.

—¿Suponiendo que lo sea? ¡Pero si podemos verla! Es tan sólida y real como nosotros mismos.

—Es sólida y real —repitió Peters—, pero eso no demuestra que sea materia. Creo que es un tipo de energía cristalizada por algún procedimiento no humano y desconocido, que le confiere aspecto de poliedro sólido. ¡Energía condensada! Creo que nunca lograremos

abrirlo con herramientas corrientes. Éstas servirían para cualquier material, pero no con esto.

El periodista le miró con perplejidad, y luego se volvió hacia el misterio resplandeciente.

—¿Fuerza condensada? y entonces ¿qué haremos?

Peters meneó la cabeza.

—El problema es superior a mis conocimientos. No se me ocurre ninguna manera de...

Se interrumpió de súbito. Garry levantó la mirada y vio en el rostro del científico un extraño gesto de atención.

Era también una expresión de sorpresa, como si una parte de su cerebro se sorprendiera ante algo que otra parte le decía.

Al cabo de un rato, el doctor Peters reanudó su discurso, con parecida expresión de sorpresa en la voz.

—¿De qué estoy hablando? ¡Seguro que podemos abrirlo! Se me acaba de ocurrir algo... Este objeto está hecho de energía cristalizada. Bien, sólo necesitamos descristalizar esa energía, disolverla mediante la aplicación de otras energías.

—¡Tal empresa seguramente excede nuestros recursos técnicos —exclamó el periodista.

—De ningún modo. Puedo hacerlo fácilmente, aunque necesitaré medios más completos —replicó el científico. Sacó del bolsillo un sobre y un lápiz y redactó rápidamente una lista de material—. Regresemos al pueblo; he de llamar a Nueva York para que me traigan estas cosas.

Garry aguardó en la tienda del pueblo mientras el astrónomo leía la lista por teléfono. Cuando terminó y regresaron al claro entre los árboles del valle, era ya de noche.

El poliedro resplandecía pavorosamente en la oscuridad, como un enigma materializado y polifacético. Garry tuvo que apartar a su compañero de su contemplación fascinada. Finalmente subieron hasta la cabaña, donde guisaron y comieron una precaria cena.

Después de cenar, ambos se sentaron e intentaron jugar a las cartas bajo la luz de la lámpara de petróleo. Ambos permanecieron en silencio, salvo para pronunciar los monosílabos de la partida.

Cometían un error tras otro, hasta que por último, Garry Adams arrojó las cartas sobre la mesa.

—¿Qué sentido tiene jugar a las cartas? Los dos estamos demasiado distraídos por ese maldito asunto como para pensar en otra cosa. Admitamos que estamos muertos de curiosidad. ¿De dónde procede ese objeto y qué contiene? ¿Qué significan esos símbolos y el diagrama que según dijo usted representa las galaxias? No puedo quitármelo de la cabeza.

Peters asintió, pensativo.

—Una cosa así no ocurre todos los días, Creo que jamás ha caído en la Tierra nada semejante.

Contemplaba fijamente la tenue llama de la lámpara, con los ojos abstraídos y el rostro ascético fruncido en una expresión de interés y perplejidad.

Garry recordó algo:

—Cuando vimos aquel extraño diagrama, usted dijo que podría significar que el poliedro fue construido cuando el universo comenzaba a dilatarse. ¿Qué diablos quiso decir? ¿Acaso se dilata el universo?

—Claro que sí. Creí que era del dominio común —comentó el doctor Peters irritado, pero luego sonrió—. Como casi siempre me relaciono con científicos, olvido cuán absolutamente ignorante es la mayoría de la gente con respecto al universo en que viven.

—Gracias por el cumplido —dijo Garry—. Hágame el favor de aliviar un poco mi ignorancia sobre esta cuestión.

—De acuerdo —accedió el otro—. ¿Sabe qué es una galaxia?

—Una multitud de estrellas como nuestro sol, ¿no es así...? Una gran cantidad de astros.

—Sí; nuestro sol es sólo uno de los billones de estrellas de la gran formación a la que llamamos nuestra galaxia. Sabemos que tiene una configuración aproximadamente espiral y que, mientras flota en el espacio, toda la espiral gira sobre su centro. Ahora bien, en el espacio hay otras galaxias además de la nuestra, otras grandes poblaciones de estrellas. Más aún, se calcula que son billones y que cada una, naturalmente, contiene billones de estrellas. Pero, y los astrónomos han considerado esto como algo curioso, nuestra galaxia es manifiestamente mayor que cualquiera de las demás. Esas otras galaxias se hallan a distancias enormes de la nuestra. La más próxima está a más de un millón de años-luz, y las demás mucho más lejos. y todas se mueven a través del espacio; cada formación estelar recorre el vacío. Nosotros, los astrónomos, hemos logrado averiguar la velocidad y dirección de sus movimientos. Cuando una estrella o una multitud de estrellas se mueve en relación con el observador, tal movimiento produce una modificación de su espectro. Si la formación se aleja del observador, sus líneas espectrales se desplazarán hacia el extremo rojo del espectro. Cuanto más rápido se aleje, mayor será el corrimiento hacia el rojo. Hubble, Humason, Slipher y otros astrónomos, han medido la velocidad y dirección del movimiento de muchas galaxias. Descubrieron algo sorprendente, algo que ha provocado gran sensación en los círculos astronómicos. ¡Descubrieron que las demás galaxias huyen de nosotros! No es que algunas se alejen de nosotros, sino que lo hacen todas. ¡En todas partes, todas las galaxias del cosmos se alejan de la nuestra! y lo hacen a velocidades tan altas como veinticinco mil kilómetros por segundo, que es casi un décimo de la velocidad de la luz. Al principio los astrónomos no dieron crédito a sus observaciones. Les parecía increíble que todas las demás galaxias huyeran de la nuestra, y durante cierto tiempo se supuso que algunas de las más cercanas no retrocedían. Pero se demostró que esto era un error de observación, y ahora aceptamos el hecho increíble de que todas las demás galaxias huyen de la nuestra. ¿Qué significa esto? Significa que debió existir una época en la que todas esas galaxias que ahora se alejan estaban reunidas con la nuestra en una única super-galaxia gigante, que contenía todas las estrellas del universo. Mediante cálculos basados sus velocidades y distancias actuales, sabemos que esa época se sitúa hace aproximadamente dos mil millones de años. Por algún motivo, esa super-galaxia estalló y sus partes exteriores salieron volando en todas direcciones por el espacio. Los fragmentos desprendidos son las galaxias que todavía siguen alejándose. Sin duda, la nuestra es el centro o corazón de la super-galaxia original. ¿Qué provocó el estallido de la super-galaxia gigantesca? No lo sabemos, aunque se han postulado muchas teorías. Sir Arthur Eddington supone que el estallido fue provocado por algún principio desconocido de repulsión de la materia, al cual denomina la constante cósmica. Otros han postulado que el mismo espacio se halla en expansión, explicación aún más increíble. Cualquiera que sea la causa, sabemos que esa super-galaxia estalló, y que las nuevas galaxias formadas por esa explosión, huyen de la nuestra a velocidades colosales.

Garry Adams había escuchado atentamente al doctor Peters mientras éste hablaba de modo rápido y nervioso. Su rostro delgado y tostado por el sol del día anterior estaba serio, a la luz de la lámpara.

—Es extraño —comentó—. Un cosmos donde todas las demás galaxias huyen de nosotros. Pero el diagrama del poliedro... ¿dijo que habría sido construido al principio de la expansión?

—Sí —asintió Peters—. Comprenderá que ese diagrama debe ser obra de seres inteligentes o superinteligentes, pues ya sabían que nuestra galaxia es espiral y así la reprodujeron. Además, representaron las demás galaxias muy cerca de la nuestra. En

resumen, ese diagrama debió ser hecho poco después de la expansión primordial, cuando las demás galaxias empezaron a alejarse de la nuestra. Eso sucedió hace aproximadamente dos mil millones de años, como ya he dicho. Dos mil millones de años. Si ese poliedro fue realmente construido hace tanto tiempo...

—Es suficiente como para enloquecer a fuerza de especulaciones —dijo Garry Adams y se puso de pie—. Me voy a la cama, aunque no sé si podré dormir.

El doctor Peters se encogió de hombros.

—Me parece buena idea. El material que solicité no llegará hasta mañana.

Después de ocupar la litera superior de la cabaña, Garry Adams se quedó pensando, a oscuras, ¿Qué podía ser aquel visitante del espacio exterior, y qué encontrarían cuando la abrieran?

Sus cavilaciones se fundieron entre las nieblas del sueño, de las que salió de repente para descubrir la cabaña brillantemente iluminada por la luz de la mañana. Despertó al científico, y después de un rápido desayuno bajaron hasta la encrucijada adonde el doctor Peters había pedido que transportaran el equipo solicitado.

Al cabo de media hora, un camión rápido se acercó por el estrecho camino. Ellos se acercaron para ayudar a descargar los materiales que traía. Luego el conductor subió a su vehículo y se volvió por donde había venido.

Garry Adams contempló el material con aire dubitativo. Le parecía demasiado sencillo, pues se reducía a una docena de recipientes lacrados conteniendo sustancias químicas, unas grandes botellas de cobre y vidrio, unos rollos de alambre de cobre y algunas varas de ebonita.

Se volvió hacia el doctor Peters, que también examinaba sus pertenencias.

—Le aseguro que esto me parece un montón de chatarra —comentó el periodista—. ¿Cómo va a servirle para descristalizar la energía del poliedro?

El doctor Peters le dirigió una ojeada distraída.

—No lo sé —respondió lentamente.

—¿No la sabe? —repitió Garry—. ¿Qué significa eso? Ayer afirmó que sabía cómo hacerlo. y así debía ser, puesto que encargó estos materiales.

El astrónomo parecía confuso.

—Recuerdo que cuando redacté la lista de los materiales sabía cómo hacerlo. Pero ahora no. No tengo ni la menor idea acerca de cómo podrían servirme para abrir el poliedro.

Garry dejó caer los brazos y miró con incredulidad a su compañero. Estaba apunto de decir algo pero, al observar la evidente contrariedad del otro, se contuvo.

—Bien, pues tomemos esos materiales para llevarlos hasta el poliedro —propuso—. Tal vez recuerde entonces el proyecto que ha olvidado.

—Nunca me había ocurrido nada semejante —murmuró Peters en el colmo del desconcierto, mientras ayudaba a levantar los avíos—. No sé lo que me pasa.

Salieron al claro donde el enigmático poliedro resplandecía como siempre. Mientras dejaban su carga, Peters estalló en súbita carcajada.

—¡Pues claro que sé cómo emplear este material con el poliedro! Es bastante sencillo.

Garry se volvió, mirándole fijamente.

—¿Lo ha recordado?

—Por supuesto —respondió el científico, muy seguro—. Alcánceme la caja más grande que dice «óxido de bario» y dos recipientes. Pronto estará abierto.

El periodista, con la boca abierta de sorpresa, vio cómo Peters comenzaba a trabajar con gestos exactos y decididos. Las sustancias químicas burbujearon en los recipientes a medida que iba preparando sus combinaciones.

Trabajó con rapidez, sin pedir ayuda al periodista. Su eficiencia y su confianza eran tan absolutas, tan distintas a su actitud de minutos antes, que hizo surgir en la mente de Adams una idea insólita. Dirigiéndose a Peters, le preguntó de sopetón:

—Doctor, ¿está seguro de lo que hace ahora?

Peters le miró con impaciencia.

—Claro que sí —replicó bruscamente—. ¿No se nota?

—¿Me hace el favor? —pidió Garry—. ¿Quiere acompañarme hasta el lugar del camino donde descargamos el equipo?

—¿A qué diablos viene eso? —inquirió el científico—. He de terminar mi trabajo.

—Hágame caso; no le pido una tontería, sino algo importante —afirmó Garry—. Venga, por favor.

—¡Bah!, ¡maldita sea su tontería! Ya voy, ya voy —dijo el científico, abandonando la tarea—. Vamos a perder media hora.

Molesto, regresó con Garry hasta el camino de tierra, a unos ochocientos metros del poliedro.

—Bien, ¿qué quiere mostrarme? —gruñó, mirando alrededor.

—Sólo quiero preguntarle algo —dijo Garry—. ¿Todavía recuerda cómo abrir el poliedro?

La expresión del doctor Peters reflejó una ira incontenible.

—¡Mire usted con qué necedades me hace perder tiempo! ¡Claro que lo...!

De pronto se interrumpió, con una mueca de pánico en el rostro. Era el terror ciego ante lo desconocido.

—¡Lo he olvidado! —gritó—. ¡Lo supe allá, hace pocos minutos, pero ahora ni siquiera recuerdo qué estaba haciendo!

—Lo suponía —observó Garry Adams y, aunque su voz era tranquila, un súbito escalofrío recorrió su espalda—. Cuando está cerca del poliedro sabe muy bien cómo realizar una operación que es inaccesible a la ciencia humana actual. Pero cuando se aleja, no sabe más que cualquier otro científico. ¿Comprende lo que significa esto?

El rostro de Peters reveló que había comprendido.

—¿Cree que hay algo..., algo en ese poliedro que sugiere a mi mente el modo de abrirlo? —abrió los ojos—. Parece increíble pero podría ser cierto. Ningún científico de la Tierra sabría cómo fundir esa energía condensada. ¡Pero cuando estoy allí, al lado del poliedro, sé cómo hacerlo!

Sus miradas se encontraron.

—Si alguien quiere abrir —dijo Garry lentamente—, ese alguien está dentro del poliedro. Alguien que no puede abrirlo por dentro, pero sí conseguir que usted lo haga por fuera.

Durante algunos segundos permanecieron mirándose bajo la cálida luz del sol. Los árboles exhalaban aroma a hojas tibias y se oía el soñoliento zumbido de los insectos. Cuando el periodista volvió a hablar, bajó la voz sin darse cuenta.

—Regresemos —propuso—. Regresemos y si, cuando estemos cerca de él, usted recuerda cómo hacerlo, tendremos la certeza.

Regresaron en silencio al lado del poliedro, meditabundos. Aunque no dijo nada, a Garry se le erizaron los cabellos cuando entraron en el claro y se acercaron al objeto resplandeciente.

Cuando estuvieron bastante cerca, Peters volvió súbitamente su rostro lívido hacia el periodista.

—¡Tenía razón, Garry! —exclamó—. ¡Ahora que estoy otra vez aquí, he recordado de repente cómo abrirlo! Como usted dijo, alguien me lo sugiere; alguien que hace muchos milenios fue encerrado aquí y desea... libertad.

Un súbito terror extraño se apoderó de ambos, petrificándolos como si hubieran recibido el soplo helado de lo desconocido. En simultánea reacción de pánico, se volvieron apresuradamente.

—¡Vámonos! —gritó Garry—. ¡Por Dios, huyamos de aquí!

Sólo habían avanzado cuatro pasos, cuando una idea surgió fuerte y clara en el cerebro de Garry: «¡Alto!»

La súplica fue tan poderosa en su mente como si hubiera resonado en sus oídos.

Mientras se detenían, Peters miró a su compañero con ojos desorbitados.

—Yo también lo he oído —susurró.

«¡Esperad, no os marchéis!», llegó el rápido mensaje de pensamiento hasta sus mentes. «¡Oídmeme al menos, permitidme daros una explicación antes de escapar!»

—¡Huyamos mientras podamos! —le gritó Garry al científico—. Lo que hay en esa cosa, Peters, lo que está hablando a nuestras mentes, no es humano, no es de la Tierra. Llegó del espacio exterior, donde ha permanecido muchos milenios. ¡Alejémonos!

Pero el doctor Peters miraba el poliedro fascinado. Su rostro no reflejaba la lucha de sus sensaciones contradictorias.

—Voy a quedarme y escuchar, Garry —dijo de improviso—. Necesito averiguar cuanto pueda... ¡Si usted fuera científico, me comprendería! Váyase; usted no tiene motivos para quedarse. Pero yo he de volver.

Garry le miró y luego hizo una mueca, todavía algo pálido a pesar de su tez tostada y dijo:

—Si a usted, doctor, le domina la curiosidad científica, a mí me puede el oficio de periodista. Le acompaño. ¡Pero, por favor, no toque sus aparatos; no intente abrir el poliedro sin que sepamos algo acerca de lo que hay en su interior!

El doctor Peters asintió en silencio, y luego ambos regresaron lentamente hasta el poliedro resplandeciente. Les parecía que el mundo, iluminado por la luz familiar del mediodía, se había vuelto súbitamente irreal. Cuando estuvieron cerca del poliedro, el mensaje mental llegó con más fuerza a los cerebros de los dos hombres.

«Noto que os habéis quedado. Acercaos al poliedro; sólo mediante un enorme esfuerzo mental puedo lograr que mis pensamientos atraviesen este caparazón de energía aislante.»

Se acercaron, indecisos, hasta casi tocar el objeto polifacético y resplandeciente.

—¡Recuerde que no importa lo que nos diga o prometa! ¡No hay que abrir todavía! —le susurró ásperamente Garry al científico.

El científico asintió, inseguro.

—Tengo tanto miedo de abrirlo como usted.

Ahora los mensajes mentales llegaban más claramente desde el poliedro hasta sus cerebros.

«Como habéis adivinado, estoy prisionero en esta cápsula de energía condensada. Durante un tiempo casi más largo del que podríais concebir, he estado prisionero aquí. Finalmente, mi prisión ha sido dirigida hacia vuestro mundo, sea cual fuere. Ahora necesito vuestra ayuda y noto que tenéis demasiado miedo. Si os explico quién soy y cómo he venido a parar aquí, no tendréis tanto miedo. Por eso quiero que me escuchéis.»

A Garry Adams le parecía estar viviendo una pesadilla mientras los pensamientos del poliedro llegaban a su cerebro.

«No sólo os comunicaré lo que deseo decir mediante mensajes de pensamiento, sino que lo haré visualmente a través de imágenes mentales, para que podáis comprender mejor. Desconozco la capacidad de vuestros sistemas mentales para recibir tales imágenes, pero voy a procurar que sean claras, No intentéis reflexionar sobre lo que veréis; dejad. que vuestros cerebros permanezcan en un estado receptivo. Veréis lo que deseo que veáis y comprenderéis, al menos parcialmente, pues mis pensamientos irán acompañados de las impresiones visuales.»

Garry sintió un repentino pánico, pues de súbito el mundo pareció desvanecerse a su alrededor. El doctor Peters, el poliedro, toda la escena iluminada por el sol del mediodía

desaparecieron en un instante. En vez de hallarse bajo la luz diurna, a Garry le parecía colgar de la bóveda negra del cosmos. Un vacío sin luz y sin aire.

A su alrededor sólo existía aquella negrura vacía, pero abajo, muy abajo, se divisaba una nube colosal de estrellas en forma de globo achatado. Los astros se contaban por millones de millones.

Garry supo que veía el universo tal como era hacía dos mil millones de años. Supo que bajo él se hallaba la super-galaxia gigante que contenía todas las estrellas del cosmos. Luego le pareció que se acercaba al poderoso cúmulo con la rapidez del pensamiento, y entonces vio que los mundos de aquellos soles estaban habitados.

Sus habitantes eran seres racionales hechos de energía, y cada uno semejaba una gran columna de luz azul brillante, coronada por un disco. Eran inmortales; no necesitaban alimento; recorrían el espacio y la materia en todas direcciones. Eran los únicos seres racionales de toda la super-galaxia, y dominaban la materia inerte casi a su entera voluntad.

En ese momento, el punto de mira de Garry pasó a un mundo próximo al centro de la super-galaxia. Allí vio una sola criatura compuesta de energía concentrada, que hacía experimentos con la materia. Trataba de crear nuevas formas con ella, combinando y recombinando los átomos en infinitas variaciones.

De súbito, obtuvo una combinación de átomos que produjo resultados extraños. La materia formada tenía existencia propia. Podía recibir un estímulo, recordarlo y modificarlo. También era capaz de asimilar nueva materia, y de este modo crecer.

El experimentador quedó fascinado por este extraño avatar de la materia. Lo intentó a mayor escala, y la materia enferma se extendió y asimiló cada vez más materia inerte. A esta enfermedad de la materia le dio un nombre, que en la mente de Garry se tradujo como «vida».

Esta extraña enfermedad, la vida, escapó del laboratorio del experimentador y empezó a proliferar por el planeta. Se multiplicó por todas partes, infectó cada vez más materia. El experimentador quiso extirparla, pero la infección se había extendido demasiado. Por último, él y sus compañeros abandonaron el mundo enfermo.

Pero la enfermedad pasó de éste a otros mundos. Sus esporas, impulsadas por la energía luminosa hacia otros soles y planetas, se difundieron en todas direcciones. La enfermedad era adaptable, adoptaba formas diferentes en mundos distintos y siempre crecía y se propagaba incesantemente.

Los seres hechos de energía reunieron sus fuerzas para barrer esa infección abominable, pero no pudieron. Cuando la extirpaban de un mundo, se extendía a otros dos. Siempre se les escapaba alguna espora escondida. Poco después, todos los mundos de la parte central de la super-galaxia quedaron infectados por la plaga de vida.

Garry vio que los seres de energía realizaban un último y grandioso intento por extirpar aquella dolencia que infectaba su universo. El intento fracasó; la plaga siguió extendiéndose sin oposición. Entonces los seres de energía comprendieron que se extendería hasta infectar todos los mundos de la super-galaxia.

Decidieron impedirlo a toda costa. Resolvieron hacer estallar la super-galaxia, para separar las partes exteriores incólumes de la porción central enferma. Sería una tarea colosal, pero los seres de energía no se amilanaron por eso.

El plan consistía en imprimir a la super-galaxia un movimiento rotativo de gran velocidad. Para ello generaron tremendas oleadas de fuerza continua a través del éter, dirigidas de tal modo que poco a poco lograron que la super-galaxia comenzara a girar sobre su centro.

Al correr del tiempo, la gigantesca formación estelar giraba con velocidad cada vez mayor. La enfermedad de vida aún se propagaba en el centro, pero los seres de energía no se desanimaban. Continuaron su obra hasta que la super-galaxia giró tan velozmente



que ya no pudo mantenerse unida, debido a su propia fuerza centrífuga, y se quebró como un volante que se rompe.

Garry vio la explosión como desde muy arriba. Vio que la nube estelar colosal y giratoria se desintegraba. Un enjambre de estrellas tras otro se desprendieron de ella y volaron por el espacio. Un sinnúmero de esas nuevas galaxias más pequeñas se separaron de la super-galaxia original, hasta que por último sólo quedó unido el núcleo de la super-galaxia.

Aún giraba y su forma era espiral debido a la rotación. En ella, la plaga de vida se había extendido prácticamente a todos los mundos. La última formación de estrellas incólumes no infectadas se había separado y se alejaba como las demás.

Cuando la obra hubo concluido, se celebró una ceremonia y se impuso un castigo. Los seres de energía pronunciaron su sentencia sobre aquél cuyos experimentos habían provocado la plaga de vida, haciendo necesario aquel gran estallido.

Decretaron que el experimentador permaneciera para siempre en aquella galaxia enferma que los demás se disponían a abandonar. Lo encerraron en una cápsula de fuerza condensada, de tal modo que nunca pudiera abrirla desde el interior, y dejaron flotando aquella cápsula poliédrica en la galaxia enferma.

Garry Adams vio el poliedro resplandeciente flotando sin rumbo a través de la galaxia, mientras transcurrían millones de años. Las demás galaxias se alejaban cada vez más de la infectada, donde la enfermedad de vida invadía todos los mundos, Sólo quedó allí aquel ser de energía, eternamente prisionero en el poliedro.

Confusamente, Garry advirtió que el poliedro, en su odisea infinita a través de los soles, tenía la posibilidad de llegar a un mundo, Vio...

Vio sólo niebla, una confusión gris. Fue una visión pasajera y de súbito, Garry comprendió que se hallaba bajo la caliente luz del sol. Estaba al lado del poliedro resplandeciente, aturdido, extasiado.

Y el doctor Peters, también aturdido y extasiado, trabajaba como un autómatas en uno de sus aparatos, un objeto triangular de cobre y ebonita con el que apuntaba al poliedro.

Garry comprendió en seguida, y gritó horrorizado mientras se abalanzaba sobre el astrónomo:

—¡No, Peters!

Peters, que parecía hallarse hipnotizado, miró con sorpresa el objeto que sus manos estaban terminando.

—¡Rómpalo! —chilló Garry—. El ser que vive dentro del poliedro nos distrajo con esa visión para lograr que usted trabajara inconscientemente en su liberación. ¡No... por Dios!

Mientras Garry gritaba, las manos del científico acababan de montar las últimas piezas del triángulo de cobre y ebonita, de cuyo vértice brotó un rayo amarillo que cayó sobre el poliedro resplandeciente.

La llama resplandeciente se extendió al momento por el cuerpo multifacético y brillante. Mientras Garry y Peters, que acababa de volver en sí, miraban petrificados, el poliedro se disolvía en aquel resplandor azafranado.

Las facetas de energía condensada se fundieron y desvanecieron en un instante. Y el ser encerrado en su interior, libre al fin, se elevó por los aires.

Una columna de doce metros de luz cegadora y resplandeciente. Pero coronada por un disco luminoso, se reveló con celestial magnificencia en la súbita oscuridad, ya que la explosión había eclipsado el sol de mediodía, apagándolo como si fuese una simple bombilla eléctrica. Se retorció y giró con júbilo terrible y extraño, mientras Peters y Garry gritaban y se cubrían con las manos los ojos deslumbrados.

La columna brillante inundó sus mentes con una colosal oleada de exultación, de triunfo indescriptible, de una alegría superior a cualquier alegría humana. Era el potente himno del ser desconocido, emitido no en forma de sonidos, sino mediante ondas mentales.

Había estado encarcelada, separada del ancho universo por espacio de incontables milenios, y ahora, por fin, era libre y gozaba de su libertad. El vértigo insoportable del éxtasis cósmico hizo noche la claridad del mediodía.

Luego se lanzó hacia los cielos como un gigantesco relámpago azul. Entonces el cerebro de Garry claudicó y el periodista se desmayó.

Abrió sus ojos a la luz esplendorosa que entraba por la ventana. Se hallaba en la cabaña, el día brillaba fuera y en algún lugar cercano se escuchaba una voz metálica.

Comprendió que la voz provenía de su pequeña radio a pilas. Garry permaneció inmóvil, sin poder recordar lo ocurrido, mientras la voz decía con excitación:

—Según nuestras informaciones, la zona afectada se extiende desde Montreal hasta Scranton, hacia el sur, y desde Buffalo al oeste hasta algunos kilómetros en pleno Atlántico, más allá de Boston, al este. El fenómeno duró menos de dos minutos y, durante ese tiempo, toda la zona se vio privada de la luz y el calor del sol. Prácticamente todas las máquinas eléctricas dejaron de funcionar, y las comunicaciones telegráficas y telefónicas quedaron cortadas. Los habitantes de algunas comarcas de los Adirondack y del noroeste de Vermont han observado ciertos efectos psíquicos consistentes en una súbita sensación de extrema alegría que coincidió con el obscurecimiento, seguida de un breve periodo de inconsciencia. Se desconoce aún la causa de este fenómeno sorprendente, aunque podría deberse a alteración de la manchas solares. Los científicos han sido llamados a opinar acerca de la cuestión, y tan pronto como...

En ese momento Garry Adams luchaba débilmente por incorporarse en la litera.

—¡Peters! —gritó para dominar la voz metálica de la radio—. ¡Peters...!

—Aquí estoy —respondió el astrónomo entrando en la cabaña.

El rostro del científico estaba pálido y su paso era tambaleante, pero también él estaba ileso.

—Recuperé los sentidos poco antes que usted, y le he traído aquí —explicó.

—¿Esa... esa cosa provocó el eclipse y los demás fenómenos que acabo de oír? —dijo Garry.

El doctor Peters asintió.

—Era un ser hecho de energía, tan terrible que su aparición absorbió el calor y las radiaciones luminosas del sol, la corriente eléctrica de las máquinas, e incluso los impulsos electro-nerviosos de nuestros cerebros.

—¿Y se ha ido, se ha ido realmente? —inquirió el periodista.

—Se ha ido en busca de sus compañeros, al vacío del espacio intergaláctico, hacia las galaxias que se alejan de la nuestra —respondió con solemnidad el doctor Peters—. Ahora sabemos por qué todas las galaxias del cosmos huyen de la nuestra. Sabemos que la nuestra está considerada como una galaxia maldita, contaminada por la enfermedad de vida. Pero creo que nunca se lo diremos al mundo.

Garry Adams meneó débilmente la cabeza.

—No, no se lo diremos. Creo que hasta nosotros mismos hemos de olvidarlo. Será lo mejor.

\* \* \*

Yo estaba familiarizado con el fenómeno de la expansión del universo y el alejamiento de las galaxias antes de leer *La galaxia maldita*, porque conocía las popularísimas obras de Arthur S. Eddington y James Jeans sobre relatividad y astronomía. Sin embargo, me pareció que nadie como Hamilton había descrito tan a lo vivo las galaxias que se alejan, y

nunca he leído una explicación tan dramática y sugestiva de tales fenómenos como la de este cuento. A veces me parece que casi creo en ella.

Nunca he adoptado el punto de vista de Hamilton sobre la vida como una enfermedad cósmica en mis obras de ciencia-ficción, pero en un artículo científico titulado *Recipe for a Planet* y publicado en «The Magazine of Fantasy and Science Fiction», de julio de 1961, escribí una receta imaginaria para la creación de un planeta, extraída de un supuesto «Libro de cocina de la Abuela estelar».

Un pasaje de la misma decía: «Enfriese lentamente hasta que se endurezca la corteza y aparezca una delgada película de gas y humedad. (Si no aparece, es que se ha calentado en exceso.) Póngase en órbita a distancia adecuada de una estrella y hágase girar. Después de varios miles de millones de años, la superficie fermentará. Según los expertos, la parte fermentada, a la que llaman vida, es la más sustanciosa del guiso.»

Quizás esto no parezca gran cosa, pero aquí no hay influencia inconsciente. Cuando escribí que la superficie fermentaba, recordé muy conscientemente *La galaxia maldita* de Hamilton, que había leído veintiséis años antes.

Hacia fines de aquel verano comprendí que no tenía otra solución sino ingresar en el College of the City of New York (al que todos llamaban City College), donde no se pagaba matrícula. No me gustaba, pero no había más remedio. En todo caso mi padre habría conseguido el dinero para la matrícula del Columbia, pero no deseaba hacer sacrificios para inscribirme en el Seth Low Junior College y yo no me atrevía a insistir para que lo hiciera.

No quise ir al City College, porque todos me aseguraban que los graduados allí no podían ingresar en la facultad de medicina, y yo no concebía un futuro conveniente para mí fuera de esa facultad. Sin embargo, con no querer no se adelantaba nada. Hice una instancia para el City College por si no conseguía matricularme en Columbia, y aquél me aceptó.

Cuando llegó septiembre fui al City College, pero no aguanté allí más de tres días. De esos tres días sólo recuerdo dos cosas. Nos hicieron un examen físico y, como que yo todavía estaba delgado como un palo, me calificaron como PD, mientras que todos los demás recibían un BD. Pregunté qué significaba PD y me dijeron que quería decir «poco desarrollado». Los demás, evidentemente, estaban «bien desarrollados».

La segunda cosa que recuerdo es que nos hicieron a todos una prueba de inteligencia. Al cabo de un mes, cuando las pruebas fueron evaluadas, recibí una carta pidiéndome que volviera para realizar otras pruebas, pues los había asombrado. Pero entonces ya había decidido no ir al City College y me alegré de quitarles la ocasión de hacer más experimentos conmigo. Conque «poco desarrollado», ¿eh?

De cualquier modo, al tercer día de estancia en el City College recibí una carta del Seth Junior College. Mi padre, presintiendo que se trataba de algo urgente, la abrió y averiguó que preguntaban por que no me había presentado para la inscripción. Habló con ellos y explicó que no teníamos dinero para pagar la matrícula. Entonces ellos ofrecieron una beca de cien dólares.

Mi padre no supo que oponer a esto, de modo que ingresé en el Seth Low Junior College, no sin antes protestar con la máxima energía de que mi padre abriera mi correspondencia. Él objetó que «si no lo hubiera hecho, habrías perdido esta oportunidad», pero yo le respondí que casi tenía dieciséis años y no deseaba ser tratado como un crío.

Decidí elegir la zoología como asignatura principal, y durante el primer año asistí a un curso general sobre el tema. Cuando lo recuerdo, apenas consigo creer que en aquel curso fuese capaz de hacer disecciones de animales. Mi recuerdo más horrible se refiere a la disección de un gato, a realizar durante el segundo semestre. Era preciso buscar un gato callejero y dormirlo con cloroformo. ¡Increíble! Años después, cuando estudiaba en la

facultad de medicina, me negué a realizar experimentos con animales y siempre abandonaba el laboratorio cuando los traían con ese propósito. (Admito la necesidad de la experimentación animal, siempre que lo haga otro.)

Como supondréis, mi recuerdo más nítido se refiere a una travesura. Las clases de zoología se daban en un aula antigua con suelo de mosaico. Durante una de las clases, tuve que sonarme y saqué el pañuelo del bolsillo. En ese mismo bolsillo tenía una cerbatana de vidrio que, por algún motivo, guardaba allí (supongo que porque era bonita y me gustaba mirarla al trasluz). Salió con el pañuelo y rebotó estruendosamente sobre el suelo de mosaico.

El profesor aguardó con paciencia mientras la clase contenía la respiración y yo, ruborizado, intentaba recoger mi cerbatana. Cuando lo conseguí en medio del silencio, el profesor dijo con sarcasmo:

—Bien, éste es un colegio para juniors —y el muro de contención se rompió, y la risa de los estudiantes estalló y continuó... y continuó, inacabable.

Una tontería que no vale la pena recordar, salvo por la circunstancia de que me hizo perder mi interés hacia la zoología. Terminé el curso con buenas calificaciones pero el incidente de la cerbatana caída, con lo del asesinato gatuno, cambió el rumbo de mis estudios. Y esto, a su vez, alteró el curso de mi vida.

**FIN**